

Política imperialista y política hegemónica durante la administración George W. Bush. El lugar de la construcción de los otros y de las identidades en la efectución de la política exterior estadounidense hacia Medio Oriente.

Maestranda: **Mariela Cuadro**

Director: Dr. **Norberto Consani**

Co-Directora: Mg. **Anabella Busso**

Año 2011

Índice

Introducción	1
I. Análisis del discurso: algunas cuestiones epistemológicas y metodológicas	4
1. Acerca de la identidad y la otredad: sus modos de construcción y su relación con la política exterior	
I. Identidad, otredad y Relaciones Internacionales	15
II. Las identidades como construcciones históricas	20
III. Las identidades como productos de las prácticas discursivas	24
IV. Identidades, otredades y política exterior	27
V. Acerca de los modos de construcción de identidades y otredades	30
2. Políticas hegemónicas e imperialistas durante la administración Bush: sus relaciones con los modos de construcción de identidad y otredad	
I. Imperio o Hegemón. La política exterior, el consenso y la coerción	39
II. Acciones de política exterior hegemónicas e imperialistas	43
III. La dimensión simbólica	56
3. Estados Unidos y Medio Oriente: la política exterior de la administración Bush en contexto	
I. Estados Unidos y Medio Oriente	67
II. Bush en Medio Oriente: continuidades y rupturas	75
4. Bush y Mubarak: análisis discursivo de una política hegemónica	
I. El predominio de los intereses	95
II. El rol de Egipto en la estructura de poder meso-oriental bajo la hegemonía estadounidense	96
III. La administración Bush y el gobierno de Mubarak: una amistad política	105

IV. La construcción de la otredad asimilable y el reconocimiento de la identidad particular propia y ajena	115
5. Bush en Irak: análisis discursivo de una política imperialista	
I. La universalización de valores particulares	140
II. Estados Unidos e Irak	141
III. Bush en Irak	151
IV. La política imperialista en Irak: colonización, resistencia y soberanía	163
V. La construcción de la otredad inasimilable y el recurso a la universalidad	170
Conclusiones	207

Introducción

“...pasar por los discursos para acceder al mundo, equivale, tal vez, a tomar una desviación, pero ésta también conduce a él (y, por lo demás, presenta otras ventajas) [...] los discursos son acontecimientos, motores de la historia, y no solamente sus representaciones. Al respecto, es preciso evitar la alternativa todo o nada. No son sólo las ideas las que hacen la historia; también actúan las fuerzas sociales y económicas; pero tampoco las ideas son un puro efecto pasivo. Para empezar, son ellas las que hacen posibles los actos; y luego, permiten que se los acepte: son, después de todo, actos decisivos.” (Todorov, 2000: 15)

La presente tesis encuentra su motivación en un plano mayormente teórico que, no obstante ello, precisa sostenerse sobre lo empírico. La sobrevuela cierta necesidad de abrir el campo disciplinario de las Relaciones Internacionales a otros abordajes, a nuevas herramientas; justificado, esto último, por la necesidad de profundizar en la comprensión de un mundo en el que la potencia dominante se

sostiene sobre un discurso liberal que evita el reconocimiento de lo político en su accionar. Tal como sostiene Louiza Odysseos (2007), la disciplina de las RRII (en la mayoría de los casos) se caracteriza por andar caminos diferentes a aquéllos de la Filosofía e incluso de las Ciencias Sociales (campo en el que se encuentra inscrita). Desde nuestro punto de vista, las RRII deberían salirse de sus armaduras, poder recorrer más libremente caminos ya trazados por otras disciplinas, encontrarse con éstas y, así, alimentarse. Es por esta razón que se nos hace necesario, al final de la presente Introducción, establecer aclaraciones epistemológicas y metodológicas, pues el método analítico utilizado en el presente trabajo es, en nuestro campo de estudio, marginal.

Desde un cierto punto de vista, nuestro análisis es histórico: después de todo, de lo que se trata en las páginas que siguen es de palabras ya pronunciadas, frases ya articuladas. Pero desde otro punto de vista, nuestro análisis es actual. No sólo porque los elementos que lo constituyen lo son, sino porque de lo que aquí se trata es de analizar discursos y de poner en evidencia cómo cierta configuración de estos puede efectivizar determinadas relaciones de poder. Nuestra pregunta, entonces, se centra en ese ámbito del plano discursivo que busca conectar a éste con el poder: el campo de la construcción de las identidades y otredades. En efecto, junto con Schmitt, creemos que “[l]a distinción propiamente política es la distinción entre el amigo y el enemigo” (2006: 31). Esto significa que la inclusión y la exclusión a través del establecimiento de identidades propias y ajenas (otredades), la cooperación y el conflicto, forman la malla de lo político.

El tratamiento de las identidades en las RRII, sin embargo, ha quedado en manos del constructivismo, que se ha encargado de hacer de éstas entidades fosilizadas y esencializadas que determinan los intereses nacionales perseguidos por los Estados. De esta manera, el constructivismo, habiéndose planteado la introducción de esta cuestión que, desde nuestro punto de vista y por las razones ya esbozadas, es nodal para la comprensión de la política internacional, se ha dedicado a pensar no tanto la construcción de las identidades (y de las otredades) sino aquélla de los intereses nacionales, basándose en un fuerte subjetivismo en su polémica con el estructuralismo neorrealista. El resultado es, como dijimos, una

ahistorización de las identidades en las RRII y, por tanto, una despolitización de las políticas de identidad en nuestra disciplina.

Frente a esto proponemos la inyección de historicidad y de relaciones de poder en el concepto de identidad y, su contracara, la otredad. A tal fin, nos hemos propuesto el análisis discursivo de la política exterior de Estados Unidos hacia Medio Oriente durante los dos períodos de la administración George W. Bush. Sosteniéndonos sobre observaciones empíricas, hemos definido dos tipos de acción de política exterior: una de corte hegemónico (para esto hemos elegido el caso de Egipto) y otra de corte imperialista (en este caso, nos concentraremos en la política estadounidense hacia Irak). Y es nuestra intención hacer un análisis de los modos en que fueron construidas en uno y otro caso la identidad de Estados Unidos y aquella de los gobiernos objetos de las políticas, con el objetivo de pensar cómo la construcción de identidades y otredades es instrumentalizada y flexibilizada de acuerdo a los intereses nacionales delineados y en juego.

En efecto, a partir de los atentados del 11 de septiembre de 2001, la región mayormente afectada por la política exterior de Estados Unidos fue Medio Oriente. Esta región apareció, de hecho, como el espacio geopolítico central de la política exterior de la administración Bush que fluctuó allí entre una política coercitiva y una de generación de consensos. La preocupación por el carácter pendular de esta política viene a cuenta de amplias discusiones que se llevaron a cabo entre los intelectuales de las RRII acerca de la pertinencia o no de catalogar a Estados Unidos como un Imperio. Lo que buscamos plantear es que, desde nuestro punto de vista, existieron políticas tanto imperialistas como hegemónicas y de lo que se trata es de entender no tanto a qué se debió la preeminencia de una u otra, sino cómo fueron posibilitadas a través de lo discursivo.

En efecto, estas políticas se presentaron precedidas y acompañadas por distintos modos de construcción de otredades y de identidades que fluctuaron entre otredades asimilables e inasimilables y entre un modo de construcción de la identidad que reconocía su carácter particular y, por tanto, sus intereses nacionales en juego, y otro en que era invisibilizada, adoptando la forma de la universalidad.

Intentaremos mostrar que identidades y otredades no son entidades una vez establecidas para siempre, a partir de cuyo análisis pudieran establecerse predicciones acerca de los intereses nacionales a ser delineados, sino que, por el contrario, son construcciones de carácter discursivo y, en este sentido, funcionan como significantes vacíos que son llenados de significado de acuerdo a los intereses en juego en cada ocasión. De este modo, afirmamos que a cada tipo de política aquí establecido correspondió un determinado modo de construcción de identidades y de otredades que funcionaron como condiciones de posibilidad de ellas. Así, sostenemos que la construcción de otredades inasimilables precedió y acompañó la instauración de acciones de política exterior imperialista; y que la construcción de otredades asimilables hizo lo propio con la implementación de políticas hegemónicas. Por otro lado, estas últimas estuvieron precedidas por el reconocimiento de la identidad particular propia y ajena y la formación, a partir de allí, de un universal, mientras que las primeras se sostuvieron fundamentalmente en la construcción de una identidad, no reconocida como tal, que se irguió como representante de una universalidad.

Con este fin, hemos recurrido a los discursos de la administración Bush publicados en la página web de la Casa Blanca (www.whitehouse.gov), los que comprenden discursos tanto del Presidente como de otros miembros de su gabinete. Asimismo, y con el fin de lograr una contextualización de estos, hemos recurrido a fuentes secundarias tales como documentos confeccionados por la administración, periódicos, revistas especializadas y libros – analíticos e históricos.

Hemos dividido la tesis en cinco capítulos y una conclusión.

Los dos primeros capítulos abordan las cuestiones teóricas. En el capítulo 1 buscamos elucidar las nociones de identidad y otredad y el lugar que éstas ocupan en la RRII. Esta primera aproximación tiene un triple objetivo. En primer lugar, destacar su carácter de constructos históricos y su relación con las prácticas discursivas; en segundo lugar, establecer la relación entre éstas, en tanto construcciones instrumentalizables, y el ejercicio de la política exterior; y finalmente, elucidar los modos de construcción de identidades y otredades que utilizaremos a lo largo del trabajo y sus imbricadas relaciones. En el capítulo 2

abordamos las nociones de política exterior hegemónica y de política exterior imperialista. A tal fin, comenzamos abordando el debate que tomó fuerza durante los años de la administración Bush con respecto al carácter de Hegemón o de Imperio de la potencia norteamericana para correrse de dicha dicotomía y referirnos a dicha política exterior como una que fluctuó entre políticas de corte hegemónico y otras de corte imperialista. Un último apartado aborda la dimensión simbólica y establece lazos entre los modos de construcción de identidad y otredad establecidos en el capítulo 1 y los tipos de acciones políticas definidos en el capítulo 2.

El tercer capítulo es de carácter descriptivo y busca establecer ciertos hitos en la política de Estados Unidos en Medio Oriente para ubicar allí la política de la administración estudiada en dicha región. El capítulo presenta distintos enfoques del despliegue de esta última. Así, la aborda con anterioridad a los atentados del 11 de septiembre de 2001, en su relación con estos y la Guerra Global contra el Terror y en su política de democratización.

Los últimos dos capítulos están concentrados en el análisis. De esta manera, el capítulo 4 aborda el análisis discursivo de la política hegemónica de la administración hacia el Egipto de Hosni Mubarak y el capítulo 5 hace lo propio con la política imperialista de la administración hacia el Irak de Saddam Hussein. Ambos capítulos respetan una misma estructura: una primera introducción a la política estadounidense vis-à-vis esos países; un breve relato histórico de aquella de la administración Bush hacia cada uno de ellos que, al mismo tiempo, busca ubicarlos dentro de las categorías de política hegemónica e imperialista; para terminar en un análisis detallado de los modos discursivos de construcción de identidades y otredades en uno y otro caso.

Finalmente, presentamos una conclusión a modo de síntesis de los resultados obtenidos.

Antes de dar comienzo al capítulo 1, tal como afirmamos más arriba, presentamos a continuación un breve apartado epistemológico-metodológico.

Análisis del discurso: algunas cuestiones epistemológicas y metodológicas

“Un negro es un negro. Sólo en condiciones determinadas se convierte en esclavo. Una máquina de hilar algodón es una máquina de hilar algodón. Sólo en determinadas ocasiones se convierte en capital. Arrancada de estas condiciones, no tiene nada de capital, del mismo modo que el oro no es de por sí dinero” (Marx, 1973:139)

A fin de rastrear los modos de construcción de la identidad y de las otredades en los discursos de la administración George W. Bush y su relación con las acciones de política exterior de Estados Unidos durante sus dos gestiones presidenciales, utilizaremos una metodología de análisis del discurso. Un poco más adelante nos detendremos específicamente en ésta. Antes, consideramos necesario plantear algunas cuestiones epistemológicas en torno al concepto de discurso.

En primer lugar, ¿por qué interesarse por el discurso? Porque la pregunta-marco que guía nuestro trabajo es la de cómo se ejerce el poder y lo que intentaremos demostrar es que el poder se ejerce también a través del discurso. En efecto, sostendremos que la instancia discursiva es de fundamental importancia a la hora de pensar en la efectuación de las acciones de política exterior.

¿Qué entendemos por discurso? El concepto de discurso es un concepto polisémico y su misma definición es fuente de debate, por lo tanto, es necesario aclarar aquí a qué definición nos plegaremos. En principio, afirmemos que es un bien que plantea desde su existencia y no sólo en sus aplicaciones prácticas, la cuestión del poder; un bien que es, por naturaleza, objeto de una lucha política (Foucault, 2002; Gabilondo, 1990). La relación entre poder y saber en Foucault es una relación inextricable, pues las relaciones de poder no pueden ni disociarse, ni establecerse, ni funcionar, sin una producción, una acumulación, una circulación, un funcionamiento del saber, instanciado en el dispositivo discursivo. Este último es provisto de materialidad no sólo porque necesita un soporte material para ser (la voz, la escritura), sino porque, asimismo, posee condiciones y efectos materiales, en la “realidad”. Estamos sometidos a la producción de verdad desde el poder y no podemos ejercitar el poder más que a través de la producción de

verdad. En este sentido, en las amplias discusiones en torno a la definición del concepto de discurso, nos acercamos más a aquella de Michel Foucault quien subraya que no todo es discurso, sino que éste coexiste con otras prácticas a las que el filósofo francés denomina prácticas no discursivas (Foucault, 2002). Aclaremos desde ya que hablar de prácticas no discursivas no implica el reconocimiento de una realidad esencial que estaría dada y a partir de la cual se podría descubrir una verdad. En cambio, dicha noción apunta a señalar la existencia de acciones que se despliegan por fuera de lo discursivo. Si la interpretación ocupa un lugar predominante en los análisis de Foucault esto se debe, precisamente, a la imposibilidad de postular verdades incontrovertibles, sino que éstas, por el contrario, son siempre consideradas como productos de determinadas relaciones de poder.

Si bien tal como señala Buenfil Burgos (1996) hay distintos momentos en su conceptualización del discurso, coincidimos con Díaz-Bone (2008) en que existe un dualismo en la concepción del discurso de Foucault que lo presenta unas veces como estructura (en este sentido, se acerca más a su concepto de episteme) y otras, como práctica social, de allí la categoría de práctica discursiva. El carácter dual que Foucault le otorgó a su concepción de discurso lo llevó a afirmar que en torno a estos es necesaria una doble interrogación que apunte a señalar sus aspectos tácticos y estratégicos. Con respecto a los primeros, la pregunta por la productividad táctica del discurso se dirige a los efectos recíprocos de poder y saber que estos aseguran. Con respecto a los segundos, la pregunta por su integración estratégica busca pensar la coyuntura y la relación de fuerzas que, dado determinado momento histórico, los habilitan (Foucault, 2003).

Si la segunda pregunta encuentra su espacio en el discurso entendido como estructura, la primera lo encuentra en su concepción como práctica social. Es en este último sentido que entenderemos el discurso en el presente trabajo. El hablar de práctica discursiva es importante, pues nos separa de aquellas epistemologías que, atrapadas en la discusión materialismo/idealismo, conciben al discurso como exento de materialidad. Entender al discurso en tanto práctica social supone atribuirle efectos materiales. De esta manera, podemos afirmar junto con

Foucault, que el discurso es más que la lengua y las palabras y no es reducible a ellas; pues el discurso hace más que utilizar signos para indicar cosas, el discurso construye verdad y, por tanto, realidad. En este sentido, los discursos no son comprendidos como simples expresiones o reflejos de una realidad que sería, de este modo, totalmente ajena a ellos, sino que participan como reproductores y creadores de relaciones de poder. El detenernos en los aspectos tácticos del discurso y, por tanto, en su carácter de práctica social, no significa, no obstante, cerrar los ojos al contexto histórico de relaciones de poder-saber en el que estos discursos emergieron, lo que queremos decir es que no es en esas relaciones, en las condiciones de posibilidad de emergencia de determinados discursos, donde pondremos el foco. Éste estará puesto, por el contrario, en los discursos que posibilitaron la efectuación de determinados intereses nacionales a través de ciertas acciones de política exterior.

De este modo, en las páginas que siguen no se intentará plantear al discurso sólo como instrumento de justificación/legitimación de una determinada política, sino como instrumento de construcción de realidad, como productor de efectos de poder. Esta concepción del discurso como constructor de realidad, como práctica social, hace hincapié en sus facultades productivas más que en aquéllas de deformación/ocultamiento. En efecto, entender al discurso como un simple instrumento de justificación/legitimación puede llevar a hacer hincapié en su carácter negativo y aquí, por el contrario, buscamos evidenciar el carácter positivo de las prácticas discursivas¹ en lo que respecta a la construcción de sus objetos, en este caso: las identidades propias y ajenas. Por poner un ejemplo ligado a nuestro objeto de estudio, las justificaciones que dio la administración Bush para la invasión de Irak en el año 2003, contrastadas con la “realidad”, demostraron ser falsas: no existían armas de destrucción masiva, no pudo comprobarse ningún lazo del gobierno de Saddam Hussein con Al-Qaeda. La concepción del discurso en este último sentido nos lleva a buscar la verdad o la falsedad del discurso. Aquí, por el contrario, no nos enfocaremos en realizar ese trabajo, sino en detectar los

¹ Esto está en línea con la concepción del poder en Foucault, quien se aparta de las definiciones negativas y postula, en cambio, que el poder, más que reprimir y ocultar, produce.

efectos de verdad que éste produce, centrándonos en cómo se construyen las identidades y las otredades y cómo estas construcciones, una vez convertidas en “verdad”, se utilizan para anteceder y acompañar ciertas acciones de política exterior.

El hecho de afirmar que las prácticas discursivas construyen realidad no significa plantear que el lenguaje como tal cambie la realidad, pues el discurso –una vez más siguiendo a Foucault– no es comprendido como el resultado de la intención de un individuo o grupo de ellos, sino que es supraindividual². El discurso antecede al sujeto y, aún más, lo forma, en tanto es fuente de subjetividad. Esto no significa que éste no tenga lugar en el discurso. Como veremos un poco más adelante, Jäger lo postula como la mediación necesaria entre práctica discursiva y práctica no discursiva, como aquél que transporta sentido y, con éste, determinadas relaciones de poder (2003). Entonces, siguiendo a Laclau y a Mouffe, no pensaremos al sujeto como “fuente de sentido” (2004: 164), pero sí como portador de éste. En todo caso, lo que sí tuvimos en cuenta al escoger nuestra unidad de análisis fue la posición institucional que, a nivel mundial, ocupaba dicho sujeto. Es por esto que elegimos los discursos de la administración estadounidense, pues estos, en tanto emanan de la superpotencia mundial, tienen un peso específico en el ámbito internacional que no lo tiene el de cualquier otro gobierno.

De la misma manera, en tanto la ideología puede ser definida como el conjunto de ideas que guían a un individuo o a un grupo, que les proporcionan sus justificaciones y legitimaciones para alcanzar determinados objetivos (Van Dijk, 2008), y, en tanto en el presente trabajo queremos alejarnos de estudiar ese aspecto particular del discurso, no nos centraremos en su estudio. En definitiva, buscamos distanciarnos de todos aquellos análisis que ven tras la emergencia de determinados discursos la ideología de un individuo o grupo de ellos. En todo

² La concepción del sujeto del discurso y la relación de aquél con éste es semejante a aquella que el sujeto tiene con el poder en Foucault. El filósofo francés sostiene que el ejercicio del poder no se da más que en un campo de libertad, por lo tanto en un territorio poblado de resistencia; y, en este sentido, los resultados de las relaciones de poder –que son siempre relaciones de intensidades de enfrentamiento– se dan en un espacio que no pertenece a ninguno de los contrincantes en cuestión (1988).

caso, la emergencia de ciertas ideologías también dará cuenta de determinadas relaciones de poder y el concepto de discurso, en este sentido, las englobaría.

Por otro lado, las acciones de política exterior más polémicas de la administración Bush (v.g. la invasión a Irak) tuvieron apoyo del Congreso y, por lo tanto, no pueden ser pensadas como producto de la imaginación maquiavélica de un grupo de políticos que no representan la “verdadera” identidad estadounidense. Del mismo modo, a la administración Bush hay que pensarla como producto del voto popular, cuyo apoyo, si bien es discutible durante las elecciones del año 2000, es innegable en las elecciones del 2004. Por otra parte, algunos estudiosos de la política exterior estadounidense, como Brent Scowcroft, discuten el carácter monolítico-neoconservador de quienes formaron parte de la administración George W. Bush. En efecto, el Consejero de Seguridad Nacional de George H. W. Bush (padre), reconoce a su interior elementos neoconservadores, realistas duros (como Donald Rumsfeld –Secretario de Defensa– y Dick Cheney –Vicepresidente–) y al propio presidente que no es clasificado junto a ninguno de los dos elementos anteriormente citados (Brzezinski, Scowcroft, 2008). Por otra parte, el mismo Fukuyama, auto-declarado neoconservador, al alejarse de las políticas de la administración puso en duda el carácter neoconservador de ésta (2007). Para quien declarase el “fin de la historia”, se podría hablar, en todo caso, de un “neo neoconservadurismo”. Asimismo, otro elemento que debe ser considerado como formando parte de la administración es la derecha evangelista (Roy, 2008). Por último, si se adscribe a la teoría que postula la homogeneidad ideológica de la administración bajo el manto del neoconservadurismo sobre todo durante el primer período de gobierno, éste fue objeto de numerosos estudios.

En síntesis, comprenderemos al discurso en su aspecto táctico, como una práctica discursiva inextricablemente ligada a las relaciones de poder, en tanto instrumento y efecto de éstas; y cuyo valor radica en que funciona como un medio para la construcción de verdad que es la condición sine qua non para el ejercicio del poder. Afirmar que el discurso construye realidad no implica, sin embargo, homologarlo con ella. Esta es la posición que, simplificando, adoptan Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, al establecer una identidad entre el discurso y lo social

(Laclau; Mouffe, 2004). Estamos de acuerdo con el carácter constitutivo de lo social que Laclau y Mouffe le otorgan al discurso y con el lugar primordial que le dan a la significación para establecer un enfoque de análisis del discurso; de ello no se deriva, sin embargo, que tengamos que eliminar las prácticas no discursivas, aunque éstas también puedan tener un aspecto discursivo.

Son muchos los puntos de contacto en la concepción del discurso entre Michel Foucault y Ernesto Laclau, sin embargo, no es menor aquello que los diferencia. Si las coincidencias se encuentran en la concepción de las formaciones discursivas, en el no-lugar del sujeto en el discurso, en el carácter de práctica constructiva y, por tanto, en el carácter material de éste último, existen entre ellos dos diferencias fundamentales. Por un lado, si bien ambos comprenden al discurso como práctica social, mientras para Laclau toda práctica social es discursiva, para Foucault existen otras prácticas además de las discursivas a las que denomina, como dijimos, prácticas no discursivas. En este sentido, en tanto confluyen en el terreno de entender al discurso como práctica, mientras Foucault lo concibe como una práctica, Laclau lo supone como la práctica. La segunda diferencia la encontramos en un terreno que para nosotros será fundamental, pues será aquel espacio que nos separe de la línea seguida por Foucault y nos encuentre –entre otros– junto a Laclau y a Mouffe: el ámbito de la significación.

Según Laclau, el alejamiento de Foucault de este terreno, encuentra sus orígenes en su apartamiento de la discusión en torno a la noción saussuriana de signo. Al alejarse de esta discusión, Foucault suspende el significado, centrándose en sus condiciones de producción, las cuales, según él, tendrían lugar por fuera de la significación (Laclau, 2004). Es decir que Foucault no se preocupa por la producción de significado en sí, sino, fundamentalmente, por sus condiciones de producción que no son reductibles a la significación (Buenfil Burgos, 1996).

Laclau y Mouffe continúan la línea de la teoría de Lacan quien, radicalizando la noción de sobredeterminación freudiana, establece la llamada lógica del significante que proclama el constante deslizamiento del significado con respecto al significante. De esta manera, este último se convierte en el elemento estable y los que varían son los significados que se le adosan (Laclau, 2004). Esta

concepción se basa en el supuesto del desligamiento entre significado y significante y, por tanto, en la idea de que es imposible fijar significados últimos, lo que no invalida la necesidad de fijaciones parciales. Por lo tanto, estos autores plantean que la lucha política pasa principalmente por la fijación parcial de determinados significados a determinados significantes. En este contexto, lo que se critica a Foucault específicamente es la instauración de un nuevo trascendental: el poder.

Junto con Jäger, creemos que es posible tender puentes entre ambas epistemologías, para seguir sosteniendo la distinción foucaultiana entre prácticas discursivas y prácticas no discursivas, dándole fundamental importancia, sin embargo, a la construcción de significado.

Si Foucault afirma que las prácticas discursivas producen y reproducen la realidad social, en tanto que producen y reproducen determinadas relaciones de poder, Jäger encuentra que es necesario establecer entre ambos una mediación, un vínculo que, según el autor alemán, Foucault intentó a través del concepto de dispositivo, pero que, de todas formas, permaneció oscuro. Es así que reintroduce en la concepción de discurso de Foucault al sujeto, no ya sólo como producto sino como participante de su producción y, por tanto, de la producción social. Esto no significa que Jäger se aparte de Foucault y reinstaure al sujeto en un centro creador: "No es el individuo quien hace el discurso, sino que lo contrario tiende a ser cierto" (Jäger, 2003: 67), sino que el sujeto se presentará ahora como transmisor de discurso. Esto le permite a Jäger establecer un puente entre la epistemología foucaultiana y el constructivismo de Laclau (Jäger, 2003; Meyer, 2003): el sujeto será aquel que medie entre las prácticas discursivas y las no discursivas, definidas como "acciones sobre la base de un conocimiento" (Jäger, 2003: 62).

Esta mediación pasa por la capacidad de los sujetos de asignar significados a las cosas, pues, siguiendo a Laclau y Mouffe (Laclau y Mouffe, 2004), Jäger afirma que "sólo dando significados a las cosas conseguimos hacer que sean cosas" (Jäger, 2003: 73-74). La puesta en escena del sujeto, entonces, le permite a Jäger establecer un vínculo entre prácticas discursivas y no discursivas, a través de

colocar en el centro de su método analítico a la construcción arbitraria de significados en la sociedad y establece, así, un lazo teórico (fundamental para nosotros) entre Foucault y Laclau. Como afirmamos al principio, consideraremos al discurso como una práctica social entre otras, y, en este sentido, estamos lejos de la concepción de Laclau y Mouffe quienes homologan el discurso a “lo social”. Sin embargo, coincidimos con estos últimos en que todos los objetos construidos como tales forman parte de lo discursivo en tanto que se les otorga un significado determinado. Es decir que de acuerdo al significado que se le dé a un hecho, éste ocupará determinado lugar en la totalidad discursiva y, por tanto, habilitará determinadas acciones, también significadas de determinadas maneras.

Un ejemplo. El 11 de septiembre del 2001 un avión se estrella contra la torre norte del World Trade Center, en Nueva York; diecisiete minutos más tarde otro avión hace lo mismo, esta vez impactando sobre la torre sur. Esto es un hecho, aquí no hay discurso. Sin embargo, este hecho es significado. Se caratula a lo acontecido como un “ataque”. Podría haberse rotulado de otra forma, podría haberse hablado de “atentado terrorista”, de “acto criminal”, de “masacre”. Pero no, se habló de un “ataque” que fue atribuido a la red Al-Qaeda, red que efectivamente existe, pero de la que se subrayó su carácter terrorista e islámico. Una vez más, se podría haber hablado de dicha red en distintos términos, podría haberse hecho hincapié únicamente en su uso sistemático del terrorismo o en sus reivindicaciones políticas. Pero no, Al-Qaeda fue rotulada como “terrorismo islámico”. A partir de haber significado a los atentados como ataque y de haberse identificado como enemigo a una red caratulada como terrorista e islámica, se pudo declarar, entonces, como consecuencia casi lógica, una “Guerra Global contra el Terror” que habilitaría –ya lo veremos– el derribamiento de todas las fronteras, la violación de todas las soberanías. El hecho de que la administración Bush, al frente del gobierno de Estados Unidos en aquel momento, haya podido instalar ese significado a nivel mundial (y no sólo en el campo político, también en el campo académico se aceptó dicha relación entre significante y significado), el hecho de que haya emergido ese significado y no otro en su lugar, da cuenta de ciertas relaciones de poder. En efecto, el poder también se ejerce a través de la

ligazón de un significado determinado a un cierto significante y “la participación en la economía discursiva es a través de relaciones sociales que encarnan una desigual distribución del poder” (Campbell, 1998: 7).

La cuestión de la relación entre significado y significante es fundamental para el tema que abordamos aquí: la construcción de identidades políticas, tema sobre el que han trabajado fuertemente Laclau y Mouffe. Jäger nos ha permitido hacer uso de sus concepciones, sin abandonar la distinción entre prácticas discursivas y no discursivas. Suponemos no sólo que las identidades son producto de las primeras, sino que ellas mismas son discursivas por excelencia, en tanto que nos oponemos a los esencialismos y partimos de la diferencia. En este sentido, buscamos subrayar el carácter de construcciones de las identidades políticas, más allá de que estén articuladas a través de lo cultural-religioso. Si las identidades suponen una homogeneidad que las transforma en unidades, lo que se busca es desarmar esas unidades, hacer visible el proceso que lleva a fundarlas y que, luego, una vez sedimentadas, se olvida. Poner en evidencia que las identidades son constructos discursivos que engendran realidad.

Si entendemos el método como el camino a seguir para vincular la teoría con la observación (Meyer, 2003), aquí se seguirá una metodología de análisis del discurso dirigida a rastrear las identidades propias y ajenas (otredades) en la construcción de las distintas acciones de política exterior de Estados Unidos hacia determinados gobiernos de Medio Oriente, durante las dos administraciones presididas por George W. Bush (2001-2009). A tal fin, se tendrán en cuenta únicamente los aspectos verbales de los discursos de los distintos miembros de la administración, haciendo a un lado aquéllos no-verbales.

Si bien en los últimos años ha habido una gran proliferación de estudios en el área de las Ciencias Sociales que se han basado en el análisis de discursos, los autores que se dedican a cuestiones metodológicas coinciden en que este tipo de análisis aún no entra en la categoría de metodología (Wodak, 2003a; Meyer, 2003; Díaz Bone, 2007). Más bien, aquellos que utilizan la “caja de herramientas” del análisis discursivo comparten una agenda, un programa, ciertas preguntas, pero ni siquiera hay una concepción homogénea acerca de qué se entiende por discurso.

Nuestro enfoque se sostendrá sobre lo que se dio en llamar análisis crítico del discurso (ACD). Éste tampoco es homogéneo; sin embargo, lo que hace confluir a los autores que lo utilizan es que el ACD estudia el lenguaje como práctica social, interesándose particularmente por la relación entre el lenguaje y el poder. A tal fin, se esfuerza por hacer explícitas las relaciones de poder que con frecuencia pasan desapercibidas en las prácticas discursivas, reinstalando el contexto histórico en el cual emergen los discursos. Este tipo de análisis del discurso, enfatiza la necesidad de establecer métodos para la investigación empírica de las relaciones entre prácticas discursivas y no discursivas (Wodak, 2003a).

La concepción de discurso que aquí utilizamos no se agota en lo lingüístico, es por esto que el análisis, si bien hará uso de instrumentos lingüísticos, no se reducirá exclusivamente a éstos. Haremos uso de ciertas herramientas generales del análisis del discurso que señalaremos a continuación y ciertas herramientas más específicas. Entre estas últimas dividiremos el análisis en una parte estructural que contemplará los contextos enunciativos, institucionales e históricos en los que los discursos tienen lugar, y una parte de análisis de contenido en el que funcionarán formas de operacionalización de nuestras variables de modos de construcción de identidad y de otredad.

La unidad mínima del discurso en Foucault es el enunciado (Foucault, 2002). Éste se distingue de las proposiciones y las frases. En cuanto a las primeras, implican un análisis lógico del que se deriva su clasificación en verdaderas y falsas. Con respecto a las segundas, posibilitan un análisis gramatical que puede conducir a una inspección interpretativa: buscar en el documento lo no-dicho, lo que se quiso decir. Ninguna de estas dos es la vía de análisis del enunciado. Este análisis no se propone ubicar la verdad o la falsedad de lo dicho y tampoco la intención del sujeto parlante o la invención de sentidos fuera de aquello que se presenta. Por el contrario, permanece en la superficie.

Nuestro análisis será, entonces, y en primer lugar, un análisis interpretativo. Hemos afirmado más arriba que las prácticas discursivas construyen realidad (de allí su materialidad). Esto lo hacen a través de la producción de una cierta significación de la realidad social que no es más que una cierta interpretación de

ésta (Díaz Bone, 2007). Interpretar no quiere decir aquí encontrar lo que hay de oculto en el discurso, leer más allá de éste, sino que todo discurso se supone como una interpretación, una dación de significado que no está dado en el suceso/acontecimiento/hecho de antemano, sino que se construye después, retroactivamente (ver al respecto: Žižek, 2003). Interpretar es, de este modo, imponer un significado. Tal como afirma Foucault, “el devenir de la humanidad es una serie de interpretaciones” (1993: 19). Si no se busca encontrar lo oculto detrás de lo dicho, blancos a ser llenados, nuestro análisis también supondrá una lectura superficial de los discursos. En este sentido, entendemos al discurso como lo dicho y, como hemos afirmado más arriba, no nos centraremos en la verdad o la falsedad de estos, sino en los efectos de verdad que producen.

Plantear una lectura superficial al tiempo que interpretativa de los discursos supone un trabajo de reordenamiento de estos para encontrar significados que no necesariamente están expresados de forma directa, pero que, sin embargo, tampoco están ocultos. En efecto, existe un régimen de los discursos que separa las cosas que pueden ser dichas, de aquellas que ya no pueden serlo. En estos últimos casos, a fin de evitar sanciones, ciertos significados se construyen indirectamente, a partir, por ejemplo, de la aparición de ciertos significantes en determinados contextos enunciativos o “hilos discursivos” (Jäger, 2003). Por ejemplo, no es necesario afirmar directamente que “los musulmanes son terroristas” para producir ese significado; basta con que el significante “musulmán”, “Islam”, “islámico” y sus derivados aparezcan en repetidas oportunidades en el mismo contexto enunciativo que el significante “terrorismo” para que esa fijación de sentido se realice. Es a partir de allí que se podrán comprender, por ejemplo, los pasados debates en torno a si permitir o no la construcción de una mezquita a 200 metros del lugar en el que se encontraban las derribadas Torres Gemelas.

Nuestro análisis se centrará en la relación entre prácticas discursivas y prácticas no discursivas. Según Jäger, estas últimas son “acciones (...) que (...) vehiculan conocimiento, que se ven precedidas de conocimiento y que están constantemente acompañadas de conocimiento” (2003: 94). En este sentido,

mientras que las prácticas discursivas estarán representadas en el presente trabajo por los discursos de la administración George W. Bush publicados durante su gestión en la página web de la Casa Blanca, las prácticas no discursivas estarán representadas por las acciones de política exterior que llevó adelante dicha administración hacia Medio Oriente. Estas acciones estarán clasificadas en acciones de política exterior hegemónicas y acciones de política exterior imperialistas y cada una se verá precedida y acompañada por un cierto modo de construcción discursiva de la identidad del otro (lo que llamaremos otredad) y de la identidad del sí mismo. Si las prácticas no discursivas pueden ser descritas y observadas, lo que nos proponemos es reconstruir el conocimiento en torno al otro y al sí mismo, construido a través de las prácticas discursivas, que las habilitó y acompañó. A tal fin, hemos escogido como casos testigo los discursos y las políticas desde la administración Bush hacia los gobiernos de Egipto y hacia aquél de Irak.

Capítulo 1

ACERCA DE LA IDENTIDAD Y LA OTREDAD: SUS MODOS DE CONSTRUCCION Y SU RELACIÓN CON LA POLÍTICA EXTERIOR

I

Identidad, Otredad y Relaciones Internacionales

La identidad y lo político.

Contra el sujeto moderno hobbesiano.

El constructivismo como continuador de la idea de subjetividad moderna.

Una crítica al constructivismo: identidad, relaciones de poder e intereses nacionales.

El objetivo del presente capítulo es sentar las bases teóricas que permitan una comprensión común de los conceptos de identidad y otredad y su relación con la política exterior, y señalar distintos modos en los que se efectúan sus construcciones. Vale aclarar que aquí estaremos hablando de identidades y

otredades políticas. Lo que pretendemos con estas definiciones es plantear un análisis que no parta de una identidad ya-dada que se desplegaría en el tiempo (como veremos más adelante, esta es la concepción del constructivismo en las RRII), sino que suponga una problematización de dicho concepto cuyo fin último sea pensar su construcción: a través de qué mecanismos se forma (qué es lo que rechaza y lo que incorpora), en qué contexto lo hace, en vistas a qué intereses (qué se busca con la construcción de determinadas identidades/otredades).

¿Por qué incorporar el estudio de la identidad (y, por consiguiente, de la otredad) a las RRII? Porque éstas se sostienen sobre relaciones de poder y, tal como plantea Chantal Mouffe, “el poder se encuentra en la esencia misma de la constitución de las identidades” (2007a: 96). Esta misma lectura ya había sido realizada por Carl Schmitt quien, al definir la especificidad de lo político como el campo que establece la distinción entre amigo y enemigo (2006), ligó lo político a la construcción de las identidades propias y ajenas (Derrida, 1998). Aún más, afirmamos que esta última es un modo de ejercicio del poder, pues el poder se ejerce también a través de esta construcción. En efecto, el carácter flexible y siempre abierto de las identidades/otredades, las presentan, por un lado, como un espacio en el cual las luchas políticas son puestas en acto y, por otro, como una importante herramienta política. Este último aspecto es de fundamental importancia aquí, pues sostenemos que, en tanto construcciones, el modo en el que éstas sean definidas, permitirá y acompañará el despliegue de distintos tipos de acciones de política exterior.

Hacer hincapié sobre la cualidad de constructo de las identidades/otredades y, por lo tanto, –como veremos un poco más adelante– en su carácter siempre abierto, nos encuentra cercanos al post-estructuralismo y al así llamado “post-modernismo” y en la vereda opuesta a la concepción ontológica predominante en las RRII. En efecto, coincidimos con quienes afirman que la ontología dominante en la disciplina, con su idea de un mundo anárquico de Estados luchando por su supervivencia está basada en la concepción del sujeto hobbesiano presente en el *Leviatán* (ver al respecto, Odysseos, 2007). En dicha obra, Thomas Hobbes plantea un imaginario estado de naturaleza en el que reina la posibilidad real de la

guerra de todos (y cada uno) contra todos (y cada uno). En efecto, este estado de naturaleza está poblado por sujetos individuales ya-constituidos que son considerados enemigos entre sí. Ante el peligro de una muerte siempre inminente, estos firman un contrato a través del cual otorgan todo su poder a un Leviatán, vale decir, a una autoridad soberana encargada de garantizar el orden y (por lo tanto) la vida (Hobbes, 1980).

Este relato, tomado por las corrientes hegemónicas en las RRII y trasladado al ámbito de la relación entre Estados³, señala la concepción dominante del sujeto en nuestra disciplina. Un sujeto que, por una parte, tiene una relación de enemistad natural con el otro y que, por otra, es considerado un sujeto ya completo cuando entra en relación con éste, oscureciéndose, de este modo, el carácter formativo del otro en la constitución de la propia identidad. De esta manera, el sujeto hegemónico en las RRII –el Estado–, es considerado como una unidad cerrada, como una identidad ya-completa, lista para relacionarse con otras de su mismo tipo. No es nuestra intención aquí realizar una crítica a la concepción de Estado en las RRII, lo que sí sostendremos es que la identidad estatal, planteada en términos generales como una unidad constante en el tiempo es, por el contrario, una identidad en constante movimiento, que, según requerimientos internos y externos, adopta distintos modos de articularse.

Quienes incorporaron la cuestión de la identidad estatal al ámbito de las RRII, colocándola en el centro de sus teorizaciones, fueron los autores pertenecientes a la llamada corriente constructivista. Sin embargo, enfocados en responder a la pregunta por la relación entre identidades e interés nacional, acabaron por reificar las primeras (Merke, s/f). En efecto, la corriente hegemónica dentro del constructivismo, a cuya cabeza ubicamos a Alexander Wendt, problematiza la formación de los intereses nacionales, pero comprende a las identidades como formándose a partir de un punto que resta sin explicación: ciertas representaciones primeras, no resultantes de una interacción social, que los Estados tendrían de sí mismos (Wendt, 1999). De esta manera, en ciertos

³ David Campbell realiza una interesante crítica del establecimiento de una analogía entre la relación de los individuos hobbesianos en el estado de naturaleza y la relación entre los Estados en el ámbito internacional. Al respecto ver Campbell, 1998: 55.

aspectos y a pesar de su crítica en este sentido, el discurso constructivista comparte la concepción ontológica dominante en las RRII al dar por sentada –si bien en un primer momento (el llamado “Primer encuentro” en términos de Wendt –1999–)– la existencia de una identidad estatal cerrada y unitaria (Odysseos, 2007).

Por lo tanto, antes de entrar de lleno en la definición de identidad/otredad con la que aquí nos manejaremos, consideramos necesaria una crítica a la corriente que se presenta como la representante de la introducción de la cuestión de la identidad en la disciplina de las RRII. Debemos afirmar, sin embargo, que no es ésta la única corriente que trata el tema. El llamado “post-modernismo”, una corriente marginalizada en las RRII que incluye un variado conjunto de pensadores críticos, post-estructuralistas y feministas (Campbell, 1998; Salomón, 2002), ha planteado una verdadera problematización del concepto de identidad, algunos de cuyos elementos hemos tomado en el presente trabajo (entre ellos, el enfoque interpretativista –Campbell, 1998–). La razón por la cual consideramos en este momento plantear algunas críticas puntuales al constructivismo es porque éste se presenta como aquella corriente que busca establecer un lazo entre las teorías “racionalistas” y aquellas “reflectivistas” –en términos de Keohane (1988)– en las RRII, quitándole a la introducción del concepto de la identidad en la disciplina su potencial crítico⁴.

Hemos afirmado más arriba, siguiendo a Chantal Mouffe, que existe una relación inescindible entre construcción de identidades y poder. Es llamativo, sin embargo, que aquellos que introdujeron la cuestión de la identidad en nuestra disciplina (los constructivistas) pugnen por alejar al poder de sus análisis. Esto puede ser explicado, por un lado, por el carácter liberal del que está imbuida esta corriente y su estela de cosmopolitismo del mismo tipo; y, por otro lado, por el hecho de haber emergido como resistencia fundamentalmente al neorrealismo, corriente que coloca al poder en el centro de sus reflexiones. De allí que el constructivismo

⁴ En términos de Campbell, el constructivismo supone “un intento de domesticar el ‘discurso’ y nociones relacionadas, a fin de que los intereses sustanciales de los pensadores críticos puedan ser ubicados dentro de las constricciones preexistentes de la ciencia social empírica” (1998: 218)

haya intentado hacer de “lo cultural” su hogar, como si saber y poder pudieran funcionar escindidos.

Para hacer una primera aproximación a la crítica que aquí quiere plantearse, digamos que, sintéticamente, ésta pasa por dos puntos fundamentales: 1) el “olvido” del rol que juegan las relaciones de poder (entendiéndolas como un complejo de poder y saber) en la política internacional y 2) el modo de concepción de la identidad y el rol que ésta juega en la delimitación y posterior efectuación de los intereses nacionales. Ambos puntos están fuertemente vinculados, pues son los que posibilitan una teoría basada en el interaccionismo simbólico que, sin embargo, para ser desplegada, precisa comenzar por suponer una suerte de “estado de naturaleza” en el que Alter y Ego, en tanto individualidades pre-dadas, se encuentran por vez primera (Wendt, 1999). En efecto, según Wendt, ambas no acuden a dicho encuentro vacías, sino que traen consigo su materialidad bruta (cuerpos y necesidades asociadas) y un bagaje “representacional en la forma de algunas ideas a priori acerca de quiénes son” (1999: 328). Este último bagaje funciona como el “punto de inicio” para la interacción que dará lugar a la modificación de identidades y, por tanto, de intereses. Cómo se construye ese núcleo duro y primero de la identidad que luego será moldeado a través de la interacción social, permanece como misterio. Y es allí, en ese enigmático punto oscuro, donde encontramos la ausencia de las relaciones de poder y la necesaria reificación de las identidades por parte de una corriente que se propone incorporarlas al análisis de las RRII. Es así como se explica que Wendt se autodenomine como “constructivista moderado” y a su teoría como siendo acreedora de un “esencialismo débil” (1999).

Uno de los problemas principales, a nuestro entender, del constructivismo radica en quedar apresados en una lucha a muerte entre materialismo e idealismo y colocarse definitivamente del lado del último. En efecto, frente al determinismo material de la “alianza” entre neorrealismo y neoliberalismo a la que Ruggie (1998) denominó como “neoutilitarismo”, esta corriente se parapeta sobre un determinismo cultural que, al escindir de este ámbito al poder, hace agua en puntos nodales de su teoría explicativa. El hecho de que haya tomado partido en

este sentido y de ese modo en particular encuentra su explicación en que el constructivismo busca terminar con la concepción clásica hobbesiana de las RRII a fin de bregar por el establecimiento de un cosmopolitismo kantiano. La lectura de Hobbes que el constructivismo combate es aquella que posibilita la naturalización de la lucha entre Estados por el poder en el ámbito internacional, entendiendo al poder en términos negativos (es decir, no productivos) y como una instancia escindida de lo "cultural". Lo que critica, en última instancia, no es la concepción del sujeto hobbesiano que, como veíamos, no precisa del otro para su constitución, sino el discurso que hace hincapié en postular la necesidad de un mundo de Estados enfrentados entre sí, el hecho de que un sistema internacional anárquico implique necesariamente un sistema de auto-ayuda. En efecto, a diferencia de la concepción de anarquía de Waltz (1988), Wendt afirmará que la anarquía, en tanto estructura del sistema internacional, es un "recipiente vacío" y que, por tanto, puede ser llenado con distintos contenidos (de allí su distinción entre tres culturas diferentes de la anarquía) (1999).

De hecho, la crítica tanto al neorrealismo como al institucionalismo neoliberal que se hace desde el "constructivismo moderado" (Wendt, 1999) pasa fundamentalmente por su concepción primera de los Estados como egoístas. El problema con este modo de retratar a los Estados, dirá Wendt (1999), no es el retrato en sí, sino el hecho de que este tipo de identidad se considera como una identidad dada por una vez y para siempre, es decir, una identidad ya-constituida que se mantiene inalterable a lo largo del tiempo. Sin embargo, el rol inicial que el autor de *Social Theory...* le otorga a los factores intrínsecos que moldean la existencia de los Estados y a la importancia de la imagen del "Primer encuentro" para la puesta en funcionamiento del mecanismo de la interacción (lo que, en última instancia, dará forma a la "estructura de identidades e intereses" del sistema internacional), dan cuenta de un "esencialismo débil" que permitirá que en el plano epistemológico el constructivismo de Wendt se encuentre alineado con los positivistas. Y, en efecto, si bien la teoría wendtiana dará lugar a la posibilidad de modificación de identidades (y, por lo tanto, de intereses), cierto núcleo duro en ellas se mantendrá inalterado e inalterable, lo que le permitirá a su autor citar

en varias oportunidades a Samuel P. Huntington y hacer afirmaciones que ponen en cuestión la “debilidad” del esencialismo admitido: “Por diversas razones – biología, política doméstica, victimización sistémica– algunos Estados pueden mostrar cierta predisposición a la agresión” (1992: 407-408, las cursivas son nuestras).

Es cuanto menos llamativo que a pesar de que el eje de la teoría constructivista de Wendt es la interacción interestatal y teniendo en cuenta que las relaciones entre estos son fundamentalmente políticas, es decir, son relaciones de poder, estas últimas tengan un rol fuertemente marginal. En efecto, en *Social Theory of International Politics* tan sólo aparece una fugaz referencia al lugar que el poder jugaría en la asignación de roles en la interacción. En este sentido, afirma el autor, “donde hay un desbalance de la capacidad material relevante, los actos sociales tenderán a evolucionar en la dirección favorecida por el más poderoso” (1999: 331). Desde aquí consideramos fundamental la incorporación de las relaciones de poder al estudio de la constitución de identidades y al rol que éstas juegan en la política internacional en general y en la efectución de la política exterior en particular. Ahora bien, no postularemos, una vez más, una vuelta a un determinismo “material” que toma a las identidades como datos dados. En este sentido, creemos que la relación inextricable que estableció Michel Foucault entre poder y saber, desarrollada anteriormente puede sernos de mucha ayuda.

II

Las identidades como construcciones históricas.

Sobre el concepto de identidad y su imbricación con el Otro.

Las identidades como construcciones históricas: los procesos de identificación.

El movimiento no es eterno: fijaciones parciales.

Otredad.

Sostiene Alexander Wendt que la identidad es una propiedad que supone una determinada auto-concepción que debe ser refrendada por los otros; en este sentido, las identidades están constituidas tanto por estructuras internas como externas (1999: 224). Aquí vemos aquello de lo que hablábamos más arriba: desconocemos cómo se forma esa auto-concepción primera, por qué se forma de esa manera y no de otra. Nuestra posición es radical al respecto: en ningún caso, en ninguna instancia, hay factores identitarios naturales porque las identidades son, por definición, histórico-sociales. No sólo porque el discurso lo es –y las identidades son inescindibles de éste, lo veremos más adelante–, sino porque no existe identidad –Yo– que no tenga como condición necesaria el establecimiento de una distinción con respecto a un Otro.

El carácter constitutivo de la otredad en la construcción de la propia identidad encuentra su explicación en el hecho de que la lógica de la identidad es una lógica relacional. Esto no significa que la distinción Yo/Otro implique necesariamente la negación absoluta del segundo. La constitución de la identidad, en efecto, se realiza a través de la inscripción de fronteras que sirven para delimitar un adentro de un afuera en relación con otros que pueden ser incluidos –anulándose sus diferencias– o que, por el contrario, son excluidos, siendo expulsados –lo veremos– al espacio del Afuera. En este sentido, estamos de acuerdo con aquellos autores que, oponiéndose a la filosofía liberal, sostienen que la inclusión ad infinitum es imposible (ver –entre otros– Laclau y Mouffe, 2004; Mouffe, 2007a; Odysseos, 2007); suponemos, por tanto, que en la formación de la identidad, participan mecanismos tanto de inclusión como de exclusión. Es por esta razón que sostenemos que no se puede pensar la identidad sin, al mismo tiempo, estar pensando la otredad. Es por esto que las identidades estatales son construidas al interior de relaciones interestatales que, en tanto relaciones políticas, son relaciones de poder. En este sentido, plantear la construcción de identidades estatales olvidando este rasgo fundamental, es mutilarlas de su naturaleza eminentemente política (y, por tanto, contingente, histórica) y perder de vista la posibilidad de su rol instrumental.

Sostenemos, así, que la noción de procesos de identificación, proveniente del psicoanálisis, da cuenta de aquello que queda poco claro en la concepción constructivista. Pues entender las identidades en tanto procesos de identificación pone el acento precisamente en su carácter de construcciones y nos permite hacer jugar en su proceso de producción contextos históricos de emergencia signados por determinadas relaciones de poder. Porque la identidad se nos presenta como una fosilización de una relación dinámica entre un Yo y un Otro: entre dos particularidades. En efecto, sostenemos junto con Louiza Odysseos, Edward Said y muchos otros (Odysseos, 2007; Said, 1996) que la identidad yoica se conforma por definición en una relación real con otros. Una relación que, como dijimos, no supone necesariamente oposición, pero que sí presenta (cuanto menos en este momento histórico) el riesgo de caer en ella. Los mecanismos de identificación son, entonces, tanto positivos como negativos; es precisamente esta característica lo que permite el movimiento dialéctico de inclusión y exclusión.

En el presente trabajo nos concentraremos en las identidades políticas y como una forma que éstas adoptan, en la identidad estatal, que es construida principalmente a través del discurso político. En palabras de Merke: “la identidad estatal es el resultado de un discurso hegemónico que le da sentido al estado en cuestión: construye un pasado, una visión del mundo y un lugar del estado en esa representación” (Merke, s/f). Como producto de prácticas discursivas –nos detendremos en esto más adelante–, esta identidad nunca está, por lo tanto, cerrada, pues puede ser desafiada por estructuras alternativas de sentido. Hacemos esta distinción a fin de evitar reducir lo político a lo estatal. Por otra parte, dada la fuerte presencia en el ámbito internacional de actores no-estatales, la otredad construida desde el discurso de una identidad estatal –en nuestro caso, Estados Unidos– no necesariamente se presentará como otro Estado.

Las identidades –construidas siempre retroactivamente como homogeneidades esencializadas (Zizek, 2003)– están formadas a partir de ciertos rasgos que son planteados como dados y ahistóricos. Sin hacer la pregunta acerca del por qué ni del cómo, se tiende a realizar una asociación inmediata entre –por ejemplo– cierta entidad estatal y alguna característica que ésta, en tanto unidad, poseería. Así,

Estados Unidos se nos presenta como el representante de la libertad y, de esta forma, no se nos permite dudar de su “benevolencia”, para hablar en términos de Robert Kagan (1998). Ahora bien, ¿cómo emergió esta identidad?; ¿después de qué batallas, de qué guerras Estados Unidos pudo presentarse ante el mundo como tal? Prestar atención al proceso de construcción de esa identidad nos permite pensar esas preguntas, intentar darles respuestas y dejar de repetir de modo automático que Estados Unidos es efectivamente el defensor de la libertad, de la democracia, etc. Porque esto último no lo dice sólo George W. Bush. De hecho, hay un mundo configurado de modo tal que se lo permite decir. Parafraseando a Walter Benjamin, la historia la escriben los vencedores. Y para que haya vencedores debe haber también vencidos, historias no relatadas, voces silenciadas. La crítica a esta noción de identidad como objeto ya-dado, entonces, nos permitirá pensar las identidades como contingentes, coyunturales, históricas. Las identidades propias y ajenas se nos aparecen, entonces, como resultados sedimentados de cierta estructura de relaciones de poder. Sostenemos que, ya que hay historia y hay luchas que la mueven, las identidades no son más que construcciones de carácter dinámico y en constante transformación; las diversas fosilizaciones son más bien procesos de identificación en movimiento, anclados en capas sedimentarias que conforman los “referentes duros” de ciertas identificaciones. El carácter dinámico que, de este modo, se le atribuye a las identidades, es aquello que posibilita su maleabilidad de acuerdo a intereses más o menos coyunturales. En efecto (afirmémoslo desde ahora) consideramos –en oposición a la corriente hegemónica dentro del constructivismo que postula que las identidades determinan los intereses– que los distintos modos de construcción de identidades y otredades pueden ser instrumentalizados con el fin de efectivizar intereses nacionales, lo que da cuenta de la posibilidad del uso político de las identidades postuladas como eternas y necesarias. Buscamos, de esta manera, distanciarnos de las concepciones esencialistas que tienden a naturalizar en mayor o menor medida estas construcciones. Lo que queremos subrayar es que las identidades no son eternas, sino que se encuentran enmarcadas en determinadas

relaciones de poder que, en tanto históricas, les posibilitan ser, desplegarse y perecer.

Esto no significa que no admitamos la existencia de núcleos más duros en la construcción de identidades, rasgos más duraderos. Sin embargo, creemos que estos tienen múltiples interpretaciones posibles que se adaptan según la política exterior definida y en juego y las relaciones de poder que les sirven de marco. De esta manera, y dependiendo de distintas circunstancias y contextos estructurales, las llamadas “fuerzas profundas” emergen, se ocultan, ocupan lugares centrales o periféricos en el discurso, incluso se transforman, adoptan nuevos sentidos. Aún más, las identidades –como tales– aparecen y desaparecen, articulándose en torno a distintos adjetivos. Un caso ilustrativo de esto último es, por ejemplo, en Medio Oriente, la caída en desgracia de la identidad nacionalista árabe como identidad política que supo primar durante los años del nasserismo egipcio y el fortalecimiento de identidades –también políticas– articuladas en torno a lo religioso. De este modo, los procesos de identificación, si bien por momentos fijados parcialmente, son flexibles. Este es el único modo en que las identidades pueden forjar alianzas políticas, en las que pueden perpetrar políticas hegemónicas, pues pueden transformarse para incorporar a un otro construido como diverso (Grüner, 2005). Postular la noción de identificación en lugar de la de identidad implica reconocer la ambigüedad que habita en el centro de toda definición yoica. Así, la identidad puede transformarse y abarcar, hasta cierto punto, lo heterogéneo.

La crítica a esta noción de identidad como objeto ya-dado, no problematizado, entonces, nos permitirá pensar las identidades como contingentes, coyunturales, históricas. Étienne Balibar sostiene que “no hay identidad ‘idéntica a sí misma’, (...) toda identidad es fundamentalmente ambigua” (2005: 62). Lo que esta afirmación pone en cuestión es, precisamente, el rasgo fundamental de lo que se entiende corrientemente por identidad. En efecto, se supone que ésta contesta a la pregunta acerca de quién soy unificando en una única respuesta una multiplicidad de modos de ser. En este sentido, la identidad (propia y ajena) funciona como reductora de complejidad transformando una multiplicidad en una

homogeneidad. Lo sostenemos, junto al post-estructuralismo y haciendo eco de cierto espíritu lacaniano, es que la identidad entendida como unidad es imposible pues la completa homogeneidad lo es; de ahí la imposibilidad de una identidad humana, sin fisuras, que plantea el cosmopolitismo liberal.

Existe, por lo tanto, en este punto, una tensión necesaria: en tanto la homogeneidad es constantemente requerida y se instauran distintas instituciones que funcionan como reductoras de complejidad, al mismo tiempo es inalcanzable, resultando de este proceso siempre un resto no homogeneizable que pone en duda la identidad y obliga al movimiento (Balibar, 2005). Sin embargo, si bien las identidades políticas están sujetas a cambios, es necesario hacer dos aclaraciones. En primer lugar, los cambios no son voluntarios, pues están ligados a cierta estructura de relaciones de poder que permite la emergencia de distintos ejes articuladores de identidades. Así, podemos citar como identidades políticas que emergieron en distintos momentos del siglo XX y XXI a las identidades nacionales, de clase, étnicas, religiosas, etc. En segundo lugar, estos cambios tampoco son constantes, es decir que las identidades pasan por momentos de fijaciones parciales, deteniendo su movimiento en torno a determinados puntos nodales de sentido (Laclau, Mouffe, 2004). Lo que buscamos resaltar es la imposibilidad de constitución de una única identidad siempre igual a sí misma.

Hemos afirmado que no existe identidad sin otredad y hemos definido a la primera como construcción. Lo mismo cabe a la otredad, entendida ésta como la identidad que es atribuida al Otro. Lo que diferencia a la otredad y a la identidad es que la primera es siempre objeto, es decir, producto de la representación de una identidad que se plantea como sujeto. El otro, en tanto tal, siempre es representado; el yo, por el contrario, se representa. En este sentido, el otro no es simplemente negado sino que hay un movimiento positivo que supone su construcción, su producción. La otredad, así, no necesariamente se postula como amenaza; puede ser definida, en cambio, en términos más o menos peligrosos para el Yo, abonando a la tesis de Campbell de que "el peligro no es una condición objetiva", sino un efecto de interpretación (1998: 1).

Al resaltar el carácter de construcción de las identidades, buscamos distanciarnos de las concepciones esencialistas que postulan a la identidad como una unidad pre-dada, ahistórica y, por tanto, no problematizable. No queremos, sin embargo, que nuestra posición sea llevada al extremo opuesto y se la comprenda como abogando por una perspectiva voluntarista, según la cual cualquier forma identitaria puede ser construida con sólo proponérselo. Buscamos seguir un camino que tiene en cuenta los rasgos estructurales de las identidades y que no deja de pensarlas como construcciones, es decir, de historizarlas. En este sentido, podríamos atribuirle a las identidades y otredades características que atribuimos antes al discurso: no intencionales, históricas, instrumentos y efectos de relaciones de poder. Como veremos a continuación, si hacer esto es posible, es porque las identidades (y, por tanto, también las otredades) son eminentemente discursivas, son, de hecho, productos de prácticas discursivas.

III

Las identidades como productos de las prácticas discursivas.

La identidad como construcción discursiva

Una nominación contingente que establece su significado retroactivamente

Construcciones naturalizadas

Hemos afirmado que el movimiento de las identidades no es perpetuo, sino que éstas precisan de fijaciones parciales. Esta afirmación va en la línea de responder a la pregunta acerca de cómo se ejerce el poder. Y aquí radica nuestro interés en las identidades como instancias discursivas que cumplen el rol de actualizar relaciones de poder. En efecto, siguiendo a Michel Foucault y a la lectura que de éste hace Gilles Deleuze, sostenemos la imposibilidad de escindir poder y saber. Pues el poder para realizarse precisa de una instancia formalizadora y, por tanto, formada: la encontrará en el saber, entendido como la trama de visibles y de enunciables, es decir, como todo aquello que en un momento histórico se puede ver y enunciar (Deleuze, 2003). Recordemos nuestro comienzo: “el poder se

encuentra en la esencia misma de la constitución de las identidades” (Mouffe, 2007a: 96); la constitución de identidades es un modo de ejercicio del poder.

Hemos afirmado una y otra vez que las identidades son construcciones. Pero no hemos dicho construcciones de qué tipo; agregamos entonces: derivadas de prácticas discursivas. En el mismo sentido que decimos que el discurso construye sus objetos –en lugar de pensarlos como cosas exteriores de las que éste habla, reflejando simplemente su existencia, o a las que indica–, en tanto práctica discursiva por excelencia, las identidades propias y ajenas se construyen a través del discurso. Sostenemos, entonces, que el campo de la formación de identidades y otredades, en tanto campo político por excelencia, es un campo eminentemente discursivo, pues las identidades son entes discursivos, es decir, que no existen más que en y a través del discurso. En efecto, junto con Balibar, Žižek, Laclau, Mouffe (Balibar, 2005; Laclau, Mouffe, 2004; Žižek, 2003) –entre otros–, sostenemos que las identidades son discursivas en tanto son nombres, significantes que homogeneízan una multiplicidad. Ahora bien, si el discurso se nos presentó como un dispositivo de actualización del poder, de allí se deduce que afirmar que las identidades son nombres, que son del plano de lo discursivo, no las deja exentas de participación en el ejercicio del poder, ni, por tanto, de materialidad; por el contrario, si son las prácticas discursivas las que construyen identidades, éstas serán portadoras de efectos materiales, es decir, constructoras de realidad.

¿Por qué afirmamos que las identidades son del plano de lo discursivo? Slavoj Žižek, sosteniéndose sobre Laclau y Mouffe, afirma que la identidad (en tanto fijación parcial) se establece a partir del establecimiento de un punto nodal que sutura significantes flotantes y fija su significado retroactivamente (Žižek, 2003). Esto quiere decir, en otras palabras, que la formación de una identidad es producto de una contingencia que agrupa una multiplicidad bajo un mismo significante que será lo que le dará a la primera sus rasgos específicos de acuerdo al contexto histórico. De esta manera, la identidad musulmana (en tanto identidad fijada parcialmente) no tendrá el mismo contenido si se la observa desde una óptica “occidental” –posición desde la cual se llenará de características del tipo

fanáticos, terroristas, suicidas, retrógrados y demás– que si se lo hace desde una óptica propiamente musulmana (suponiendo que ésta sea unitaria). Del mismo modo, Estados Unidos (también como identidad fijada parcialmente), mirado desde países afectados por sus políticas, será caracterizado como potencia imperialista, mientras que desde sí misma quizá pueda representarse como una potencia benigna, liberadora y democratizante (ver al respecto, Huntington, 1999). Cada una de estas caracterizaciones homogeneizantes, a su vez, tendrá ciertas condiciones de posibilidad para presentarse como tal (será más o menos escuchada y podrá representarse a sí misma) según las relaciones de poder, que señalarán no sólo aquello que pueda ser dicho, sino, asimismo, quiénes pueden decirlo.

Recordemos que en el apartado epistemológico que hicimos en la Introducción, hablamos del continuo deslizamiento del significado con respecto al significante que evidenciaba una relación arbitraria entre ambos componentes del signo lingüístico saussuriano. Esto quería decir que a un mismo significante podían adosársele distintos significados y tenía como consecuencia lógica la imposibilidad de fijar significados últimos. Trasladado a la cuestión de la identidad, esto significa que una misma identidad nominal puede ser llenada con distintos rasgos que la definan y, por lo tanto, que el cierre de una identidad no es nunca total, sino siempre parcial, pues está amenazada por fuerzas que pugnan por inyectarle nuevos sentidos. Que la relación sea arbitraria, sin embargo, no supone que sea voluntaria, es decir, que cualquier identidad, en tanto significante, no puede ser llenada con cualquier significado. Cuando decimos que la relación entre significante y significado o entre identidad y contenido de ésta es arbitraria, estamos afirmando que no existe ninguna relación natural, pre-dada, entre ambos. Ciertas relaciones de poder que funcionan regulando el discurso, posibilitarán determinados adosamientos y, asimismo, que ciertas identidades (y no otras) tengan la palabra, silenciando a las otredades que, entonces, serán construidas por las primeras. Es en este sentido que podemos afirmar que las identidades son resultado de ciertas relaciones de fuerza y, al mismo tiempo, campo en el que las fuerzas se encuentran.

Lo interesante de la lectura discursiva de las identidades planteadas por Balibar, Laclau, Mouffe y Zizek, entre otros, radica en que reconocen en la formación de identidades no sólo una sumatoria de cualidades compartidas que vendrían a organizar a una diversidad en torno a esas características, sino algo más: un plus que ejerce un efecto de ahistorización, la “ilusión de que el sentido de un determinado elemento (que quedó retroactivamente fijado mediante la intervención del significante amo) estaba presente en él desde el comienzo como su esencia inmanente” (Zizek, 2003: 144). De esta manera, las multiplicidades que dieron forma a esa identidad se funden en una unidad que aparece esencializada, es decir, se presenta como eterna y natural (de ahí que se puedan decir cosas tales como “los judíos/argentinos/musulmanes/etc. son así”). Esto último es, precisamente, aquello en lo que ponen su atención los autores mencionados: en la relación entre una nominación que es, por definición, contingente, y la lógica de la necesidad-ahistoricidad que se instala al transformarse esa nominación en una identidad. El afirmar que toda nominación es contingente es una postura basada en el anti-descriptivismo que se sostiene sobre la imposibilidad de significar lo Real tal y como es “en realidad”; en palabras de Zizek: “lo Real no contiene un modo necesario de ser simbolizado” (2003: 137). De ahí la importancia del discurso en las relaciones de poder: éstas configurarán no sólo modos posibles de simbolización de lo Real, sino también, quiénes tendrán mayores posibilidades de imponer su significación particular y universalizarla.

IV

Identidades, otredades y política exterior.

El nivel táctico y el nivel estratégico en la constitución de identidades y otredades

Los ejes articuladores de identidades y otredades

Instrumentalización: identidades/otredades y política exterior.

Si hemos emprendido una dura crítica al constructivismo es porque creemos que la construcción de identidades y otredades es un elemento fundamental para la comprensión de las relaciones de poder en el ámbito internacional. No sólo porque, en un nivel, consideramos a los modos de construcción de identidades y

Sección: **Tesis**

otredades como instrumentos que posibilitan la efectuación de determinados intereses nacionales (de lo que nos ocuparemos aquí), sino porque creemos que las formas de articulación de estos modos, es decir, los adjetivos a través de los cuales las identidades y las otredades políticas son construidas, constituyen una invaluable herramienta de análisis de la política internacional. Con esto queremos decir que a lo largo de la historia existieron distintos adjetivos articuladores de identidades y otredades que señalaron los ejes por los que pasaban las relaciones de poder. Las emergencias de identidades nacionales, de clase, políticas, étnicas, civilizacionales, religiosas, etc. funcionan como hitos históricos que nos permiten preguntarnos por qué surgen determinados modos de articulación, qué está en juego en cada momento histórico para que aparezcan dichos caracteres identitarios y no otros en su lugar.

En *Social Theory...*, Wendt afirma: "Puede que las identidades sean elegidas de acuerdo a intereses [...] pero esos mismos intereses presuponen aún más profundas identidades" (1999: 231). En la misma página el autor intenta establecer una relación bidireccional entre identidades e intereses; sin embargo, a lo largo del libro y en distintos escritos, las identidades en el pensamiento constructivista tienen claramente un rol determinante en la constitución de estos últimos (Jepperson, Katzenstein, Wendt, 1996; Wendt, 1992; Wendt, 1999). Creemos que el problema del condicionamiento de las identidades por los intereses y/o viceversa, puede solucionarse estableciendo dos niveles en la constitución de identidades: un nivel instrumental o táctico y un nivel estructural o estratégico. El primer nivel indicará cómo son construidas las identidades y las otredades de acuerdo a determinados intereses que guían las acciones de política exterior y quiénes son congraciados con tales o cuales modos de construcción. Por su parte, el nivel estructural o estratégico (que, creemos, se correspondería con aquello a lo que los constructivistas denominan "ambiente cultural" (Jepperson, Katzenstein, Wendt, 1996)), contemplará la configuración de las relaciones de poder en las que estas construcciones se dan y marcarán las líneas generales que señalarán, entre otras cosas, en torno a qué rasgos articuladores se podrán

construir las identidades (obteniendo así identidades de tipo político, de clase, raciales, étnicas, civilizacionales, religiosas, etc., etc.).

En cuanto al último nivel, sólo diremos aquí que éste funciona como un nivel-marco, un determinado estado de las relaciones de poder que posibilita ciertos saberes, ciertos visibles y ciertos enunciables, en términos de Wendt, cierta “estructura de identidades e intereses” (Wendt, 1992). En este sentido, sostenemos que las ideas no son entidades del plano de lo sintomático, una superestructura que reflejaría una estructura económico-material, sino que existe efectivamente una estructura “ideacional” (discursiva, en nuestros términos), pero, a diferencia del constructivismo, creemos que ésta se encuentra fuertemente imbricada a y es inescindible de las relaciones de poder. Estas últimas determinarán, por ejemplo, si las identidades son construidas de un modo negativo o de un modo positivo, si son entendidas como construcciones o como datos ya-dados, si son tenidas en cuenta en los análisis, si no lo son, etc. ¿Cómo se explica la emergencia de los intereses intelectuales si no es a partir de cierta estructura-mundo configurada a partir de las relaciones de poder? En este sentido, podríamos afirmar que, si a partir de la caída en desgracia de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), la política se ha culturalizado (en términos de Mouffe: “lo político se expresa en un registro moral” (2007a: 12)), no debería sorprendernos la emergencia de una corriente al interior de la disciplina de las RRII, que busque sus variables explicativas en el ámbito de lo cultural, “olvide” las relaciones de poder en su teorización y, finalmente, instaure el determinismo cultural como una realidad ahistórica. La historización es, precisamente, aquello que nos obliga a colocar en el centro de nuestro análisis a las relaciones de poder. De esta manera podríamos también comprender la emergencia de discursos políticos articulados en torno de lo religioso (“retorno” de las Cruzadas, enemigo definido por sus caracteres religiosos –Islam (fascista)–, etc., etc.).

Pero en el presente trabajo, nos concentraremos en la relación entre modo de construcción de identidades y otredades y efectuación de los intereses nacionales

que tendrán como objetivo macro mantener o trastocar determinada configuración de relaciones de poder (es decir, objetivos status quoistas o revisionistas).

Suponemos que la política exterior está conducida por aquellos que quienes están en posición de tomar decisiones definen como "interés nacional". En este sentido, no consideramos que exista un único y necesario interés nacional (esta afirmación se desprende de nuestras anteriores aseveraciones en torno a la identidad), sino que éste es, también, una construcción discursiva que guía la política exterior de un determinado Estado. El interés nacional puede plantearse la necesidad de la conservación de cierto status quo o su transformación. De acuerdo a éste, las identidades de aquellos otros (otredades) que estén comprendidos dentro de lo que es definido como "interés nacional" van a ser construidas de distintos modos. Desde aquí planteamos, entonces, que los distintos modos de construcción de otredades e identidades van a funcionar como condiciones de posibilidad de la efectuación de los llamados "intereses nacionales".

Hasta aquí postulamos a la identidad/otredad en términos generales, buscando definir las en su inescindible relación y señalando su carácter de constructos discursivos. Planteamos que no existe identidad sin el establecimiento de una distinción con respecto a un otro, pero nos cuidamos de que dicha distinción tomara la forma exclusiva de una negación: sostuvimos que los otros pueden ser tanto incorporados como expulsados de la totalidad definida por el Yo. El Yo, por su parte, no siempre conservará su carácter particular, sino que, en determinados casos, podrá identificarse con la universalidad. Sostenemos que, de acuerdo al tipo de acción de política exterior que se lleve adelante, los modos de construcción de las identidades y de las otredades variarán. Encontraremos, entonces, por un lado, identidades que, en el establecimiento de alianzas, se convertirán en universales respetuosos de las particularidades, y otredades que serán incorporadas y, por lo tanto, construidas como asimilables; y, por otro lado, identidades que se identificarán con una universalidad postulada como un a priori necesario y que, por consiguiente, no tendrá en cuenta las particularidades, encontrando su reverso en otredades inasimilables, expulsadas de la totalidad.

V

Acerca de los modos de construcción de identidades y otredades.

Digamos, en primer lugar, que postulamos dos modos de construcción de identidades: uno que reconoce a la identidad como particularidad, es decir, que se reconoce a sí misma como histórica y, por tanto, como portadora de intereses; y otro a través del cual la identidad se presenta como universalidad. En este último caso, la identidad aparece como representante de categorías fundamentalmente éticas como ser “la humanidad”, “la civilización”, “la comunidad internacional”. Las tres son consideradas como categorías éticas porque no son categorías descriptivas, es decir, que la humanidad, por ejemplo, no es considerada como tal por sus rasgos característicos sino que dicha categoría se transforma en una categoría valorativa a través de la cual se juzga las acciones de los otros al punto de poder llegar a su deshumanización (Rasch, 2003). Estos otros, entonces, serán contruidos como otros inasimilables, es decir, otros que no pueden ser incorporados a dicha universalidad (configurada, por supuesto, por quien tiene el poder de configurarla), siendo contruidos como su reverso y abriendo la posibilidad a su exterminio (ver al respecto Feierstein, 2000). Otro modo de construcción de otredades será aquél que construya otros asimilables, es decir, otros que puedan ser incorporados a la totalidad definida por el Yo. Estas otredades asimilables serán mutiladas de las diferencias de las cuales son portadoras, eliminando sus características que las hacen ser otredades. La incorporación de estas últimas, sin embargo, no se dará con carácter de igualdad, sino que serán sujetos de incorporación jerárquica, incluidos en el sistema como ciudadanos del mundo de segunda, tercera o x categoría.

Los modos de construcción de identidades y otredades a los que acabamos de hacer alusión son aquello a lo que nos referíamos como procesos de identificación. Planteados en estos términos, nos permitirán dar cuenta del uso político de las identidades postuladas como eternas y necesarias, pues un mismo otro puede ser acreedor de una otredad asimilable o inasimilable no de acuerdo a lo que es “en realidad”, sino de acuerdo a cómo es construido. De esta manera, el ex presidente

iraquí, Saddam Hussein, pudo ser incorporado a la totalidad delineada por Estados Unidos en el contexto de la Guerra Fría y en su enfrentamiento contra el gobierno islámico revolucionario de Irán, y pudo ser totalmente expulsado, siendo construido como una otredad inasimilable, luego del final de la Guerra Fría cuando la administración George H. W. Bush se propuso la configuración de un “nuevo orden mundial” en el cual personajes como éste debían ser neutralizados. Intereses nacionales y procesos de identificación están fuertemente imbricados, funcionando los últimos como posibilitadores discursivos de la efectuación de los primeros.

Lo que queremos decir es que es imposible invadir, conquistar, realizar un cambio de régimen y permanecer durante largos años en un territorio con el fin de cambiar las relaciones de poder en la región de la que éste forma parte, sin un previo despliegue discursivo que presente a dichas políticas como necesarias para la humanidad toda, por la amenaza que presentaba el status quo anterior. Asimismo, es la adaptabilidad propia de los procesos de identificación la que posibilita la formación de alianzas políticas frente a las alianzas éticas y, por tanto, las políticas de construcción de consenso. Es en este sentido que afirmamos que los distintos modos de construcción de identidades y otredades, en tanto prácticas discursivas, funcionan como instrumentos para la realización de acciones de política exterior. Como decíamos en la Introducción, no sólo como elementos de justificación/legitimación, sino como constructores de realidad, como productores de efectos de poder (productores y reproductores de relaciones de poder).

Desde el momento en que identidad y otredad se encuentran profundamente imbricadas, no podremos hacer referencia a los modos de construcción de éstas de forma totalmente separada. De este modo, los hemos agrupado en dos conjuntos que implican modos de construcción de identidades y otredades que se corresponden, en tanto identidad y otredad son comprendidas como las dos caras de una misma moneda. En primer lugar, hablaremos de la identidad construida como particular y de la otredad construida como asimilable. En segundo lugar, de la identidad construida como universalidad y de su reverso, la otredad inasimilable.

Identidad y otredad asimilable

Identidades particulares y formación de alianzas políticas

La jerarquización de la totalidad

Otredades asimilables

En tanto la identidad es, por definición, una particularidad histórica, hemos estado hablando de ella a lo largo de las palabras que precedieron. Aquí quisiéramos extendernos un poco más sobre la posibilidad de esta identidad de establecer alianzas que supongan políticas de consenso. Suponemos que, a tal fin, esta identidad deberá construirse como pasible de aliarse con otras, por tanto, reconociéndolas como tales. Esto no supone, sin embargo, una relación simétrica entre éstas, pues una se erigirá como identidad y las otras permanecerán como otredades. En efecto, si bien la formación de alianzas supone la construcción de un determinado tipo de universalidad que –ya veremos más adelante– llamaremos “universal”, las identidades dominantes tendrán allí una posición jerárquica en relación a los otros que también formarán parte de él. En este sentido, la totalidad construida por el Yo en la que los otros son hospedados es un espacio jerárquico atravesado por líneas de tensión. Que sean las identidades dominantes aquellas con la capacidad de configurar totalidades no implica que éstas no sufran ninguna modificación, es decir, no significa que la totalidad conformada sea un resultado directo de su intención. En tanto ésta se forma en un campo atravesado por relaciones de poder (lo cual implica resistencias), no es el resultado de ninguna de las voluntades que se enfrentan, aunque la identidad dominante tenga mayor incidencia en su configuración. En efecto, para albergar a los otros, la identidad anfitriona deberá adaptarse, lo que supondrá un cierto grado de transformación que le permitirá seguir sosteniendo su posición dominante.

Estamos hablando de relaciones de poder mundiales, por tanto, el espacio de inclusión de estas otredades –nuestra totalidad– será un mundo mayormente delineado por aquel que ocupa la posición de poder incidir más fuertemente en la determinación de los límites y las características de ese mundo. Y quien tiene el

poder de definir quién forma parte y quién no de él, en nuestro caso, el gobierno de Estados Unidos, se encuentra en una posición distinta de aquel que es invitado a participar. La invitación por parte de Estados Unidos a estos otros que serán construidos en tanto diversidad, implica su construcción no sólo como una potencia multicultural, sino también como una que reconoce sus intereses particulares (v.g. "nacionales"). Por lo tanto, la construcción de este tipo de asociaciones se hará, también, en nombre de estos. En efecto, hablamos de identidades y otredades políticas y, por tanto, de alianzas políticas que, en términos de Derrida, dependen fundamentalmente de "lo útil" (1998), es decir de aquello que es delineado como interés nacional. En este sentido, las alianzas con las otredades asimilables, aquellos que son invitados a formar parte de la totalidad configurada por el Yo, se sostienen sobre el reconocimiento de intereses comunes. La figura que se nos presenta para graficar esta idea es la de un círculo de anillos concéntricos que a medida que incorpora a los otros, se transforma. Dijimos más arriba que la incorporación de estos otros se da de un modo jerárquico; de esta manera, debemos imaginarnos a cada uno de los anillos como representando un nivel distinto de integración. En el núcleo del mismo se encontraría la identidad encargada de la demarcación de la totalidad, presentándose como representante de ella, en nuestro caso, la identidad de Estados Unidos. A medida que nos vamos alejando de ese núcleo, los distintos niveles anillados que lo rodean, van acercándose, asimismo, al espacio exterior de dicha totalidad, que será ocupado por aquellos que de ninguna manera podrán ser incorporados. Esto tiene como corolario que aquellos otros más cercanos al núcleo serán tratados de un modo distinto que aquéllos más alejados. De esta manera, la política estadounidense hacia un aliado estratégico como Israel y hacia Egipto, si bien es, en ambos casos, una política de construcción de consenso y de formación de alianzas, establece claras diferencias entre ambos socios. En efecto, uno de los mayores reclamos realizados por El Cairo a Washington radica en la diferencia de ayuda militar que reciben uno y otro, diferencia inclinada a favor del Estado israelí. De este modo, y siguiendo con nuestro intento de graficar, este último se encontraría en un anillo mucho más cercano al núcleo estadounidense que aquél que habitaría Egipto.

Llamaremos a estos otros que son invitados a formar parte de la totalidad delineada por el Yo, otredad asimilable. La utilización del adjetivo “asimilable” para dar cuenta de estas otredades merece un momento de atención. Tzvetan Todorov, en su libro *La conquista de América*, realiza una distinción entre los conceptos de asimilación y asociación (2003). Supone que el primero, sostenido sobre una tesis universalista, habilita políticas colonialistas clásicas, es decir, la existencia de una metrópoli que toma el control total de las instituciones de un territorio extranjero. Por otra parte, señala que el concepto de asociación es propio de las tesis relativistas que dan lugar a políticas de protectorado que permiten el ejercicio de cierto grado de autonomía con respecto a las decisiones políticas (ni militares ni económicas). Si bien estamos de acuerdo con algunas de estas afirmaciones, creemos que la asimilación no sólo es posible en el terreno de las prácticas políticas colonialistas, sino que tiene que ver con la transformación del otro de modo tal de hacerlo similar al Yo. En este sentido, nos parece significativa la categoría de otredades asimilables pues comprende el hecho de que el modo de construcción de estas otredades supone pulir las diferencias presentes en ellas y transformarlas en diversidades, es decir, modos distintos de presentarse de lo mismo (Grüner, 2005). De esta forma, estos otros son construidos de modo tal que puedan formar parte de dicha totalidad, pues son incorporados a ella.

Los otros construidos como asimilables, por tanto, pueden ser considerados aliados políticos. Estos no dejan de ser otros, pero otros integrables y, por lo tanto, interpelables. En efecto, a diferencia de aquellos otros construidos como inasimilables, a estos se les dirige la palabra: se los invita, se aceptan sus invitaciones, se establecen relaciones de negociación. Un claro ejemplo de esto fue la política del Estados Unidos de la administración George W. Bush (en ciertas ocasiones mediada por Israel) hacia Al-Fatah y hacia Hamas respectivamente. Mientras que el Presidente de la Autoridad Nacional Palestina, Mahmoud Abbas, fue caracterizado como “moderado” y, por lo tanto, invitado a Washington, a la Conferencia de Annapolis y convertido en un interlocutor válido, el movimiento Hamas, a pesar de haber sido elegido democráticamente, fue hostigado

retóricamente una y otra vez hasta que el hostigamiento se volvió físico con la invasión a Gaza por el ejército israelí en diciembre 2008/enero 2009.

Universalidad y otredad inasimilable

Universal/Universalidad: lo contingente (político) y lo necesario (ética)

La otredad inasimilable como contrapartida de la universalidad

La diferencia y el cierre de la identidad

La separación total entre el Yo y el otro inasimilable

Hemos hablado de la posibilidad de construcción por parte de la identidad dominante de un tipo de universal que contempla las particularidades de ciertos otros. Hemos denominado a éstos otredades asimilables y hemos planteado como su característica fundamental el hecho de que son construidos como incorporables a la totalidad por ella delineada. Esto permite, por tanto, que sean sujetos de alianzas políticas y de diálogo. El tipo de universalidad que, de esta manera, hemos puesto en juego, es uno que contempla las particularidades y se construye sobre ellas. Sin embargo, existe otro modo de universalidad que no va a presentarse como resultado de la relación entre particularidades, sino que se presentará como previa a éstas. Será la identidad dominante aquella que, en ciertas circunstancias, podrá tomar la forma de esta universalidad, invisibilizando, de esta manera, su carácter de identidad (recordemos que las identidades son, por definición, particularidades históricas).

Para dejar en claro la diferencia entre las dos formas de universalidad a las que aquí estamos haciendo referencia, recurriremos a Judith Butler, quien, siguiendo a Hegel, plantea que la universalidad funciona duplicándose en universalidad abstracta y en universalidad concreta (2003). Mientras para la primera Butler conserva el término universalidad, denomina a la segunda como universal. La diferencia entre una y otra estriba en su relación con la particularidad. Mientras que el universal reconoce las particularidades y es a partir de ellas que se postula, la universalidad se presenta como anterior a ellas. Lo universal es, de este modo, a posteriori (se construye a partir de las particularidades), y la universalidad, a

Sección: **Tesis**

priori (niega las particularidades). De esta manera, lo universal puede ser entendido como histórico y contingente; en cambio, la universalidad se presenta como ahistórica y necesaria. Al presentarse como un deber-ser anterior a toda particularidad, la universalidad no puede ser más que impuesta.

Si lo universal, en tanto contingente, reconociendo intereses particulares, permanece en el campo de lo político⁵, la universalidad, por el contrario, se sostiene sobre preceptos morales – que la desplazan al ámbito de la ética, pues ésta es, por definición, normativa. Así, cuando la identidad es planteada en términos de valores universales, se la mutila de los intereses particulares que la mueven, quedando éstos invisibilizados. A modo de ejemplo, desde el discurso de la administración G. W. Bush, en ciertas circunstancias Estados Unidos fue presentado como el representante terrenal de la “libertad” y la democracia, que fueron contruidos como históricamente necesarios, como “el regalo de Dios para cada individuo sobre la faz de la Tierra”⁶. La presentación de Estados Unidos de este modo, habilitó su intervención para la imposición de formas particulares –y, por tanto, históricas– de organización política en lugares como Irak y Afganistán. En nombre de estos valores particulares presentados como universales, Estados Unidos buscó llevar a cabo la reconfiguración de Medio Oriente de modo tal que esta región se abriera a sus intereses. El problema de la eticización de la política radica en que el otro-moral, aquel que no comparte mis valores, no puede ser incorporado a la totalidad; la única alternativa es su eliminación del juego mundial. El problema de la universalidad, por tanto, radica en su peligrosidad como dispositivo de legitimación de muerte.

En efecto, la contrapartida de la esbozada universalidad es la construcción de una otredad que está por fuera de ella, a la que no se puede incorporar. Siguiendo la denominación de más arriba, llamaremos a este modo de construcción de otredades, otredad inasimilable. Del mismo modo que sostuvimos que las otredades asimilables son amputadas de sus diferencias y transformadas en

⁵ Laclau y Mouffe, siguiendo a Schmitt, sostienen que lo político es lo eminentemente contingente (2004).

⁶ CASA BLANCA (2003). El Presidente pone al día a trabajadores de una planta de tanques en Lima, Ohio, con respecto a Irak, (24/04/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

diversidad, es decir en modos distintos de presentarse lo mismo, en términos de Grüner, las otredades inasimilables se presentan como pura diferencia (Grüner, 2005). En este sentido, su función como tal será la de cerrar la totalidad, de delimitarla, de señalar lo que ella no es (Laclau, 2003). Al no tener lugar en la totalidad, esta otredad debe ser, por tanto, exterminada. Así, en nombre de necesidades históricas se abren las puertas para la posibilidad de exterminios en las relaciones internacionales. En efecto, estos otros son contruidos de modo tal que, con ellos, el conflicto resulta inevitable y su exterminio necesario.

Ahora bien, la demarcación de un otro inasimilable, la expulsión de éste de la totalidad, no sólo hace posible su eliminación, sino que, al mismo tiempo, permite conservar cierta estructura social que no puede ser discutida. En este sentido, sostenemos que la función de la otredad inasimilable es evitar la crítica del Yo, cerrar la identidad a través de una homogeneización que coloca los conflictos en el exterior, en otros que son colocados fuera del (nuestro) mundo. Si el régimen de Saddam Hussein pudo ser erradicado de la faz de la tierra, si se pudo acabar con él en el sentido físico y en el sentido simbólico, esto se debió a que Estados Unidos logró identificarse con “el mundo” tanto a través de su recurso a la universalidad como su rol a nivel mundial⁷. De esta manera, colocando las amenazas en el Afuera se conserva la unidad de una identidad así constituida. La otredad inasimilable se presenta, entonces, como externa al Yo, desligándose este último de cualquier relación con la primera. Esto supone, asimismo, la imposibilidad del establecimiento de un diálogo con la otredad inasimilable, de quien se habla pero a quien no se le habla.

De este modo, se anula la necesaria relación entre el Yo y el otro en la constitución de las identidades. Así, por ejemplo, Estados Unidos se presenta como totalmente ajeno a la resistencia que se le opone tomando la forma del terrorismo, la otredad inasimilable por excelencia durante los años Bush. En este sentido, la pregunta que se formulaba la administración Bush luego de ocurridos los atentados del 11 de septiembre del 2001, es sintomática: ¿por qué?

⁷ Si bien la política de Estados Unidos hacia Irak fue fuertemente criticada también desde aliados tradicionales de Estados Unidos (v.g. algunos países de Europa como Francia y Alemania), terminó por aceptarse la idea bushiana de que “el mundo está mejor sin Saddam Hussein”.

“¿por qué le ha sucedido esto a América? ¿Por qué alguien haría esto a nuestro país? (...) Estos ataques son de una gente que es tan mala que es difícil para mí explicar por qué. Es difícil para nosotros comprender por qué alguien pensaría de la manera en que esta gente piensa y menospreciaría la vida de la forma en que lo hace y heriría a gente inocente. Simplemente es difícil, para nosotros, adultos, explicarlo.”⁸

El formular esta pregunta una y otra vez, implica, por un lado, no comprender el grado de participación que la política exterior de Estados Unidos pudo haber tenido en la perpetración del atentado. El no comprender por qué se eligió a Estados Unidos como blanco, el no comprender por qué a las Torres Gemelas, supone no medir las consecuencias que la política exterior de la potencia del norte puede generar en las distintas regiones. Por otro lado, también supone quitar racionalidad a las prácticas políticas de los otros, eliminar sus razones políticas (fuertemente ligadas a la historia). Repetir una y otra vez la pregunta por el por qué sin encontrar una respuesta, sin ni siquiera buscarla, implica condenar a los autores de dichas políticas al campo de la irracionalidad. Desde aquí acordamos con Chantal Mouffe en que el emergente y fortalecido fenómeno terrorista debe ser contextualizado en el marco del “modelo neoliberal de globalización bajo el dominio de los Estados Unidos” (2007a: 88) que se impuso a partir del fin de la Guerra Fría y que restringe en gran medida la posibilidad de la existencia de modelos sociopolíticos distintos al predominante en “Occidente”. Esto supone pensar el terrorismo como perteneciente a una cierta configuración de relaciones de poder que, a nivel mundial, presentándose de modo apolítico, pone fuertes límites a la expresión de la disidencia.

El presente trabajo pretende identificar los modos de construcción de identidades y otredades desarrollados en los discursos de la administración Bush, postulándose como hipótesis principal que políticas hegemónicas y políticas imperialistas suponen como condición de posibilidad modos distintos de

⁸ CASA BLANCA (2001). El Presidente lanza asociación educativa con naciones musulmanas, (25/10/2001). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

construcción de identidades y otredades. De esta manera, buscamos hacer hincapié en el carácter de constructo discursivo de las identidades y de las otredades, colocándonos en firme oposición a la corriente constructivista en las RRII y sosteniendo que la construcción de éstas se encuentra en el núcleo del ejercicio del poder. Frente al constructivismo que, –como vimos– sin problematizar la constitución identitaria, postula que ésta es determinante en el delineamiento de los intereses nacionales, buscamos hacer foco en la construcción de las identidades y no tanto en el proceso de formación de los intereses nacionales, sosteniendo que éstas son condición de posibilidad de la efectuación de los últimos. El próximo capítulo, entonces, tendrá como objetivo desarrollar las categorías de política imperialista y política hegemónica, sumando a las definiciones la dimensión simbólica.

Capítulo 2

POLÍTICAS HEGEMÓNICAS E IMPERIALISTAS DURANTE LA ADMINISTRACIÓN BUSH: SUS RELACIONES CON LOS MODOS DE CONSTRUCCIÓN DE IDENTIDAD Y OTREDAD

I

Imperio o Hegemón.

La política exterior, el consenso y la coerción.

Campbell: Política Exterior e identidad al interior del Estado

Factores externos: acciones de política exterior.

¿Imperio o Hegemón?

Políticas hegemónicas e imperialistas como modos complementarios de ejercicio del poder.

David Campbell sostiene que la Política Exterior⁹ es una instancia privilegiada para la (re)producción de las identidades y las otredades a nivel internacional; aún

⁹ Colocamos el término Política Exterior en mayúscula pues en su libro *Writing Security...*, Campbell distingue entre política exterior y Política Exterior. Con la primera hace alusión a la práctica de construcción de identidades a través de la diferenciación del otro y, con la segunda, a lo que se entiende corrientemente

más, postula que “la identidad del Estado (...) es contenida y reproducida a través de la Política Exterior” (1998: 11), remarcando la idea de que esta última no es una actividad que suponga una identidad previamente definida y consolidada. De esta manera, polemiza con la idea de que la Política Exterior establece un “puente” entre los Estados como unidades cerradas y previamente constituidas. Critica esta concepción de dos modos. Por un lado, resaltando el carácter de construcción social de la identidad estatal, es decir, postulando –como veíamos en el capítulo anterior– que no hay identidad sin otredad y, por tanto, sosteniendo que los Estados forman su identidad a través de las relaciones interestatales y no previo a ellas. Por otro lado, planteando que, en su articulación del peligro, la Política Exterior más que funcionar como un “puente” que liga al Estado con el resto del mundo, funciona como un modo de diferenciación de éste. Su construcción teórica está apuntada, de este modo, a comprender cómo la Política Exterior construye identidad y otredad al interior del Estado, jugando en el sentido de construir permanentemente una unidad homogénea a través de la construcción del peligro.

Coincidimos plenamente con Campbell en que la Política Exterior es un ámbito fundamental de la construcción de identidades y otredades en el plano internacional. Sin embargo, hemos apuntado nuestra mirada hacia el exterior, hacia cómo esas identidades y otredades juegan en el sentido de funcionar como condiciones de posibilidad para la efectuación de acciones de política exterior. En efecto, en el presente trabajo hemos decidido enfocarnos en los factores externos de la política exterior estadounidense. Esto supone una decisión que implica hacer a un lado los factores internos que juegan en su proceso de formación. Así, hemos insistido en alejar del análisis las cuestiones que atañen a lo ideológico; del mismo modo, no nos concentraremos en el proceso de toma de decisiones. Nuestro foco serán los factores externos, estando ligados estos a las acciones políticas que se

por política exterior y en lo que en este capítulo nos concentramos, es decir, la actividad política estatal (1998). Sostendremos las mayúsculas siempre que nos encontremos dialogando con el autor.

llevan a cabo precisamente hacia el exterior de una unidad políticamente determinada (el Estado)¹⁰.

A fines analíticos, hemos dividido las acciones de la política exterior de Estados Unidos durante los dos períodos de gobierno de la administración G. W. Bush en acciones políticas hegemónicas y acciones políticas imperialistas. Más adelante definiremos lo que entendemos por éstas. Digamos, por el momento, que esta clasificación de las acciones de política exterior no pretende ser exhaustiva, es decir que encontraremos acciones que no pertenezcan a ninguna de estas dos categorías. Si, no obstante, hemos tomado la decisión de clasificarlas de este modo, esto se debe a que pensamos a éstas como perteneciendo a los dos extremos (consenso y coerción) de un continuum que incluye acciones que incorporan elementos de ambas. Consideramos que pararnos en los extremos nos permite graficar de mejor manera la relación que existe entre construcción de identidades y efectuación de intereses nacionales, es decir, nos permite analizar cómo se construye subjetividad en las relaciones internacionales, enfrentándonos a las concepciones identitarias esencialistas. Pues, como veremos, la identidad y la otredad no se construyen del mismo modo si de una política consensual o de imposición se trata.

Asimismo, los modos de construcción de identidades y otredades aquí categorizados, no supondrán inmediata y necesariamente acciones de política exterior de los tipos construidos en este capítulo. No es nuestra intención establecer correlaciones simples, sino poner en evidencia que identidades y otredades no están dadas de una vez y para siempre, sino que, según el contexto histórico, la configuración de las relaciones de poder a nivel mundial y los intereses nacionales delineados, éstas son construidas. Sostenemos que en la esencialización de las identidades y otredades se ponen en juego cuestiones morales que no aparecen reflejadas en la política. De este modo, como veremos, el discurso de la administración Bush hacia el Irak de Saddam Hussein sacó a relucir la identidad “democrática” de Estados Unidos, universalizando dicha forma

¹⁰ Hablamos de factores internos y externos de la política exterior en el sentido en que lo hace Hazleton (1987)

de organización política, mientras que en su política hacia el Egipto no-democrático de Mubarak, dejó en un segundo plano esta reivindicación universalista y puso en juego intereses particulares compartidos con el país árabe; para esto, la presentación de su identidad tuvo que modificarse y articularse a través de ejes distintos a los de la democracia. En el fondo de la construcción identitaria de Egipto por carriles distintos a su relación con este modo de organización política, encontramos que la administración Bush no comprendía a un Egipto democrático dentro del interés nacional de Estados Unidos, pues la instauración de un régimen de ese tipo en el país árabe suponía la posibilidad real del triunfo del partido de la Hermandad Musulmana, con una agenda de reivindicaciones autonomistas con respecto a la potencia norteamericana.

La vocación de hablar acerca de políticas hegemónicas e imperialistas encuentra su explicación en que durante la administración estudiada cobró fuerza al interior del discurso político y académico el significativo Imperio. Tuvo lugar entonces una larga discusión –con final aporético– en torno a si la potencia continuaba siendo un Hegemón o se había convertido en un Imperio. El unilateralismo, pragmatismo y universalismo que caracterizó a la política exterior de la administración Bush, contribuyeron a la tesis imperial. Lo que llamó la atención es que las voces que alentaban esta lectura ya no venían únicamente desde la izquierda política, sino también desde sectores fuertemente ligados a la derecha neoconservadora. Ésta tenía lugar en un contexto en el que existía cierto consenso en torno a que el sistema internacional podía ser definido como un sistema unipolar.

Desde nuestro punto de vista, hablar de Hegemón o de Imperio genera categorías puras y cerradas que opacan, en el primer caso, la existencia de políticas de imposición y, en el segundo, la de políticas de generación de consenso. Si entendemos la hegemonía como una “estructura global de poder” (Foucault, 1988: 244), es preciso que reconozcamos a su interior la existencia de un juego entre ambas. Si las primeras constituyen la “normalidad”, no por más excepcionales debemos dejar de pensar las últimas. En otras palabras, aquí estamos planteando la existencia de estas dos políticas (la hegemónica y la imperialista) como modos complementarios de ejercicio del poder, sin considerar

una “perturbación” de la “normalidad” a la última, sino, por el contrario, como encontrándose en el límite de ella. Sostenemos, en síntesis, que hablar de políticas hegemónicas y de políticas imperialistas, en lugar de utilizar modelos teóricos más “puros”, nos permite pensar cómo juegan la coerción y la generación de consenso dentro de una misma estructura de poder, fundamentalmente moldeada por una potencia que se presenta a sí misma como “el más luminoso faro de libertad y oportunidad en el mundo”¹¹.

Desde aquí sostenemos, efectivamente, que la política de la administración Bush fluctuó entre acciones de política exterior hegemónica y acciones imperialistas; estas últimas posibilitadas por el marco de excepción que otorgó la lectura y consiguiente respuesta a los atentados del 11 de septiembre del 2001: la Guerra Global contra el Terror (GGT). Sostenemos que los rótulos de Hegemón o Imperio postulan formas fijas que, por un lado y en el caso de que se etiquete a la potencia como Imperio, oscurecen los modos de construcción de consenso y, por tanto, la participación que en la estructura de poder mundial tienen los actores dominados; o bien, y por otro lado, oscurecen las políticas de coerción y violencia cruda que supone toda dominación, en el caso de que se coloque a Estados Unidos bajo el manto “benevolente” de la Hegemonía. En síntesis, sostenemos que hablar de hegemonía o de imperio, en lugar de hablar de política hegemónica y política imperialista, tiene ciertos efectos disyuntivos que implican enfocarse en un único modo de ejercicio del poder, dejando a un lado o quitando fuerza a su reverso.

En efecto, si caracterizamos a la hegemonía como una estructura de poder que supone una pluralidad de fuerzas dominadas por una de ellas en donde prima el respeto por las formas exteriores independientes estatales (Aron, 1984), no por ello debemos descartar la utilización de prácticas imperialistas de sometimiento y avasallamiento de las soberanías en este marco. Aún más: debemos pensar qué lugar ocupan en la configuración de relaciones de poder, cuáles son las regiones afectadas por éstas y cómo son posibilitadas. La diferenciación entre políticas

¹¹ CASA BLANCA (2001). Declaración del Presidente en su Mensaje a la nación, (11/09/2001). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

hegemónicas e imperialistas responde, entonces, precisamente al hecho de que no consideramos válido hablar o bien de hegemonía o bien de imperialismo como dos diagramas de poder separados, distintos, inencontrables. Por el contrario, consideramos más adecuados ciertos términos que dan cuenta de la mixtura necesaria entre ambas políticas. Edward Said utiliza, por ejemplo, el término “Hegemonía imperial” para explicar el tipo de estructura de poder que sostiene a los Estados Unidos en su posición privilegiada (2004). Por otra parte, ciertos teóricos de las RRII han adoptado distintos términos para reflejar la particular combinación de coerción y consenso que caracteriza a la superpotencia norteamericana: “Imperio consensual” (Mabee, 2004), “Imperio light” (Ignatieff, 2003), “fuerza imperial semi-dispuesta” (half-willing imperial force, Brzezinski, Scowcroft, 2008: 24), son algunas de estas expresiones¹².

Dar cuenta de esta imbricación, de la imposibilidad de que la Hegemonía funcione en estado puro, es también reconocer que las políticas son, por definición, coyunturales y, en este sentido, deben poder adaptarse a los diversos contextos socio-históricos que implican distintas relaciones de fuerzas. En efecto, en tanto las relaciones estatales son relaciones de poder (lo cual supone resistencias), la supremacía de Estados Unidos en el sistema internacional implica el uso tanto de la coerción como del consenso. Por otra parte, estas relaciones políticas interestatales no son las mismas dependiendo de la región y de los intereses en juego. ¿Podríamos hablar de política imperialista al referirnos a la política de Estados Unidos hacia Europa? O bien, ¿podríamos hablar de política hegemónica pensando en la relación de Estados Unidos con Irak en los últimos 20 años o con Irán? Creemos que no, que no podríamos.

II

Acciones de política exterior hegemónicas e imperialistas

Hegemonía e Imperio por Raymond Aron

La política mixta de Estados Unidos

¹² Es interesante apuntar aquí la observación realizada por Noam Chomsky en el sentido de que este tipo de caracterizaciones son propias de todos los imperios que son construidos desde una óptica que resalta sus cualidades “benignas” (2005).

Retrotraigámonos a la definición de Hegemonía e Imperio por parte de Raymond Aron ya que la concepción dominante del concepto de Hegemonía en las RRII está en la línea de lo que el autor francés postula. En principio digamos que Aron habla de la Hegemonía en el contexto de pensar la paz en las relaciones internacionales. De esta manera, postula tres tipos de paz, fundadas sobre relaciones de poder: la paz de equilibrio, la paz de hegemonía y la paz de imperio. Por supuesto, nos concentraremos en las dos últimas, pues nos servirán de punto de partida para la construcción de lo que aquí comprenderemos como políticas hegemónicas y políticas imperialistas. Con respecto a la paz de hegemonía, ésta supone un momento histórico en el que las fuerzas de las unidades políticas están dominadas por una de entre ellas. Por su parte, la paz imperial supone el sometimiento de las primeras a la fuerza dominante “al punto de que todas las unidades, salvo una, pierden su autonomía y tienden a desaparecer en tanto que centros de decisión política” (Aron, 1984: 158). La potencia imperial, por otra parte, se reserva el monopolio de la violencia legítima.

A través de su definición, Aron plantea una concepción de la hegemonía pura, es decir, una situación en la que el hegemón no aspira –en ninguna instancia– a absorber al resto de los Estados: “No abusa de la hegemonía, respeta las formas exteriores de las independencias estatales” (1984: 159). Es decir que si siguiéramos la lógica de Aron, el Estado hegemónico en un momento histórico dado debería respetar las soberanías territoriales. Sin embargo, Estados Unidos, calificado como potencia hegemónica por excelencia, a lo largo de su existencia como tal, ha llevado adelante políticas de respeto de las soberanías ajenas y otras de avasallamiento de éstas. Tal como sostiene David Harvey, “La verdad más general es que Estados Unidos se compromete en prácticas tanto coercitivas como hegemónicas simultáneamente, aunque el balance entre estas dos facetas del ejercicio del poder puede variar de un período a otro y de una administración a otra” (2003: 40). El hecho de que no se haya caracterizado por ser una potencia colonialista, en efecto, no supone que no haya violado en repetidas oportunidades

las soberanías ajenas, sirviendo los últimos casos de Afganistán e Irak a modo de ejemplos. Por lo tanto, si bien puede afirmarse que la estructura global de poder es una Hegemonía, eso no quita que la potencia dominante no utilice, en ciertas circunstancias, prácticas imperialistas. Como veremos más adelante, sostenemos que éstas, en efecto, funcionan –permitiéndonos la analogía con la teoría marxiana– como prácticas de “acumulación originaria” de poder.

Para dar cuenta de esa mixtura, como ya hemos dicho, a lo largo del presente trabajo hablaremos de políticas hegemónicas y de políticas imperialistas como modos de ejercicio del poder. Y lo haremos sosteniéndonos sobre los fundamentos instaurados por Aron y convocando a otros autores que, desde distintas ópticas, también han pensado en torno a estas categorías. Así, hemos buscado definir lo que aquí entenderemos por acciones de política exterior hegemónicas e imperialistas a través de establecer sus respectivas relaciones con diversos indicadores que, formando un entramado, nos servirán para operacionalizar las categorías.

En primer lugar, intentaremos definir si se trata de políticas de construcción de consenso o de coerción/imposición, entendiendo a ambas como instrumentos del ejercicio del poder. En el primer caso, sostenemos que primará el respeto y reconocimiento de la soberanía ajena y, por lo tanto, se privilegiarán canales de diálogo institucionales y mecanismos de cooperación a través del establecimiento de intereses compartidos; el segundo caso, por el contrario, se caracterizará por el avasallamiento de la soberanía ajena a través del uso de la fuerza. En este sentido, mientras que las políticas hegemónicas respetarán el estado de derecho y se sostendrán mayormente sobre lo que Nye ha denominado “poder blando”, las políticas imperialistas precisarán la instauración de un estado de excepción a nivel mundial, sosteniéndose sobre el “poder duro”. Finalmente, las primeras estarán basadas en aquello que definiremos como relaciones de poder y las segundas, en relaciones de violencia. Si las primeras supondrán algún grado de libertad del otro sobre el que el poder es ejercido y, en este sentido, algún grado de autonomía, las segundas, por el contrario, suponen el sometimiento absoluto del otro. Por lo tanto, y en el plano simbólico, las políticas hegemónicas y las imperialistas

precisarán de distintos modos de construcción del otro y, por tanto, de la propia identidad, que habiliten estos tipos de relaciones. Estos distintos modos serán presentados en un apartado al final del presente capítulo.

Políticas hegemónicas

Gramsci y la Hegemonía: dominación y dirección

Políticas hegemónicas: generación de consenso y formación de alianzas

Relaciones de poder: el otro como soberano

La soberanía westfaliana

Cesión de soberanía por invitación

Con Raymond Aron como fondo, entonces, comenzaremos desarrollando la categoría de acciones de política exterior hegemónica; y, a tal fin, recurriremos a Antonio Gramsci, pues consideramos que no podemos hablar de hegemonía sin recurrir a él. Es entonces desde allí desde donde partiremos. En los momentos en que Gramsci se dedicó a pensar este concepto, su principal preocupación era la de comprender los mecanismos consensuales a través de los cuales se lograba el gobierno. Desde su punto de vista, el marxismo se había concentrado demasiado en los modos coercitivos de pensar la política y eso había funcionado para los revolucionarios de la Rusia zarista en la que imperaba un sistema de dominación más que de dirección. Distinta era la situación para el marxismo occidental que debía lidiar con gobiernos que –en sus términos– no dominaban sino que dirigían (recordemos que la conceptualización de “hegemonía” de Gramsci está pensada para aplicarse al interior del Estado-nación). A medida que las instituciones democráticas fueron ocupando distintos Estados, la hegemonía se transformó en uno de los nudos problemáticos fundamentales que, a partir de entonces, trataron los teóricos políticos occidentales del siglo XX.

Tal como sostienen varios autores (Cox, 1998; Harvey, 2003; Thwaites Rey, 1994), intentar establecer una definición cierta de los conceptos de Antonio Gramsci es una tarea no sólo imposible, sino carente de sentido. Efectivamente, Gramsci escribió desde la cárcel, de forma no articulada y no revisó sus textos para su publicación, esto dio lugar a las más variadas interpretaciones de sus

escritos. El concepto de hegemonía es uno de los conceptos fundamentales del autor italiano y es –también– tan maleable, tan múltiple como sus otros conceptos nodales. Tal como sostiene David Harvey (2003), a veces se refiere a una particular mezcla entre consenso y coerción y, otras veces, al ejercicio del poder político a través de la dirección y el consenso como opuestos al dominio y a la coerción. Adelantamos que nos sostendremos sobre esta última acepción.

En su libro *The new imperialism* (Harvey, 2003), el autor norteamericano utiliza la definición de hegemonía de Giovanni Arrighi y Beverly Silver (1999) para conceptualizar su noción de imperialismo. Estos últimos han efectuado una interesante adaptación del concepto gramsciano a las RRII y ésta es la noción que nosotros también seguiremos, en el mismo sentido en que lo hace Harvey. Dicen Arrighi y Silver, citando a Gramsci: “La supremacía de un grupo social se manifiesta de dos modos: como ‘dominación’ y como ‘liderazgo intelectual y moral’. Un grupo social domina a grupos antagonistas, a los que tiende a ‘liquidar’ o a sojuzgar recurriendo incluso a la fuerza armada; dirige a grupos afines o aliados” (1999: 33). A esto agregan que “el término ‘liderazgo’ se emplea para designar el hecho de que un Estado dominante dirige el sistema de Estados en la dirección deseada, y al hacerlo es percibido ampliamente como portador del interés general” (1999: 34).

Por lo tanto, la definición que demos de políticas hegemónicas, sosteniéndonos en Gramsci y en sus seguidores, estará basada sobre la generación de consenso y la consiguiente formación de alianzas, objetivos que exigen tener la capacidad para transformar particularidades en generalidades, es decir, intereses nacionales en intereses comunes. Este movimiento no se dará siguiendo la teoría althusseriana de la “falsa conciencia”, es decir a través de alguna suerte de mentira ideológica, sino a través de la posibilidad real y material de representar efectivamente el interés de los otros y, de esta manera, formar alianzas (Portantiero, 1999; Thwaites Rey, 1994). Esta definición nos dará la posibilidad de comprender el ejercicio del poder no sólo en su momento coercitivo (cuando –sostenemos– el poder se presenta en su desnudez), sino también (y lo que es quizás más

importante) podremos encontrarlo también allí donde parece no ser ejercido o, en otras palabras, donde se presenta invisibilizado.

La construcción de alianzas consensuales con los otros supone reconocerlos como sujetos soberanos y, por lo tanto, como sujetos de decisión. En este sentido, llevar a cabo políticas hegemónicas implicará permanecer dentro de los márgenes del Derecho Internacional (instrumento y resultado de las relaciones de poder), reconociendo el principio de igualdad soberana. Ésta, sin embargo, no supondrá la inexistencia de asimetrías (recordemos que el derecho siempre se maneja en el ámbito del deber-ser). En efecto, el establecimiento de alianzas con el otro-soberano se dará en el marco de relaciones de poder que supondrán distintas posibilidades de efectuación de los intereses nacionales.

Uno de los grandes teóricos del poder, que lo trató de un modo riguroso al tiempo que original, fue Michel Foucault. En su texto titulado "El sujeto y el poder" (1988), el filósofo francés estableció una diferenciación clara entre lo que suponía una relación de violencia y aquello que definía como una relación de poder, dejando en claro que, si bien el ejercicio del poder puede utilizar la violencia como instrumento, la relación de poder supone siempre y en primera instancia la libertad, pues es un modo de acción sobre acciones. En efecto, en oposición a cierta concepción del poder que ligaba a éste más bien a lo represivo, Foucault planteó un poder productivo. En este sentido, las relaciones de poder, según el autor, precisan de la libertad de los otros para ser, pues, sostenía, "una relación de poder se articula sobre dos elementos, ambos indispensables para ser justamente una relación de poder: que 'el otro' (aquel sobre el cual ésta se ejerce) sea totalmente reconocido y que se le mantenga hasta el final como un sujeto de acción y que se abra, frente a la relación de poder, todo un campo de respuestas, reacciones, efectos y posibles invenciones" (1988: 238). Es decir que este otro debe también ser construido como un otro autónomo y soberano. Planteemos ahora qué es lo que aquí entenderemos por soberanía (un concepto también polisémico).

Comencemos distinguiendo dos sentidos del significante soberanía y denominémoslos, por el momento, soberanía westfaliana (territorial) y soberanía

global. Hablaremos, por el momento, de la primera. El sistema westfaliano que, aunque herido, se resiste a la desaparición, plantea la organización internacional a partir de la cuadriculación del espacio global en Estados territoriales que se suponen soberanos en el sentido de que al interior de cada uno de ellos se define el modo de nombramiento de las autoridades y a las autoridades propiamente dichas. Estas últimas son, en teoría, las únicas que pueden tomar las decisiones acerca del modo de organización de los diversos ámbitos sociales. En términos de Krasner, la soberanía westfaliana consiste en “un acuerdo institucional para organizar la vida política basado en dos principios: la territorialidad y la exclusión de actores externos de las estructuras de autoridad internas” (2001: 36). En este sentido, continúa Krasner, este tipo de soberanía se violaría cuando hay algún modo de intervención (influencia o determinación) en ese poder soberano. Sin embargo, uno de los modos de intervención implicaría la continuación de la soberanía y el otro su desaparición.

En efecto, consideramos que, en tanto la cesión de soberanía implique una decisión soberana, es decir, mientras se tome la decisión de ceder ciertos aspectos de la soberanía, ésta continúa vigente. Por el contrario, nos encontraremos ante su avasallamiento siempre que exista una imposición proveniente del exterior. Lo que queremos decir es que, en tanto estos Estados gocen de algún grado de libertad de movimiento (en el sentido de que puedan negarse a la cesión que se les exige), nos encontramos ante aquello que, junto a Foucault, hemos denominado relaciones de poder y, por tanto, en términos de Krasner, ante una cesión de soberanía “por invitación”. El establecimiento de relaciones de cooperación en vistas de la consecución de intereses nacionales reconocidos, puede implicar algún grado de cesión de soberanía que, en tanto no sea impuesta, permanecerá dentro de los márgenes de la política hegemónica. En este sentido, la instalación de bases militares estadounidenses en Arabia Saudita en 1990, por ejemplo, en tanto política resultante de una decisión soberana por parte del rey Fahd, no es contemplada desde nuestro punto de vista como una política de corte imperialista. Esto no supone que estas mismas bases no puedan funcionar como

trampolines desde los cuales llevar adelante este tipo de políticas hacia otros Estados de la región.

Podría objetarse que en las actuales relaciones de poder a nivel internacional, caracterizadas por una fuerte asimetría, la cesión de soberanía es siempre unilateral, pues hay Estados (v.g. Estados Unidos) que no ceden nunca ni un ápice de ésta y que, por tanto, la libertad que supone su cesión es una libertad mediada por un determinado lugar que se ocupa en el seno de cierta estructura de relaciones de poder. Estamos absolutamente de acuerdo con esta objeción y por eso consideramos importante subrayar que la política hegemónica también es un modo de ejercicio del poder. En efecto, a pesar de que se nos hable de intereses compartidos, el interés por el mantenimiento de cierto statu quo o por reconfiguraciones de ciertas áreas geopolíticas impulsado por una potencia, siempre redundará –de efectivizarse– en beneficios estructurales para la potencia en cuestión, pues perpetuará su posición dominante de poder. En cambio, el aliado circunstancial obtendrá beneficios parciales y efímeros que podrán derivar en la consecución de una mejor posición al interior de la estructura de poder mundial delineada por la potencia dominante, pero que, en última instancia, perpetuarán su posición de dominado. Sin embargo, sostenemos que en tanto hablemos de relaciones de poder, la libertad, aunque sea mínima, existe y que es ésta misma la que se utiliza cuando no se niega cesión de soberanía a otro Estado. De otro modo, estaríamos quitando responsabilidad a los dominados por conservar su situación y, por tanto, también estaríamos arrebatándoles la posibilidad de que la trastocuen.

Sintetizando, desde aquí no comprendemos a las políticas hegemónicas como formas de ocultar intenciones imperialistas, sino como otro modo de ejercicio del poder cuyo instrumento principal es la construcción de consenso. Por lo tanto, y resumiendo, utilizaremos el concepto de políticas hegemónicas para designar aquella política exterior que, dando prioridad a la lógica territorial y encaramada sobre una relación de poder, establece alianzas con los otros soberanos a través del establecimiento de intereses comunes.

Políticas imperialistas

Las políticas imperialistas como movimientos originarios

Relación de violencia

La dimensión espacial: políticas imperialistas y Estados soberanos

La GGT y la transformación de la espacialidad

Violación de soberanía "por imposición"

La emergencia del poder soberano global y el estado de excepción

Cierta profunda asimetría en las relaciones de fuerza al interior de un marco hegemónico que ha dado lugar al establecimiento de un sistema unipolar, ligado a determinado discurso moral fuertemente atravesado por categorías liberales que ha llevado a la deshumanización de aquellos a los que se confronta, puede y ha derivado, dado determinado contexto histórico-político coyuntural (los atentados del 11 de septiembre de 2001), a la transformación de relaciones de poder (gobierno) en relaciones de violencia (aniquilación). Como dijimos más arriba, si bien consideramos que el modo de ejercicio del poder predominante bajo la hegemonía de Estados Unidos es a través de políticas que aquí definimos como hegemónicas, esto no significa que no existan otro tipo de políticas que pueden ser usadas en circunstancias particulares ni que éstas no deban ser pensadas y analizadas. Nos referimos aquí a las políticas que hemos colocado en el otro extremo del continuum del que hablamos más arriba: las políticas imperialistas.

En efecto, desde aquí sostenemos que, en el actual momento histórico, las políticas imperialistas son excepcionales pues tienen un rol puntual que cumplir: crear una situación de hecho para generar condiciones favorables para el despliegue de políticas hegemónicas. Lo que queremos decir es que el objetivo específico de las políticas imperialistas no colonialistas de Estados Unidos es generar a través de un acto de violencia la transformación de las relaciones de poder existentes al interior de un territorio. En este sentido, y tomando el caso de Irak a modo de ejemplo, el cambio de régimen tuvo como objetivo la expulsión de Saddam Hussein para colocar en su lugar un gobierno afín. Más adelante hablaremos del rol de la construcción de otredades en las políticas imperialistas, pero permítasenos, en este momento, hacer una aclaración: la transformación de

otredades inasimilables en otredades asimilables es lo que permite, a través de la expulsión de las primeras, la integración de estas últimas en el sistema mundial. En este sentido, sostenemos que el objetivo de la política de la administración Bush hacia Irak, por ejemplo, no era tanto la colocación de un “gobierno títere”, sino la de un gobierno que pudiera ser incluido en la “comunidad internacional”, es decir, de un gobierno que compartiera cierta base socio-política y que, por lo tanto, estuviera dispuesto a negociar en los términos políticos, culturales y económicos impuestos por la estructura de poder configurada fundamentalmente por Estados Unidos. En este sentido, las políticas imperialistas son consideradas aquí no como la última etapa del capitalismo –tal como sostenía Lenin (1975)– sino como movimientos originarios que buscan el establecimiento de determinadas relaciones de poder. Es así como, en este caso, coincidimos con Hanna Arendt (1958) quien piensa el imperialismo europeo de los siglos XIX y XX como primera etapa del poder de la burguesía.

Si, tomando a Foucault, antes afirmamos que la relación de poder era una relación que suponía algún grado de libertad y, por tanto, cierta capacidad de autonomía que podía implicar la cesión soberana de soberanía, por el contrario, la relación de violencia se caracteriza por despojar al otro de su carácter soberano. Es decir, que el otro es mutilado de su capacidad de decisión al interior del territorio estatal, es objeto de una imposición y no tiene más alternativas que aceptarla. Ésta es, de este modo, una relación que “fuerza, somete, quiebra, destruye: cierra la puerta a toda posibilidad. Su polo opuesto sólo puede ser la pasividad, y si tropieza con cualquier otra resistencia no tiene más opción que intentar minimizarla” (1988: 238, las cursivas son nuestras). Es una relación que se caracteriza no por su productividad, sino por su destructividad. Si entendemos a la política como “el conjunto de prácticas e instituciones a través de las cuales se crea un determinado orden” (Mouffe, 2007a: 16), la relación de violencia la expulsa de su campo, pues no comprende al otro como una otredad política y, por tanto, asimilable, sino como una otredad absoluta y radical, en nuestros términos, inasimilable.

Ahora bien, no toda relación de violencia se constituye como una política imperialista, aunque sí toda política imperialista implica una relación de violencia.

En efecto, ésta es una política inter-estatal que supone cierto tipo de relación con el territorio-otro y, por lo tanto, con el otro como Estado soberano. Así, la política imperialista presenta una dimensión espacial, pues está fuertemente imbricada al territorio; en este sentido, sostenemos que una política imperialista sólo es posible sobre un Estado, si se viola su soberanía territorial. La relación entre Estados Unidos y los movimientos terroristas desterritorializados, por ejemplo, es una relación de violencia –pues el terrorismo es construido como un enemigo absoluto, no político, como una otredad inasimilable y, en este sentido, no tiene más posibilidades que desaparecer–, pero la política de la potencia norteamericana hacia estos grupos no puede constituirse en una política imperialista. Esto no quita que la GGT y el estado de excepción que impuso no haya sido lo que posibilitó la emergencia de este tipo de políticas. Por otra parte, es importante aclarar que la relación de violencia no supone necesariamente el uso de la fuerza: puede no dársele otras posibilidades al otro más que de actuar de la manera que yo le impongo a través de otro tipo de coerciones, como ser la económica –a través de la imposición de sanciones o bloqueos económicos, por ejemplo–. Sin embargo, en tanto las políticas imperialistas conllevan, desde nuestro punto de vista, una dimensión espacial, pues implican la violación de la soberanía westfaliana, es muy difícil escindir de ellas el uso de la fuerza, pero no todo uso de la fuerza debe ser considerado imperialista.

En efecto, Raymond Aron nos habla de guerras “perfectas o interestatales” y de guerras “superestatales o imperiales”. Según el autor, las primeras se diferencian de las últimas en que en ellas se reconoce la existencia y legitimidad del otro como Estado; en las segundas, en cambio, el “objetivo, origen o consecuencia [es] la eliminación de ciertos beligerantes y la formación de una unidad de nivel superior” (1984: 160). “La guerra se transforma en imperial cuando uno de los beligerantes levanta como bandera un principio transnacional [universal, en nuestros términos] y el conflicto interestatal se carga de pasiones partisanas. El enemigo es entonces a la vez el extranjero y el adversario (o el hereje y el traidor)” (Aron, 1984: 161). La GGT –que funcionó como marco para las invasiones de Afganistán e Irak–, en este sentido, puede ser considerada una

guerra imperial, invocada en nombre de la Humanidad y principios universales contra enemigos cuya existencia no se consideraba legítima (el caso de los talibán, Al-Qaeda y Saddam Hussein). Si bien la conquista territorial no supuso en ambos casos la colonización del país (sí en el caso de Irak con la implantación de la Autoridad Provisional de la Coalición) y, en este sentido, no puede argüirse que se buscaba la formación de una unidad territorial más amplia, pues se respetaron las fronteras hasta entonces existentes, sí puede decirse que las políticas de cambio de régimen buscaron transformar una otredad construida como inasimilable en una otredad asimilable, es decir, una otredad que, haciendo a un lado su carácter de diferente, pudiera ser incorporada a la totalidad delineada por Estados Unidos. Si hemos dicho que, tal como las entendemos, las políticas imperialistas están ligadas a un ámbito territorial particular y específico, esto es porque a ellas subyace la idea de expansión territorial. En este sentido, es sugestiva la Estrategia de Seguridad Nacional confeccionada por la Casa Blanca en el año 2002 (ESN 2002), que bregaba por “defender, preservar y extender la paz”. La importancia del modo de configuración (nomos) de la tierra fue trabajada por Carl Schmitt en su *Nomos de la tierra...*. De esa obra podemos extraer algunas ideas interesantes respecto a las políticas imperialistas. Señala el jurista alemán que todo orden fundamental descansa sobre una cierta configuración del espacio que da forma a una determinada repartición de la tierra. Es en este sentido que puede afirmar que toda época histórica se inicia con la toma de ésta. Esto no significa, no obstante, que cualquier toma de tierra dé inicio a una época histórica, pues – afirma– existen dos modos de ésta: aquella que se realiza dentro de un orden general existente y de modo legal y que, por lo tanto, encuentra sin dificultades el reconocimiento internacional; y aquella que derriba el orden espacial existente y crea un nuevo nomos del ámbito global (Schmitt, 2005).

Sin afirmar que la GGT instauró un nuevo nomos de la tierra, sostenemos –sí– que, cuanto menos mientras duró, transformó la espacialidad: “La noción (y práctica) de la ‘guerra preventiva’ es la expresión más elocuente de esta voluntad de subvertir el orden internacional existente, aún basado en la soberanía de los Estados” (Zolo, 2007: 161). En efecto, el paradigma de la GGT y su consecuente

estado de excepción, produjeron el derrumbamiento simbólico de las fronteras existentes. Más allá y más acá de la llamada globalización, la lógica territorial continúa vigente en el ámbito político: los Estados continúan siendo considerados y considerándose soberanos a pesar de las limitaciones a su soberanía que han sufrido con la emergencia de nuevos actores internacionales.

En el año 1950, Carl Schmitt había señalado la coexistencia de una lógica territorial ligada a lo político-estatal y una lógica marítima (es decir, sin fronteras) ligada a una economía de libre mercado que se pretendía mundial. Ambas lógicas, para el jurista alemán, no aparecían contradiciéndose, pues la idea de una economía mundial libre suponía que los Estados adoptaran un mínimo denominador común consistente en la instauración y la separación de lo público y lo privado “y sobre todo en la no-estatalidad de la propiedad, el comercio y la economía” (Schmitt, 2005: 246). De esta manera, la soberanía territorial era “transformada en un espacio vacío para procesos socio-económicos”, reconociéndose las fronteras como modo de delimitación territorial, como forma, pero sin reconocerse el contenido social y económico de ese territorio. En este preciso sentido es que podemos leer los procesos de colonización-descolonización que dibujaron una buena parte de las fronteras estatales modernas. En efecto, estos procesos, al igual que la actual “globalización”, implicaron el reconocimiento de líneas de demarcación de espacios (repartición de la tierra), pero el desconocimiento de las particularidades que los habitaban, subsumiéndolas en una homogeneización universalista impuesta primero por Europa y, más tarde, por Estados Unidos. Se iniciaba, así, una práctica que se repetiría y que veríamos una vez más en acto en la política de la potencia norteamericana hacia Irak a partir del año 2003¹³: la restricción en los derechos de soberanía de ciertos Estados y el ejercicio de la soberanía absoluta por parte de otros (los Estados en una mejor

¹³ Sostenemos que la situación en la que quedó Irak luego de la Guerra del Golfo 90/91 también se constituyó como una política imperialista, con la ocupación del espacio aéreo en la zona norte y la zona sur por los vencedores y el dictado por parte de estos –a través del “Programa petróleo por alimentos”– de los usos que el régimen de Saddam Hussein debía darles a los ingresos petroleros que obtenía el país. La decisión soberana quedaba, de esta manera, fuertemente reducida. Sin embargo, constituye una cuestión que merece un análisis profundo y por separado que no podemos realizar aquí.

posición en la estructura de poder mundial, en cuyo vértice encontramos a Estados Unidos, el poder soberano mundial por excelencia).

“Un Estado cuya libertad de acción está sujeta de tal manera a derecho de intervención es distinto de un Estado cuya soberanía territorial consiste en decidir libremente, gracias a su poder soberano propio, sobre la realización concreta de conceptos como independencia, orden público, legalidad y legitimidad o incluso sobre su constitución económica y de la propiedad, y en llevar a la realidad el principio *cuius regio eius economia*”, sostenía Carl Schmitt (2005: 267).

La GGT, en este sentido, con la instauración de un espacio político marítimo, es decir, carente de fronteras, a disposición de la acción estadounidense, procuró integrar ambas lógicas sin lograr, no obstante, superar su tensión intrínseca, pues la lógica territorial continuaba activa en el Estado que la declaraba. No sólo Estados Unidos no se vio limitado en su soberanía sino que, muy por el contrario, se irguió como el soberano global. La administración Bush se convirtió en el paradigma del retorno del intervencionismo estatal (a nivel mundial) con el objetivo declarado y de fuerte contenido neoliberal de liberalizar la economía (es decir, de eliminar a los Estados de las respectivas “esferas” económicas). La ESN 2002 obsequiaba páginas enteras a la importancia del libre mercado, postulándolo como “un principio moral aún antes de que se transformara en un pilar de la economía” (ESN, 2002: 18) y planteando como objetivo de la administración “extender los beneficios de la libertad a todo el globo (...) llevar la esperanza de la democracia, del desarrollo, de los libres mercados y del libre comercio a cada rincón del mundo” (ESN, 2002: v).

Señalamos, entonces, la continuidad de la importancia de lo territorial en el ámbito político mundial y establecimos una relación inmediata entre el gobierno de un territorio y la soberanía. Pudimos concluir, por tanto, que las políticas imperialistas suponen una relación de violencia que se ejerce sobre un territorio-otro, avasallando su soberanía territorial.

Más arriba definimos lo que aquí entendemos por soberanía territorial (westfaliana) y señalamos la existencia de una soberanía global. Dijimos que, en un marco de relaciones de poder, podía ocurrir una cesión de la primera “por

invitación”, lo que suponía que, dada cierta flexibilidad del sistema internacional, los actores tenían algún margen de libertad para tomar sus decisiones soberanas. Pero también puede ocurrir un avasallamiento de la soberanía, una cesión de ésta “por imposición” (Krasner, 2001). Ésta corresponde a la violación total de la soberanía del otro: a través de una política coactiva, la soberanía del Estado sobre el cual la política recae desaparece. Por tratarse de una relación de violencia, el gobierno-otro no tiene ninguna alternativa, simplemente se lo mutila de su poder de decisión. El que un Estado conserve o pierda su soberanía dependerá de su relación con el poder soberano global o, para ser más exactos, de su capacidad para conservarla al tiempo que es incluido en la totalidad internacional en cuya definición puede participar en mayor o menor medida. Dadas ciertas relaciones de poder, la forma de la escena internacional estará principalmente moldeada por aquél que posea la capacidad de configurarla. Es éste quien, en última instancia, tiene el poder de definir quién puede ser incorporado y a quién es necesario excluir. Siguiendo a Carl Schmitt, diremos que, a nivel global, el soberano se pondrá de manifiesto al momento de tomar la decisión sobre el estado de excepción (2009).

Sostiene el jurista alemán que la definición de soberanía no puede conectarse al caso normal, sino, por el contrario, únicamente al caso límite (Schmitt, 2009). Esto se debe a que, según él, “la decisión sobre la excepción es decisión en sentido eminente” (2009: 13). En este sentido, Schmitt realiza una diferenciación constante entre el “esquema abstracto” y su “aplicación concreta”. Y postula que es en el caso de excepción y no en el caso “normal” donde podemos encontrar el máximo grado de lo concreto. Este punto de vista es interesante a la hora de pensar a Estados Unidos como el poder soberano global, como aquel que tiene efectivamente el poder soberano. Con esto queremos decir que la soberanía de la que hablamos más arriba, la soberanía westfaliana o territorial, sólo queda en un deseo, en un ideal, si, en algún caso –aunque no necesariamente siempre–, emerge un poder que tiene la capacidad material y simbólica de anularla. Éste es un buen ejemplo de la decisión sobre el caso de excepción o, en otros términos, el

poder de decidir sobre la necesidad, sobre, por ejemplo, establecer cuándo es necesario hacer a un lado las normas jurídicas hasta el momento vigentes.

Esta cuestión de la necesidad (es válido recordarlo), tal como afirma Agamben, es siempre producto de un juicio subjetivo, relativo al objetivo que se quiere alcanzar (2007). Lo importante aquí es que hay un Estado que tiene el verdadero poder de decidir que estamos ante un caso en el que se hace necesario (cuestión de vida o muerte) la imposición del estado de excepción, es decir, la suspensión de la norma para su restauración. Este espacio anómico se constituye a través de la declaración de un estado de necesidad que posibilita el uso de la violencia sin hacer caso a ninguna norma de Derecho Internacional con la intención declarada de reinstaurarla. Esta es una contradicción que no podemos dejar pasar: la ley se restaura sin ley, la norma se restablece en un marco anómico (momento del derecho en el que se suspende el derecho para garantizar su continuidad). En este sentido, el estado de excepción es una noción que nos permite pensar el umbral entre democracia y autoritarismo. Lo que emerge en la aplicación del estado de excepción en un orden (neo)liberal es la visibilización del poder, permanentemente invisibilizado por una normalidad que se presenta como “conciliadora”, a través de la creación de estructuras de gobierno que son presentadas como democráticas y por un discurso hegemónico que yergue como banderas universales la libertad y la democracia.

La declaración de la GGT es una decisión soberana por excelencia en el sentido schmittiano. Por un lado, porque la GGT vino a instaurar un estado de excepción a nivel mundial que abrió la posibilidad de la violación de cualquier soberanía nacional, anulando, de esta manera, el principio de igualdad soberana que rige las relaciones interestatales. Ahora bien, la globalidad de la GGT es cuanto menos discutible, pues la GGT se combatió (fundamentalmente) en un territorio específico: Medio Oriente. Es decir que la GGT, eminentemente desterritorializada tuvo que reterritorializarse para ser combatida. Es aquí donde entraron a jugar nuevamente los Estados y sus intereses nacionales y es aquí donde podemos encontrar las pruebas para sostener que, sin negar la existencia de otros actores

internacionales de peso en la escena mundial, los Estados siguen siendo los lugares desde donde salen y hacia donde se dirigen las políticas.

De esta manera, sostenemos que, cuanto menos el análisis en el ámbito político, no puede dejar de prestar atención a las territorializaciones en Estados (cuerpos sobre los que se ejerce el poder) de las políticas exteriores. Como hemos dicho, uno de los campos de batalla de la GGT fue Irak, el otro, Afganistán. Y las invasiones de las que fueron objeto sólo fueron posibles en este marco. Esta última afirmación no va en el sentido único de las justificaciones que desde la administración Bush se dieron para sacar a Saddam Hussein del poder. Decimos que las invasiones a Irak y a Afganistán sólo fueron posibles en ese marco porque sólo bajo un estado de excepción en el que la potencia, en tanto representante del mundo –lo veremos–, se construye como estando amenazada de muerte, puede ésta dictaminar un estado de necesidad a partir del cual pueda violar soberanías tal como lo hizo, emergiendo como el verdadero poder soberano mundial.

Resumiendo, definiremos a las políticas imperialistas como aquellas políticas que, sostenidas en un estado de excepción dictaminado por aquel que se yergue como poder soberano global y que supone la instauración de una espacialidad no-territorial, violan las soberanías estatales a través del uso de la fuerza. Si las políticas hegemónicas se basan sobre relaciones de poder que suponen el reconocimiento del otro como un Estado autónomo y soberano, las políticas imperialistas, por el contrario, se encuentran basadas en relaciones de violencia que anulan la libertad. Ambas políticas, por tanto, estarán acompañadas por una dimensión simbólica que atañerá a la construcción de las identidades propias (de aquel que ejerce las políticas) y ajenas (aquel sobre las que éstas son ejercidas). De ella nos ocuparemos en el siguiente apartado.

III

La dimensión simbólica

Relaciones de poder, políticas hegemónicas, identidad particular y otredad asimilable
Relaciones de violencia, políticas imperialistas, universalidad y otredad inasimilable

Mecanismos de inclusión y de exclusión

Las definiciones que dimos de políticas hegemónicas e imperialistas pusieron a jugar la cuestión de la soberanía, del consenso y la coerción, del estado de derecho y el estado de excepción, pero buscaban poner en el centro la cuestión de la construcción de la identidad y de la otredad. En este apartado, nos centraremos exclusivamente en esto, buscando establecer una amalgama entre lo desarrollado en el capítulo anterior y en el presente. Partamos de lo que hemos definido, junto con Michel Foucault, como relaciones de poder y relaciones de violencia. Recordemos que, trasladando estos conceptos al plano de las RRII, hemos hecho corresponder a las primeras con las políticas hegemónicas y a las segundas con aquéllas imperialistas. Vimos que, en el caso de las relaciones de poder, el sujeto sobre el cual éste se ejerce (en nuestro caso, hemos estado hablando de Estados), es un Estado que debe gozar de algún grado de libertad para tomar decisiones y, por lo tanto, un Estado reconocido y respetado como autónomo y soberano; y en cambio, el sujeto de la relación de violencia es construido como un objeto, es decir que es objetualizado, pues se trata de un Estado-otro sobre el cual no se ejerce poder, sino a quien se impone cierta conducta y a quien se elimina si opone resistencia a la voluntad de aquel que definimos como poder soberano global¹⁴.

Podemos desde ya, entonces, establecer conexiones entre, por una parte, las relaciones de poder, las políticas hegemónicas y aquello que definimos como otredad asimilable; y, por otra parte, entre las relaciones de violencia, las políticas imperialistas y aquello que definimos como otredad inasimilable. Recordemos que con el primer modo de construcción de otredades nos referíamos básicamente a aquéllas que son reconocidas en tanto particularidad y a quienes se invita a participar en la totalidad configurada por la identidad dominante. Por otra parte, con otredad inasimilable hacíamos referencia a aquella otredad cuya eliminación se considera necesaria por entender que, bajo ninguna instancia, puede ser

¹⁴ Si bien, como veremos, a lo largo del trabajo estaremos hablando en mayor medida de gobiernos y no de Estados propiamente dichos, lo haremos en tanto los primeros funcionan como representantes de los últimos.

incorporada a la totalidad. Al mismo tiempo, haremos corresponder con las acciones políticas definidas los modos de construcción de identidad delineados; es decir, por un lado, la identidad como tal, como particularidad que puede entrar en relaciones con otros asimilables y construir intereses comunes en base al reconocimiento de la particularidad propia y ajena, y, por otro lado, la identidad que se presenta como universalidad, es decir, aquella que se construye como portadora de valores considerados como verdaderos y válidos más allá de los contextos históricos en los que estos se desarrollan. Adelantándonos, sostenemos que las políticas hegemónicas precisarán la construcción de una identidad particular que, en su relación con los otros constituirá lo que anteriormente definimos como universal, y las imperialistas, la de una identidad que se yergue como representante de la universalidad.

De este modo, en el fondo de nuestros análisis aparece la cuestión de la inclusión y de la exclusión. En efecto, consideramos que el poder produce subjetividad a través de estos dos mecanismos, pues no produce sólo subjetividades asimilables, sino que necesita de las inasimilables para actuar allí donde se impone cierta resistencia. Es en este sentido que puede correr una crítica a la noción de Imperio de Negri y Hardt, noción a la que, como se ha visto, no hemos adscripto (Hardt, Negri, 2002). Más allá de la crítica práctica que dio al libro *Imperio* la emergencia de Estados Unidos a partir de septiembre de 2001 como claro vértice del mundo (recordemos que la tesis principal de Negri y Hardt consiste en la inexistencia de un centro imperialista, de allí que se nieguen a utilizar el término imperialismo y opten por el de Imperio), los autores proponían también en el mismo libro que el Imperio se caracterizaba por un movimiento inclusivo infinito, haciendo a un lado la posibilidad de la exclusión. El que cierto discurso proveniente de Washington haya girado y aún gire en torno al universalismo no significa que no exista la exclusión, muy por el contrario, todo movimiento inclusivo tiene su contrapartida en un movimiento excluyente. En el período y la región analizados, la exclusión estuvo graficada por la política imperialista estadounidense hacia el gobierno de

Irak¹⁵ y por su política de guerra total contra el terrorismo que fue homogeneizado y colocado en su totalidad en la categoría schmittiana de enemigo absoluto (es decir, de aquel enemigo que exige su exterminio). La primera de las territorializaciones de esta guerra tuvo lugar en Afganistán.

Políticas hegemónicas: identidad particular, otredad asimilable y formación del universal.

Siguiendo la terminología gramsciana, entonces, la estructura de poder liderada por Estados Unidos se ha efectivizado a través de mecanismos de dominio y dirección, utilizándose tanto políticas hegemónicas de construcción de consenso como políticas imperialistas de imposición de voluntades. La primacía de uno u otro de estos medios aparece ligada a la capacidad de Washington, vistas las relaciones de fuerza en determinado momento histórico, de sopesar los intereses nacionales propios y ajenos con el objetivo de forjar alianzas en vistas a intereses compartidos, de lograr llevar adelante sus objetivos construyendo efectivamente un interés común en conseguirlos. En este sentido, la identidad particular no se oculta tras una falsa universalidad, sino que se presenta, presentando también la particularidad del otro, encontrando en éste y en sí mismo la posibilidad de una comunidad, formando ambas identidades una totalidad: la formación del universal del que hablábamos en el capítulo precedente. El otro de la política hegemónica es, de esta manera, incorporado a una totalidad que delinea la identidad portadora de discurso.

Efectivamente, como decíamos en el capítulo anterior mediante nuestra gráfica de la totalidad como conformada por círculos concéntricos, si bien esta incorporación es anunciada en un plano de igualdad, el otro es alojado, hospedado, en una totalidad que es producto y resultado de una configuración de relaciones de poder en la que la identidad que incorpora y la otredad que es incorporada se encuentran en distintas posiciones jerárquicas. En efecto, la incorporación del otro no se da de un modo absoluto: la separación jerárquica entre el Yo y el otro se

¹⁵ No hablamos aquí de Irán porque, si bien apareció como formando parte del famoso “Eje del Mal” y, por lo tanto, sufrió políticas de exclusión y de imposición, el hecho de que no se haya llegado a una toma de tierra en dicho país, lo excluye de la categoría de objeto de política imperialista.

conserva. Por un lado, tenemos una identidad que, asumiendo su carácter particular, funda una totalidad en la que –en las políticas hegemónicas– incorpora al otro de un modo jerárquico, cediéndole un espacio como ciudadano de segunda, tercera o x categoría. Por lo tanto, y por otro lado, tenemos a un otro construido de modo tal que pueda ser incorporado a esta totalidad de valores, objetivos, proyectos, lo que hemos denominado “otredad asimilable”.

Generación de consenso; formación de alianzas; necesidad, por lo tanto, de otros con quienes se pueda establecer lazos de amistad; y necesidad, también, de una identidad que sea más amplia que la individualidad particular. Es difícil encontrar autores que hablen de hegemonía y que no presten particular atención a la formación de alianzas: Gramsci creó una relación imbricada entre su concepto de hegemonía y el de bloque histórico (ver Gramsci, 1997), Laclau y Mouffe también se concentraron en esta dimensión de la hegemonía haciendo emerger la noción de “articulación contingente” (2004).

Partiendo de la idea schmittiana de que la especificidad de lo político está en el establecimiento de la distinción entre amigos y enemigos (Schmitt, 2006), Jacques Derrida (1998) se detiene en el primer término y piensa en la amistad y lo político. Ciertas corrientes de pensamiento en las RRII aducen que la amistad entre Estados se debe al hecho de que estos comparten ciertos ideales y valores. Esta es la posición de, por ejemplo, Samuel P. Huntington en su libro *El choque de civilizaciones* (1997). Derrida confronta con esta posición teórica y plantea que las alianzas no se hacen por filiación, sino que devienen filiales. En el fondo de la postura teórica que Derrida critica se encuentra una cierta naturalización de las alianzas que, de esta manera, son convertidas en necesarias, extirpando la contingencia que se encuentra en el núcleo de la política hegemónica. Las alianzas por filiación suponen un lazo natural, genealógico, en el nudo de la unión: un ser-en-común. Cuando las alianzas políticas son planteadas en términos éticos, en términos de valores universales, se las mutila de los intereses particulares que se persiguen al formarlas. En síntesis, la transformación de amistades políticas en éticas implica la conversión de aliados políticos en aliados naturales. Un buen ejemplo de este proceso de fraternización es el que intentó llevar a la práctica –sin

éxito– la administración Bush a fin de lograr apoyo europeo para la invasión a Irak:

“América y las naciones europeas son más que aliados militares, somos más que socios comerciales, somos herederos de la misma civilización. Los compromisos de la Carta Magna, las enseñanzas de Atenas, la creatividad de Paris, la conciencia inflexible de Lutero, la fe gentil de San Francisco: todo esto es parte del alma americana. El nuevo mundo ha tenido éxito manteniendo los valores del Viejo. Nuestras historias han divergido, sin embargo buscamos vivir con los mismos ideales. Creemos en la libertad de mercado, temperada por la compasión. Creemos en las sociedades abiertas que refractan intransformables verdades. Creemos en el valor y en la dignidad de cada vida. Estas convicciones unen a nuestras civilizaciones y coloca a nuestros enemigos en nuestra contra. Estas convicciones son correctas y verdaderas universalmente. Y definen a nuestras naciones y a nuestro compañerismo en un único sentido”¹⁶

Sostenemos que estas teorías que postulan la existencia de alianzas civilizatorias, basadas en ciertos valores compartidos (valores que, por otra parte, se consideran universal e ahistóricamente válidos), encuentran su fundamento teórico en una concepción esencialista de la identidad y la comprensión de la acción política basada en lo que se denominó como “lógica de la pertinencia”. Según ésta, efectivamente, la acción política derivaría de principios, roles e identidades que – agregamos– son concebidas como esenciales, pre-dadas y, por tanto, inmutables (Krasner, 2001). Desde nuestro punto de vista, por el contrario, dado que en la formación de la política exterior prima aquello que es definido como “interés nacional”, es la adaptabilidad propia de los procesos de identificación la que posibilita la formación de alianzas y, por tanto, la política hegemónica. De otra manera no se comprendería, por poner un ejemplo, la alianza de Estados Unidos con Egipto (un Estado que, a pesar de su progresiva “occidentalización” desde la infitah¹⁷ de Sadat, no comparte valores políticos con la potencia norteamericana). En este sentido, es interesante la puesta en juego en la ESN del año 2002 de las llamadas “coaliciones de los dispuestos” (coalitions of the willing) –o “coaliciones

¹⁶ CASA BLANCA (2002). George W. Bush, El Presidente Bush se reúne con el Canciller alemán Schroeder, 23/05/2002, consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

¹⁷ El vocablo *infithah* hace referencia al establecimiento de políticas de liberalización económica en Egipto, oficialmente lanzadas por el gobierno de Anwar al-Sadat, con el “Manifiesto de Octubre” de 1974.

flexibles”, según la traducción más utilizada–, pues esta noción puso en evidencia el carácter contingente de las alianzas políticas. Si bien la emergencia discursiva de la contingencia en la formación de alianzas se daba en un contexto en el que Estados Unidos, sostenido sobre una política unilateralista, necesitaba aunar fuerzas fuera como fuera, la entrada en escena de las “coaliciones flexibles” echó por tierra ciertas concepciones del rol jugado por la identidad en las relaciones políticas internacionales. Frente a las alianzas éticas, opuso las alianzas políticas (no necesariamente conducidas por valores compartidos, sino más bien, por posibilidad de negociar en torno a intereses mutuos –alianzas por misión, en términos del Secretario de Defensa, Donald Rumsfeld–). “Al liderar la campaña contra el terrorismo, estamos forjando nuevas, productivas relaciones internacionales y redefiniendo las existentes de modo de confrontar los desafíos del siglo XXI” (ESN, 2002: 7). Estos nuevos sujetos de alianza, lo eran, en ciertos casos –como el palestino, por ejemplo–, bajo ciertas condiciones. El objetivo era transformar a estos otros de modo tal de hacerlos pasibles de ser incluidos en la totalidad.

Estas alianzas, entonces, suponen la inclusión de una otredad construida como asimilable en la totalidad configurada por el Yo. Ésta no se presentará como una universalidad a priori, sino que, construida sobre el reconocimiento de las particularidades propias y ajenas, conformará el universal del que hablábamos en el capítulo anterior. En otros términos, partiendo del reconocimiento del interés nacional propio y ajeno, buscará la formación de un interés común que posibilite el forjamiento de alianzas que se reconocerán como políticas.

Obtenemos así, para las políticas hegemónicas, la existencia de procesos de identificación que utilizan distintos intereses comunes a modo de mediación para alcanzar intereses nacionales, reconocidos como tales. La conversión de los últimos en los primeros, compartidos con el otro sobre el que se ejerce poder hegemónico, tiene como condición necesaria el poder establecer con éste una “comunidad”. Ésta se formará construyendo a un otro incorporable a la totalidad delimitada (es decir, caracterizada) por el Yo: lo que definimos como universal. La respuesta a qué tipo de características serán las que permitirán su inclusión, es

decir qué características del otro se resaltarán y cuáles se ocultarán, dependerá de los intereses nacionales del Yo en juego en determinado momento histórico, dadas determinadas relaciones de poder. Lo mismo puede decirse de la identidad yoica: ésta se transformará de modo tal que pueda presentarse como representante del interés común, de acuerdo a sus intereses particulares perseguidos y al diagrama de las relaciones de poder.

Políticas imperialistas: universalidad y otredades inasimilables.

Construcción de identidades y otredades como condición de posibilidad.

Nacionalismo-racismo-universalidad

El otro inasimilable como el reverso de la universalidad

Nuestra hipótesis fundamental es que hay dos modos de construir identidades y dos modos de construir otredades y que cada uno de estos modos será utilizado dependiendo el caso para las políticas imperialistas y para las políticas hegemónicas (toda política, en este sentido, viene acompañada de una cierta descripción sobre el otro y sobre sí mismo que la condicionan para que pueda ser de determinada manera). Hemos visto que, para el caso de las políticas hegemónicas, basadas en relaciones de poder y en cuyo centro se encuentra la formación de alianzas políticas, la identidad dominante se presenta como particularidad y, al mismo tiempo, reconoce la particularidad del otro que es construido como una otredad asimilable. Se forma, de esta manera, un universal (en esto consistirán las alianzas) que incluye a ambas particularidades, aunque de modo jerárquico.

Para el caso de las políticas imperialistas, en cambio, sostenemos que la identidad no aparece como tal, pues ésta es por definición particular y, como dijimos, la política imperialista se hace en nombre de una universalidad. En este sentido, este tipo de políticas implicará la visibilización del poder en acto compensada por una invisibilización del poder a nivel discursivo. Por su parte, la otredad es construida de modo tal que represente el Afuera de la totalidad constituida. El otro en este sentido se vuelve inasimilable, pues no se lo puede transformar en semejante y

esto permite (aún más: se postula como necesaria) su desaparición del plano mundial. En el recorte témporo-espacial que hemos realizado, este último conjunto estuvo formado por los movimientos designados como pertenecientes a la categoría de terroristas islámicos y los Estados que eran acusados de albergarlos; en esto consistió la doctrina Bush que establecía que aquellos que dieran refugio a los terroristas serían a su vez considerados terroristas:

“Perseguiremos a las naciones que provean ayuda o refugio seguro al terrorismo. Cada nación, en cada región, ahora tiene una decisión que tomar. O están con nosotros o están con los terroristas. Desde ahora en adelante, cualquier nación que continúe dando refugio o apoyo al terrorismo será considerada por Estados Unidos como un régimen hostil”¹⁸

Así como aclaramos que ni toda relación de violencia ni todo uso de la fuerza implican necesariamente una política imperialista, permítasenos aclarar aquí que no toda construcción de una otredad inasimilable supone la inmediata efectucción sobre ella de políticas imperialistas. Estas últimas sólo tendrán lugar si de lo que se trata es de un Estado (debido a la dimensión territorial que vimos y que consideramos fundamental en la definición de las políticas imperialistas) y si la política de imposición se efectúa concretamente. Lo que queremos decir es que si bien la construcción de otredad inasimilable debe estar presente con anterioridad y mientras tanto para llevar a cabo una política imperialista, ésta actúa como condición de posibilidad, es decir que posibilita la política. Sin embargo, es importante remarcar que hay más factores (entre otros los que mencionamos como formando parte de la definición) que deben confluír para que ésta se efectivice. Hemos escogido el término “posibilitar” para evitar caer en un pensamiento de la necesidad. En este sentido, no se las entiende como “causas” en el sentido positivista del término, es decir, como hechos que conducen necesariamente a un determinado efecto, sino como condiciones de posibilidad necesarias para llevar adelante determinado tipo de políticas.

¹⁸ CASA BLANCA (2001). George W. Bush, Discurso ante una sesión conjunta del Congreso y ante el pueblo americano, (20/09/2001). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

Hanna Arendt planteaba que el imperialismo parte de un fuerte nacionalismo que, a fin de ser exportado y transformado en internacionalista, utiliza como puente al racismo explícito, colocándose del lado del Bien y la Verdad (1958: 153). En efecto, el imperialismo europeo decimonónico, contemporáneo con el auge de los nacionalismos en esa región del mundo, estuvo acompañado por aquello que Tzvetan Todorov denominó "racialismo" (2000). Con esta categoría, el autor de origen búlgaro se refería a la teorización del racismo que acompañó las prácticas imperialistas. Siguiendo la concepción de racismo de Michel Foucault, podemos sostener que éste se despliega a través de dos funciones: una función de fragmentación y una de supervivencia. De este modo, se construye a un otro (función de fragmentación) cuya eliminación es necesaria no sólo porque amenaza la propia existencia (ésta, sostiene Foucault, es la lógica de la guerra), sino para mejorar la vida (funciones de supervivencia) (Foucault, 1996). "La vida" no es un tipo de vida en particular, sino la vida en general; en nuestro caso, el mundo. Efectivamente, en la base simbólica de las políticas imperialistas, existe un nacionalismo que no se presenta como tal sino que se identifica con lo que anteriormente definíamos como una universalidad a priori, ahistórica, un deber-ser que no contempla las particularidades.

"Varias veces he dicho a nuestros queridos ciudadanos que el mundo está cambiando, la libertad se está expandiendo... y uso a Ucrania como ejemplo, junto a Afganistán e Irak, de un mundo que está cambiando. Un mundo que está cambiando para mejor, porque creemos que sociedades libres serán sociedades pacíficas"¹⁹

En efecto, es en este rol de representante de la humanidad, o más bien de lo mejor de la humanidad que Estados Unidos pudo ejercer sus ambiciones imperialistas. A unos días de los atentados al World Trade Center, el presidente George W. Bush afirmaba:

¹⁹ CASA BLANCA (2005). George W. Bush, El Presidente da la bienvenida a la Casa Blanca al Presidente Yushenko, (04/04/2005). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

“Estados Unidos fue blanco de ataque porque somos el más luminoso faro de libertad y oportunidad en el mundo”²⁰

El nacionalismo cultivado luego de los atentados del 11 de septiembre, se ungió, así, de universalismo wilsoniano, universalizando un modo de vida particular bajo la idea de constituir el “mejor modo de vida”, y dejando traslucir un racismo cultural que, si bien no se explicitó, quedó claro en todo momento en que los valores estadounidenses aparecían forjando el mejor de los mundos posibles. Así, y desde nuestro punto de vista, Estados Unidos se maneja de la misma manera que lo hicieran las potencias imperialistas europeas: un fuerte nacionalismo, mediado por el dispositivo racista, conlleva a la universalización necesaria de prácticas y valores particulares, partiendo del supuesto de que estos son “los mejores” y los necesarios.

“Scowcroft: ...en el mundo como es ahora, sólo Estados Unidos puede ejercer un liderazgo ilustrado. No decir a la gente lo que tiene que hacer. Pero decir, ‘Júntense alrededor. Este es el camino que la comunidad mundial necesita tomar’.

Brzezinski: Amén.

Scowcroft: Somos los únicos que podemos ser la luz guía” (Brzezinski, Scowcroft, 2008)²¹

De esta manera, el excepcionalismo norteamericano y su idea del “destino manifiesto” se actualizaron y jugaron en este sentido. Si las políticas imperialistas se caracterizan por su carácter expansionista en términos fácticos, éste tendrá su instancia también en el ámbito de la simbolización. Al expansionismo territorial le corresponderá un expansionismo simbólico a través de la negación de la identidad particular que, de esta manera, tomará la forma de la universalidad.

²⁰ CASA BLANCA (2001). Declaración del Presidente en su mensaje a la nación, (11/09/2001). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

²¹ Nos parece interesante esta cita pues señala un punto de convergencia importante entre académicos de las RRII que han actuado como Consejeros de Seguridad Nacional tanto para gobiernos demócratas (Brzezinski fue Consejero de la administración demócrata de Carter) como para gobiernos republicanos (Scowcroft fue Consejero de Gerald Ford y de George H. W. Bush). Señala un importante punto de partida común que echa por tierra con aquellas voces que sostienen que la administración George W. Bush implicó un punto de inflexión en la historia de la política exterior estadounidense. Para una crítica en este sentido ver Mouffe, 2007b.

La lógica de la universalidad (del valor universal de valores históricos y particulares como la democracia, por ejemplo) es una lógica de por sí racista. Es una lógica en la que una particularidad, dominante, soberana, se yergue como portadora de lo Mejor, lo Bueno, la Verdad, lo Normal, el deber-ser para todo tiempo y todo espacio, y busca entonces imponerlo a aquellos que, por diversos motivos –generalmente ligados retóricamente a personajes catalogados como retrógrados o a poblaciones enteras caracterizadas de esa manera–, no pudieron “naturalmente” alcanzarlo. Esto es importante: siendo la universalidad considerada natural por definición, su desarrollo también lo es. Se hacen a un lado, por tanto, los contextos históricos en los que los valores se desarrollan, pierden, así toda particularidad. En el discurso bushiano, la lucha que libraba Estados Unidos en nombre de la libertad era una lucha a favor de la corriente de la historia, sólo para ayudar a su despliegue necesario:

“El camino hacia la libertad puede que no siempre sea armonioso y ordenado, pero es el derecho de cada persona y cada nación. Este país cree que la libertad es el regalo de Dios para cada individuo sobre la faz de la Tierra”²²

Si el universalismo es por definición normativo, es decir sí, siguiendo a Schmitt, “(l)a norma exige un medio homogéneo” (2009: 18), el estado de excepción pone en evidencia la diferencia. No sólo la diferencia del poder soberano que, como vimos, se ubica en los límites de lo normativo, estando fuera y dentro al mismo tiempo, sino la diferencia del otro. En efecto, la otredad de la que estamos hablando en la política imperialista no es una otredad con la que se pueda dialogar, no es un adversario agonal (un enemigo político), no es la diversidad, sino que es una otredad absoluta, el antagonismo por excelencia, la diferencia. La construcción de este otro de este modo es necesaria pues éste será objeto de imposición (recordemos que tanto las relaciones de violencia como el avasallamiento de la soberanía jugaban en este sentido). En efecto, al presentarse

²² CASA BLANCA (2003). El Presidente actualiza sobre Irak a trabajadores de una planta de tanques en Lima, Ohio”, (24/04/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

como un deber-ser anterior a toda particularidad, la universalidad no puede ser más que impuesta. Justamente, siguiendo en la línea del estado de excepción, lo que se supone al declararlo es que la norma, lo normal, ha sido quebrantado; ante ese quiebre, y leyéndolo como tal, se yergue el poder soberano que suspende todo el orden jurídico (toda la normalidad) sólo para restaurarlo. En este sentido, la excepción se instala como una diferencia que viene a reponer la normalidad, cuyo objetivo es la homogeneización del mundo.

En efecto, la víctima de estas políticas es construida de modo tal que es imposible incluirla al sistema sin que éste corra el riesgo de su desaparición. Debe ser, por lo tanto, eliminada, porque es su propia existencia la que pone en riesgo la supervivencia de un “nosotros” construido no en tanto identidad, sino en tanto universalidad. Su eliminación supone, además y en el mismo movimiento, el mejoramiento del mundo:

“Hemos removido a Saddam Hussein y el mundo es mejor sin Saddam Hussein en el poder”²³

Hasta aquí hemos buscado sentar las bases conceptuales para el análisis. Los capítulos que siguen buscarán identificar en los discursos seleccionados de la Casa Blanca los modos de construcción de otredades e identidades en la elaboración y posterior implementación de políticas hegemónicas e imperialistas, tal como las hemos definido. Como aclaramos en el apartado epistemológico-metodológico, realizar un ordenamiento discursivo implica un trabajo de selección y montaje, teniendo particularmente en cuenta los contextos discursivos y no-discursivos en los que emergen los enunciados. Para esto, cada capítulo estará introducido por un apartado monográfico que buscará narrar la política de Estados Unidos hacia el país en cuestión durante el período analizado, recurriendo, de ser necesario, a las relaciones en anteriores períodos históricos. Antes, sin embargo, se hace necesario un repaso histórico general de la política exterior

²³ CASA BLANCA (2007). El Presidente Bush se dirige al Consejo de Intercambio Legislativo Americano, discute presupuesto, educación y la Guerra contra el Terror, (26/07/2007). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

estadounidense hacia Medio Oriente y la contextualización particular de la política de la administración Bush hacia esta región del mundo.

Capítulo 3

ESTADOS UNIDOS Y MEDIO ORIENTE: LA POLÍTICA EXTERIOR DE LA ADMINISTRACIÓN BUSH EN CONTEXTO

I

Estados Unidos y Medio Oriente

Delimitación de Medio Oriente

La ubicación de Medio Oriente en la estructura de poder mundial

Siguiendo la concepción aceptada en los medios académicos, llamaremos a la región en donde están ubicados los países objeto de la política exterior estadounidense que analizaremos, Medio Oriente. En rigor, esta expresión es una expresión euro-céntrica, pues hace referencia a la perspectiva europea en su camino hacia el Este, es decir, al espacio intermedio entre Europa y Oriente (Brieger, 2010; Jordan y Pauly, 2007; Molteni, 2009). En el ámbito de la política exterior de Estados Unidos, por su parte, con esta expresión se hace referencia en general al conflicto palestino-israelí, aunque los países árabes, Turquía e Irán también entran en dicha definición. Durante la administración G. W. Bush en particular se estableció la expresión “Gran Medio Oriente” (“Greater Middle East”). Ésta fue utilizada en el marco de la “Iniciativa para el Gran Medio Oriente” (GMEI, por sus siglas en inglés) lanzada por la administración norteamericana en el marco de la Cumbre del G-8 que se realizó en Sea Island, Georgia, en el año 2004, y abarcaba a los países comprendidos entre Marruecos y Pakistán, incluyendo a las ex repúblicas soviéticas de Asia Central.

De esta manera, el término Medio Oriente es también un término polisémico. En efecto, esta región está formada por distintos países según distintos estudiosos, llegándose a incluir dentro de la misma no sólo a los países árabes del Máchrek²⁴, Israel, Irán y Turquía, sino también a los países de Asia Central que formaron

²⁴ Oriente árabe, incluyendo a Egipto.

parte de la URSS, Afganistán, Pakistán y al Maghreb árabe, es decir, a todos aquellos países árabes que se encuentran al oeste de Egipto, en el norte de África (Molteni, 2009). En nuestro caso, tomaremos la definición más generalizada y entenderemos a la región de Medio Oriente como compuesta por: Arabia Saudita, los territorios palestinos (Cisjordania y la Franja de Gaza), Bahrein, Egipto, los Emiratos Árabes Unidos (EAU), Irán, Irak, Israel, Jordania, Kuwait, Líbano, Omán, Qatar, Siria, Turquía y Yemen (Campbell y Yetiv, 2007). De esta manera, haremos a un lado a las ex repúblicas soviéticas de Asia Central, a Afganistán y a Pakistán. Sin embargo, Afganistán y –por lo tanto, aunque en menor medida– Pakistán tendrán un rol importante en nuestra exposición, pues el primero (estrechamente ligado al último por lazos históricos, políticos y étnicos) fue el primer campo de batalla de la GGT lanzada por la administración Bush y constituye el refugio de la red liderada por Osama Bin Laden, Al-Qaeda, principal enemigo de la potencia norteamericana, cuyos supuestos lazos con el régimen de Saddam Hussein funcionaron como uno de los justificativos de la invasión a Irak.

Medio Oriente es una región importante en términos geoestratégicos. No sólo está ubicada en el camino desde Occidente a Oriente, en el centro del mapa geopolítico global, posibilitando el acceso desde allí a tres continentes (África, Asia y Europa), sino que es fuente de un tercio de la producción mundial de petróleo y de dos tercios de sus reservas globales, siendo el crudo la principal fuente de energía en la era del motor a combustión, es decir, el principal recurso energético de la industria mundial. La mecanización de la Primera Guerra Mundial anunció el advenimiento del petróleo como una commodity estratégica y económica (Covarrubias, 2007; Molteni, 2009). En efecto, en 1914 la armada británica comenzó a usarlo en gran escala en lugar del carbón. Fue esta transformación de las fuerzas productivas lo que llevó a Gran Bretaña a buscar asegurarse su suministro en la región. Ésta alberga el 60% de las reservas mundiales conocidas de petróleo y el 40% de las de gas natural. Tres de los cuatro países con mayores reservas se encuentran en dicha región, más particularmente en la sub-zona del Golfo Pérsico: Arabia Saudita, Irak e Irán. Lo importante del petróleo meso-oriental, por otra parte, es su relativo bajo costo de producción con respecto a

otras reservas en Occidente. Existe, por tanto, una necesidad estratégica y económica de tener acceso a él y controlarlo. Según Covarrubias, la mayor parte de las intervenciones en la región han sido conducidas con los objetivos de mantener una estabilidad pro-occidental y asegurar el flujo de petróleo desde la región (2007: xviii). Autores críticos también señalan la importancia del petróleo en el pensamiento estratégico vis-à-vis Medio Oriente, en tanto el control de dicha zona y, por lo tanto, de sus recursos energéticos, supone la posibilidad de ejercer una fuerte influencia sobre la economía mundial en su conjunto y de cada país en particular (Chomsky, 2004; Harvey, 2003).

En efecto, si bien buscamos correnos de los análisis que ven en el petróleo la única razón del carácter central de Medio Oriente en el plano mundial, no puede reducirse su importancia. Estos caracteres de la región posibilitaron que Medio Oriente cumpliera un rol fundamental en el delineamiento de la política exterior de las sucesivas potencias mundiales. Estados Unidos reemplazó en este sentido a la potencia británica, fuertemente debilitada a causa de las dos Guerras Mundiales. Sin embargo, de acuerdo a sus lineamientos estratégicos y en el contexto de la Guerra Fría, la política estadounidense hacia la región no estuvo signada por la implantación de protectorados, sino más bien por el establecimiento de alianzas dirigidas fundamentalmente a instaurar la propia hegemonía, al tiempo que se buscaba limitar allí la influencia soviética. De esta manera, Estados Unidos apoyó a gobiernos autoritarios, privilegiando la estabilidad de la región en favor de sus políticas, antes que su democratización. Esto cambiaría con la administración George W. Bush que encontró en la permanencia de gobiernos autoritarios en la región la explicación a los atentados contra el World Trade Center en septiembre del 2001. De este modo, se explica la política de exportación de la democracia que, con mayor énfasis a partir del segundo mandato, persiguió la administración estadounidense.

Estados Unidos en Medio Oriente

Si bien ya en 1943, el entonces presidente de Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt, afirmó que “la defensa de Arabia Saudita es vital para la defensa de

EEUU" (Covarrubias, 2007: xvii) y luego en 1945 se reunió con el rey saudí, siendo el primer presidente estadounidense en visitar la región, el rol protagónico de Estados Unidos en Medio Oriente comenzó en la década del 50. No es nuestra intención aquí realizar un repaso de la historia de Estados Unidos en Medio Oriente, sino simplemente marcar hitos que consideramos sintomáticos de dicha relación.

En dicha década, entonces, el país norteamericano reemplazó a Gran Bretaña como la potencia occidental más influyente en la región. Este reemplazo estuvo graficado por los resultados del golpe de Estado que, bajo el nombre de "Operación Ajax", Washington y Londres perpetraron (con colaboración interna) contra el gobierno democrático y nacionalista de Mossadegh en Irán en el año 1953 (Sedgwick, 2007). En efecto, luego del golpe que derrocó al Primer Ministro nacionalista, el Sha pro-británico y pro-estadounidense volvió a privatizar el petróleo, cediendo la soberanía nacional sobre ese recurso vital y estratégico, y abriendo nuevamente los contratos a empresas extranjeras para su explotación. De esta renegociación, las compañías estadounidenses resultaron más beneficiadas que las británicas, logrando mayores concesiones por parte del nuevo régimen. Más allá de que, como señalábamos, los resultados de esta jugada política fueron sintomáticos de los cambios en la relación de poder entre Estados Unidos y Gran Bretaña en Medio Oriente, también el golpe de 1953 habilitaría el fuerte tono anti-estadounidense que adoptó la Revolución iraní 26 años más tarde.

Pero fue la intervención estadounidense ante la crisis que se produjo luego del anuncio de nacionalización del canal de Suez por parte del gobierno de Nasser, en 1956, lo que selló el fin de la influencia británica en la región y el comienzo de la era Washington. La decisión nasserista tuvo lugar como respuesta a la negativa estadounidense y británica de otorgarle asistencia financiera para la construcción de la represa alta de Aswan²⁵, lo cual constituyó, según el Presidente Richard Nixon, "uno de los mayores errores que hemos cometido" (Sullivan y Jones, 2008: 79). Ante la reacción interventora de Gran Bretaña, Francia e Israel con el fin

²⁵ La represa baja es la más antigua de las dos represas de Aswan. Luego de que se elevara en varias oportunidades, se decidió que debía construirse otra, ubicada a mayor altura. La construcción de esta última comenzó en 1952, poco después de que Nasser llegara al poder.

inmediato de restablecer la soberanía extranjera sobre el canal y con el objetivo último de derrocar a Nasser, la administración Eisenhower, pensando en el marco de la Guerra Fría y en la posible ganancia política que la URSS podría obtener de la situación, decidió no sólo no apoyar la intervención, sino ponerle un rápido punto final. Con ese objetivo, Eisenhower impuso sanciones a las potencias europeas para que aceptaran una resolución de alto el fuego en las Naciones Unidas y organizó una Fuerza de Emergencia del mismo organismo (UNEF) para desplegar en el terreno. De esta manera, Estados Unidos desplazó a las potencias tradicionales en Medio Oriente, pues se presentó como defensor de los países árabes, trastocando las relaciones de poder en la región de manera definitiva.

Debido a la popularidad que cobró Nasser en el mundo árabe luego de esta crisis y a sus lazos con la URSS y su política anti-occidental y, ante la amenaza de que Moscú aprovechara la inestabilidad que suponía el fin de la hegemonía británica en la región, en enero de 1957, en un mensaje ante el Congreso, el Presidente de Estados Unidos postuló la que luego sería conocida como “Doctrina Eisenhower”. Mediante ésta, aprobada por el Congreso estadounidense en marzo de 1957, Washington reconocía la soberanía e independencia de los Estados de la región, alertaba acerca de la amenaza que suponía la política de poder de la URSS para estos, y daba por finalizada la hegemonía de Francia y Gran Bretaña en Medio Oriente. A partir de estas premisas, autorizaba la cooperación económica y militar con los Estados meso-orientales y

“el uso de las fuerzas armadas de los Estados Unidos para asegurar y proteger la integridad territorial y la independencia política de tales naciones que demanden dicha ayuda contra cualquier agresión armada abierta de (...) el Comunismo Internacional”²⁶

De esta manera, si bien el retiro militar británico de la región se dio recién en 1968, a partir de entonces Estados Unidos dejaría de actuar indirectamente a través de su socio británico y pasaría a ocuparse de forma directa de los asuntos

²⁶ Dwight Eisenhower, Mensaje especial al Congreso acerca de la situación en Medio Oriente, (05/01/1957). (Online), consultado en agosto 2010, <http://www.fordham.edu/halsall/mod/1957eisenhowerdoctrine.html>. La traducción es nuestra.

regionales. A diferencia de la anterior potencia, Washington basaría su estrategia en la imposición y sostenimiento de regímenes aliados. En este marco puede entenderse, por ejemplo, la llamada estrategia de los “dos pilares” que la potencia del norte mantuvo hasta la Revolución Islámica de 1979, mediante la cual Estados Unidos se apoyaba en los gobiernos aliados de Arabia Saudita e Irán para que estos se ocuparan de la estabilidad regional.

La cuestión energética tomó toda su dimensión durante el embargo petrolero de 1973 que sufrieron las potencias occidentales a manos de los países árabes productores de petróleo, pues puso en evidencia la dependencia de Estados Unidos del crudo de Medio Oriente. En efecto, para el año 1972 casi un tercio de las importaciones de petróleo desde el país norteamericano provenían de dicha región (Little, 2008: 65). En octubre de 1973, en una acción coordinada con Siria, Egipto lanzó un ataque sobre las posiciones israelíes desplegadas en la orilla oriental del canal de Suez. Si en un primer momento las armas suministradas por la URSS permitieron que ganaran esa posición, luego los israelíes, apoyados armamentísticamente por Estados Unidos, obligaron a retroceder a los sirios. La cuidadosa planificación del ataque y la decisión que lo acompañó, en algún sentido hicieron de ésta una victoria de los poderes árabes. Estados Unidos y la URSS impusieron el cese del fuego, pues el primero no estaba dispuesto a permitir una derrota israelí, pero tampoco, una egipcia. Por otra parte, el agravamiento de la guerra, podría llevar a ambas potencias a inmiscuirse de forma directa en el conflicto. El cese del fuego, no obstante, tenía como trasfondo la imposición de un embargo total a la exportación de petróleo saudí a Estados Unidos y una reducción del suministro del resto de los países a Occidente. El embargo estaba íntimamente relacionado con el rol jugado por Washington en la Guerra del Yom Kipur/Ramadán y estaba dirigido a lograr la recuperación de los territorios árabes ocupados por Israel.

En esta ocasión, los países petroleros meso-orientales, agrupados desde 1968 en la Organización de Países Árabes Exportadores de Petróleo (OPAEP), utilizaron exitosamente este arma al reducir su producción en protesta a la continuada ocupación israelí de territorios árabes. En efecto, recordemos que tras la Guerra

de los Seis Días de 1967 que dio una estocada de muerte al nacionalismo árabe, el Estado de Israel ocupó la totalidad del territorio palestino, el Sinaí egipcio y los Altos del Golán sirios. En este contexto, y en el marco de la pelea por la hegemonía regional que enfrentaba al Egipto de Nasser y a Arabia Saudita, el reino saudí, asentado sobre las mayores reservas mundiales de petróleo y aliado de Estados Unidos desde 1936, impuso un embargo total a las exportaciones hacia la potencia norteamericana debido a su política pro-israelí. Esto coincidió con la decisión, a fines de 1973, por parte de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), de aumentar los precios del crudo en un 300%. Esta decisión se tomó en el marco de un fuerte aumento de la demanda por parte de los países industrializados y finalizó con la toma del control mayoritario de las compañías petroleras multinacionales por parte de los gobiernos de la región (Irak en 1972, Irán, Kuwait y Arabia Saudita en 1974).

Otro hito en la historia de la relación Estados Unidos-Medio Oriente puede ser ubicado en enero de 1980 cuando la administración Carter lanzó su doctrina. Ésta aparecía en el contexto de dos grandes acontecimientos para la historia contemporánea de Medio Oriente y para la de Estados Unidos en la región. Por un lado, en enero de 1979 tuvo lugar una revolución popular en Irán que derrocó al gobierno aliado norteamericano del Sha Reza Pahlevi (el mismo que había sido apoyado durante el golpe de Estado del '53) e instauró una República Islámica, de fuerte impronta nacionalista y anti-estadounidense. Por otro lado, en diciembre de ese mismo año tropas soviéticas ingresaron en Afganistán a pedido del entonces pro-soviético gobierno afgano. Emulando la "Doctrina Monroe", la de Carter sostenía que

"un intento por cualquier fuerza externa por ganar control de la región del Golfo Pérsico será visto como un asalto a los intereses vitales de EEUU de América, y tal asalto será repelido por todos los medios necesarios, incluyendo la fuerza militar"²⁷

²⁷ Jimmy Carter, Estado de la Unión, (23/01/1980). (Online), consultado en julio 2010, <http://www.americanforeignrelations.com/A-D/Doctrines-The-carter-doctrine.html>. La traducción es nuestra.

De esta manera, la administración Carter plasmó las intenciones de la potencia norteamericana en la región y la importancia que ésta revestía para Estados Unidos. Así se explica también el apoyo económico y armamentístico a los *muyahidin*²⁸ que se unieron en la frontera entre Afganistán y Pakistán para luchar contra las fuerzas soviéticas entre 1979 y 1989 y que terminarían más tarde enfrentándose a sus propios impulsores.

La Revolución Islámica liderada por el Ayatolá Jomeini en Irán, supuso la pérdida para Estados Unidos de uno de los dos pilares sobre los cuales se había sustentado su estrategia de política exterior hacia Medio Oriente. A partir de entonces, el régimen islámico, con su vocación de hegemonía regional, se presentaría como la principal amenaza a los intereses de Washington en la región. Esto explica que en la guerra que tuvo lugar entre Irak e Irán entre 1980 y 1988, Estados Unidos se colocara del lado del entonces premier iraquí, Saddam Hussein. La guerra encontró sus antecedentes en problemas fronterizos entre los dos Estados que en el año 1975 fueron resueltos a favor de Irán, gobernado por el régimen pro-estadounidense del Sha, y en la inestabilidad que podría traer un vecino gobernado por el shiísmo islámico al gobierno de minoría sunnita y secular de Saddam Hussein²⁹.

La larga guerra Irán-Irak dejó un ejército iraquí muy numeroso ocioso que podría intentar levantarse en contra del gobierno de Saddam Hussein. A esto se sumaba una deuda inmensa con los países del Golfo Pérsico que habían financiado a Irak en contra de Irán. El mejoramiento de las relaciones entre Saddam Hussein y Washington, llevó a que el primero interpretara las palabras de la entonces embajadora de Estados Unidos en Irak, April Glaspie, respecto al despliegue de tropas iraquíes en la frontera con Kuwait (país con el 10% de las reservas mundiales de petróleo al que Irak debía cuarenta millones de dólares) como una

²⁸ El término *muyahidín*, proveniente de la lengua árabe, es traducido como “combatientes de la fé”. El singular es *muyahid*.

²⁹ El sunnismo y el shiísmo refieren a una división (política) en la historia del Islam que se produjo al morir el profeta Mahoma. En esta ocasión, los seguidores del primo y yerno del profeta, Alí, reivindicaron para sí la sucesión de Mahoma (shiítas). Los sunnitas, por su parte, son los seguidores de la sunna (la tradición) que nombraron a los sucesores del profeta (califas) recurriendo al sistema tradicional de elección por un grupo de notables. En la actualidad, el sunnismo constituye una mayoría en la mayor parte de los países árabes, con excepción de Irak y Bahrein. El shiísmo, por su parte, se encuentra mayormente concentrado en Irán.

“luz verde” para actuar. De esta manera, el 2 de agosto de 1990, las tropas iraquíes invadieron Kuwait. Bajo el paraguas de la resolución 678 del CSNU que, amparándose en el Capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas, autorizaba el uso de la fuerza a partir del día 15 de enero de 1991 en caso de que Irak no cumpliera con la serie de resoluciones pertinentes que el Consejo había aprobado, Estados Unidos lideró una coalición de Estados –árabes y no árabes– para obligar a Irak a retirarse de Kuwait. Bajo la voluntad declarada por la administración Bush (padre) de instaurar un “nuevo orden mundial”, luego de su derrota, el Estado iraquí no sólo sería despojado de gran parte de su infraestructura y devuelto a una era pre-industrial, sino que estaría sujeto a una serie de medidas de control permanente impuestas por la ONU que excedían el objetivo declarado de la intervención del organismo internacional: la liberación de Kuwait (Martín Muñoz, 2003). Al mismo tiempo, permanecería el embargo impuesto por la resolución 661 del CSNU del 6 de agosto de 1990. Según los propios dichos del Secretario de Estado de George H. W. Bush, James Baker, y de Bill Clinton, la idea era mantener las sanciones en tanto Saddam Hussein permaneciera en el poder (Martín Muñoz, 2003). En este sentido, si bien no se llevaron a cabo políticas directas de cambio de régimen, el objetivo del mantenimiento de las sanciones iba en esta dirección. Asimismo, el establecimiento de zonas de exclusión aérea en el norte y en el sur de Irak y los sistemáticos bombardeos sobre territorio iraquí por parte de las fuerzas británicas y estadounidenses ha sido una política que no se desarrolló en el marco de la ONU, sino una práctica unilateral de las dos potencias.

Otro nudo fundamental en la historia de Estados Unidos en Medio Oriente, es la relación del primero con Israel, la cual es definida desde las esferas de poder estadounidenses como una “relación especial”. Tanto Estados Unidos como la URSS coincidieron en respaldar la creación de un Estado judío en la Palestina histórica a través de dar su apoyo a la partición postulada por la Resolución 181 del CSNU en noviembre de 1947. Los lazos entre Washington y Tel Aviv se fueron fortaleciendo a partir de ese momento para, veinte años más tarde, convertirse en socios estratégicos. Un paso fundamental en este sentido fue el reconocimiento inmediato del Estado israelí por parte de la administración Truman, una vez que el

primero declaró su independencia, el 14 de mayo de 1948. El Presidente Truman dio este paso ignorando la oposición de los países árabes al Plan de Partición, e ignorando, asimismo, al Departamento de Estado, a la recientemente formada Agencia Central de Inteligencia (CIA, por sus siglas en inglés) y al también reciente Consejo de Seguridad Nacional³⁰. Sin embargo, la relación estratégica entre Estados Unidos e Israel se estableció a partir de 1962 como una consecuencia derivada de la crisis de Suez y el análisis que, como vimos más arriba a través de la "Doctrina Eisenhower", Washington hizo de la situación en Medio Oriente (Molteni, 2009). Durante este año Israel, que con anterioridad se abastecía militarmente de Francia, adquirió su primer sistema avanzado de armas de los Estados Unidos.

La victoria israelí en la Guerra de los Seis Días de 1967 contra los Estados árabes presentó la posibilidad ante los funcionarios estadounidenses de política exterior de que el Estado sionista se convirtiera en una baza para el sostenimiento de los intereses estadounidenses en la región de Medio Oriente (Graeber, 2007). A esto se sumó el embargo armamentístico que los franceses, preocupados por sus deterioradas relaciones con los Estados árabes y en repudio a lo que el General Charles De Gaulle calificó como "ataque preventivo", impusieron a Israel luego de la Guerra de los Seis Días. De esta manera, Israel cayó definitivamente en los brazos de la potencia norteamericana. Comenzó así la venta militar de Estados Unidos al Estado sionista, que luego derivaría en la estrategia de mantener una ventaja militar cualitativa de Israel por sobre sus vecinos. Esta ayuda militar con el tiempo se diversificó a ayudas de tipo económico. En 1974 Israel se convirtió en el mayor receptor de ayuda extranjera estadounidense.

Esta "relación especial" que Estados Unidos mantiene con Israel queda patentada en la ayuda desigual que este Estado recibe de la potencia del norte con respecto a sus vecinos aliados de Washington de la región. En efecto, en 1979 el entonces

³⁰ La CIA fue formada en 1947 a través del Acta de Seguridad Nacional de dicho año, mediante la cual se constituyó la actual estructura de política exterior de Estados Unidos. En efecto, el Acta reestructuró las tres áreas más importantes del ámbito de la seguridad nacional: la defensa, la inteligencia y el consejo político al Presidente, reorganizando a los militares al interior de un único Departamento de Defensa (antes existía un Departamento de Marina y uno de Guerra) y creando la CIA y el Consejo de Seguridad Nacional que desplazaría progresivamente al Departamento de Estado y se convertiría en la institución más importante en el delineamiento de la política exterior del país norteamericano (Rosati, 1993).

Presidente egipcio, Anwar al-Sadat, firmó un Tratado de Paz bilateral con Israel que suponía el reconocimiento del Estado sionista en el marco de los Acuerdos de Camp David. Este Tratado estaba dirigido más hacia Estados Unidos que hacia Israel, pues lo que Sadat buscaba era el establecimiento de una relación estratégica con Washington a fin de obtener ayuda militar de la potencia norteamericana (Sullivan y Jones, 2008). A partir de entonces, Egipto la recibió. Sin embargo, la cantidad de ayuda de este tipo que recibe en comparación con Israel, en una proporción de 3 a 2 (Sharp, 2010), mantiene al país árabe en una posición de desventaja estructural y permanente al respecto.

Otro punto en el que se pone en evidencia esta "relación especial" es en el tratado a palestinos e israelíes en la búsqueda por parte de Washington del establecimiento de negociaciones de paz entre ellos. Ya fuera bajo la figura de los líderes árabes de la región, ya fuera bajo la de Yasser Arafat, o bajo la del Hamas, la responsabilidad de la inexistencia de paz en este espacio regional la tienen, desde el discurso estatal estadounidense, de alguna u otra manera, los palestinos. Sobre todo a partir del fin de la Guerra Fría y el cese de apoyo por parte de la URSS a la Organización para la Liberación Palestina (OLP) liderado por el partido político Al-Fatah, las sucesivas administraciones estadounidenses han buscado establecer una solución negociada al conflicto, siendo la más relevante los llamados "Acuerdos de Oslo", firmados entre Israel y la OLP durante la administración Clinton, en 1993. Los términos de estas negociaciones han sido frecuentemente denunciados por distintos Estados árabes y organizaciones pacifistas como siendo injustos para el pueblo palestino. Si bien ciertos autores dudan de los deseos reales de Washington de poner un punto final al conflicto (ver, por ejemplo, Chomsky, 2004), lo cierto es que, en particular, desde la administración George H. W. Bush en adelante, con mayor o menor éxito, las distintas administraciones estadounidenses han colocado esta cuestión en sus respectivas agendas.

II

Bush en Medio Oriente: continuidades y rupturas.

La administración Bush supuso rupturas con respecto a las políticas de anteriores administraciones, pero también supuso continuidades. La evaluación negativa general que se hizo con respecto a ella implicó su demonización. Pareció, entonces, que todos los males por los que Estados Unidos atravesaba eran de su responsabilidad, pasando por alto el hecho de que la administración fue elegida democráticamente³¹ en dos oportunidades y que el Congreso estadounidense también acompañó sus medidas más polémicas hacia la región (por ejemplo, la invasión a Irak). De esta manera, se echaron culpas sobre los individuos y se perdió de vista el carácter estructural de la política de Estados Unidos hacia el mundo en general y hacia Medio Oriente en particular. Esto puede explicar, en parte, por qué la ideología neoconservadora que se le atribuyó a la administración y sus aspectos ideológicos tomaron tanta preeminencia, diluyendo la discusión acerca del poder sin precedentes de la superpotencia mundial.

La administración Bush fue demonizada. Su fuerte impronta unilateralista y el establecimiento de lo que se llamaron “coaliciones flexibles” para llevar a cabo sus políticas particularmente hacia Irak, generaron fuertes conflictos con aliados tradicionales europeos (sobre todo con Francia y Alemania) e hicieron temblar la relación transatlántica. En efecto, estas coaliciones implicaban la definición de alianzas según la misión que se enfrentara, haciendo a un lado la alianza estable entre Estados Unidos y Europa. Desde nuestro punto de vista, con continuidades y discontinuidades respecto de anteriores administraciones, los dos períodos que cumplieron Bush y su equipo en el gobierno de Estados Unidos, fueron, en resumidas cuentas, una puesta en acto del pensamiento liberal que atraviesa la historia de la potencia norteamericana.

Lo que no se le perdonó a George W. Bush fue el hecho de que pusiera en evidencia el carácter de poder soberano global de Estados Unidos, a través del establecimiento unilateral del estado de excepción a nivel mundial y la utilización de la coerción, prescindiendo de la legitimidad otorgada por los organismos internacionales (ver al respecto, Ikenberry, 2005). Es decir, la puesta en práctica

³¹ Si bien hay dudas acerca de la legitimidad de la primera elección de Bush, no sólo éste fue reelegido, sino que, además, en esa primera oportunidad, los estadounidenses dieron legitimidad a lo que dictaminaron las instituciones electorales.

de políticas imperialistas que reavivaron la discusión acerca del carácter de Hegemón o Imperio de la potencia norteamericana que vimos en el capítulo anterior. Paradójicamente, el carácter neoliberal de sus políticas que suponían el establecimiento de formas políticas, económicas y sociales con una mínima intervención estatal, precisó la (re)emergencia del Estado como un actor principal en las RRII, dando una fuerte estocada a aquellas teorías que, durante el apogeo del neoliberalismo de la década de los '90 del siglo pasado, se habían adelantado a declarar su muerte.

Existen opiniones encontradas en torno a la afirmación de que la estrategia internacional llevada a la práctica por la administración G. W. Bush consistió en una ruptura total con la historia de Estados Unidos en esa dimensión. Desde nuestro punto de vista, coincidimos con Calle y Merke (2005) quienes recorren las anteriores doctrinas de seguridad estadounidenses para concluir que, a ese respecto, la administración Bush puede pensarse como una continuidad en la historia de Estados Unidos. Dicha continuidad apareció signada por la combinación de los dos grandes extremos que marcaron la historia de Estados Unidos en cuanto a política exterior se refiere: el idealismo internacionalista y el realismo.

Si el primero busca la guía de la política exterior en principios morales, el segundo postula que ésta debe definirse en términos de poder. De esta manera, la administración Bush integró el moralismo y el poder, el liberalismo y el realismo. Más adelante veremos cómo a pesar de una retórica fuertemente cargada de valores morales que bregaban por la democratización de Medio Oriente, la imposición de los principios políticos, económicos y sociales de corte liberal, fue selectivamente aplicada, privilegiando los intereses por sobre los valores. En efecto, si bien se ejerció cierta presión sobre los aliados regionales de Washington para que alentaran reformas en este sentido, éstas no fueron más que coyunturales. Por otra parte, la sistematicidad en el ejercicio de torturas a los prisioneros de la GGT confinados en centros de detención globales (Abu Ghraib en Irak, Guantánamo en Cuba y la base aérea de Baghram en Afganistán son sólo algunos de estos), aprobada por la negativa a tratar a los detenidos como prisioneros de guerra según la Convención de Ginebra, da cuenta de una política

de poder que desdeña los principios morales en nombre de los cuales actúa. Desde nuestro punto de vista, en tanto la historia implica cambios y continuidades que escapan a la voluntad de los actores, también Estados Unidos debe adaptarse a un mundo en constante movimiento. En este sentido, creemos que podemos encontrar en la administración rasgos que señalan rupturas y rasgos que señalan continuidades con respecto a los modos de delinear la política exterior.

Dentro de los aspectos continuistas de la administración Bush con respecto a Medio Oriente, podemos mencionar: la importancia estratégica en términos de recursos energéticos y geopolíticos dados a la región, las líneas de alianzas y enemistades trazadas y el lugar privilegiado dado a Israel como aliado estratégico, y los intentos de encontrar una solución negociada al conflicto palestino-israelí. Con respecto a los aspectos geopolíticos, la continua preocupación por asegurar la marcha de la economía capitalista a través de garantizar el flujo del petróleo al mundo y, particularmente, a Estados Unidos, fue de un interés primordial, ocupando un lugar preponderante en la agenda de la administración. Sostenemos que ésta fue –lo veremos más adelante– una de las razones para el cambio de régimen en Irak.

Por otra parte, hubo continuidad en las líneas de amistad y enemistad trazadas, aunque, como veremos más adelante, la construcción de los amigos y enemigos tomó un nuevo giro, pues tuvo que adaptarse a la GGT. Tanto la República Islámica de Irán como el Irak de Saddam Hussein fueron catalogados como enemigos. Con respecto a este último, durante la guerra Irán-Irak entre 1980 y 1988, fue considerado por la administración Reagan como un “gobierno legítimo” con el que se restablecieron relaciones en 1984. Puede dársele como fecha de comienzo a esta enemistad el 2 de agosto del año 1990, día en que las tropas iraquíes invadieron Kuwait. Estos últimos dos países fueron caratulados como formando parte de un “Eje del Mal” (junto con Corea del Norte) en enero del año 2002, durante el discurso anual del “Estado de la Unión” dado por el presidente estadounidense. Con respecto a la continuidad en las alianzas, aunque con ciertos roces provocados por la retórica a favor de la democratización de Medio Oriente,

continuó su relación de amistad con Arabia Saudita, Egipto, Jordania y los Estados del Golfo³².

En este sentido, Israel prosiguió ocupando un lugar privilegiado al continuar siendo considerado como aliado estratégico. Esto se pudo apreciar fielmente tanto en el contenido que presentaba la “Hoja de Ruta” confeccionada por el “Cuarteto para Medio Oriente” (formado por la ONU, la Unión Europea, Rusia y Estados Unidos) en el año 2003, como en la posición que adoptó Estados Unidos ante la invasión a Líbano por parte del ejército israelí. En lo que concierne a la “Hoja de Ruta”, el lugar de responsabilidad de los palestinos con respecto a la continuación del conflicto está claro:

“Una solución de dos estados al conflicto palestino-israelí sólo será alcanzada a través de la finalización de la violencia y el terrorismo, cuando el pueblo palestino tenga un liderazgo actuando decisivamente contra el terror y dispuesto a y capaz de construir una democracia efectiva basada sobre la tolerancia y la libertad, y a través de la buena disposición de Israel para hacer lo necesario para que un Estado palestino democrático sea establecido, y una aceptación clara y no ambigua de las dos partes del objetivo de una solución negociada”³³

Sin detenernos en el análisis exhaustivo de este párrafo, que hemos seleccionado a modo de ejemplo, hemos subrayado el “cuando”, pues éste es un adverbio que señala un punto singular en el tiempo que da comienzo a una acción. En este sentido, se espera específicamente un cambio en el liderazgo palestino (recordemos que aún continuaba al frente de éste Yasser Arafat) como puntapié inicial y condición de posibilidad para la solución del conflicto, echándose la carga de responsabilidad por la inexistencia de su Estado nacional a los propios palestinos. Las obligaciones del Estado de Israel, por otra parte, permanecen en la ambigüedad.

³² Siria continuó siendo presionada por su relación de alianza con Irán, mientras que con Líbano se tuvo una relación pendular. En efecto, se lo apoyó si se trataba de atacar a Siria o al movimiento *Hezbollah* (la Res/1559 del CSNU que instaba al retiro de las fuerzas extranjeras de Líbano fue dirigida a Siria fundamentalmente), pero se lo abandonó, por ejemplo, durante la invasión israelí del año 2006, responsabilizándose al respecto al *Hezbollah*.

³³ Departamento de Estado (2003), A performance-based Roadmap to a permanent two-State solution to the Israeli-Palestinian conflict. (Online), consultado en julio 2008, www.state.gov/r/pa/prs/ps/2003/20062.htm. La traducción es nuestra y las cursivas también.

Con respecto a la invasión a Líbano del año 2006, la administración se puso del lado israelí, planteando al conflicto en el marco de la GGT, como un conflicto comenzado por el movimiento Hezbollah, definido como grupo terrorista, para evitar el desarrollo de un Estado palestino democrático en paz con su vecino Israel. Por otra parte, mientras muchos gobiernos del mundo y el propio Secretario de la ONU, Kofi Annan, se pronunciaron en contra de lo que calificaron como “una respuesta desproporcionada” por parte de Israel que dejó un saldo de más de mil cien libaneses –en su mayoría civiles– muertos (según números de la ONU³⁴), la administración calificó las acciones militares israelíes como actos de “legítima defensa”.

Otro de los indicadores fue la posición tomada por la administración vis-à-vis la intervención armada de Israel en la Franja de Gaza gobernada por el movimiento Hamas. En este caso, al igual que en la anterior intervención en Líbano, la administración echó el peso de toda la responsabilidad sobre el movimiento palestino y evitó pronunciarse acerca de su carácter desproporcionado, a pesar de que dejó un saldo de 1385 muertos palestinos, en su mayoría civiles³⁵.

Por otra parte, en lo que hace al conflicto palestino-israelí específicamente, luego de que los plazos estipulados en la “Hoja de Ruta” no fueran cumplidos, la administración trabajó en una salida negociada junto al gobierno israelí y al flamante Presidente de la Autoridad Nacional Palestina (ANP), Mahmoud Abbas. Este último fue electo en enero del año 2005, luego de la muerte del histórico líder palestino, Yasser Arafat, a finales de 2004. En noviembre del año 2001, en su discurso ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, el Presidente George W. Bush se manifestó a favor de una solución que supusiera la existencia de dos Estados, uno palestino y uno israelí, viviendo lado a lado, en paz y seguridad, siendo el primer presidente estadounidense en expresarse en este sentido. Esto mismo lo repitió en un discurso que dio en el Rose Garden, el 24 de junio del año

³⁴ ONU (2006), Las Naciones Unidas ayudan al Líbano a restablecerse, mientras Europa aumenta su apoyo al mantenimiento de la paz. (Online), consultado en marzo 2007, <http://www.un.org/spanish/Depts/dpko/yir06/lebanon.shtml>.

³⁵ B'Tselem, 27 December 2009: One year since Operation Cast Lead, still no accountability. (Online), consultado en diciembre 2009, http://www.btselem.org/English/Gaza_Strip/20091227_A_year_to_Castlead_Operation.asp.

2002, titulado “El Presidente llama a un nuevo liderazgo palestino”. Fue a través de este último que la administración expresó su visión sobre una posible solución al conflicto, sobre la cual se armó la “Hoja de Ruta” del año 2003. Si bien este asunto no ocupó un lugar predominante en su agenda, esta última señala un intento en este sentido por parte de la administración. Asimismo, ésta se encargó de convocar a una Conferencia de Paz en Annapolis a la que concurren Abbas y el entonces Primer Ministro israelí, Ehud Olmert, en noviembre del año 2007. Es decir que en este sentido pueden detectarse continuidades, pues la administración, al igual que las dos anteriores, trató la cuestión palestino-israelí.

Con respecto a las discontinuidades, coincidimos con Douglas Little quien señala como tales: la emergencia de un nuevo enemigo en Medio Oriente que vino a remplazar al anterior enemigo soviético y al que el autor denomina “islamo-fascismo”, pero que otros autores llaman “neofundamentalismo” (Zeraoui, 2008) y que la propia administración etiquetó como “terrorismo islámico”³⁶; un fuerte intervencionismo dirigido a la exportación de la democracia; y, por último, un abandono completo de la doctrina de la contención en la región y un remplazo de ésta por la de la prevención³⁷ (Little, 2008). Las discontinuidades estarán atravesadas por los atentados del 11 de septiembre del 2001. La respuesta dada a estos, que adoptó la forma de la GGT, constituyó un acontecimiento en el plano de la política internacional, pues modificó las relaciones de poder en ese ámbito: Estados Unidos emergió como el poder soberano global y su política imperialista en Medio Oriente derivó en la emergencia de Irán como potencia regional, creando nuevas líneas de enfrentamiento en la región entre sunnitas y shiítas (Roy, 2008; Zeraoui, 2009) y, según ciertos autores, la pérdida de poder relativo

³⁶ En contadas ocasiones, desde la Casa Blanca se utilizó el término “islamo-fascismo”. Particularmente entre octubre y noviembre del año 2005. Por ejemplo, el 06/10/2005 en su discurso titulado “El Presidente discute la guerra contra el terror en el *National Endowment for Democracy*”; el 28/10/2005 en “El Presidente discute la Guerra contra el Terror”; el 11/11/2005 en “El Presidente conmemora el Día de los Veteranos, discute la Guerra contra el Terror”. Puede señalarse que la emergencia de dicho significante se dio en un contexto de intensificación de las presiones democratizantes por parte de la administración a los gobiernos de la región.

³⁷ Las diversas estrategias estadounidenses contemplaban la anticipación (*preemption*), en cambio, la doctrina Bush hizo emerger y legitimar la idea de prevención (*prevention*): “Por anticipación (*preemption*) suele entenderse un esfuerzo por desarticular un ataque militar inminente; en cambio, la guerra preventiva (*prevention*) es una operación militar diseñada para conjurar una amenaza a la que le faltan meses o años para materializarse” (Fukuyama, 2007:93)

de Estados Unidos sobre Medio Oriente (Roy señala, por ejemplo, que la política de Bush en la región derivó en una vuelta a un sistema internacional multipolar – 2008: 10–).

A continuación presentamos un recorrido analítico de las premisas y acciones que signaron la política exterior de la administración estadounidense en la región de Medio Oriente. Para tal fin, hemos dividido las palabras que siguen en cuatro apartados que responden a un seguimiento diacrónico del desarrollo de los hechos y concepciones a lo largo de los dos períodos de gobierno Bush comprendidos entre enero de 2001 y enero de 2009, teniendo en cuenta ciertas premisas que aparecieron durante la campaña en el año 2000.

Un primer apartado se concentra en los delineamientos de la política exterior de la administración con anterioridad a los atentados del 11 de septiembre de 2001 (en adelante: 11-S). Un segundo ubica como acontecimiento fundamental a estos y a la respuesta que se dio desde la administración: la GGT. A partir de aquí se verifica un giro con respecto a la concepción de política exterior de la administración. El tercer apartado parte del supuesto de que la GGT implicó una desterritorialización que, sin embargo, precisó territorializarse, haciéndolo en la región de Medio Oriente. Se buscan, de esta manera, los elementos discursivos y no-discursivos que posibilitaron tal desplazamiento. Por último, el cuarto apartado intenta un análisis de la política de democratización que llevó adelante la administración Bush en la región estudiada. Colocamos signos de interrogación en torno al carácter rupturista de dicha política con respecto a las anteriores, pues, sostenemos, fue selectivamente aplicada, siguiendo lineamientos de interés nacional, conservando en el poder a aliados no-democráticos de Washington (y, de esta forma, privilegiando la estabilidad por sobre la democratización en ciertos Estados).

La política exterior de Estados Unidos según la administración Bush antes del 11-S

La administración George W. Bush llegó al poder en enero del año 2001 con una preocupación fundamentalmente realista: construir un interés nacional. Desde quienes serían los integrantes de su gobierno, se postulaba que la dificultad en la definición de un interés nacional que funcionara como guía de política exterior encontraba su base en la ausencia de un poder al que enfrentar desde la pérdida de la URSS como competidor. Lo fundamental, y aquello por lo que se criticaba a la anterior administración Clinton, era lograr la distinción entre lo importante y lo trivial, es decir, señalar prioridades. Estas últimas, desde la pluma de quien sería la Consejera de Seguridad Nacional hasta noviembre del año 2004 y luego Secretaria de Estado, eran:

“asegurar que el ejército de América³⁸ pueda desanimar la guerra, proyectar poder, y luchar en defensa de sus intereses si la disuasión falla; promover el crecimiento económico y la apertura política extendiendo el libre comercio y un sistema monetario internacional estable a todos aquellos comprometidos con estos principios (...); renovar las fuertes e íntimas relaciones con aliados que comparten los valores americanos y pueden, por tanto, compartir la carga de promover la paz, la prosperidad y la libertad; enfocar las energías de Estados Unidos en amplias relaciones con las grandes potencias, particularmente Rusia y China, que pueden moldear y moldearán el carácter del sistema político internacional; y ocuparse decisivamente de la amenaza de regímenes canallas y poderes hostiles que están crecientemente tomando la formas del potencial para el terrorismo y el desarrollo de armas de destrucción masiva (ADM)” (Rice, 2000: 2; la traducción es nuestra, las cursivas también)

Asimismo, la administración Clinton era criticada por su fuerte impronta institucionalista que la había llevado a suponer que el ejercicio del poder era únicamente legítimo cuando se hacía en nombre de “intereses humanitarios” o los intereses de “la comunidad internacional”. Si bien no se descartaba lo positivo de esto, se postulaba que estas entidades podían ser beneficiadas como un “efecto de segundo orden”. En otras palabras, la *realpolitik* volvería a guiar la política exterior de la potencia norteamericana. Esto no suponía, no obstante, hacer a un

³⁸ En cuanto se traduzcan los discursos, se mantendrá para “Estados Unidos” la expresión que corresponda al original (“América”, “americanos”, etc.), esto encuentra su explicación en que no siempre se utiliza la expresión América (*America*), sino que a veces se la intercambia por la de Estados Unidos (*United States*) y sería interesante pensar cuándo se usa una y cuándo la otra. Por supuesto, no lo haremos aquí.

lado las normas y los valores, pues, se sostenía, “(l)os valores americanos son universales” (Rice, 2000: 49). Sin embargo, mientras no se universalizaran, no era posible “ignorar y aislar a otros Estados poderosos que no comparten dichos valores” (Rice, 2000: 49). El centro de la política exterior estadounidense debía correrse de las preocupaciones de los años de Clinton, es decir, “la construcción de naciones, el trabajo social internacional y el uso de la fuerza promiscuo” (Ikenberry, 2002). En cambio, debía hacerse foco en cultivar las relaciones entre las grandes potencias y la reconstrucción de las Fuerzas Armadas.

Como áreas de interés para Estados Unidos se definían las regiones de Europa, Asia-Pacífico y Medio Oriente. Dentro de esta última región –definida como “de interés central para Estados Unidos y nuestro aliado clave Israel” (Rice, 2000: 58)–, la amenaza principal era postulada por un Irak nuclear (Irán también era nombrado, pero como una amenaza menor –Rice, 2000: 58–). En efecto, el país mesopotámico, gobernado por Saddam Hussein, era postulado como el prototipo de país que se había quedado fuera del camino de la historia, postulada ésta como una necesidad unidireccionada hacia los mercados y la democracia (Rice, 2000: 57). La preocupación mayor era el desarrollo por parte de este “régimen” de ADM y se planteaba, por tanto, la necesidad de removerlo, a través de cualquier recurso, “incluyendo el apoyo de la oposición” (Rice, 2000: 57). Sin embargo, antes del 11-S, la administración era reacia a la noción de cambio de régimen que supone establecer una relación directa entre el régimen interno de un país y sus acciones en el ámbito de la política internacional (Jervis, 2003; Fukuyama, 2007). Por otra parte, en el momento que estamos analizando, se sostenía que no existía apuro para tal cosa y que, mientras tanto, debía usarse la disuasión y construir las defensas necesarias contra este tipo de armas³⁹.

En los discursos provenientes de la Casa Blanca, Medio Oriente aparecía antes de los atentados del 11-S como una región altamente conflictiva, a través de dos ejes principales: el conflicto palestino-israelí y la cuestión iraquí. Este último asunto

³⁹ Este último punto explica el abandono unilateral por parte de Estados Unidos en el año 2002 del Tratado ABM, firmado en el año 1972 con la URSS y a través del cual ambas potencias se comprometían a destruir los misiles anti-balísticos, bajo el supuesto de que aquel con mayores posibilidades de defensa es más propenso al ataque.

ocupaba el primer lugar en la agenda regional. Ello quedó en evidencia con el primer viaje que realizó el flamante Secretario de Estado, Colin Powell, a la región, pues su principal objetivo fue conversar con aliados acerca de cómo podía modificarse el régimen de sanciones impuesto a Irak luego de la Guerra del Golfo de 1990-1991.

El 11-S y la GGT

Pensar las políticas de la administración Bush a partir del 11-S, no supone sólo tener en cuenta el cambio que para las relaciones internacionales y para Estados Unidos, en particular, en tanto Estado hegemónico, implica "(l)a posibilidad de que un organización no estatal relativamente pequeña y débil pueda infligir daños catastróficos" (Fukuyama, 2007: 78). Deben tenerse en cuenta, también, tanto el carácter liberal de la Hegemonía estadounidense que conlleva la particularidad de hacer política declarándose apolítico, actuando no en nombre de intereses particulares sino en nombre de intereses universales, de la humanidad⁴⁰ (Rasch, 2003), como el contexto más amplio de sistema internacional unipolar que se instaló luego del fin de la Guerra Fría. La política de la administración, formulada en términos de guerra, por tanto, no puede plantearse como producto de los deseos malintencionados de ciertos individuos que, en un momento dado, llegaron al poder; es por esto que nos hemos negado más arriba a hablar en términos de ideología y hemos decidido hacerlo en términos de discurso. Pues este último encuentra en los sujetos a sus portadores, a los portadores de sentido, pero, en ningún caso, los postula como causas. De esta manera, sostenemos que la política llevada a cabo por la administración Bush debe ser situada en un contexto más amplio que comprenda la estructura de las relaciones de poder.

Desde aquí pensamos a los atentados al World Trade Center del 11 de septiembre del 2001 que se cobraron la vida de unas 3000 personas, como un acontecimiento. Más allá de que fue la primera vez que Estados Unidos era

⁴⁰ En este sentido corría la interesante y actual crítica que Carl Schmitt le hacía al liberalismo y la admiración que, al mismo tiempo, profesaba por el modo de hacer política estadounidense.

golpeado con tal intensidad y espectacularidad en el corazón de su territorio continental, lo que le inyectó a estos su carácter de acontecimiento fue la lectura dada a estos, es decir, su calificación como “ataques” y no como “atentados”. En efecto, desde la administración Bush, el 11-S fue comparado con el ataque japonés a Pearl Harbor que precipitó el ingreso de Estados Unidos a la Segunda Guerra Mundial: “Y luego vinieron los ataques del 11 de septiembre de 2001. Como en las secuelas del ataque a Pearl Harbor en 1941, los Estados Unidos fueron arrastrados a un mundo fundamentalmente diferente” (Rice, 2008: 2). Vista esta comparación, se planteó como necesaria una respuesta en forma de guerra, ésta se dio a través del lanzamiento de la GGT. Si ésta reviste tal importancia, esto se debe a que se presentó como un marco que permitió el establecimiento de un estado de excepción a nivel mundial y, por lo tanto, la emergencia de Estados Unidos como el único poder soberano global. Esto, a su vez, posibilitó la aceptación de las guerras de prevención, lo que se plasmó en la Estrategia de Seguridad Nacional de septiembre del año 2002 (ESN 2002) y, a partir de allí, la efectuación de políticas de corte imperialista, tal como las definimos en el capítulo anterior.

La GGT, por otra parte, estuvo acompañada por la que se conocería como “doctrina Bush”:

“Perseguiremos a las naciones que provean ayuda o refugio seguro al terrorismo. Cada nación, en cada región, ahora tiene una decisión que tomar. O están con nosotros o están con los terroristas. Desde ahora en adelante, cualquier nación que continúe dando refugio o apoyo al terrorismo será considerada por Estados Unidos como un régimen hostil”⁴¹

Esta doctrina quitaba la posibilidad al resto de los Estados no sólo de criticar la política que Washington pudiera establecer a partir de ese momento, sino aún la posibilidad de plantearse en un terreno neutral. El mundo era, así, dividido en dos, sin más opciones que la de elegir uno de los dos bandos en cuestión a través de la línea de separación establecida por Estados Unidos. Dicha línea suponía la

⁴¹ CASA BLANCA (2001). George W. Bush, Discurso ante una sesión conjunta del Congreso y ante el pueblo americano, (20/09/2001). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

separación de “nosotros” de unos “otros” contruidos como inasimilables. En efecto, de lo que se trataba en la GGT era de eliminarlos de la faz de la tierra. De esta manera, el enemigo terrorista fue mutilado de toda connotación política y fue colocado en un espacio-otro metafísico de oscuridad, muerte y maldad. Se lo expulsó, así, del mundo: movimiento necesario para su exterminio físico.

“El terrorismo no sólo ha desafiado al mundo, ha clarificado algunos valores fundamentales. Cada nación ahora enfrenta una elección entre el cambio conforme a la ley y la violencia caótica; entre la conformidad sin gozo y la sociedad abierta, creativa; y entre la celebración de la muerte en el suicidio y el asesinato y la defensa de la vida y su dignidad” (Bush, 2002)

Como veremos más adelante, este tipo de construcción del otro fue reproducida para llevar a cabo políticas de imposición de la propia voluntad no ya contra enemigos no-estatales (los “terroristas”), sino también contra enemigos estatales, a quienes se tuvo que construir de modo tal que su amenaza pudiera ser comparable a la que suponían los movimientos terroristas (será el caso de Saddam Hussein como gobernante de Irak).

GGT: desterritorialización y territorialización en Medio Oriente

Si el que había golpeado era un “enemigo sin nombre; [...] sin rostro y [...] sin fronteras específicas”⁴², la respuesta que habría de dársele era también indefinida. En efecto, la legitimación de la prevención en el ámbito internacional abrió la posibilidad de la intervención global de la potencia norteamericana, transformando la territorialidad mundial en un espacio liso. En este sentido, y a partir del análisis de la GGT, algunos autores han hablado de un cambio en la configuración espacial del mundo, desempolvando categorías utilizadas por Carl Schmitt en el *Nomos de la tierra*... como ser las categorías de lógica de la Tierra y lógica del Mar, para afirmar que se ha pasado a una lógica marítima, es decir, desterritorializada (De Benoist, 2007). En efecto, la guerra “global” así se

⁴² CASA BLANCA (2001). Conferencia de Prensa por Ari Flescher, (13/09/2001), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra. Ari Flescher fue el Secretario de Prensa de la Casa Blanca entre enero 2001 y julio 2003.

presentó. Sin embargo, sostenemos junto con Deleuze que todo movimiento de desterritorialización tiene su contrapartida necesaria en uno de reterritorialización (Deleuze, Guattari, 2004). La GGT no es una excepción y la doctrina Bush, a través de la cual se responsabilizaba a los Estados anfitriones de los terroristas, vino a confirmarlo: planteada en términos globales, se territorializó en Estados específicos y fundamentalmente en la región de Medio Oriente. Sus dos escenarios principales, según la propia administración, fueron Afganistán e Irak a su turno:

“Afganistán e Irak están vinculados, están vinculados porque ambos son teatros integrales en la Guerra contra el Terror. Y un Afganistán libre y un Irak libre harán más seguros a los Estados Unidos (...) 11/9 nos enseñó una lección: que somos vulnerables”⁴³.

Si bien el país sudasiático que albergaba a Osama Bin Laden –a quien el 20 de septiembre del año 2001 se identificó oficialmente como el autor intelectual de los atentados– no formaba parte de dicha región, definida por la propia administración como estando conformada por los países árabes del Mashrek árabe, Israel e Irán⁴⁴, el hecho de que los diecinueve secuestradores de los aviones que fueron estrellados contra las Torres Gemelas fueran nacionales árabes, abrió la posibilidad de que las políticas de respuesta se centraran particularmente en la región de Medio Oriente. Por otra parte, como dijimos, la administración Bush forjó la expresión “Gran Medio Oriente” para incluir dentro de la política dirigida a esta región a todos los países entre Marruecos y Pakistán, incluyendo a los Estados de la cuenca del Caspio.

Sin embargo, hay quienes plantean que la concentración de la política exterior estadounidense en esta parte del mundo no fue resultado de los atentados del 11-S, basándose en el hecho de que durante la primera reunión del Consejo de

⁴³ CASA BLANCA (2003). Entrevista del Presidente con la Radio y el Servicio de Televisión de las Fuerzas Armadas, (18/08/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

⁴⁴ Esta definición hemos podido construirla a través de un seguimiento del significante “Medio Oriente” a través de los discursos publicados por la Casa Blanca en su página web: www.whitehouse.gov. Por otra parte, en su división por regiones, el Departamento de Estado, encargado de las relaciones diplomáticas, coloca al Medio Oriente al interior de la Oficina de Asuntos del Cercano Oriente que incluye, además de a los países citados, a Argelia, Libia, Marruecos y Túnez. De esta manera, Afganistán no es incluido, encontrándose al interior de la región de Asia central y del sur.

Seguridad Nacional de la administración, el 30 de enero del 2001, Medio Oriente había sido el único ítem en la agenda (Little, 2008: 326). Tal como sostuvo Stephen Hadley, Consejero de Seguridad Nacional luego de que Condoleezza Rice dejara el cargo para pasar a ocupar el lugar de Colin Powell al frente del Departamento de Estado a fines del año 2004,

“En muchos sentidos, Medio Oriente ha devenido el centro de gravedad de la política exterior americana: el principal teatro de operaciones y despliegue de nuestro ejército, el campo de prueba de la fuerza de nuestros principios e ideales, y el foco de nuestra más importante diplomacia”⁴⁵

El discurso de la administración Bush logró, entonces, la territorialización de la GGT en Medio Oriente. Esto se hizo a través del establecimiento de series enunciativas que lograron vincular a los “terroristas islámicos”, acusados del 11-S, con la falta de democracia en Medio Oriente. De esta manera, dicha región se convirtió en la fuente de todos los problemas de seguridad nacional que enfrentarían “América y Europa” o “América y sus aliados de la OTAN”. Esto último quedó en evidencia con el fin del Tratado ABM y la consecuente implantación de un sistema de defensa que protegería a dichos países de amenazas provenientes de Medio Oriente:

“América y Europa estamos cooperando en nuestro más solemne deber: proteger a nuestros ciudadanos (...) Y para protegerlos contra la posibilidad de ataques con misiles balísticos provenientes de Medio Oriente, estamos desarrollando un sistema compartido de defensa anti-misiles”⁴⁶

Esto se encontraba ligado, asimismo, a aquello que la administración Bush (al igual que la de su sucesor, Barack Obama) identificó a partir del 11-S como el mayor peligro que enfrentaba Estados Unidos: que los “terroristas islámicos”

⁴⁵ CASA BLANCA (2009). Observaciones del Consejero de Seguridad Nacional, Stephen Hadley, en el Centro para Estudios Internacionales y Estratégicos, (07/01/2009). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

⁴⁶ CASA BLANCA (2008). Discurso radial del Presidente, (14/06/2008). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

encontraran refugio en un Estado que poseyera ADM47. Si la doctrina Bush funcionó como el primer paso hacia la territorialización de la GGT, éste sería el segundo. Si bien la preocupación por las ADM ya aparecía antes de la llegada al poder en la agenda republicana (Rice, 2000), el 11-S supuso la conjunción de dos peligros con los que Washington había estado lidiando en su política exterior: el islamismo radical, desde la Revolución iraní de 1979, y las ADM, desde la era atómica (Fukuyama, 2007)⁴⁸. Esta última cuestión fue puesta de relieve a partir de enero del año 2002, una vez que se había derrocado a los talibán en Afganistán y se habían efectivizado los Acuerdos de Bonn en diciembre de 2001. Efectivamente, a través de estos se formó en el país sudasiático un gobierno interino a cuya cabeza se colocó a Hamid Karzai y a través del cual se creó la Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad (ISAF, por sus siglas en inglés), en el marco de las Naciones Unidas. De esta manera, el frente afgano quedaba cubierto. La GGT comenzó a encontrarse, entonces, con la amenaza de las ADM:

“También hemos enviado otro mensaje, que si eres alguna de esas naciones que desarrollan ADM y es probable que te pongas del lado de un grupo terrorista, o estás ahora patrocinando el terror, o no te importan los valores que a nosotros sí nos importan profundamente, entonces, también, estás en nuestra lista de observados. La gente dice, ¿qué significa eso? Significa que mejor pongan su casa en orden, eso es lo que significa. Significa que mejor que respeten el reinado de la ley. Significa que mejor no intenten aterrorizar a América y a nuestros amigos y aliados, o la justicia de esta nación caerá sobre ellos también”⁴⁹

⁴⁷ La Estrategia de Seguridad Nacional publicada en el mes de mayo del año 2010 afirmaba al respecto: “No hay mayor amenaza al pueblo americano que las ADM, particularmente el peligro planteado por la persecución de armas nucleares por extremistas violentos y su proliferación a otros Estados” (ESN, 2010: 4)

⁴⁸ Krauthammer plantea que las dos amenazas combinadas son aquellas de las ADM con los Estados canallas (Krauthammer, 2003), la misma que, como vimos, identificara Condoleezza Rice en el año 2000. Dada la diferencia cualitativa que introdujeron los atentados del 11-S, creemos que la combinatoria de peligros planteada por Fukuyama es más atinada. Por otra parte, la ESN del año 2002 rezaba: “El más grave peligro que enfrenta nuestra nación descansa en el cruce entre radicalismo y tecnología” (ESN, 2002: vi). En todo caso, desde los discursos de la Casa Blanca el peligro radicaba en una triangulación que implicaba a los así definidos Estados canallas, movimientos terroristas islámicos y ADM.

⁴⁹ CASA BLANCA (2002). George W. Bush, Georgia da la bienvenida al Presidente Bush, (31/01/2002). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

Siempre dentro del marco de la GGT, se establecieron dos líneas argumentativas que luego convergieron en la necesidad de democratizar Medio Oriente. La primera de estas líneas vinculaba a los terroristas con la región a través del Islam: los primeros habían actuado en nombre de esta religión, cuya cuna era Medio Oriente, el “mundo árabe” en particular:

“En mi declaración a nuestra nación, le dije a la gente de los Estados Unidos que no haríamos responsables únicamente a aquellos que cometieron estos horrible actos, que también haríamos responsables a aquellos que los hospedaron, que los alimentaron, que los escondieron. Ésa es nuestra política. (...) Primero que todo, es importante saber que esta no es una campaña contra el Islam; no es una campaña contra los árabes. Esta es una campaña contra los terroristas. Esta es una campaña contra los que hacen el mal, quienes odian la libertad. He recibido (...) fuertes declaraciones de solidaridad de gobiernos de Medio Oriente.”⁵⁰

Esta fue la primera vez, desde la asunción de G. W. Bush, que la región de Medio Oriente aparecía en el mismo contexto enunciativo que los significantes “terroristas” e “Islam” y fue a partir de este tipo de enunciados que la respuesta a los atentados del 11-S pudo trasladarse hacia Medio Oriente. Si bien los diecinueve participantes en la serie de atentados eran de nacionalidad árabe, según la propia administración y el informe confeccionado por la “Comisión del 9/11”, estos fueron planificados por Al-Qaeda, una organización que tenía su base de operaciones y campos de entrenamiento en Afganistán, país no comprendido – como decíamos– dentro de la definición de Medio Oriente que se da desde el gobierno de Estados Unidos.

La segunda línea argumentativa, postulaba una relación directa entre la falta de democracia en la región y la emergencia de ideologías terroristas, adscribiendo a la teoría de que el tipo de régimen interno determina el tipo de política exterior. De esta manera, Medio Oriente, mayormente compuesto por gobiernos no-democráticos, era definido como una fuente de terrorismo. Aquí no se hizo en ningún momento la pregunta acerca de por qué los terroristas habían atacado a Estados Unidos en particular, liberándose el país occidental de cualquier relación

⁵⁰ CASA BLANCA (2001). George W. Bush, El Presidente Chirac promete apoyo, (18/09/2001). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra y las cursivas también.

con la emergencia del fenómeno terrorista a nivel internacional. Sin embargo, el 11-S había demostrado que estos movimientos constituían un peligro también para Estados Unidos y sus aliados, por lo tanto, la cuestión de la democratización de Medio Oriente se convertía en un requisito necesario para asegurar su seguridad. Democracia y seguridad se encontraban, así, entrelazadas bajo el supuesto de que los países democráticos son países pacíficos, aliados en lugar de enemigos:

“El 11 de septiembre de 2001, América, Gran Bretaña y todas las naciones libres vieron cómo las ideologías de odio y terror en una parte distante del mundo podían traer violencia y dolor a nuestros ciudadanos. Resolvimos luchar contra estas amenazas activamente, donde sea que se presenten, antes de que alcancen nuestras costas. Y resolvimos oponernos a estas amenazas promoviendo la libertad y la democracia en Medio Oriente, una región que ha conocido tanta amargura y resentimiento”⁵¹

“Superar las amenazas es sólo el comienzo de la responsabilidad de América hacia otras naciones. Hay mucho trabajo en este mundo que sólo América puede hacer. En Medio Oriente, estamos alentando mercados libres, democracia y tolerancia, porque estas son ideas y aspiraciones que superan a la violencia y llevan a las sociedades a la búsqueda de la paz”⁵²

En este sentido, tal como sostiene Olivier Roy (2008), cualquier atisbo de nacionalismo o reivindicación territorial opuesta a los intereses estadounidenses fue leído a través del prisma de la democracia. La explicación de estas reivindicaciones reposaba sobre un fondo de oposición a este sistema de gobierno. Así fueron leídas, por ejemplo, las acciones políticas de Hamas, las de Hezbollah y las de la resistencia a la ocupación iraquí: en todos los casos se trataba de terroristas que se oponían al establecimiento de la democracia. En este sentido, las preguntas que se hacía Robert Jervis son del todo atinadas: “Un Irak que reflejara la voluntad de su pueblo, ¿reconocería a Israel o renunciaría a todo reclamo sobre Kuwait? Un Estado palestino democrático, ¿estaría más dispuesto a

⁵¹ CASA BLANCA (2003). George W. Bush, El Presidente Bush, el Primer Ministro Blair, discuten la Guerra contra el Terrorismo, (17/07/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

⁵² CASA BLANCA (2003). Observaciones por el Vice-Presidente en la recepción Bush-Cheney 2004, (30/06/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

vivir en paz con Israel que uno autoritario, especialmente si no obtiene todo el territorio perdido en 1967?" (2003: 367).

Democratización

La idea de la democratización ya había entrado en juego con respecto a Irak en el discurso dado por Bush ante la Asamblea General de las Naciones Unidas (AGNU) el 12 de septiembre de 2002, en el que sostuvo que el cumplimiento por parte de Saddam Hussein de las exigencias de la "comunidad internacional",

"podría abrir la posibilidad de que las Naciones Unidas ayuden a construir un gobierno que represente a todos los iraquíes, un gobierno basado en el respeto por los derechos humanos, la libertad económica y elecciones supervisadas internacionalmente (...) La libertad para el pueblo iraquí es una gran causa moral y un gran objetivo estratégico. El pueblo de Irak se lo merece; la seguridad de todas las naciones lo requiere. Las sociedades libres no intimidan a través de la crueldad y la conquista y las sociedades abiertas no amenazan al mundo con asesinatos masivos"⁵³

Sin embargo, fue sólo un mes antes de la invasión a Irak que se convirtió en el tercer pilar sobre el cual se sostuvo retóricamente la necesidad de sacar a Saddam Hussein del poder.

"Los Estados Unidos no buscarán imponer al pueblo de Irak el carácter preciso de un régimen post-Saddam. Pero nadie debería estar interesado en simplemente reemplazar un dictador por otro. El objetivo (...) es un Irak íntegro, libre y en paz consigo mismo y con sus vecinos"⁵⁴

Más adelante, la democratización de Irak fue directamente vinculada con la democratización de Medio Oriente. Sosteniéndose en una "teoría del dominó", la administración planteó que la emergencia de la democracia en el "corazón de Medio Oriente" funcionaría como un dispositivo que envalentonaría a las oposiciones de los gobiernos autoritarios de la región para exigir demandas en la

⁵³ CASA BLANCA (2002). Observaciones del Presidente ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, (12/09/2002). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

⁵⁴ CASA BLANCA (2003). Discurso del Vice-Consejero de Seguridad Nacional, Stephen Hadley, (12/02/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

dirección de una mayor apertura política. La insistencia con la democratización le valió a la administración fuertes roces con gobiernos aliados (sobre todo con Egipto y Arabia Saudita) que se encontraron con oposiciones alentadas por el mismo Estados Unidos.

“Tenemos trabajo por delante de traer orden y seguridad a Irak, para que el pueblo iraquí pueda construir las instituciones de la libertad y proveer un ejemplo de democracia a otras naciones árabes”⁵⁵

El proyecto de reconfiguración de Medio Oriente a través de la implantación de la democracia tomó mayor fuerza a partir del año 2004 y supuso la universalización de este sistema político particular. En efecto, en el discurso dado con motivo de la segunda toma de mando, el 20 de enero del año 2005, luego de ser reelegido con el 50,74% de los votos, George W. Bush no mencionó el terrorismo y muy poco la seguridad y habló, en cambio, de la universalidad de la democracia. Asimismo, asoció régimen interno con comportamiento externo. Puesto en contexto, significó un esfuerzo por justificar retrospectivamente y, en términos idealistas, la invasión a Irak que desde un comienzo generó resistencia entre la población (Chehab, 2006).

La política de democratización no sólo supuso la homogeneización de la región meso-oriental, sin tener en cuenta la especificidad de los países que la pueblan (el hecho de que sean en su mayoría árabes y de mayoría musulmana no los hace homogeneizables), sino que implicó un borramiento de las particularidades históricas. En efecto, la democracia se presentó como un universal a priori, como una necesidad histórica, como el “regalo de Dios” para todos los hombres en la Tierra.

Tal como sostiene Oliver Roy, no puede sostenerse que este impulso democratizador fuese una idea exclusiva de los así llamados “neoconservadores” en el poder en Estados Unidos. En efecto, “(e)sta filosofía, inspirada por John

⁵⁵ CASA BLANCA (2003). George W. Bush, El Presidente Bush se reúne con ministros extranjeros de Europa central, (08/05/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

Locke y liberal en todo el sentido de la palabra, apuntala el pensamiento político americano y ha permeado los programas de las más importantes instituciones internacionales desde mediados de los '90" (2008: 33). En el mismo sentido, Chantal Mouffe discute con quienes sostienen que el pensamiento que guió las políticas de la administración estudiada era heredero del pensamiento de Carl Schmitt, planteando, por el contrario, que la vocación universalizadora es propia del pensamiento liberal del cual el jurista alemán era su más acérrimo oponente (2007b).

La idea de la democratización se sostuvo sobre el establecimiento de una analogía histórica entre el Japón y la Alemania de la post-Segunda Guerra Mundial –donde la "libertad" había derrotado al nazismo y al fascismo– y el Medio Oriente de principios del siglo XXI. Dicha analogía se basaba en tres supuestos. El primero sostenía que el establecimiento de la democracia en Alemania y Japón a partir de 1945 había pacificado a esos países y los había convertido en aliados de Estados Unidos. El segundo, por su parte, suponía una analogía entre el terrorismo, el fascismo y el nazismo (ya hemos visto que, en ciertas oportunidades, se rotuló a los enemigos como "islamo-fascistas"). Finalmente, el tercero postulaba que el hecho de que la democracia hubiese prosperado en ambos países, más allá de sus diferencias culturales, probaba que ésta podía establecerse universalmente.

Puede sostenerse que, en este último sentido, la administración adoptó un enfoque anti-culturalista contrario a aquél sostenido por Samuel Huntington en *El choque de civilizaciones* o por orientalistas como Bernard Lewis al postular su desacuerdo con aquellos que sostenían que Islam y democracia eran incompatibles o que los árabes no podían vivir en sociedades democráticas (Roy, 2008: 32). Sin embargo, este pensamiento también puede caracterizarse como profundamente anti-histórico, no sólo a causa del tipo de analogía que se estableció, sino también debido a que, como dijimos, se postuló la idea de la democracia como un valor universal, es decir, válido en todo tiempo y espacio. Este sistema político fue definido como "la más honorable forma de gobierno

concebida por el hombre”⁵⁶. Aunque con menos énfasis, se estableció una analogía similar entre la independencia de los países de Europa del Este y Central que habían quedado en la órbita de la URSS y el Medio Oriente de principios del siglo XXI. Así como, se decía, la “libertad” había derrotado al comunismo en el caso de los primeros, así también derrotaría al terrorismo que se engendraba a causa de la existencia de gobiernos autoritarios en la región meso-oriental. De este modo, se estableció un paralelismo entre el nazismo, el fascismo, el comunismo y el terrorismo como otredades absolutas que se enfrentaban a la “libertad”:

“A largo plazo, el mejor modo de asegurar la seguridad de nuestros ciudadanos es expandir la esperanza de la libertad a lo largo del Medio Oriente ampliado. Hemos visto a la libertad conquistar a la maldad y asegurar la paz con anterioridad. En la Segunda Guerra Mundial, las naciones libres se aliaron para enfrentar a la ideología del fascismo y la libertad se impuso –y hoy Alemania y Japón son democracias y son aliados en asegurar la paz. En la Guerra Fría, la libertad venció a la ideología del comunismo y condujo a un movimiento democrático que liberó a las naciones de Europa Central y del Este de la dominación soviética –y hoy esas naciones son aliadas en la guerra contra el terror”⁵⁷

La democratización de la región de Medio Oriente buscó implementarse a través de dos iniciativas. La primera de ellas recibió por nombre “Iniciativa de Sociedad de Medio Oriente” (Middle East Partnership Initiative –MEPI–), tuvo como propulsor al Departamento de Estado, a través de su Oficina de Asuntos del Cercano Oriente, y su objetivo fue “expandir la participación política, fortalecer a la sociedad civil y el gobierno de la ley, dar poder a las mujeres y a la juventud, crear oportunidades educacionales y alentar la reforma económica”⁵⁸ en la región. La segunda fue propuesta por la administración Bush a la Cumbre del G-8 de junio del 2004 en Sea Island e institucionalizada bajo el nombre de “Sociedad para el Progreso y el Futuro Común” (Partnership for Progress and Common

⁵⁶ CASA BLANCA (2004). Observaciones del Presidente en la Convención Nacional Republicana de 2004, (02/09/2004). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

⁵⁷ CASA BLANCA (2005). El Presidente traza la estrategia para la victoria en Irak, (30/11/2005). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

⁵⁸ DEPARTAMENTO DE ESTADO. The Middle East Partnership Initiative. (Online), consultado en julio 2010, <http://mepi.state.gov>. La traducción es nuestra.

Future). Estaba basada en la “estrategia de la libertad” para el “Gran Medio Oriente”, anunciada en noviembre de 2003 por el Presidente Bush, y suponía el establecimiento de sociedades democráticas a lo largo y a lo ancho de dicha región. Desde una visión de alto contenido neoliberal, las sociedades democráticas a implantarse no estarían basadas en los respectivos Estados, sino en la “creatividad” de los individuos alentada por su actuación en un marco de economía de libre mercado fuertemente desregulada y la práctica de la religión de forma individual. El concepto de “Gran Medio Oriente” generó fuertes críticas desde los aliados europeos de Estados Unidos por considerar que comprendía países del todo heterogéneos. La administración Bush, sin embargo, lo mantuvo, pues se correspondía con el modo en que Washington comprendía la región desde la perspectiva estratégica de la GGT.

De esta manera, la reconfiguración de Medio Oriente suponía una reforma política, económica y social que suponía la instauración de la democracia liberal, las prácticas de libre mercado y el individualismo. En este sentido, los valores liberales propios de Estados Unidos fueron universalizados bajo el supuesto de que la “libertad” (entendida como libertad individual y fuertemente ligada al aspecto económico) era un don de Dios a la humanidad.

Si previo a que el discurso de la democratización tomara mayor fuerza se hacía hincapié en reforzar la integración económica bajo los patrones neoliberales, pues se suponía que ésta podía llevar a la liberalización política (Rice, 2000), a partir de éste, la reforma política impondría, al mismo tiempo, la reforma económica (veremos más adelante cómo esta imposición se puso en acto en el caso de Irak). En este sentido, a partir del establecimiento de la “estrategia de la libertad”, se buscó establecer una ruptura con la política del país norteamericano hacia la región. Si las anteriores administraciones habían aceptado el status quo de gobiernos autoritarios en pro de la estabilidad en Medio Oriente, la administración Bush leyó en los atentados del 11-S el fracaso de dicha política para la seguridad “mundial”. Sostenidos sobre la idea de que los países democráticos son países pacíficos, la administración se propuso anteponer la libertad a la estabilidad para lograr, de este modo, una región más estable a largo plazo. De esta manera, se

abandonaba la política de la contención propia de la Guerra Fría a favor de la guerra preventiva (Little, 2008). Esta política fue denominada por Condoleezza Rice “realismo único americano” (“american uniquely realism”) y se presentaba como una fórmula superadora de los debates entre realistas e institucionalistas en torno a los valores e intereses: en este caso, valores e intereses coincidían, pues la exportación del valor de la libertad a través de la implantación de la democracia cumplía la función de generar seguridad a Estados Unidos y sus aliados (Rice, 2008):

“La estrategia de seguridad nacional de Estados Unidos estará basada en un internacionalismo claramente americano que refleje la unión de nuestros valores y nuestros intereses nacionales. El objetivo de esta estrategia es ayudar a hacer el mundo no sólo más seguro sino mejor” (ESN, 2002: 1)

“Cuando futuros académicos miren hacia atrás a la historia de Medio Oriente en la primera parte del siglo XXI, espero que no pregunten ‘¿qué estuvo mal?’, sino ‘¿por qué resultó bien? Y si lo hacen, creo que una de las respuestas será que las naciones libres del mundo entendieron que sus valores y sus intereses apuntaban en una misma dirección: hacia la libertad”⁵⁹

Sin embargo, como intentaremos mostrar más adelante, el énfasis puesto en la democratización y, por tanto, la retórica de la libertad por sobre la estabilidad, fue selectivamente aplicada, lo que hace factible colocar comillas al cambio en la política exterior estadounidense hacia Medio Oriente en este sentido. En tanto en ciertos casos se privilegió la idea de la democratización (es el caso de Irak), en otros, se hizo lo propio con la estabilidad. En efecto, si bien se ejerció algún tipo de presión sobre gobiernos autoritarios aliados, como ser los de Egipto y Arabia Saudita, para que llevaran adelante reformas, la soberanía y los intereses particulares de estos gobiernos fueron respetados, lográndose en el mejor de los casos reformas coyunturales. Ejemplos de estas últimas fueron las elecciones municipales en Arabia Saudita entre febrero y abril del año 2005 y las primeras elecciones multi-partidarias en Egipto en septiembre del mismo año (más adelante nos detendremos con más detalle en estas cuestiones).

⁵⁹ CASA BLANCA (2003). Discurso de el Vice-Consejero de Seguridad Nacional, Stephen Hadley, (12/02/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

Las palabras precedentes pretendieron funcionar a modo introductorio de los capítulos que siguen, que se centrarán específicamente en el análisis discursivo de la política exterior de la administración estudiada hacia Egipto e Irak. El primer país será pensado a través de la noción de política hegemónica, mientras que el último, a través de aquella de política imperialista. Se buscó, en este sentido, presentar una contextualización de estos casos en la política más amplia de Washington hacia la región, haciendo particular hincapié en aquellos aspectos que, consideramos, son de mayor relevancia para nuestro trabajo (la GGT y, en su marco, la política de democratización de Medio Oriente), pues, sostenemos, son los que funcionaron como condiciones de posibilidad para la intervención imperialista en Irak.

Capítulo 4
BUSH Y MUBARAK:
ANÁLISIS DISCURSIVO DE UNA POLÍTICA HEGEMÓNICA
I
El predominio de los intereses

Valores versus intereses: el juego de la administración Bush en Medio Oriente.
Política imperialista y política hegemónica: cambio y continuidad

Como dijimos en el capítulo anterior, la política de la administración Bush se postuló retóricamente como una política de corte revolucionario, es decir que buscaba la transformación de la estructura de poder, por lo menos en lo que respecta a Medio Oriente. Estas transformaciones estaban ligadas a la instauración de la democracia en la región, dominada por Estados con sistemas políticos distintos, pero caracterizados, en líneas generales, como no-democráticos. La necesidad de la transformación –recordemos– estaba retóricamente basada en el supuesto de una fuerte imbricación entre régimen interno y política exterior, postulando que los regímenes democráticos son regímenes pacíficos.

Sin embargo, esta política transformadora, basada retóricamente en valores más que en intereses, no fue aplicada a todos los países de la región por igual. Los aliados estadounidenses, si bien presionados, pudieron conservar su estructura de poder autoritario, mientras que la democratización fue impuesta por la fuerza a aquellos países caracterizados como enemigos. Nuestra hipótesis sostiene que la construcción de identidades propias y ajenas puede ser instrumentalizable de acuerdo a intereses. Es decir que, frente al pensamiento constructivista, sostenemos que las identidades no determinan los intereses, sino que, en un determinado nivel –el nivel instrumental–, los intereses pueden delinear la construcción de las identidades. Así, si hemos definido a las políticas imperialistas como movimientos originarios tendientes a modificar las relaciones de poder en un territorio determinado, sostenemos que únicamente los gobiernos objeto de estas políticas –aquellos contruidos como otredades inasimilables– fueron símbolos de una política de transformación. Mientras tanto, se dirigió a los gobiernos aliados una política de presión que, no obstante, privilegió en todo momento los intereses por sobre los valores, escogiéndose la estabilidad por sobre la democracia. Es así como se ejerció sobre ellos una política de corte hegemónico, pues con este tipo de política los intereses estadounidenses aparecían cubiertos. En efecto, desde la potencia, si las políticas imperialistas son instrumentos de cambio, las hegemónicas, por el contrario, privilegian el status quo. Sostenemos que, más allá de que pueda afirmarse que las presiones por la democratización fueron profundizadas, en última instancia, la política exterior de Estados Unidos hacia Egipto señaló una continuidad con respecto a aquella de anteriores administraciones.

En el presente capítulo analizaremos la política exterior de la administración Bush hacia Egipto. La cuestión de la democratización nos servirá como fondo para tratar las relaciones egipcio-estadounidenses en los años compartidos por George W. Bush y Hosni Mubarak. En un primer apartado haremos un breve relato de las relaciones Egipto-Estados Unidos a través del cual llegaremos a los actuales intereses que encuentran a ambos países. Un segundo apartado se detendrá en la relación entre los gobiernos de George W. Bush y Hosni Mubarak, prestando

particular atención al carácter de política hegemónica. El último apartado, por su parte, se concentrará en la construcción identitaria estatal de Estados Unidos vis-à-vis Egipto y en la construcción del gobierno de Mubarak y de la persona del Presidente de Egipto teniendo en cuenta los indicadores esbozados en anteriores capítulos para el establecimiento de políticas hegemónicas. Antes de comenzar, es válido aclarar que sólo tendremos en cuenta la relación de Washington y El Cairo en lo que respecta a Medio Oriente tal como lo definimos en el capítulo anterior. Esta aclaración es válida ya que la relación se extiende también al continente africano.

II

El rol de Egipto en la estructura de poder meso-oriental bajo la hegemonía estadounidense.

Caracterización de Egipto

Egipto es un país de fundamental importancia en la estructura de poder de Medio Oriente. Por un lado, es el país más poblado de la región, con una población estimada en 80.5 millones de personas (según CIA World Factbook, 2010⁶⁰). Es importante también por su fuerza militar: luego de Irán tiene el ejército más grande de Medio Oriente y el décimo tercero del mundo (Jordan y Pauly, 2007). Este ejército lo formó a través de la ayuda de Estados Unidos que le otorga anualmente 1300 millones de dólares en razón de ayuda militar, una práctica que comenzó luego de los acuerdos de Camp David que tuvieron lugar entre 1978 y 1979. El otorgamiento de esta ayuda, sumada a la ayuda económica, de la cual hablaremos un poco más adelante, lo convertía hasta el año 2008 en el segundo receptor de ayuda estadounidense en Medio Oriente, por detrás de Israel. Esto se transformó en 2008 debido a las políticas implementadas por Estados Unidos, quedando, entonces, por detrás de Israel e Irak (si pensamos a la región en un sentido ampliado, también quedó por detrás de Afganistán y Pakistán). Por otra

⁶⁰ CIA (2010). The World Factbook: Egypt. (Online), consultado en agosto 2010, <https://www.cia.gov/library/publications/the-world-factbook/geos/eg.html>.

parte, Egipto ocupa un espacio geopolíticamente estratégico, pues se encuentra entre dos continentes (África y Asia) y es lazo entre dos rutas de agua importantes: el Mar Mediterráneo y el Océano Índico. Además de ser un exportador de petróleo, tiene importancia estratégica pues el petróleo producido en los países del Golfo y dirigido a Occidente pasa tanto por el Canal de Suez como por el oleoducto del Suez-Mediterráneo (SUMED), construido en 1977.

Por último, Egipto tiene una historia de liderazgo en la región fuertemente incentivado por el gobierno de Gamal Abdel Nasser –Presidente entre 1956 y 1970– quien levantó la bandera del panarabismo. Éste tuvo su mayor expresión en la formación de la República Árabe Unida que supuso la unión de Egipto y Siria entre 1958 y 1961. Si bien ciertos analistas sostienen que el rol de líder regional fue en descenso a partir de la firma de la paz con Israel y el definitivo abandono del panarabismo por una relación estratégica con Estados Unidos (Bishara, 2009), la continuación del liderazgo egipcio –aunque atemperado– puede observarse en el hecho de que, con excepción del tiempo durante el cual fue expulsado de la Liga Árabe (LA) por firmar la paz con Israel (1979-1989), todos los Secretarios Generales de la organización fueron de dicha nacionalidad. No obstante, a favor de análisis como los de Bishara puede sostenerse que en la actual configuración de poder, en los que la identidad árabe ha perdido valor con respecto a aquella islámica y por tratarse de un Estado secular, Egipto como hegemon regional ha visto disminuido su poder con respecto a aquellos Estados que enarbolan la bandera islámica (v.g. Irán, Arabia Saudita). Es relevante, en este sentido, el mayor peso relativo ganado por Arabia Saudita en la LA, lo que puede comprobarse con la importancia que cobran las iniciativas saudíes en dicho organismo, siendo la última iniciativa de paz del año 2002 un buen ejemplo de lo afirmado. En esta dirección corre el análisis hecho por Roy quien afirma que las tensiones y agrupamientos ya no pasan por lo árabe, sino por las líneas identitarias del shiísmo/sunnismo (2008). Por otra parte, Egipto participa desde 1994 en el Diálogo Mediterráneo-Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) para promover la seguridad regional.

Breve relato histórico

El comienzo de la historia contemporánea de Egipto como país soberano e independiente puede situarse en 1952, año en que los Oficiales Libres llevaron a cabo la revolución que terminó con el protectorado británico del país árabe instaurado en 1882. Si bien Gran Bretaña había acabado unilateralmente con su protectorado en el año 1922, se había reservado el control completo sobre ciertas áreas ligadas fundamentalmente al comercio (el protectorado británico sobre Egipto, afirma Joll (1979), fue consecuencia directa de su colonización de la India). En este contexto, en 1928 Hassan al-Banna creó la Sociedad de los Hermanos Musulmanes (en adelante, HM). Este movimiento político, sostenido sobre la idea de la instauración de un Estado islámico en Egipto, compartía con los nacionalistas seculares el objetivo de liberar a Egipto de la esfera británica, sin embargo se diferenciaba de estos en que buscaba establecer la sharia⁶¹ y un gobierno islámico.

Al frente de los Oficiales Libres, en 1952 Nasser se levantó contra el rey Faruk (protegido británico) y tomó el poder en el país árabe. A partir de esta revolución, Estados Unidos entró en relaciones con Egipto aunque, como hemos visto, aún Gran Bretaña no había perdido por completo su incidencia en la región. Las relaciones con el gobierno de Nasser fueron conflictivas y recién la caída de éste abriría el espacio para la normalización de las relaciones entre El Cairo y Washington.

Durante los años de la Guerra Fría, Estados Unidos y Gran Bretaña no sólo buscaron asegurarse el acceso al petróleo de la región, sino también negárselo a la URSS. En efecto, teniendo como principal objetivo regional evitar que los países cayeran dentro de la órbita comunista, Washington combatió principalmente a los gobiernos y movimientos de tinte nacionalista cuyo máximo exponente lo encontramos en aquél de Nasser. El gobierno de éste llevó adelante una política de industrialización y modernización de Egipto. Pese a no haberse alineado con la URSS, sus políticas autonomistas y anti-israelíes llevaron a que fuera caracterizado como una amenaza para los intereses estadounidenses en la región. En este

⁶¹ Ley islámica, inspirada en *El Corán*.

contexto, los Partidos islámicos⁶² no jugaban un rol protagónico ya que, dado el carácter ateo de la potencia soviética, veían en ésta un peligro para la religión musulmana.

Nasser se nombró Primer Ministro en 1954. El mismo año finalizó formalmente la ocupación británica a través de la revisión del Tratado anglo-egipcio de 1936. Sin embargo, una cláusula importante continuaba permitiendo el uso de la base del Canal de Suez en tiempos de guerra. Esto terminaría definitivamente en 1956 con la nacionalización de éste. Si bien no permitió la pluralidad partidaria y su régimen se sostuvo sobre su liderazgo personal, no puede negarse que éste tuviera un fuerte apoyo popular. En efecto, en 1967, luego de la estridente derrota que sufrieran los países árabes a manos de Israel en la que fue conocida como la Guerra de los Seis Días –pues el ejército israelí venció a la alianza árabe formada por Egipto, Siria, Jordania e Irak en ese lapso de tiempo–, Nasser presentó su renuncia; sin embargo, el pueblo egipcio no la aceptó.

Las relaciones de Estados Unidos con el Egipto independiente tuvieron su primera sacudida en 1955, cuando el gobierno de El Cairo firmó un acuerdo con el bloque soviético denominado “Armas por Algodón”. A través de éste, la URSS proveía equipamiento militar a Egipto a través de Checoslovaquia a cambio de algodón egipcio. Nasser recurrió a la URSS luego de que el Secretario de Estado de la administración Eisenhower, John Foster Dulles, se negara a venderle armas, pues Washington ligaba su aceptación a que Egipto se uniera al “Pacto de Bagdad”, un tratado de seguridad colectiva en el que, finalmente, Estados Unidos no participó de lleno. Esta ayuda militar aumentó luego de la Crisis del Suez. Estados Unidos incidió en el acercamiento de Egipto a la esfera soviética a través de esta negativa y la negativa a financiar la Represa Alta de Aswan. El punto más bajo de las relaciones egipcio-estadounidenses llegó en 1967, cuando el país árabe rompió relaciones políticas con la potencia norteamericana en el marco de la Guerra árabe-israelí en medio de acusaciones por parte del gobierno de Nasser de que Washington había provisto ayuda indirectamente a Israel.

⁶² Junto con Pedro Brieger hemos decidido dar a los movimientos políticos que encuentran su fundamento en el Islam el nombre de “movimientos islámicos”, evitando el significativo “islamista” que pudiera tener connotaciones negativas (1996: 15).

Si bien las relaciones comenzaron a mejorar con la llegada de Anwar al-Sadat a la Presidencia de Egipto luego de la muerte de Nasser en 1970, recién en 1974 se retomaron las relaciones políticas. La política de Sadat se caracterizó por contraponerse punto por punto a aquella de Nasser. En efecto, frente a la política de industrialización financiada a través de la nacionalización de bancos, fábricas, comercios y utilidades públicas que Nasser llevó a cabo a partir de 1961 y de reforma agraria y redistribución de la riqueza, en 1971 Sadat comenzó su política de *infitah*. Esta política de liberalización económica que, no obstante, mantuvo ciertas áreas en manos estatales, supuso una serie de reformas que lo llevaron a la ruptura de relaciones con la URSS en 1976. Asimismo, Sadat consolidó su poder a partir de la destitución de sus oponentes pro-nasseristas, la reapertura de la escena política nacional a los movimientos políticos islámicos y el anuncio de una "Revolución Correctiva".

En 1973, Sadat coordinó un ataque sorpresa con su par sirio a tropas israelíes que ocupaban territorios de ambos países que fue conocida como la Guerra del Yom Kipur/Ramadán. Como veremos más adelante, el resultado de esta guerra, que fue considerada como una victoria para el lado árabe, significó el retorno a las relaciones entre Egipto y Estados Unidos, pues posibilitó la firma de la paz con Israel. En efecto, el 17 de septiembre de 1978, el Presidente estadounidense Jimmy Carter, el Primer Ministro israelí Menahem Begin y el Presidente Sadat firmaron dos acuerdos conocidos como "Acuerdos de Camp David". Estos llamaban a un retiro de las tropas israelíes del Sinaí egipcio en un lapso de tres años a cambio de la normalización de las relaciones egipcio-israelíes y un período de transición de cinco años para proveer autonomía a los palestinos dentro de los territorios ocupados. Como es sabido, la primera parte del acuerdo se implementó, mientras que la segunda no. En 1979, El Cairo y Tel-Aviv firmaron la paz, convirtiéndose Egipto en el primer país árabe en reconocer al Estado de Israel y en firmar la paz con éste (siendo el segundo Jordania, en 1994). Esta firma no sólo cambiaría las relaciones entre los países árabes e Israel, restringiendo el conflicto palestino a un terreno meramente nacional, sino que supondría el fin de las hostilidades bélicas entre el Estado sionista y los Estados árabes (a partir de

entonces, no existirían más guerras comenzadas por los Estados árabes contra Israel). Una vez firmada la paz egipcio-israelí, Estados Unidos reemplazó a la URSS como el principal proveedor militar de Egipto.

En octubre de 1981 Sadat fue asesinado durante un desfile militar por grupos islámicos. Si bien suele ligarse su asesinato a la firma de la paz con Israel, hay ciertos estudiosos que afirman que éste no tuvo tanto que ver con cuestiones de política exterior, sino más bien con cuestiones domésticas, pues se dio en el marco de un incremento en el carácter autocrático de sus políticas (Sullivan y Jones, 2007). Luego de la muerte de Sadat, asumió su vicepresidente desde 1975, Hosni Mubarak, quien gobernaba Egipto durante el período de estudio de la presente tesis. Mubarak mantuvo la Ley de Emergencia, promulgada en 1967 en el marco de la guerra contra Israel, anulada en 1980 y restaurada luego del asesinato de Sadat, a lo largo de todos los años de su gobierno. Esta ley, de la cual hablaremos detenidamente más adelante, otorga amplios poderes al Estado en términos de política represiva contra la población con el argumento de la lucha contra el terrorismo interno. Mubarak logró también reinsertar a Egipto en el ámbito regional: si luego de la firma de la paz con Israel, Egipto fue expulsado de la LA y su sede, ubicada en El Cairo, fue trasladada a Túnez, Mubarak logró la reinserción de éste a través del apoyo que prestó a Irak en la Guerra Irak-Irán de 1980-1988. Con respecto a su política vis-à-vis Israel, Mubarak mantuvo la paz firmada por su predecesor –una paz que es caracterizada como “paz fría” por la mayor parte de los especialistas– y se irguió como principal mediador entre palestinos e israelíes, jugando un rol fundamental en la firma de los “Acuerdos de Oslo” entre Israel y la OLP en 1993.

La caída del muro de Berlín encontró a Egipto alineado con Estados Unidos. En efecto, las consecuencias negativas del apoyo a la “Operación Tormenta del Desierto” en términos económicos, supusieron la firma de acuerdos con el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo (BIRD) que derivaron en la implantación de reformas estructurales exigidas por dichos organismos internacionales de crédito (mayormente dominados por Estados Unidos). Entre dichas reformas se encontraban: la

eliminación de subsidios y la liberalización de los precios en los bienes de consumo, la eliminación de barreras aduaneras para la exportación/importación, la privatización de empresas del Estado, la reducción del déficit presupuestario. Lo que se imponía, de esta manera, era el modelo neoliberal de la economía, alineando definitivamente a Egipto con las políticas promulgadas por Estados Unidos y alejándolo de la senda autonomista y desarrollista alentadas por el gobierno de Nasser. Asimismo, en tanto líder árabe y musulmán, Egipto fue un aliado fundamental de Estados Unidos en la Guerra del Golfo de 1990-1991 no sólo funcionando como legitimador de la intervención estadounidense, sino constituyéndose como la segunda mayor fuerza en la incursión militar luego de Estados Unidos. Su participación fue premiada por Washington con la condonación de 6700 millones de dólares de deuda y la presión por parte de la potencia norteamericana para que los miembros del G-8 hicieran lo propio.

El gobierno de Mubarak buscó institucionalizar la relación entre su país y Estados Unidos a través del establecimiento de lo que se denominó como “Diálogo Estratégico”. La primera tentativa en este sentido fue en 1988-1989, pero fue interrumpida por la invasión iraquí a Kuwait, en 1990. Se retomó, entonces, en 1998. El “Diálogo Estratégico” está basado en tres objetivos principales de cooperación: la paz y la estabilidad regionales, la lucha contra el terrorismo y la reforma económica.

*Puntos fundamentales en la relación entre ambos países.
Intereses de Estados Unidos e intereses de Egipto.*

La relación contemporánea entre Estados Unidos y Egipto comenzó, entonces, en 1974, luego de la guerra de Yom Kipur/Ramadán del año 1973 y se construyó como una relación estratégica. Es una consecuencia directa de la política de Sadat cuyo principal objetivo en Camp David en 1978 y en el Rose Garden en 1979 no fue tanto el logro de la paz con Israel sino el establecimiento de una fuerte asociación con Estados Unidos. Según Sullivan y Jones, el Presidente egipcio

buscaba: "(a) asegurar la ayuda de Estados Unidos en la devolución a Egipto de la Península del Sinaí ocupada por Israel [en 1967] y (b) la entrega de la muy necesitada asistencia militar y de desarrollo" (2007: 78). En este sentido, estos autores se permiten afirmar que, siendo Israel el principal pegamento de la relación, se trata de una relación trilateral (mediada por el Estado sionista) más que bilateral. Los informes del Congreso de Estados Unidos, por su parte, difieren con esta afirmación sosteniendo que "en los 25 años que han pasado desde la firma del tratado [de paz con Israel], las relaciones estadounidense-egipcias han evolucionado, yendo más allá de la conexión limitada a Israel y hacia una amistad bilateral independiente" (Sharp, 2005: 3). Desde nuestra perspectiva, si bien coincidimos en que existe una triangulación en la relación y que Israel constituye una pieza clave de ésta, también es cierto que Egipto es un aliado fundamental de Washington no sólo en relación a Israel, sino también en relación a sus vecinos meso-orientales.

La administración Bush definió a la relación como una "relación histórica"⁶³, "una sociedad estratégica"⁶⁴, "una sociedad dedicada a la paz, estabilidad, prosperidad y libertad en Medio Oriente"⁶⁵, "una relación fuerte y cálida"⁶⁶, "una parte muy importante de nuestra política exterior en Medio Oriente"⁶⁷. Esta relación está sostenida fundamentalmente por la asistencia económica y militar que Washington le entrega anualmente a El Cairo. Con respecto a la primera, ha ido disminuyendo a partir de 1998 (con la excepción de un pico de 911 millones de dólares justificado por pérdidas en el sector del turismo que habría sufrido Egipto debido a

⁶³ CASA BLANCA (2001). George W. Bush, Observaciones por el Presidente Bush y el Presidente egipcio Hosni Mubarak en ocasión de fotografía, (02/04/2001). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

⁶⁴ CASA BLANCA (2002). George W. Bush, El Presidente Bush da la bienvenida al Presidente Mubarak a la Casa Blanca, (05/03/2002). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

⁶⁵ CASA BLANCA (2004). Declaración conjunta por el Presidente George W. Bush y el Presidente Mohamed Hosni Mubarak. Treinta años de relaciones egipcio-americanas: una asociación para la paz y el desarrollo, (12/04/2004). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

⁶⁶ CASA BLANCA (2004). George W. Bush, El Presidente Bush y el Presidente Mubarak, se reúnen con periodistas, (12/04/2004). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

⁶⁷ CASA BLANCA (2008). George W. Bush, Entrevista con el Presidente por Mona Shazli, Dream TV, Egipto, (12/05/2008). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

los atentados del 11-S), pasando de 800 millones de dólares en 1998 a 250 en 2009 (Sharp, 2009). Esta disminución encuentra su principal explicación en un acuerdo firmado entre Estados Unidos e Israel en el año 1998 a través del cual se acordaba la disminución de la ayuda económica al Estado sionista y el aumento de la asistencia militar en un período de 10 años. De esta manera, y manteniendo la proporción de 3 a 2 entre Israel y Egipto fijada por el “Acta de Asistencia Especial para la Seguridad Internacional de 1979” de la que hablamos en el capítulo anterior, la ayuda económica a ambos países sufrió recortes. Es válido aclarar, por otra parte, que Egipto buscó desde 1994 evitar la dependencia de la ayuda estadounidense, intentando transformarla en acuerdos comerciales. En este sentido, bregó continuamente por el establecimiento de un Tratado de Libre Comercio (TLC) que, hasta el momento, no fue acordado por Estados Unidos. Un factor que contribuyó a la disminución absoluta y con respecto a Israel de la ayuda dada por Washington, fue la pérdida de importancia relativa regional que sufrió Egipto. En efecto, las acciones políticas estadounidenses en el Medio Oriente ampliado llevaron a la potencia norteamericana a privilegiar la canalización de la ayuda a otros países tales como Irak, Afganistán y Pakistán, para combatir a las resistencias a las ocupaciones (Afganistán e Irak) y a los movimientos que encontraron en esa situación un terreno favorable para el reclutamiento de militantes.

Sin embargo –y en esto nos detendremos un poco más adelante–, la proporción de 3 a 2 que el gobierno estadounidense mantiene entre Israel y Egipto (los dos principales receptores de ayuda de la región), no se mantuvo en el otorgamiento de ayuda militar, pues Egipto no recibió un aumento en este sector (tampoco una disminución: la ayuda a Egipto se mantuvo inalterada en 1300 millones de dólares anuales). Las relaciones egipcio-estadounidenses en el ámbito de la defensa se remontan al año 1976. A partir de entonces Egipto pasaría a ocupar el segundo lugar en la lista de los países beneficiarios de la ayuda estadounidense en dicho campo, lo que lo convertiría en una importante potencia militar convencional regional. En el año 1994 Estados Unidos y Egipto comenzaron maniobras conjuntas denominadas “Estrella brillante”. El otorgamiento de la ayuda militar a

Egipto es importante, pues las fuerzas armadas egipcias se constituyeron como una institución fundamental en el país árabe para mantener la estabilidad del régimen.

Por otra parte, la asistencia económica y militar que Washington brinda a El Cairo encuentra su fundamento en el sostenimiento de los intereses que la potencia del norte tiene en Egipto en particular y en la región en general. En el terreno económico, la ayuda busca condicionar la política económica egipcia, instaurando en el país árabe la libertad de mercado que permita a las empresas estadounidenses anclarse en el país y en la región. De esta manera, cada año una porción de la ayuda económica a Egipto es retenida por el USAID (una de las instituciones que actúa bajo el Departamento de Estado y a través de la cual se gira la asistencia) y entregada cuando el gobierno de Egipto logra ciertas reformas económicas acordadas. En este sentido, uno de los beneficios que Washington encuentra en firmar el TLC está ligado a que la firma de éste supondría un paso más en el logro de un TLC entre Estados Unidos y la región como bloque económico. Entre las privatizaciones realizadas por Egipto se destaca la venta de acciones (semi-privatización) del Canal de Suez. Otra de las reformas alcanzadas fue la reducción del déficit fiscal a través de la implementación de recortes en el gasto social, lo que tuvo lugar mayormente a lo largo del año 2005 (Sharp, 2005), año durante el cual las presiones a favor de la reforma política por parte de la administración se profundizaron. La ayuda económica a Egipto, además, históricamente tuvo como objetivo neutralizar al país árabe como enemigo de Israel: “Para Estados Unidos los beneficios de la ayuda exterior a Egipto eran estratégicos, diplomáticos y políticos. Egipto había liderado cada guerra árabe contra Israel (...) Un Egipto neutral y pacificado, se esperaba, prevendría más guerras árabe-israelíes, al menos a nivel interestatal” (Mommani, 2003: 88). Estados Unidos hizo de El Cairo, entonces, un aliado, otorgando asistencia militar a los sucesivos gobiernos seculares, a fin de mantener su estabilidad e impedir que movimientos islámicos, menos dispuestos a renunciar a ciertas reivindicaciones históricas, llegaran al poder.

III

La administración Bush y el gobierno de Mubarak: una amistad política.

El ejercicio de la política hegemónica: un análisis de la política de la administración Bush hacia Egipto.

Repasemos rápidamente nuestra definición del concepto de política hegemónica: una política respetuosa de las particularidades y de las soberanías que, reconociendo intereses nacionales propios y ajenos, transforma a estos en intereses comunes, estableciendo alianzas consensuales. Esta transformación no debe ser sólo virtual o abstracta, sino, por el contrario, real, material. La política hegemónica se despliega en el marco de relaciones de poder que suponen siempre la libertad y, en este sentido, al sujeto-otro sobre el que la política es ejercida deben presentársele múltiples oportunidades para su acción, conservando su carácter soberano. Como corolario de la política hegemónica se invisibiliza la asimetría que caracteriza a las relaciones internacionales en las que los dos sujetos actúan, igualándose los beneficios que ambos obtienen de esta política de cooperación. En efecto, en el caso de aquél que se encuentra en la posición dominante los beneficios son estructurales, pues le permiten conservar el status quo que allí lo mantiene; en tanto que para aquél cuya posición es la de dominado, los beneficios no pueden ser más que coyunturales, conservando, del mismo modo, su lugar en la jerarquía de poder.

Nos proponemos ahora y a partir de estos indicadores, demostrar que la política de Estados Unidos hacia Egipto durante la gestión Bush fue una política hegemónica y que, para esto, fue necesario construir al gobierno egipcio como una otredad asimilable y construirse a sí mismo como una identidad particular, con intereses propios reconocidos.

La utilidad del análisis del discurso en el estudio de la política exterior

Más allá de la utilización de la consulta bibliográfica y de periódicos estadounidenses y egipcios que nos han otorgado el marco en el cual leer los discursos, los intereses de Estados Unidos en la conservación de la alianza con Egipto pueden ser detectados a través del análisis y sistematización de aquéllos.

De esta manera, por medio de lo que Jäger (2003) ha denominado “hilos discursivos” hemos podido detectar el contexto discursivo en el que emerge la identidad estatal y gubernamental de Egipto desde los discursos de la administración. Esto lo hemos hecho a través del rastreo de los significantes “Mubarak” y “Egipto” en los discursos pronunciados por la administración y publicados en la página web de la Casa Blanca. De esta manera hemos podido establecer aquellos ítems que aparecieron como prioridades en la agenda de la administración en relación al país árabe y los momentos en que lo hicieron. El análisis del discurso tiene como limitación no proveer información acerca de las actividades encubiertas. En tanto consideremos necesario referirnos a ellas lo haremos a través de las fuentes secundarias arriba nombradas.

El conflicto palestino-israelí y la estabilidad regional

La relación entre Estados Unidos y Egipto y la política hegemónica que la administración Bush mantuvo hacia el país árabe están basadas en intereses particulares de cada uno de los gobiernos que, al complementarse, se transforman en comunes, creando una comunidad: el universal del que hablábamos en los primeros dos capítulos:

“Nuestra amistad es fuerte. Es una de las piedras angulares más importantes de nuestra política en la región, y está basada en nuestro compromiso compartido en la paz, la seguridad y la prosperidad”⁶⁸

Es importante resaltar que los intereses del Yo y del otro aparecen aquí reconocidos como tales y que es a partir de dicho reconocimiento que la fundación de una comunidad es posible. Fundamentalmente, el interés compartido por ambos gobiernos tiene que ver con la conservación de la estabilidad regional, fuertemente ligada al desarrollo del conflicto palestino-israelí. La referencia total en 56 oportunidades a esta cuestión en el marco de hablar de o con Egipto y/o de

⁶⁸ CASA BLANCA (2008). George W. Bush, El Presidente Bush se reúne con el Presidente Hosni Mubarak de Egipto, (16/01/2008). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

o con su Presidente, señala que es, desde la perspectiva estadounidense, el ítem de mayor importancia en la relación:

“Egipto fue el primer Estado árabe que estrechó su mano para la paz en Medio Oriente, y ha trabajado duro para preservar su paz con Israel, aún en tiempos difíciles. Sé que Egipto continuará siendo un socio vital, en tanto busquemos ayudar a las partes a moverse hacia adelante en los meses por venir hacia una paz ampliada en Medio Oriente”⁶⁹

“la relación egipcio-estadounidense es una parte muy importante de nuestra política exterior en Medio Oriente, por estas razones: uno, Egipto tiene una orgullosa historia y una gran tradición, y mucha gente busca ayuda de Egipto. Ahora, Estados Unidos no puede resolver muchos problemas solo; necesita que sus aliados sean parte de eso. En la cuestión palestina, por ejemplo, Egipto puede ser muy constructivo, y ha sido muy constructivo y ha ayudado mucho (...) Y Egipto ha estado en la vanguardia de la modernización. Egipto está estratégicamente localizado”⁷⁰

En este sentido, Estados Unidos espera de Egipto que cumpla varios roles: como mediador entre las facciones palestinas, como mediador entre palestinos e israelíes, como representante y responsable de los intereses palestinos (por ejemplo, antes, durante y luego de la retirada unilateral de Israel de la Franja de Gaza y de parte del norte de Cisjordania en agosto de 2005, se le encomendó a Egipto que se ocupara de la seguridad de los territorios palestinos que así quedaban liberados). Hasta la muerte del histórico líder de Al-Fatah y de la OLP, Yasser Arafat, en noviembre del 2004, las posiciones de Estados Unidos y de Egipto estaban en tensión, pues la administración Bush caracterizaba a Arafat como un líder que daba apoyo al terrorismo y, por esto, lo expulsaba del diálogo, al que Mubarak, como aliado histórico del dirigente palestino, quería incorporarlo. Estas divergencias que, sin embargo, no anularon el diálogo entre la potencia del norte y el país árabe, se diluyeron al asumir al frente de Al-Fatah y de la ANP, Mahmoud Abbas. En efecto, el gobierno de Mubarak tiene interés en hallar una solución diplomática al conflicto de la mano de Al-Fatah. Esto último encuentra su

⁶⁹ CASA BLANCA (2002). George W. Bush, El Presidente Bush da la bienvenida al Presidente Mubarak a la Casa Blanca, (05/03/2002). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

⁷⁰ CASA BLANCA (2008). George W. Bush, Entrevista con el Presidente por Mona Shazli, Dream TV, Egipto, (12/05/2008). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

explicación en que la victoria política del movimiento Hamas envalentonaría a su mayor oponente interno, la HM. Aún más: algunos analistas sostienen que la importancia estratégica de Egipto para Estados Unidos ha aumentado desde la llegada al poder de Hamas a la ANP luego de las elecciones legislativas de enero de 2006, pues Egipto, Israel, y Estados Unidos comparten un interés común en contener al movimiento político islámico (Sharp, 2006). La vocación egipcia de encontrar una solución al conflicto histórico está ligada a la necesidad de terminar con el aislamiento que le produjo a nivel regional la firma de la paz con Israel. En este sentido, la culminación del conflicto implicaría restarle a las demás potencias regionales (Arabia Saudita, Irán, incluso Turquía actualmente) la causa palestina como modo de generar hegemonía.

Con respecto a Estados Unidos, si bien puede sostenerse que no hay voluntad real de solución del conflicto, pues el lobby israelí es demasiado fuerte y cualquier salida negociada en la cual Israel tuviera que ceder implicaría un inmediato costo político para el gobierno que lo hiciera, sí se piensa al conflicto como el principal foco de inestabilidad de una región que –como sostuvimos– se encuentra en el corazón de la política exterior estadounidense. Cuanto menos en este aspecto, en lo que respecta a la estabilidad regional, algún tipo de solución está en los intereses de Estados Unidos⁷¹, entendiendo desde este punto de vista por estabilidad regional la colocación y mantenimiento de regímenes considerados “moderados”; es decir, pasibles de ser convertidos en aliados, sostenedores de los intereses estadounidenses en la región. En este sentido, la administración reconoció los intereses particulares propios y aquéllos de Egipto:

“mi visión es que si el pueblo palestino tiene un gobierno que es transparente y abierto y dispuesto a servir a su pueblo, Israel estará en mejores circunstancias, Egipto estará en mejores circunstancias, América estará en mejores circunstancias, y probablemente alcanzaremos la paz”⁷²

⁷¹ Ciertas lecturas acerca del papel jugado por Estados Unidos con respecto al conflicto proponen que es aquello que fue denominado por el Presidente Eisenhower en su discurso de despedida como “complejo industrial-militar” lo que alienta la continuación del conflicto, pues hace de Medio Oriente un mercado seguro para la colocación de armamento (Amin, 2004).

⁷² CASA BLANCA (2002). George W. Bush, El Presidente Bush se reúne con el Presidente Mubarak, (08/06/2002). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

Es importante, en este sentido, el rol jugado por Egipto ya que, en tanto moderador entre las distintas facciones palestinas enfrentadas (Hamás y Al-Fatah) y entre palestinos e israelíes, es fundamental para asegurar un diálogo sostenido entre ambos contendientes y, en última instancia, un acuerdo de paz. Asimismo, la alianza con Egipto asegura el sostenimiento del tratado de paz de 1979 y neutraliza la posibilidad de un frente árabe amenazando la seguridad de Israel. Según el Organismo General de Información de Egipto, “Egipto se ha convertido en un elemento fundamental de la política exterior de Estados Unidos en Medio Oriente. Es gracias a Egipto que Estados Unidos ha logrado el establecimiento de su principal prioridad en la región: la paz entre árabes e Israel, luego de la firma del tratado de paz en 1979”⁷³. A favor de esta afirmación podemos recordar que, desde que Egipto firmó la paz con Israel, se ha convertido en el segundo receptor de la ayuda estadounidense mundial después del Estado sionista.

La cooperación en defensa y la GGT

Otro interés compartido se encuentra en el ámbito de la defensa⁷⁴: el ejército egipcio recibe casi dos tercios de la ayuda anual estadounidense a ese país. Ésta le permite a Egipto acceder a la tecnología y al conocimiento estratégico de Estados Unidos que redundan en beneficios para sus fuerzas armadas. La potencia norteamericana, por su parte, tiene en el país árabe un socio con el que realizar ejercicios militares en Medio Oriente (“Estrella brillante”) que le permiten, asimismo, probar políticas militares en la región y le garantizan un cooperante en el caso de amenazas regionales. Ejemplos de este último caso lo proporcionan la participación activa de Egipto en la coalición liderada por Estados Unidos en la “Operación Tormenta del Desierto” en 1991 y la cooperación militar otorgada por el país árabe en la GGT. Con respecto a este último punto, la referencia discursiva a este ítem en 37 oportunidades por parte de la administración Bush, sitúa a dicha cooperación en el tercer elemento de mayor interés para Washington durante el

⁷³ ORGANISMO GENERAL DE INFORMACIÓN DE EGIPTO. “Les relations égypto-américains”. (Online), consultado en agosto 2010, <http://www.sis.gov.eg/VR/egptusrelation/html/mel-f.htm..>

⁷⁴ Según sostienen analistas de la Universidad Nacional de Defensa de Washington, este es el componente más fuerte en la relación Estados Unidos-Egipto (Fandy, 2002)

período estudiado. Si a esto le sumamos las 21 referencias a Irak en el contexto de hablar de o con Egipto y/o de o con el Presidente Mubarak (lo que da como resultado un total de 58 referencias), la cooperación en la GGT se transforma en el ítem de mayor importancia para la administración Bush de la relación Estados Unidos-Egipto. Aquí también intereses particulares del gobierno de Egipto, quien llevaba adelante su propia lucha interna contra “elementos terroristas”, e intereses del gobierno de Estados Unidos en su GGT, fueron transformados en una comunidad de intereses. De este modo, se gestionó la ambigüedad del significante terrorismo (homogeneizando a los diversos movimientos islámicos en un único gran otro terrorista) para establecer un espacio compartido de cooperación.

“los terroristas quieren derrocar gobiernos existentes en muchos países musulmanes como Egipto, Arabia Saudita y Jordania”⁷⁵

“aún estamos en una guerra contra gente que quiere hacer daño a América y gente que quiere hacer daño a Egipto (...) y tenemos un buen amigo, los americanos tenemos un buen amigo, en lo referente a esta guerra contra el terror, en Egipto”⁷⁶

“Tenemos la intención de mantener nuestra cooperación cercana en la lucha contra el terrorismo. Nuestras dos naciones están entre aquéllas que más han sufrido el flagelo y no tienen intenciones de aplacarse en este combate”⁷⁷

En este marco, Egipto sería caracterizado como un “socio clave en la campaña contra el terrorismo”⁷⁸. De hecho, el Presidente George W. Bush afirmaría:

⁷⁵ CASA BLANCA (2001). George W. Bush, Declaración ante una sesión conjunta del Congreso y al pueblo americano, (20/09/2001). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

⁷⁶ CASA BLANCA (2002). George W. Bush, El Presidente Bush se reúne con el Presidente egipcio Mubarak, (08/06/2002). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

⁷⁷ CASA BLANCA (2004). Declaración conjunta por el Presidente George W. Bush y el Presidente Mohamed Hosni Mubarak. Treinta años de relaciones americano-egipcias: Una sociedad para la paz y el desarrollo, (12/04/2004). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

⁷⁸ CASA BLANCA (2002), Asistencia económica expedita hacia Egipto, (03/01/2002). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

“Hoy, la asociación estratégica entre nuestros países es más importante que nunca, en tanto confrontamos la amenaza del terror global”⁷⁹

En efecto, si el gobierno egipcio venía combatiendo su propia guerra interna contra el terror debido a la existencia de grupos islámicos terroristas (fundamentalmente: el Grupo Islámico –Al-Gama´a al-Islamiyya- y Yihad Islámica Egipcia) y debido, también, a la necesidad de prolongar la Ley de Emergencia que le permitía, bajo esta justificación, reprimir a la oposición, los intereses de ambos gobiernos se encontrarían también en este aspecto. De esta manera, la utilización de la tortura y de las cortes militares como prácticas sistemáticas de aplastamiento de la oposición en Egipto serían emulados en un plano global por la administración estadounidense, coincidiendo ambos países (aunque en distintos niveles) en sus prácticas contraterroristas. Así, la decisión de Estados Unidos de usar tribunales militares contra civiles en su GGT, devendría en una anulación de la condena por parte de la potencia norteamericana en su Informe sobre los Derechos Humanos de dicha práctica en Egipto (Sullivan y Jones, 2008).

Con respecto a la utilización de la tortura, ésta no sólo no sería condenada, sino que Egipto sería uno de los destinos utilizados por la CIA, para las llamadas “entregas”. Este fue, en efecto, uno de los ámbitos en el que se notó con mayor perversidad la cooperación entre ambos países. Las “entregas” fueron un mecanismo fundamental en la estrategia contraterrorista de la administración Bush que consistió en el envío de supuestos terroristas capturados a terceros países donde podían ser interrogados por agencias de inteligencia de las que se sabía que practicaban la tortura (Rashid, 2009). Egipto también participó de las “contra-entregas” que consistían básicamente en el mismo mecanismo pero en el sentido inverso: en este caso, los supuestos terroristas de otros países eran entregados a Estados Unidos para ser “interrogados” en sus bases militares fuera de territorio continental (por ejemplo, en Guantánamo, Cuba, en Baghram, Afganistán, para nombrar algunos de los centros de detención que salieron a la luz). En el marco de la GGT, por último, ambos países se complementaron en el

⁷⁹ CASA BLANCA (2002). George W. Bush, El Presidente da la bienvenida al Presidente Mubarak a la Casa Blanca, (05/03/2002). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

terreno de la inteligencia, compartiendo información que Estados Unidos utilizaba para su lucha global y Egipto para su lucha interna.

En cuanto a la cooperación egipcia en los “campos de batalla” de la GGT, si bien Mubarak estuvo de acuerdo con la invasión a Afganistán en tanto no tuviera consecuencias fatales para los civiles afganos, Egipto no se unió a la guerra liderada por Estados Unidos, ni se ofreció a enviar allí fuerzas de paz. Su colaboración permaneció en el ámbito de la inteligencia y de las operaciones encubiertas, como territorio destinatario de la práctica de las “entregas”. Esto puede explicarse por los lazos que los grupos opositores que utilizan el terror en Egipto tienen con Al-Qaeda, liderada por Osama bin Laden. En efecto, uno de los cuadros de la red, al-Zawahiri, solía ser miembro de la Yihad Islámica Egipcia. El apoyo de Mubarak a Estados Unidos en este conflicto ha incluido el compartir inteligencia, abrir el espacio aéreo egipcio a aviones estadounidenses (cesión de soberanía por invitación) y tomar acciones para debilitar las redes de financiamiento de los terroristas.

Entre tanto, pese a su fuerte oposición inicial a la invasión a Irak, la cooperación aquí se dio tanto en el terreno militar como en el diplomático. Si bien Egipto fue un fundamental aliado en la Guerra del Golfo de 1991, aquella guerra podía combatirse en nombre de la defensa de la soberanía de un país árabe (recordemos que las tropas iraquíes habían ocupado Kuwait), la de 2003 no tenía para el gobierno egipcio justificación válida y se negó a participar de ella a menos que se obtuviera una resolución de la ONU en ese sentido. Asimismo, desde 1997 y, en el marco del programa “Petróleo por alimentos” que se impuso a Irak desde la ONU, Egipto se convirtió en uno de los mayores proveedores a Irak, constituyéndose en una fuente económica de importancia, pasando su participación de los 105 millones de dólares en 1997 a los 1000 millones en el año 2000 (Martín Muñoz, 2003). Por estas razones, se opuso fervientemente a la invasión de 2003, preocupado, asimismo, por el posible fortalecimiento del terrorismo en la región. Sin embargo, no responsabilizó a Estados Unidos por dicha acción, sino que, desde la retórica del gobierno de Mubarak, la responsabilidad cayó sobre el Presidente iraquí, Saddam Hussein. En este sentido,

y como veremos en el próximo capítulo, Egipto aportó al discurso de la inocencia estadounidense en lo que a este conflicto respecta.

La negativa de apoyo a la invasión y, sin embargo, ciertas acciones que iban en el sentido de sostener la política estadounidense hacia Irak, fue un claro ejemplo de las relaciones de poder de las que hablábamos más arriba. Si sostuvimos que éstas son posibles sólo en el ámbito de la libertad, el gobierno de Mubarak decidió en todos los casos (tanto en los de apoyo como en los de oposición) soberanamente. De esta manera, si bien no ahorró críticas a la invasión y a sus resultados⁸⁰, frente a la resistencia que se desarrolló en el país mesopotámico, prestó apoyo para lograr su pacificación e intentar recomponer la estabilidad regional:

“Irak enfrenta un momento crítico en su historia, con profundas implicaciones en la región. Estamos comprometidos con ayudar al pueblo iraquí a realizar sus aspiraciones de construir una nación moderna, soberana, próspera, estable, unificada y pacífica”⁸¹

La pacificación de Irak fue postulada por la propia administración Bush como de interés egipcio, fundando, así, un nuevo interés común:

“Países como Arabia Saudita, Egipto, Jordania y los Estados del Golfo tienen que entender que una derrota americana en Irak crearía un nuevo santuario para extremistas y una amenaza estratégica para su supervivencia. Estas naciones tienen un interés en un exitoso Irak que esté en paz con sus vecinos, y deben aumentar su apoyo al gobierno de unidad iraquí”⁸²

En efecto, el apoyo diplomático otorgado por el gobierno de Mubarak fue fundamental para legitimar al gobierno iraquí formado por la Autoridad Provisional

⁸⁰ En 2005, el Ministro de Relaciones Exteriores, Abul-Gheith declaró que “(h)asta abril 2003, Irak era un país gobernado por un gobierno central, y todos los iraquíes se referían a sí mismos como tales. No había referencias a shiítas, sunnitas, kurdos y turcomanos”, en *Al-Ahram*, “Egipto en Irak: tiempo de reflexionar”, entrevista realizada por el editor del diario egipcio *Al-Ahram* a Ahmed Abul-Gheith. (Online), consultado en julio 2010, <http://weekly.ahram.org.eg/2005/751/eg4.htm>.

⁸¹ CASA BLANCA (2004). Declaración conjunta por el Presidente George W. Bush y el Presidente Mohamed Hosni Mubarak. Treinta años de relaciones americano-egipcias: Una sociedad para la paz y el desarrollo, (12/04/2004). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

⁸² CASA BLANCA (2007). Mensaje del Presidente a la Nación, (10/01/2007). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

de la Coalición. No sólo dio apoyo desde un principio a la formación del Consejo de Gobierno Iraquí, sino que le dio la bienvenida a éste a la LA y lo reconoció como una administración legítima. Asimismo, fue el primer Estado árabe en nombrar un embajador en Bagdad, lo cual era requerido por el gobierno estadounidense. Ofreció, además, ayudar en el entrenamiento militar y de la policía iraquí, pero dicha tarea le fue entregada a Jordania.

En el terreno militar, por otra parte, si bien El Cairo no aportó tropas para la invasión ni para la posterior pacificación, sí permitió el uso de su espacio aéreo a las fuerzas pro-estadounidenses y les dio paso libre por el Canal de Suez, lo que otorgó a los invasores movilidad. En este sentido, el gobierno egipcio también intentó establecer un equilibrio entre la conservación de buenas relaciones con Estados Unidos, su afán de hegemonía regional y la necesidad de mantener apoyo doméstico, este último gravemente afectado por las manifestaciones populares anti-estadounidenses que se oponían a las intervenciones armadas de la potencia del norte.

Entre la dependencia económica y la relación comercial.

Con respecto a los intereses económicos, la sociedad con Egipto le proporciona a Estados Unidos un mercado más para sus inversionistas. En este ámbito, sin embargo, los intereses del gobierno egipcio son predominantes: mientras que Estados Unidos es el principal socio comercial del país árabe, éste es el socio comercial número 52 de la potencia norteamericana. Asimismo, la inversión estadounidense ocupa el segundo lugar en la economía egipcia, dirigiéndose principalmente al sector energético (petróleo y gas). Como dijimos más arriba, cuanto menos hasta el año 1998 en el que la ayuda comenzó a disminuir, Estados Unidos le proporcionaba a Egipto un promedio de 800 millones de dólares anuales en concepto de asistencia económica. Ésta no está exenta de fines políticos y el gobierno egipcio así lo entiende: según el embajador egipcio en Estados Unidos, la ayuda “no es una donación” sino una “inversión en los intereses de Estados Unidos en Medio Oriente” (citado en Sullivan y Jones, 2008: 93).

Durante la administración Bush, la disminución en la ayuda se vio morigerada por dos factores. Por un lado, por un aumento considerable del comercio entre ambos países: según datos del Organismo General de Información de Egipto, aumentó un 124% entre el año 2003 y 2008; por su parte, en el mismo período el volumen de exportaciones de Egipto a Estados Unidos ha aumentado en un 107%. El segundo factor de morigeración de la disminución de la ayuda a Egipto se encontró en una inyección total de 959 millones de dólares por parte del gobierno estadounidense en enero de 2002. Según la Casa Blanca, esta ayuda se facilitó

“para ayudar a nuestro importante aliado a resistir las actuales dificultades económicas globales y el shock post 11 de septiembre a la economía egipcia. Esta asistencia acelerada –valuada en \$959 millones– a un socio clave en la campaña contra el terrorismo y la persecución de la paz en Medio Oriente apoyará la implementación por parte de Egipto de su programa de reforma económica”⁸³

Con respecto a esta última, y como consecuencia de su participación en la Guerra del Golfo de 1990, a partir de ese año, y en consonancia con los cambios mundiales tendientes a neoliberalizar las economías y las sociedades mundiales exigidos por los organismos internacionales de crédito (dominados fundamentalmente por Estados Unidos), el gobierno egipcio inició un programa de reformas centrado fundamentalmente en el aliento al sector de servicios, echando por tierra con los procesos de industrialización puestos en marcha por el gobierno nasserista. Durante los primeros meses de la administración Bush en el poder y antes de la emergencia del discurso democratizante –que tomó mayores bríos durante el año 2005 (lo veremos más adelante)–, de hecho, la reforma económica en Egipto se encontraba por encima de la reforma política en la agenda estadounidense.

A cambio de la ayuda, por otra parte, Estados Unidos buscó sostenerse sobre Egipto para crear en el mediano plazo un Área de Libre Comercio con Medio Oriente (MEFTA, por sus siglas en inglés) cuyos objetivos declarados se centraban en

⁸³ CASA BLANCA (2002). Vicesecretario de Prensa de la Casa Blanca, Asistencia económica expedida a Egipto, (03/01/2002). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

“incrementar el comercio y la inversión con Estados Unidos y la economía mundial y asistir a dichos países en la implementación de reformas domésticas, la institución del gobierno de la ley, la protección de los derechos de propiedad privada (incluyendo la propiedad intelectual), y la creación de una fundación para la apertura, el crecimiento económico y la prosperidad”⁸⁴

En este aspecto, la vocación del gobierno egipcio de mantener buenas relaciones con Estados Unidos buscaba basarse en el principio de igualdad más que en el de dependencia, sin ceder su capacidad de decisión. Hemos sostenido en el capítulo 2 que, si de una política hegemónica se trata, el sujeto sobre el que ésta recae (en este caso, Egipto) no es mutilado de su soberanía, sino que, en todo caso, la cesión de ésta en determinados aspectos se da a través de una decisión soberana. En este sentido, la demora en la firma de un TLC entre Estados Unidos y Egipto puede explicarse en cierta reticencia por parte del gobierno de Mubarak a algunas reformas, como ser la quita de subsidios estatales para alimentos de primera necesidad para la población (política sostenida desde el gobierno de Nasser). Del mismo modo puede explicarse que, desde 2004 hasta el fin del gobierno de la administración Bush, Mubarak no haya viajado oficialmente a Estados Unidos. Esto último tuvo que ver tanto con ciertos desacuerdos entre ambos gobiernos (ciertos pedidos de reformas políticas y económicas que el gobierno egipcio no estaba dispuesto a realizar), como con la necesidad por parte de Mubarak de cuidar su gobierno a nivel interno: la pésima imagen de Estados Unidos en Medio Oriente durante la administración Bush llevó a que el Presidente egipcio buscara despegar su imagen de la de su par norteamericano. Otra instancia en la que quedó en evidencia la conservación del poder de decisión por parte del gobierno de Egipto fue ante la iniciativa para el establecimiento de la democracia en el Gran Medio Oriente de la que hablamos en el capítulo anterior. Egipto, en tanto aliado de Estados Unidos, fue invitado a asistir a la Cumbre del G-8 en donde se trataría la iniciativa, pero rechazó la invitación, siendo excusado por la administración.

⁸⁴ CASA BLANCA (2004). Área de Libre Comercio Estados Unidos-Medio Oriente, (09/06/2004). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov.. La traducción es nuestra.

Sin embargo, también hemos postulado que consideramos a la estructura de relaciones de poder mundial como una marcada por una fuerte asimetría, en la que mediante las políticas hegemónicas la potencia dominante logra beneficios estructurales, mientras que el país sobre el que éstas se ejercen sólo consigue beneficios coyunturales. En este sentido, coincidimos con Quandt en que, dado que la relación Estados Unidos-Egipto es una de profunda asimetría de poder, “una relación de igualdad real [es] casi imposible” (citado en Sullivan y Jones, 2008: 81).

Estados Unidos, además, utiliza a Egipto como una base para aumentar su influencia en la región. De este modo, alienta a los gobiernos “moderados”⁸⁵ en los foros regionales a través de Egipto. Asimismo, el país árabe es un aliado importante pues, dada su ubicación geográfica, asegura el suministro de petróleo a Occidente. En efecto, como hemos dicho, la mayor salida para el petróleo producido en los Estados del Golfo hacia Occidente es a través del SUMED que atraviesa el territorio egipcio.

IV

La construcción de la otredad asimilable y el reconocimiento de la identidad particular propia y ajena.

Las políticas hegemónicas y el carácter de constructo de identidades y otredades.

El reconocimiento de los intereses particulares.

El dirigirse al otro.

Su incorporación a la totalidad: la inclusión jerárquica.

Establecimiento de etapas.

Estos intereses fueron, entonces, convertidos en comunes a través del establecimiento de una alianza política que reconoció intereses en juego propios y ajenos. Para que ésta pudiera efectivizarse, la administración Bush necesitó

⁸⁵ Nótese que en la jerga estadounidense se llama Estados o gobiernos “moderados” a aquéllos que tiene una política de alineación con la potencia norteamericana, mientras que el término “extremista” hace referencia a aquellos Estados o gobiernos que se oponen a la política de Washington en la región, a favor de una política de mayor autonomía.

presentar a Egipto como un otro digno de ser incorporado a la totalidad por ella configurada. Esta incorporación no se dio sólo a través de la inclusión de Egipto a un “Nosotros” enarbolado por el portador del discurso, sino que fue realizada en un doble movimiento que supuso, por una parte, el dirigirse al otro (hablarle directamente) y, por otra, el invitarlo y el aceptar sus invitaciones.

En este sentido, las políticas hegemónicas suponen el establecimiento de un diálogo (político) con el otro. Es así como el Presidente norteamericano, George W. Bush, y su par egipcio, Hosni Mubarak, se encontraron en seis oportunidades: en abril 2001 y marzo 2002 en la Casa Blanca, en junio 2002 en Camp David, en junio 2003 en Sharm-el-Sheik, en abril 2004 en el Rancho de Crawford y en enero 2008 en Sharm-el-Sheik. El hecho de que desde abril del 2004 y hasta la asunción de Barack Obama al frente de la Casa Blanca el entonces Presidente egipcio no haya hecho pie en Estados Unidos debe entenderse a través de dos factores. Por un lado, la pésima imagen de la potencia norteamericana en el pueblo meso-oriental como consecuencia del intervencionismo militar estadounidense en la región y su silencio cómplice con respecto a las políticas invasivas de Israel (Líbano en julio/agosto 2006 y la Franja de Gaza en diciembre 2008/enero 2009). Por otro lado, ciertas desavenencias entre ambos gobiernos que, no obstante, mantuvieron la “estratégica relación”. Estas diferencias se dieron principalmente en torno a la invasión a Irak y en relación a las presiones de Washington que demandó la apertura democrática del sistema político egipcio. Como veremos más adelante, la situación coyuntural y estratégica de Estados Unidos en Medio Oriente hizo que este último punto no avanzara.

Si sostenemos que las identidades y otredades son construcciones fosilizadas, este carácter suyo las hará maleables y factibles de ser instrumentalizadas. De esta manera, como veremos, no sólo ciertos rasgos identitarios selectos del otro serán resaltados mientras que otros serán silenciados o tergiversados, sino que estos emergerán y volverán a sumergirse de acuerdo a los intereses políticos en juego en cada momento histórico. La incorporación del Egipto de Mubarak, no obstante, se realizó de un modo jerárquico que fue invisibilizado; en efecto, incorporar al otro implica un acto de hospitalidad en el

que el dueño de casa es el que impone las reglas (Derrida, 2008). Por una parte, en tanto miembro incorporado a la “comunidad internacional”, durante el período analizado el país árabe no gozó de la misma posición dentro de ella que otros “otros” (su vecino Israel, por ejemplo); por otra parte, y como dijimos más arriba, los “beneficios” obtenidos por Egipto tuvieron como contrapartida la perpetuación de una fuerte dependencia respecto de Estados Unidos.

Hemos postulado que las políticas hegemónicas encuentran su condición de posibilidad en la construcción de las otredades de modo tal que sean asimilables y en la construcción de la identidad del portador del discurso de modo tal que se reconozca como particularidad. De esta manera, la pregunta acerca del modo en que esas identidades y esas otredades son presentadas nos resulta del todo fundamental. Suponemos la existencia de ciertas etapas o momentos en la política exterior de la administración Bush hacia Egipto, marcadas por los intereses predominantes de la potencia en juego y las consecuentes relaciones y caracterizaciones de Egipto y su gobierno.

La primera de ellas estará comprendida entre la asunción del Presidente al gobierno de Estados Unidos (20 de enero de 2001) y el 11-S y tendrá como eje articulador la paz en Medio Oriente y la dimensión económica. La segunda etapa encontrará su duración entre los atentados y algunos meses antes a la invasión de Irak (octubre de 2002) y tendrá como nudo de la unión la GGT. La tercera comenzará en junio de 2003⁸⁶ cuando comiencen las presiones para la democratización de Egipto y finalizará en enero de 2006. Entre enero de 2005 y enero de 2006, las presiones de Washington sobre El Cairo para la reforma política de Egipto se incrementarán y, por lo tanto, este sub-período será el de mayor desencuentro entre ambos gobiernos. Las presiones, sin embargo, disminuirán drásticamente a partir de la llegada a través de elecciones democráticas de Hamas al gobierno de la ANP. Comenzará, entonces, la cuarta y última etapa que se

⁸⁶ Entre octubre 2002 y junio 2003 no se detectan referencias a Egipto ni a Mubarak. Al respecto suponemos dos posibles explicaciones: la concentración de la administración Bush en la invasión a Irak (durante estos meses la administración estuvo abocada al intento de lograr el apoyo de la ONU y de sus aliados tradicionales) y la negativa egipcia a prestar tropas para tal aventura so pretexto de que alimentaría a los movimientos terroristas. En este sentido, el último intento público por sumar a Egipto estuvo dado por el discurso de Bush ante la AGNU el 12 de septiembre de 2002, cuando postuló a Egipto como una víctima del gobierno de Saddam Hussein, recordando la existencia de prisioneros egipcios en territorio iraquí.

extenderá hasta la finalización del segundo mandato de George W. Bush, el 20 de enero de 2009. Si bien las referencias a la necesidad de democratización del país árabe persistirán, el eje de las referencias a Mubarak y/o a Egipto desde el discurso de la administración, pasará fundamentalmente por la paz en Medio Oriente y la solicitud por parte del gobierno estadounidense de la cooperación egipcia en Irak.

Primer período: entre la asunción y el 11-S

Durante la administración Bush y antes del 11-S, las relaciones entre Egipto y Estados Unidos estuvieron centradas en aquellos intereses compartidos por ambos gobiernos que señalamos más arriba. A efectos de establecer comparaciones con aquello que se constituyó como el nudo principal de las tensiones que atravesaron ambos gobiernos (la demanda de reforma política por parte de Washington), antes del 11-S dos puntos esbozados más arriba no aparecían en la agenda estadounidense hacia el país árabe. Uno, por supuesto, la GGT, el otro, la reforma política. La relación entre Estados Unidos y Egipto era definida por el Presidente norteamericano del siguiente modo:

“La relación egipcio-estadounidense es sobre comercio económico; es sobre intercambios culturales. Absolutamente. Pero una de las cosas claves es que podemos usar nuestra relación histórica para trabajar juntos para llevar paz a Medio Oriente. Es una parte importante de nuestra relación, pero no es la única parte importante”⁸⁷

Obsérvese que los patrones de relación entre ambos países que aquí se postulan son de los planos económico y cultural, haciéndose particular hincapié en la relación Egipto-Estados Unidos con respecto al conflicto que enfrenta a palestinos e israelíes. Por otra parte, Mubarak es presentado como un “líder comprometido, encantador y fuerte”⁸⁸. En esta primera reunión mantenida por los dos mandatarios en la Casa Blanca en abril de 2001, a menos de tres meses de la

⁸⁷ CASA BLANCA (2001). George W. Bush, Observaciones por el Presidente Bush y el Presidente egipcio Hosni Mubarak en oportunidad fotográfica, (02/04/2001). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

⁸⁸ Ib.

asunción de Bush al poder (primera invitación a Mubarak), también se ponen en evidencia los intereses de la potencia norteamericana en la amistad con Egipto:

“Es importante para nosotros construir fuertes relaciones con países como Egipto y Jordania y otros países en Medio Oriente que tienen interés en la paz”⁸⁹

La importancia que Egipto tiene para Estados Unidos quedó en evidencia no sólo en las declaraciones de Bush, quien calificó en varias oportunidades a Egipto como “uno de los socios más importantes”⁹⁰ de Estados Unidos en Medio Oriente, sino al ser éste el octavo país del mundo y el segundo de la región meso-oriental con cuyo mandatario el flamante Presidente Bush se reunió (luego de mantener reuniones bilaterales con los mandatarios de los siguientes países: México, Gran Bretaña, Japón, Israel, China, Alemania y Brasil –en dicho orden–).

Tenemos en esta primera etapa, entonces, la caracterización de Egipto como un socio fundamental para Estados Unidos en Medio Oriente y, por lo tanto, la construcción de éste como un otro asimilable y el reconocimiento de los intereses particulares de la potencia del norte en la relación estadounidense-egipcia. Los principales intereses explicitados son, de momento, las relaciones económicas entre ambos países y la paz y estabilidad en Medio Oriente a través de la intervención egipcia y estadounidense en la mantención de las negociaciones en el conflicto entre palestinos e israelíes.

Segundo período: la irrupción del 11-S y la GGT.

Como dijimos en el capítulo anterior, los atentados del 11-S y la lectura que de estos se hizo, señalaron un quiebre en la política exterior de la administración Bush que pasó de ser delineada como una política eminentemente realista a una de carácter híbrido que fue denominada por Condoleezza Rice como “realismo único americano” (2008). La doctrina Bush dividió al mundo en dos segmentos enfrentados: el de “Nosotros” y el de los terroristas. Mientras que pertenecer al

⁸⁹ Ib.

⁹⁰ CASA BLANCA (2001). Conferencia de prensa del Presidente, (29/03/2001). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

primer campo aseguraba la existencia de alguna suerte de alianza con Estados Unidos, pertenecer al segundo abría las puertas a la posibilidad de ser víctima de una política imperialista. Egipto permaneció en el campo del “Nosotros”, siendo construido de modo tal que allí pudiera habitar. Los roces recién comenzaron a partir de la explicitación por parte de la administración de su voluntad de invadir Irak. Entre tanto, entre septiembre del 2001 y octubre del 2002, Egipto fue presentado como un aliado en la GGT. Este carácter que le era atribuido a Egipto no sólo estaba basado en la cooperación que el país árabe pudiera brindar en la guerra contra el terror, sino que también se sostenía sobre el hecho de que tanto Washington como El Cairo compartían el mismo enemigo:

“Quieren derrocar gobiernos existentes en muchos países musulmanes como Egipto, Arabia Saudita y Jordania”⁹¹

“Más de 80 países incluyendo Etiopía y Egipto (...) perdieron ciudadanos junto a los americanos en el 11 de septiembre”⁹²

Los “terroristas islámicos” –otredad inasimilable por excelencia durante los años de George W. Bush– buscaban acabar con los gobiernos legítimos del mundo, incluso con aquellos musulmanes:

“En Medio Oriente, muchas naciones incluyendo a Jordania, Egipto y Arabia Saudita están ofreciendo reforzamiento legal, inteligencia y otra cooperación. En síntesis, muchas naciones entienden lo que la OTAN expresó, que un ataque sobre nosotros es un ataque a los gobiernos legítimos y a la libertad”⁹³

De esta manera, en la división bipartita del mundo establecida por la administración Bush durante los primeros días de su GGT, se postuló una dicotomía excluyente entre los gobiernos legítimos del mundo y los terroristas que

⁹¹ CASA BLANCA (2001). George W. Bush, Mensaje a una sesión conjunta del Congreso y al pueblo americano, (20/09/2001). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

⁹² CASA BLANCA (2001). George W. Bush, Estados Unidos, África fortalecen el contra-terrorismo y lazos económicos, (29/10/2001). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

⁹³ CASA BLANCA (2001). George W. Bush, El jefe de la OTAN resalta la determinación internacional, (10/10/2001). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra, las cursivas también.

querían acabar con ellos. Es importante retener la caracterización del gobierno de Mubarak como “gobierno legítimo” y representante de la libertad, pues, como veremos más adelante, con la insistencia estadounidense en la apertura democrática del sistema político del país árabe, esta caracterización quedará relegada. En este primer establecimiento de blancos sobre negros, el gobierno egipcio quedaba absolutamente del lado “blanco”, sin ninguna sombra que opacara su blancura. Mubarak era construido como un “amigo” con una larga historia de alentar la paz y la estabilidad en Medio Oriente. Aún más:

“Hay algunos en el mundo que no quieren al Presidente Mubarak por lo que él defiende: una sociedad más abierta. Ha sido un gran líder de Egipto, y hay extremistas que no lo quieren. Y siempre que podamos ayudar a aprehender a esos extremistas que le harían daño al Presidente o a su gobierno o al pueblo de Egipto, lo haremos”⁹⁴

De este modo, el Presidente Hosni Mubarak era construido, en el marco de los primeros meses de la GGT que ya había implicado la invasión a Afganistán en la que Egipto no participó, como un líder comprometido con la apertura social. Estas palabras de aliento y construcción de un otro aliado, se daban en el contexto de la preparación por parte de la administración Bush de la invasión a Irak. En efecto, en octubre de 2001 se formó en Estados Unidos por iniciativa del Departamento de Estado, a cuyo frente se encontraba Colin Powell, el “Proyecto para el Futuro de Irak”. Éste consistía básicamente en una serie de grupos de trabajo formado por iraquíes opositores al gobierno de Saddam Hussein y funcionarios del gobierno de Estados Unidos que se encargaban de preparar un Irak post-Saddam Hussein. Egipto había sido un aliado fundamental en la Guerra del Golfo de 1991 y la administración Bush pretendía que repitiera su rol. La negativa por parte del gobierno de Mubarak a apoyar la invasión a través del aporte de tropas, daría inicio a la tercera etapa señalada y pasaría de ser construido como un “gobierno legítimo” a ser caracterizado como un Estado no-democrático sobre el cual se podían ejercer fuertes presiones que derivarían en las

⁹⁴ CASA BLANCA (2002). George W. Bush, El Presidente Bush da la bienvenida al Presidente Mubarak a la Casa Blanca, (05/03/2002). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

primeras elecciones multipartidarias llevadas a cabo por Egipto desde su independencia. Pero antes de que la relación se rajara, Mubarak era invitado por Bush a Camp David, “un lugar al que gustamos invitar a nuestros amigos”⁹⁵.

El Presidente egipcio, en efecto, era incorporado a la identidad configurada por Washington. En el marco del aumento de la violencia entre palestinos e israelíes, y siendo considerado como un mediador entre ambos y conociendo su cercana relación con el líder palestino Yasser Arafat, el Presidente Bush incluía a Mubarak al campo de aquellos que “aman la paz”:

“mi administración y sé que también el Presidente [Mubarak], está utilizando mucho tiempo y esfuerzos para convencer a las partes que la violencia sólo llevará al dolor y alentaré las oportunidades para aquellos que odian la idea de que la paz prevalezca. Y aquellos de nosotros que amamos la paz debemos continuar, como dije, redoblando nuestros esfuerzos”⁹⁶

De esta manera, la identidad de Estados Unidos como país amante de la paz se encontraba coincidiendo con aquella de Egipto, logrando establecer una identidad común (una comunidad, lo que hemos llamado “el universal”) que abría la posibilidad a llevar a cabo acciones comunes. Durante esta primera etapa de la GGT, asimismo, y al hablar de Egipto o con Egipto, Estados Unidos se presentaba como particularidad, haciendo hincapié en su existencia como ente determinado, evitando la proclamación de “universalidad” alguna (recordemos que habíamos definido la universalidad como aquél universalismo a priori que no tenía en cuenta las particularidades), dejando en claro los intereses y prioridades particulares del Estado norteamericano:

“aún estamos en una guerra contra gente que quiere hacer daño a América y gente que quiere hacer daño a Egipto. Y (...) tenemos un buen amigo, los americanos tenemos un buen amigo, en lo que respecta a esta guerra contra el terror, en Egipto”⁹⁷

⁹⁵ CASA BLANCA (2002). George W. Bush, El Presidente Bush se reúne con el Presidente Mubarak, (08/06/2002). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

⁹⁶ CASA BLANCA (2002). George W. Bush, El Presidente Bush da la bienvenida al Presidente Mubarak a la Casa Blanca, (05/03/2002). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra, la cursiva también.

⁹⁷ CASA BLANCA (2002). George W. Bush, El Presidente Bush se reúne con el Presidente Mubarak, (08/06/2002). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

“Ahora le he dicho yo nuevamente [a Mubarak] que mi trabajo más importante es asegurar nuestra tierra”⁹⁸

Esta segunda etapa se encuentra, entonces, con la construcción del gobierno egipcio como un gobierno legítimo, en peligro debido a la amenaza terrorista y encuentra en este último punto un nuevo terreno común: la GGT. En búsqueda del apoyo de Egipto para la invasión a Irak, el Presidente Bush invitó a Mubarak dos veces a Estados Unidos (el 5 de marzo y el 8 de junio de 2002) y se reunió con su Ministro de Relaciones Exteriores, Ahmed Maher, en una oportunidad (el 18 de julio de 2002). Egipto fue, así, sujeto-objeto de una política hegemónica en la que Estados Unidos dio cuenta de sus intereses particulares y los fusionó con aquéllos de Egipto –que también reconoció– para dar forma a una identidad común. Fue en esta etapa, asimismo, que Estados Unidos anunció la entrega de una partida de 959 millones de dólares a un “aliado clave en la campaña contra el terrorismo y en la persecución de la paz en Medio Oriente”⁹⁹.

Tercer período: la política de democratización y la emergencia de divergencias.

Las presiones públicas para la reforma política de Egipto comenzaron a principios de junio del año 2003 en el marco de una reunión que el Presidente Bush mantuvo con su par egipcio en Sharm-el-Sheik. En aquella reunión, el premier estadounidense abordó la cuestión indirectamente, a través de la alusión a los pueblos palestino e iraquí y sin hacer referencias particulares:

“Los líderes que se encuentran hoy aquí reconocen la importancia de instituciones representativas, democráticas, para colmar las esperanzas del pueblo iraquí y del palestino. E instituciones libres son críticas para las esperanzas de los pueblos en todos lados”¹⁰⁰

⁹⁸ *Ib.*

⁹⁹ CASA BLANCA (2002). Asistencia económica expedita a Egipto, (03/01/2002). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

¹⁰⁰ CASA BLANCA (2003). George W. Bush, El Presidente Bush se reúne con el Presidente Mubarak de Egipto, (03/06/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

La incorporación de la presión relativa a la necesidad de reformas políticas en Medio Oriente en los discursos de la administración, encuentra su antecedente en la tercera justificación que dio el gobierno estadounidense para la invasión a Irak (luego de que las referidas a la posesión de ADM por parte del gobierno iraquí y a los supuestos lazos de este último con redes terroristas fracasaran). A partir de noviembre del año 2003 esta presión se haría directa:

“La gran y orgullosa nación de Egipto ha mostrado el camino hacia la paz en Medio Oriente, y ahora debería (“should”) mostrar el camino hacia la democracia”¹⁰¹

El enunciado que acabamos de citar es un enunciado bisagra y tiene varias aristas que es importante analizar. Decimos que es bisagra porque es a través de él que se hace público, por primera vez, el pedido al gobierno de Mubarak de democratización de Egipto. Por otro lado, la importancia del enunciado radica en que, a partir de aquí y hasta febrero del año 2005, va a emerger en otras tres oportunidades (12 de abril de 2004, 2 de febrero de 2005 y 21 de febrero de 2005), siendo repetida y, por tanto, enfatizando su propuesta. Por otro lado, en cuanto al análisis de su contenido, también es interesante para dar cuenta del cómo de la presión. En efecto, al mismo tiempo que ésta se actualiza, no deja de señalar, subrayar, el carácter amistoso con el que se efectúa. El hecho de que la presión no se dé a través de una imposición, sino a través de la acción de resaltar caracteres considerados positivos por el portador del discurso y, en este sentido, a través de la construcción positiva del otro, de la construcción de éste como asimilable, nos da la pauta de la continuación de una política de formación de consenso y no de imposición. Al referirse a Egipto como una “gran y orgullosa nación” y al traer al discurso la memoria de que fue Egipto el primer país árabe en haber firmado la paz con Israel, el gobierno de Mubarak es colocado en un plano discursivo que construye a la otredad de modo positivo.

Otro rasgo del enunciado citado que va en el mismo sentido es la utilización del auxiliar “should” que hemos traducido como “debería”. La intención aquí fue

¹⁰¹ CASA BLANCA (2003). El Presidente Bush discute Irak y la libertad en Medio Oriente, (06/11/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

poner de relieve el uso de esta palabra frente al “must” que, como veremos, fue utilizado con anterioridad a la invasión a Irak con el objetivo de plantear la necesidad de que Saddam Hussein fuera desarmado. En efecto, según The Oxford Dictionary, mientras que este último vocablo expresa obligación (es traducido como “estar obligado a hacer algo”) y, en este sentido, no permite otra alternativa más que la de actuar del modo que es predicado, la expresión “should” da cuenta de cierto abanico de posibilidades que se le presenta a quien es dirigida. En efecto, el mismo diccionario la define como “obligación condicional”, expresando una “buena idea” y siendo utilizada para “dar consejos o instrucciones cortésmente” (1956: 1148). Vemos aquí, entonces, en acto discursivo, lo que hemos denominado como relación de poder. Recuérdese que habíamos definido a ésta como una mediada por la libertad, es decir, como una relación en la cual el sujeto sobre el que el poder se ejerce tiene más de una alternativa para actuar.

Las presiones no sólo se dieron de forma tal de habilitar la posibilidad de múltiples respuestas por parte del gobierno egipcio, sino que también se dieron en el marco de la incorporación a la identidad configurada por Estados Unidos. No sólo se incluyó a Egipto en un “Nosotros” promulgado por el Presidente Bush, sino que se lo integró a una identidad más amplia, formando parte de “la comunidad internacional” y del “mundo civilizado”.

“Nosotros reconocemos que el punto de inicio para un Medio Oriente próspero y pacífico debe ser el rechazo del terror”¹⁰²

“Egipto se ha parado firmemente contra el terror trabajando para desbaratar las actividades y capacidades de las organizaciones terroristas de la región. Estas son las políticas de una nación y de un hombre de Estado que entienden la amenaza que el terrorismo supone para todos nosotros: para mi nación, para la de él, para todos los Estados árabes, para Israel y para el futuro de cualquier Estado palestino”¹⁰³

¹⁰² CASA BLANCA (2004). George W. Bush, el Presidente egipcio Mubarak se reúnen con periodistas, (12/04/2004). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra, las cursivas también.

¹⁰³ Ib.

“Estados Unidos va a liderar los esfuerzos, trabajando en conjunto con Jordania, Egipto y otros en la comunidad internacional para construir la capacidad y voluntad de las instituciones palestinas para combatir el terrorismo”¹⁰⁴

“Estos actos [atentado terrorista en Egipto] muestran una vez más por qué el mundo civilizado debe oponerse en conjunto a las fuerzas del terror y derrotar este mal”¹⁰⁵

Es importante subrayar que esta instancia de incorporación a la identidad configurada por el portador del discurso se dio en los contextos discursivos de la GGT. Momentos en los cuales también emergía la identidad de Estados Unidos como particularidad y en los que se hacía referencia a los intereses particulares de Egipto:

“El terror amenaza a mi nación. El terror amenaza a los Estados árabes. El terror amenaza al Estado de Israel. El terror amenaza la emergencia de un Estado palestino”¹⁰⁶

“Nuestras dos naciones están entre aquellas que más han sufrido el flagelo del terrorismo y no tenemos intenciones de ceder en esta lucha. Estados Unidos expresa su aprecio por la ayuda invaluable de Egipto y su disposición a continuar contribuyendo a combatir y eliminar el terrorismo”¹⁰⁷

“Los líderes en la mesa tienen una responsabilidad. La mayor responsabilidad que tienen, me parece, es rechazar cualquier fuente de financiamiento del terror, es prevenir que los terroristas ganen una posición establecida. Sé que es el compromiso de los líderes que se encuentran aquí, he hablado con ellos acerca de eso. Está en su interés rechazar el terror. Está en su interés permitir que un Estado palestino emerja”¹⁰⁸

¹⁰⁴ CASA BLANCA (2004). Carta del Presidente Bush al Primer Ministro Sharon, (14/04/2004). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra, las cursivas también.

¹⁰⁵ CASA BLANCA (2004). Declaración del Presidente sobre los ataques terroristas, (08/10/2004). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra, las cursivas también.

¹⁰⁶ CASA BLANCA (2003). George W. Bush, El Presidente Bush se reúne con el Presidente Mubarak de Egipto, (03/06/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

¹⁰⁷ CASA BLANCA (2004). Declaración conjunta por el Presidente George W. Bush y el Presidente Mohamed Hosni Mubarak. Treinta años de relaciones egipcio-americanas: una asociación para la paz y el desarrollo, (12/04/2004). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

¹⁰⁸ CASA BLANCA (2003). Observaciones del Presidente en una reunión multilateral con líderes árabes, (03/06/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

Además de la ya señalada presión directa recibida por Egipto en este primer sub-período que estamos analizando y que va desde junio de 2003 hasta enero de 2005, existieron dos momentos más en los que las presiones se hicieron explícitas, pero en este caso acompañadas por el respeto hacia la particularidad egipcia. Hemos afirmado que el establecimiento de una política hegemónica sólo es posible si el otro es construido como un otro asimilable. Hemos dicho, además, que esto sólo es posible si el otro es reconocido como particularidad. Este reconocimiento implica la aceptación de la diferencia en el otro, el establecimiento de un universal construido sobre estas diferencias y no a partir de su anulación. Pese a las presiones reales que la administración Bush ejerció sobre Egipto para que éste adoptara el camino de la democratización, entendida ésta como una universalidad a priori, es decir, necesaria en todo tiempo y espacio, estas presiones fueron acompañadas continuamente por la explicitación de la particularidad de Egipto y el respeto por ella:

“Hemos tenido muchas discusiones con los egipcios (...) sobre la necesidad del cambio en Medio Oriente, la necesidad de reforma. Cada país se está moviendo a su propia velocidad”¹⁰⁹

“Egipto es un buen amigo, ha sido un aliado por mucho tiempo y continuará siéndolo. Hemos sido muy claros que vamos a esperar de nuestros aliados que (...) tomen seriamente los asuntos de la sociedad civil, la expansión de la libertad en su propia sociedad, la oportunidad económica, la oportunidad para las mujeres. Y (...) no esperamos que nada de esto proceda rápidamente, porque el cambio democrático a veces viene lentamente; y (...) somos conscientes de que no puede ser impuesto desde afuera”¹¹⁰

Es importante la última afirmación en el sentido de la imposibilidad de la imposición del sistema democrático, habiéndose caracterizado la administración precisamente por haberla practicado en lugares como Irak y Afganistán.

El año 2005: entre el discurso de asunción y el triunfo de Hamas.

¹⁰⁹ CASA BLANCA (2004). Conferencia de prensa de la Consejera de Seguridad Nacional, Dra. Condoleezza Rice, sobre la Cumbre del G-8, (07/06/2004). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

¹¹⁰ CASA BLANCA (2004). La Dra. Rice se refiere a la Guerra contra el Terror, (19/08/2004). (Online), Consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

Como dijimos más arriba, sobre todo durante el año 2005, la cuestión de la exportación de la democracia en las relaciones egipcio-estadounidenses tomó prioridad. Este aumento en las presiones, que implicó un total de 22 referencias a la reforma política en Egipto, de las 43 totales a lo largo de los ocho años de gobierno de Bush, se debe no sólo al hecho de que el 7 de septiembre de ese año se llevaron a cabo las primeras elecciones multipartidarias en Egipto, sino también al incremento general en las referencias a la democracia en el discurso bushiano. En efecto, el discurso de la segunda toma de mando del Presidente George W. Bush, reelecto el 2 de noviembre de 2004, no hizo ninguna referencia directa al terrorismo o al terror y estuvo centrado en la necesidad de la expansión de la democracia como modo de asegurar la seguridad nacional. Esto último llevó a Francis Fukuyama a afirmar que recién al principio de su segundo mandato, el Presidente estadounidense llegó a ser un verdadero neoconservador (2007).

“Luego del naufragio del comunismo vinieron años de relativa calma, años de reposo (...) y luego vino un día de fuego.

Hemos visto nuestra vulnerabilidad y hemos visto su más profunda fuente. Siempre que regiones enteras del mundo hiervan en resentimiento y tiranía –propensas a ideologías que alimentan el odio y justifican la muerte– la violencia se unirá y se multiplicará en poder destructivo y cruzará las fronteras más destructivas y hará emerger una amenaza mortal.

Hay sólo una fuerza de la historia que puede quebrar el reinado del odio y el resentimiento y mostrar las pretensiones de los tiranos y premiar las esperanzas de los decentes y los tolerantes, y esa es la fuerza de la libertad humana.

Somos dirigidos, por los eventos y por sentido común, a una conclusión: la sobrevivencia de la libertad en nuestra tierra depende del éxito de la libertad en otras tierras. La mejor esperanza para la paz en nuestro mundo es la expansión de la libertad en todo el mundo.

Los intereses vitales de América y nuestras más profundas creencias son ahora uno (...) Promover estos ideales es la misión que creó nuestra Nación. Es el logro honorable de nuestros padres. Ahora es el requerimiento urgente de la seguridad de nuestra nación y el llamado de nuestro tiempo.

Por lo tanto es la política de Estados Unidos buscar y apoyar el crecimiento de movimientos e instituciones democráticas en cada nación y cultura, con el objetivo final de terminar con la tiranía en nuestro mundo”¹¹¹

En este sentido, es interesante el intento de la administración por eliminar dos tensiones que subyacen a la historia de Estados Unidos: la tensión entre democracia y seguridad nacional y aquella entre valores e intereses en el delineamiento de la política exterior. Desde aquí sostenemos que éste supuso un intento frustrado, pues terminaron privilegiándose los intereses y la seguridad nacional. En efecto, con la victoria de Hamas en las elecciones parlamentarias para la ANP de enero de 2006, las presiones disminuirían drásticamente: los intereses se impusieron a los valores, la alianza política le ganó a la ética.

El año 2005, como decíamos, fue el año de mayor tensión entre ambos gobiernos, pues fue el año en el que la administración Bush insistió con mayor vehemencia en la necesidad de reforma democrática de Egipto. Como vimos anteriormente, en este sub-período también las presiones estuvieron acompañadas por reconocimientos de pasos tomados en la dirección de la instauración de la democracia. Es válido notar, en este sentido, que la cuestión de la democracia se presentó en todo momento como una universalidad, es decir, como un a priori necesario más allá de todo tiempo y espacio, más allá de toda particularidad histórica. No obstante, a diferencia de aquello que, como veremos, sucedió en el caso de Irak –país sobre el que se ejerció una política imperialista–, en este caso, la democracia no fue impuesta, sino que fue requerida. Esto se hizo tanto a través de la utilización de distintos modos menos impositivos de señalar la necesidad de la transformación democrática, como a través de la explicitación del respeto a la particularidad del otro.

“Egipto tiene ahora la expectativa de elecciones competitivas, multipartidarias para Presidente en septiembre. Como todas las elecciones libres, éstas requieren libertad de reunión,

¹¹¹ CASA BLANCA (2005). Juramento del Presidente en el segundo término, (20/01/2005). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

múltiples candidatos, acceso libre de esos candidatos a los medios, y el derecho de formar partidos políticos. Cada país en Medio Oriente tomará caminos diferentes hacia la reforma”¹¹²

“Egipto tendrá una elección presidencial este otoño. Esa elección debería (“should”) proceder con monitoreos internacionales y con reglas que permitan una campaña real”¹¹³

“Pregunta: Ha habido signos esperanzadores en la región últimamente. Pero algunos en la región piensan que algunos de nuestros aliados –particularmente Arabia Saudita y Egipto– aún no están haciendo lo suficiente para ayudar a fomentar la democracia en sus propios países. ¿Piensa que están haciendo lo suficiente o usted los está alentando a...?”

El Presidente: Continuaremos alentando la democracia. Pero también he dicho muchas veces que es importante para aquellos que vivimos en una sociedad democrática recordar dos cosas: una, que nuestro propio camino a la democracia tuvo baches; tenemos una Constitución y una Declaración de Independencia, pero, sin embargo, tuvimos esclavitud por un largo período de tiempo, por ejemplo. Y, en segundo lugar, que no deberíamos (...) intentar imponer nuestra democracia a otras naciones. Lo que deberíamos decir es, trabajaremos con ustedes para desarrollar una democracia que se adapte a sus propias culturas y a sus propias religiones y a sus propias costumbres”¹¹⁴

Este sub-período se encontró con una única referencia a Estados Unidos y a la incorporación del país árabe a la identidad delineada por el portador del discurso, lo que nos da una idea del grado de separación al que llegaron los gobiernos de los países aquí analizados. Esto sucedió sólo en una oportunidad y en ocasión de la perpetración de un atentado terrorista en territorio egipcio. Una vez más, la GGT aparecía como el dispositivo que integraba a Egipto a la identidad mundial configurada por Estados Unidos:

“Estados Unidos condena del modo más ferviente posible los ataques terroristas bárbaros en Sharm-el-Sheik, Egipto, que mataron e hirieron a muchos civiles inocentes de muchas naciones

¹¹² CASA BLANCA (2005). El Presidente discute la Guerra contra el Terror, (08/03/2005). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra, las cursivas también.

¹¹³ CASA BLANCA (2005). El Presidente discute la democracia y la libertad en Latvia, (07/05/2005). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra. (En este último enunciado, vale la misma apreciación que hicimos anteriormente con respecto a la utilización del auxiliar “*should*”).

¹¹⁴ CASA BLANCA (2005). El Presidente habla a la prensa, (08/04/2005). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

y religiones. Ofrecemos nuestras plegarias a las víctimas y sus familias y nos unimos a la comunidad internacional en deplorar profundamente este asalto sobre el mundo civilizado”¹¹⁵

Las escasas referencias a la particularidad estadounidense o a una identidad más amplia integradora del país árabe tuvieron su contrapartida en la emergencia de las primeras críticas al gobierno de Egipto formuladas públicamente por la administración Bush. Las reformas que se dieron efectivamente en el sistema político egipcio y que llevaron a la realización de las primeras elecciones presidenciales multipartidarias en la historia de esta nación, fueron consecuencia obvia de las presiones de la administración norteamericana. Ya en febrero de 2005 Hosni Mubarak anunciaba los cambios electorales que permitirían tales transformaciones. Éstas se plasmarían institucionalmente a través de la enmienda del artículo 76 de la Constitución de Egipto que fue aprobada por el Parlamento en mayo del mismo año. Esta reforma provocó múltiples manifestaciones por parte de la oposición política a Mubarak que adujo que no era suficiente para abrir el juego político, pues presentaba difíciles requisitos para los candidatos no adscritos al Partido Nacional Democrático (PND) del mandatario, no garantizaba la libertad de asociación a los partidos políticos y no proveía control judicial independiente alguno del proceso electoral. Las críticas comenzaron en el marco de respuestas represivas por parte del gobierno de Mubarak a manifestaciones de protesta del pueblo egipcio.

“También abracé los primeros pasos del Presidente Mubarak y dije que esos primeros pasos deben incluir la posibilidad del pueblo de tener acceso a la televisión y que se debería permitir a los candidatos hacer campaña libremente en una elección y que debería haber monitores internacionales (...) y la idea de la gente expresándose en oposición al gobierno y luego siendo golpeada, no es nuestra idea de cómo la democracia debería funcionar. No es el modo en que se tienen elecciones libres. A la gente debe permitírsele expresarse y tengo esperanzas en que el Presidente tendrá elecciones abiertas en las cuales todos podamos confiar”¹¹⁶

¹¹⁵ CASA BLANCA (2005). El Presidente condena los ataques terroristas en Sharm-el-Sheik, Egipto, (23/07/2005). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra, las cursivas también.

¹¹⁶ CASA BLANCA (2005). George W. Bush, El Presidente da la bienvenida al Presidente Abbas a la Casa Blanca, (26/05/2005). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

“esperamos que el proceso político egipcio sea abierto, y que se le dé la oportunidad a la gente de expresarse abiertamente (...) libremente. Rechazamos toda violencia hacia aquellos que expresan su disidencia con el gobierno”¹¹⁷

Es válido recordar en este momento que la fortaleza del aparato de seguridad egipcio proviene de la ayuda de 1300 millones de dólares anuales otorgada por Estados Unidos al gobierno de Mubarak. El entonces Presidente egipcio, en el poder desde el año 1981, había dirigido esta fuerza hacia el interior de su territorio, igualando la seguridad estatal a la seguridad de su gobierno, a través del aplastamiento de todo tipo de oposición.

Desde aquí sostenemos que, más allá de las presiones y críticas que efectivamente existieron por parte de la administración Bush, y más allá del discurso democratizante que invadió particularmente los discursos de la Casa Blanca del año 2005, en el caso de la política hacia Egipto se privilegió la estabilidad. Si en el capítulo anterior hemos hablado de la existencia de continuidades y discontinuidades en la política exterior de la administración Bush hacia Medio Oriente, el caso de Egipto, en este sentido, señala una continuidad respecto a las políticas de anteriores administraciones, privilegiándose la estabilidad por sobre la democracia. En efecto, la política hegemónica que se llevó a cabo hacia el país árabe estuvo basada en intereses devenidos comunes con el gobierno de Mubarak. En este caso, los intereses de Washington en mantener a este “valioso aliado” chocaban con algunos de los valores que se decía representar: democracia, libertad, mercado¹¹⁸. Primaron los intereses. Y una clara señal de esto fue el hecho de que, pese a las críticas, cuando Hosni Mubarak ganó las elecciones con el 88,6% de los votos, el Presidente Bush llamó para felicitarlo, agregando que esperaba “continuar trabajando con él en los años siguientes”¹¹⁹.

¹¹⁷ CASA BLANCA (2005). Conferencia de prensa del Presidente, (31/05/2005). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

¹¹⁸ Es interesante, la ESN del año 2002 afirmaba: “El concepto de ‘libre comercio’ se irguió como un principio moral aún antes que se convirtiera en un pilar de la economía” (ESN, 2002: 18).

¹¹⁹ CASA BLANCA (2005). Declaración sobre las felicitaciones del Presidente al Presidente egipcio Mubarak en la elección, (10/09/2005). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

Las primeras elecciones multipartidarias y directas que se llevaron a cabo en Egipto en septiembre de 2005 y en las que Mubarak resultó claro ganador, sumaron críticas desde el proceso que las habilitó hasta el resultado que produjeron. En cuanto al proceso, la enmienda del artículo 76 de la Constitución que las permitió y que imponía las reglas para la nominación de candidatos fue refrendada el 25 de mayo de 2005 con una escasa y discutida participación popular (entre 15 y 20%, según analistas no gubernamentales, más del 50% de la población, según analistas gubernamentales –Sullivan y Jones, 2008–). La enmienda fue, de todas formas, aprobada, lo que generó fuertes reacciones en la población, pues la ley imponía difíciles obstáculos para aquellos que se quisieran presentar como candidatos. En efecto, sólo los que estaban oficialmente aprobados podían participar. Esta aprobación requería reunir 250 firmas de parlamentarios en ejercicio, controlados por el PND de Mubarak. Asimismo, sólo permitía participar a los partidos políticos que ocuparan al momento de la elección por lo menos el 5% de los asientos del Parlamento, lo cual restringía en mucho, en un país cuyo gobierno aplastaba sistemáticamente a la oposición, la posibilidad de participación de candidatos opositores. La HM, por otra parte, siendo un partido religioso, estaba prohibida por el artículo 5 de la Constitución egipcia promulgada en 1971. La reforma constitucional que tuvo lugar en el año 2007, por otra parte, dificultaba aún más la formación de un partido político por parte de la HM, pues no sólo prohibía la existencia de partidos políticos religiosos, sino que prohibía toda actividad política en un marco o con referencia a lo religioso. En lo que a los resultados respecta, el Poder Judicial (la única rama de gobierno egipcio relativamente independiente del Ejecutivo) acusó al gobierno de fraude y mala conducta, razón por la cual los dos jueces que sostuvieron dicha acusación fueron llevados ante un tribunal disciplinario. Esto explica el altísimo porcentaje de votos obtenidos por Mubarak (quien ocupó el segundo lugar, Aymar Nour –más tarde detenido–, obtuvo tan sólo el 7,5% de los votos). De esta manera, los cambios en el sistema político egipcio no fueron más que cambios cosméticos. Como paliativo ante la mirada de Estados Unidos, el gobierno de Mubarak llevó a cabo una

profundización de las reformas económicas disminuyendo el déficit fiscal a través de recortes en el gasto público.

Las presiones para la reforma democrática de Egipto, por otra parte, estuvieron explícitamente ligadas a la GGT:

“A lo largo de las décadas pasadas, los radicales han apuntado específicamente a Egipto, Arabia Saudita, y Pakistán y Jordania para tomar el poder allí (...) Estamos alentando a nuestros amigos en Medio Oriente, incluyendo Egipto y Arabia Saudita, para tomar el camino de la reforma, para fortalecer sus propias sociedades en la lucha contra el terror respetando los derechos y elecciones de su propia gente”¹²⁰

Bajo el supuesto que guiaba a la administración Bush de que el terrorismo era un producto de la falta de democracia en la región, evitando dar respuestas a la pregunta acerca de por qué había sido, entonces, Estados Unidos (y particularmente determinados símbolos del poder estadounidense: el World Trade Center, el Pentágono) blanco de los atentados o acerca de por qué los países árabes aliados de Estados Unidos lo eran, la reforma democrática en Egipto aparecía como un interés propio del gobierno de ese país, como el modo que tenía éste de evitar ser derrocado por movimientos terroristas. Se daba, así, un “enmarañamiento discursivo” (Jäger, 2003) entre dos hilos distintos: la cuestión democrática y la GGT.

En efecto, durante este sub-período existieron tres referencias a la existencia de combatientes de procedencia egipcia en Irak, sumados a las filas de los “terroristas” que –se sostenía– se enfrentaban allí al desarrollo democrático (28 de junio de 2005, 24 de agosto de 2005 y 30 de noviembre de 2005). En los siguientes tres años que hemos agrupado en el último período, sólo hubo una única referencia a este respecto (31 de agosto de 2006), y con anterioridad al año 2005 no existió ninguna. Sostenemos que el discurso no es inocente: tal como postula Van Dijk, “(l)a opción de expresar una información o dejarla implícita no

¹²⁰ CASA BLANCA (2005). El Presidente discute la Guerra contra el Terror en la Fundación Nacional para la Democracia (NED, por sus siglas en inglés), (06/10/2005). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra. Repetido el 25/10/2005, 28/10/2005, 11/11/2005 y 14/11/2005.

es neutral" (2008: 60). No es que los combatientes egipcios en Irak hayan disminuido súbitamente a partir del año 2006, no es que no hayan existido con anterioridad al año 2005, la emergencia discursiva de dicho dato da cuenta de cierta lectura que se hizo de la realidad y a partir de la cual y gracias a la cual pudieron llevarse a cabo las políticas particulares. La emergencia discursiva de dicho dato y la presión hacia las reformas democráticas en Egipto confluyeron en un único objetivo.

Cuarto período: la "amenaza islámica" y la disminución de las presiones.

Sin embargo, el discurso bushiano estuvo atravesado por una nueva amenaza: la amenaza islámica. Aunque negada al mismo tiempo, la administración Bush estableció una serie sinonímica discursiva que encontraba en el mismo contexto enunciativo los significantes Islam, terrorismo, amenaza. De esta manera, todos los movimientos basados sobre la reivindicación de lo islámico como construcción identitaria autónoma fueron homogeneizados y puestos en el lugar de un otro imposible de asimilar. Movimientos tan disímiles, con bases y objetivos del todo diferentes como ser Hamas, Hezbollah, Al-Qaeda, la HM egipcia, fueron colocados en el mismo espacio del Afuera, siendo expulsados de cualquier posibilidad de jugar un rol político con sus propias bases programáticas.

En este contexto, el año 2006 amaneció con la victoria de Hamas en las elecciones parlamentarias para el gobierno de la ANP. Más allá de que fue el propio gobierno de Bush el que dio el visto bueno a la participación de Hamas en dichas elecciones (financiando, al mismo tiempo, a Al-Fatah de Abbas, apostando a la victoria de éste), esto supuso la emergencia de un poder islámico democrático en los territorios palestinos, más reacio a firmar la paz con Israel y más autónomo con respecto a los deseos de Washington. Los programas de gobierno adoptados por los movimientos islámicos en los distintos países musulmanes, en efecto, en general se basan en un fuerte nacionalismo religioso y un contundente discurso anti-Estados Unidos que es presentado como una fuerza imperialista. De hecho, Hamas se negó a realizar las transformaciones exigidas por Estados Unidos que significaban su desaparición como fuerza resistente.

La victoria del movimiento islámico nacionalista palestino y su negativa a actuar según los parámetros propuestos por Washington actualizó la construcción del Islam político como amenaza. Y ésta repercutió en el territorio egipcio donde la HM era la principal fuerza de oposición al gobierno de Mubarak. En efecto, las presiones de la administración Bush para que Egipto abriera el juego político a los partidos democráticos opositores dieron lugar también en el año 2005 (en el mes de noviembre) a elecciones para la Asamblea del Pueblo, una de las dos cámaras del Parlamento egipcio. Estas elecciones se dieron en tres fases. Pese a la prohibición de actuar en tanto partido, y gracias a ciertas libertades autorizadas durante la campaña que permitieron a los candidatos de la Hermandad presentarse como tales, la HM obtuvo 88 asientos de 442, 76 de los cuales, en las dos primeras rondas (34 en la primera y 42 en la segunda). En la última vuelta, las fuerzas de seguridad estatales intervinieron con mayor fuerza y la HM no consiguió más que 12 bancas. El número total de asientos no le permitió a esta fuerza llevar a cabo ninguna acción (hacen falta 152 votos para frenar una reforma constitucional, 227 para votar una ley y 303 para iniciar una reforma constitucional), pero sí permitió al gobierno de Mubarak agitar frente a su par norteamericano el fantasma verde. En efecto, según algunos analistas, Mubarak permitió que la HM hiciera campaña de un modo relativamente libre para mostrarle a Washington que la decisión a tomar era seguir apoyando a su gobierno o enfrentar la realidad de un gobierno islámico en Egipto (Jackson, 2005).

Ante la contundencia de los hechos en Egipto a los que unos meses más tarde se sumarían las elecciones para la ANP, Washington optó por lo primero y las referencias a la necesidad de democratización en el país árabe disminuyeron ostensiblemente en el año 2006: de 22 el año anterior nos encontramos este año solamente con 5 referencias. Aún más: la administración respondió con un silencio estrepitoso a la continuación de la Ley de Emergencia por dos años que se dispuso en abril de 2006. La Ley de Emergencia, reinante en Egipto desde 1967 (con un lapso de invalidez entre 1980 y el asesinato de Sadat en 1981), era un pilar fundamental para el mantenimiento de Mubarak en el poder pues suspende

los derechos fijados por la Constitución, dándole un poder absoluto al gobierno que actuaba en nombre de la seguridad interna. En efecto, ésta supone la imposición de un estado de excepción en el territorio egipcio que le permite realizar arrestos y detenciones arbitrarias en nombre del contraterrorismo. Entre las reformas a la Constitución que se realizaron en el año 2007, la enmienda al artículo 179 constituyó la constitucionalización del régimen de la Ley de Emergencia. En efecto, luego de la reforma, este artículo no sólo constitucionalizó las cortes militares para los civiles, sino que también postuló que, ante casos de terrorismo, las protecciones contra arresto indiscriminado, requisas de casas sin garantía y violación de la privacidad –todas protecciones constitucionales– pueden ser no tenidas en cuenta.

Lo que llevó a la administración Bush a privilegiar su relación con Egipto en detrimento de la instauración de una democracia plena en el país árabe fue el hecho de que la HM, posible ganadora de llevarse a cabo elecciones sin fraude, tiene un programa distinto a aquél de Mubarak en lo que respecta a la política nacional y regional. La popularidad de la HM, que no sólo goza del apoyo de las clases populares, sino también de la clase media egipcia, encuentra sus bases, como muchos de los movimientos islámicos de Medio Oriente (Hamas, Hezbollah), en que, luego de la retirada del Estado, ha remplazado a éste en la provisión de servicios sociales básicos. En buena parte de los países de la región, y sobre todo en aquellos más cercanos a Estados Unidos (que en líneas generales ha trocado la ayuda prestada por la apertura de los mercados meso-orientales a la inversión de las empresas norteamericanas), ya sea debido a la aplicación de políticas neoliberales o simplemente porque la estructura distributiva responde más a lazos clientelares y tribales, el Estado ha dejado de proveer servicios sociales básicos y es allí donde los movimientos islámicos reclutan un mayor apoyo. Es esto lo que, efectivamente, lleva al éxito de estos movimientos al instaurarse un sistema democrático.

Es por esto también que muchos de estos movimientos apoyan tal sistema. Es el caso de la HM que, habiendo depuesto las armas en la década de 1970, en el año 2004 publicó una declaración de 50 páginas apoyando las elecciones, la

reforma y la no-violencia. Esto no quitó la sospecha que pesa sobre dicho movimiento islámico. En efecto, la HM fue puesta bajo la lupa al ser homogeneizada con movimientos como Al-Qaeda. Esta homogeneización en algunos casos se hizo de forma directa, pero, en otros, de modos más sutiles como ser a través de la constante referencia a los orígenes compartidos entre la HM y Al-Qaeda en la persona de Sayyid Qutb, ideólogo de la HM y compañero de Nasser en la planificación y efectucción de la Revolución de 1952.

Los distintos analistas coinciden en afirmar que un gobierno islámico en Egipto llevaría a que Estados Unidos perdiera un pilar fundamental en su política exterior en Medio Oriente (Jordan y Pauly, 2007; Sharp, 2006; Sullivan y Jones, 2008). En efecto, estos movimientos se presentan como opuestos a aspectos clave de la política exterior de Estados Unidos en la región, tales como su política hacia Israel, la ocupación de Irak y la fuerte presencia militar en el Golfo Pérsico; de esta manera, también saben granjearse el apoyo popular. La cuestión israelí es de fundamental importancia aquí. Recordemos que el eje principal por el que pasan las relaciones estadounidense-egipcias es el hecho de que Egipto fue el primer país árabe en firmar la paz con su vecino sionista. Recordemos que este hecho engendró un punto de unión en los intereses de ambos países y que, a partir de entonces, Egipto se convirtió en un moderador muy codiciado entre palestinos e israelíes y, cuando fue necesario, entre las propias facciones palestinas. Recordemos, también, que este rol fundamental de Egipto en mantener cierta estabilidad regional en ese aspecto quedó evidenciado con el hecho de que, a partir de la firma de aquella paz, las guerras entre países árabes e Israel se terminaron. A este respecto, la HM se presenta contraria a tal política, apoyando la continuidad de la resistencia (armada y no armada) a la ocupación de los territorios palestinos. Aún más, si bien condena los atentados terroristas a los centros turísticos en la Península del Sinaí egipcia, no hace lo mismo con los atentados en territorio israelí. "De acuerdo al líder de la HM Akef, 'Israel es un ocupante, y es el derecho del pueblo del país resistir a la ocupación con todos los medios'" (Sharp, 2006: 19-20).

El apoyo de la administración al gobierno de Mubarak, más allá de la retórica democratizante, estuvo plasmado en un viaje secreto que Gamal Mubarak, hijo del Presidente egipcio, realizó en mayo de 2006 para reunirse con el Vicepresidente estadounidense, Dick Cheney y con el Consejero de Seguridad Nacional, Stephen Hadley, luego de revueltas populares en apoyo a los dos jueces de la Corte Suprema egipcia que habían sido amenazados con acciones disciplinarias después de que denunciaran fraude en las elecciones de 2005. Según el *Washington Post*, el propio Presidente Bush pasó a saludar a Gamal Mubarak y envió saludos a su padre¹²¹.

En este contexto, como dijimos anteriormente, si bien existieron presiones públicas desde la Casa Blanca que demandaban reformas en el sistema político egipcio, la disminución de éstas se notó aún en términos cuantitativos. Es importante resaltar en este último aspecto que dos de las cinco referencias a la reforma política se hicieron en documentos conjuntos con la UE (21 de junio de 2006 y 30 de abril de 2007), momentos en los que la posición de Washington aparecía más endurecida. Por otra parte, de las tres restantes, una de las referencias constituyó una que abarcaba también a varios países de la región (Arabia Saudita, Bahrein, Jordania, Yemen y Egipto, 19 de septiembre 2006). Con respecto a las dos únicas referencias que a lo largo de los tres años y 20 días que abarca este último período se hicieron directa y específicamente a la reforma política de Egipto, éstas fueron exclusivamente dirigidas al gobierno de Egipto y las presentaban como del interés de éste:

“Continuaremos levantando estas cuestiones en los más altos niveles en un esfuerzo para ayudar al gobierno de Egipto a completar las aspiraciones democráticas del pueblo egipcio y lograr los estándares de apertura, transparencia y reforma que el Gobierno se ha propuesto a sí mismo”¹²²

¹²¹ “Mubarak's Son Met With Cheney, Others”, *The Washington Post*, 16/05/2006.

¹²² CASA BLANCA (2007). Declaración sobre el referéndum egipcio, (27/03/2007). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

“Y mi esperanza es que el gobierno egipcio construirá sobre estos pasos importantes, y le dará al pueblo de esta orgullosa nación mayor voz en su futuro. Creo que eso llevará a la paz, y creo que llevará a la justicia”¹²³

Por otra parte, los intereses del gobierno egipcio en las reformas alentadas por la administración Bush estaban estrechamente relacionados con su carácter de víctima real y potencial del terrorismo. Si bien a partir del año 2005 la cuestión democrática obtuvo carácter prioritario y el discurso de la GGT que había inundado los enunciados a partir del 11-S perdió presencia en los dichos de la administración, la necesidad de reforma política en Egipto se presentó como un modo de combatir al terrorismo. La pérdida de peso relativo de la GGT con respecto a la democratización del mundo (y particularmente de Medio Oriente) es evidente en la Estrategia de Seguridad Nacional de marzo de 2006 (ESN 2006) donde la cuestión democrática ocupa el lugar primordial. En efecto, la Introducción a dicha Estrategia comienza señalando la existencia de dos prioridades inescindibles: la protección del pueblo estadounidense y la necesidad de instaurar la libertad y la democracia como condición sine qua non para ello. De esta forma, la necesidad de combatir la amenaza terrorista islámica y la democratización del mundo aparecían de la mano. Es así como también en el caso de Egipto el establecimiento de esta relación inextricable entre democracia y GGT se pondría de manifiesto. Como dijimos, era el gobierno de Egipto el que debería estar interesado en el establecimiento de la democracia, a riesgo de ser derrocado por terroristas:

“El gran pueblo de Egipto ha votado en una elección presidencial multipartidaria y ahora su gobierno debería abrir vías de oposición pacífica que reducirán la atracción del radicalismo”¹²⁴

De esta manera, se buscaba la conjunción de los intereses egipcios y estadounidenses y se intentaba la formación de un universal. Esto quedó

¹²³ CASA BLANCA (2008). George W. Bush, El Presidente Bush se reúne con el Presidente Hosni Mubarak de Egipto, (16/01/2008). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

¹²⁴ CASA BLANCA (2006). George W. Bush, Estado de la Unión, (31/01/2006). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

plasmado en el reconocimiento (una vez más) de las particularidades sobre el que éste se construiría:

“Pienso que Egipto (...) tiene una oportunidad de ser uno de los líderes del movimiento de la libertad en Medio Oriente. Reconozco que no todos van a abrazar este concepto de democracia y libertad tan fuertemente como me gustaría”¹²⁵

“Pienso que vimos mucho de ese progreso en 2005 y principios de 2006. Lo vimos en Egipto, por ejemplo (...) Creo que es justo decir que este progreso no ha continuado del modo que hubiésemos esperado. Ha habido algunas fuentes de preocupación. Creo que la elección de Hamas en las elecciones palestinas detuvo a algunos países (...) Dijimos desde el principio que esto iba a ir al paso que reflejaba la historia y cultura de los países, y que tomaría una forma que reflejara la historia y cultura de los países; no podría ser impuesto”¹²⁶

“Pregunta: ¿Entonces cómo percibiría el estado de la democracia en Egipto?”

Presidente: Diría idas y venidas; buenas noticias y malas noticias. En otras palabras, ha habido algunos momentos en los que parecía que Egipto continuaría liderando Medio Oriente en el movimiento de la democracia, y ha habido algunos retrocesos. Pero supongo que sólo refleja la naturaleza de la administración (...) por un lado, su deseo de democracia, por otro lado, sus preocupaciones acerca de distintos movimientos”¹²⁷

Esta última cita es de fundamental importancia, pues es fuertemente representativa de la construcción que se hizo de Egipto y su gobierno. En este caso, en el discurso, la vocación democratizante del gobierno no-democrático aparecía obstaculizada por los movimientos islámicos opositores. Al igual que en otros casos, como ser el de Irak, el de Afganistán y el de los territorios palestinos ocupados, la demanda democrática que se le atribuía al pueblo aparecía obstaculizada por los distintos y variados movimientos islámicos, colocando en un mismo espacio, como dijéramos más arriba, a movimientos del todo distintos: Hamas, Hezbollah, HM, Al-Qaeda, por nombrar sólo algunos. En efecto, estos

¹²⁵ CASA BLANCA (2006). El Presidente discute Irak con Freedom House, (29/03/2006). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

¹²⁶ CASA BLANCA (2008). Resumen del Consejero de Seguridad Nacional Stephen Hadley sobre el próximo viaje del Presidente a Medio Oriente, (03/01/2008). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

¹²⁷ CASA BLANCA (2008). Entrevista al Presidente por Mona Shazli, Dream TV, Egipto, (12/05/2008). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

últimos fueron acusados de cumplir el rol de fuerzas oscurantistas que se oponían al triunfo de la libertad. En este sentido, pese a su carácter no-democrático, el gobierno de Mubarak y el propio Presidente continuaron siendo considerados “amigos”. Esta caracterización fue posible precisamente porque se los construyó no como encontrándose del lado del enemigo, sino como teniendo una vocación democratizante, truncada por la presencia del peligro extremista.

“la amistad con los líderes hace más fácil tener una discusión franca y cándida de un modo que no ofenda (...) Me da la oportunidad de compartir (...) ideas sobre (...) por qué creo que darle a la gente voz en los asuntos de su gobierno está en los intereses de sus gobiernos. Lo mismo con mi amigo el Presidente Mubarak de Egipto (...) y, de hecho, los egipcios tuvieron una elección presidencial que fue bastante moderna y diferente”¹²⁸

“Creo que la idea de darle a la gente una oportunidad para votar y una oportunidad para participar libremente en la sociedad es un valor universal. Trato de balancear, por un lado, mis creencias y, por otro lado, una amistad con el gobierno y una amistad con el Presidente Mubarak”¹²⁹

La razón para que se llevara a cabo dicha construcción radica en que, frente a lo que sostenía la administración, intereses y valores chocaron, primando los primeros por sobre los segundos. En este sentido, durante este período se sacó a relucir el carácter fundamental que para la administración tenía la alianza política con Egipto. De esta manera, Egipto fue caracterizado como un “socio valioso”¹³⁰, como un “aliado clave”¹³¹:

“Estados Unidos tiene una amistad desde hace mucho tiempo con Egipto. Es importante que el pueblo de Egipto comprenda que nuestra nación los respeta, respeta su [your] historia, respeta sus [your] tradiciones, respeta su [your] cultura. Nuestra amistad es fuerte. Es (...) uno de

¹²⁸ CASA BLANCA (2007). El Presidente Bush visita East Grand Rapids, discute la Guerra contra el Terror, (20/04/2007). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra. (Nótese, por otra parte, el *orientalismo* que atraviesa este fragmento discursivo donde la noción de modernidad se presenta con carácter valorativo, siendo el Presidente de Estados Unidos aquel capaz de juzgarla).

¹²⁹ CASA BLANCA (2008). Entrevista al Presidente por Mona Shazli, Dream TV, Egipto, (12/05/2008). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

¹³⁰ CASA BLANCA (2007). El Presidente Bush visita Praga, la República Checa, diserta sobre la libertad, (05/06/2007). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

¹³¹ CASA BLANCA (2008). Mensaje radial del Presidente, (05/01/2008). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

los pilares más importantes de nuestra política en la región y está basada en nuestro compromiso compartido por la paz, la seguridad y la prosperidad”¹³²

Este último enunciado es relevante pues toca varios puntos que hemos resaltado de la política hegemónica. Por un lado, el respeto hacia el otro como particularidad, aquello que definíamos en capítulos anteriores como otredad asimilable. Por otro lado, el reconocimiento de la propia particularidad, no solamente por la aparición en el fragmento seleccionado del significativo Estados Unidos, sino también por el reconocimiento de intereses del país norteamericano en su relación con Egipto. Finalmente, la construcción de un universal basado en intereses compartidos. Es importante resaltar con respecto a este último punto la ausencia de referencias específicas en este contexto enunciativo a la cuestión democrática. En efecto, en este período los intereses explícitos de Estados Unidos en la región al nombrar a Egipto y a otros países meso-orientales ya no contemplaban esta última cuestión:

“Visitaré cinco de los aliados clave de América en el mundo árabe: Kuwait, Bahreín, los Emiratos Árabes Unidos, Arabia Saudita, y Egipto. Agradeceré a los líderes de estos países por su amistad. Los instaré a apoyar fuertemente las negociaciones entre israelíes y palestinos. Discutiré la importancia de contrarrestar las ambiciones agresivas de Irán. Y les aseguraré que el compromiso de América con la seguridad de nuestros amigos en la región es fuerte y duradero”¹³³

Aparecían aquí explicitados los intereses de Estados Unidos en mantener la relación con sus aliados árabes de la región. A la estabilidad regional, mantenida a través de la búsqueda de la neutralización del conflicto árabe-israelí, se sumaba la necesidad de asegurar a los regímenes aliados de posibles amenazas “extremistas” y/o terroristas, alimentadas éstas también por el creciente peligro de un Irán gobernado desde mediados de 2005 –momento en el que triunfa en las elecciones Mahmoud Ahmadinejad- por sectores opuestos a la política de Estados

¹³² CASA BLANCA (2008). George W. Bush, El Presidente Bush se reúne con el Presidente Mubarak, (16/01/2008). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

¹³³ CASA BLANCA (2008). Mensaje radial del Presidente, (05/01/2008). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

Unidos en la región. Por otra parte, pese al cambio hacia una política de contrainsurgencia que supuso el nombramiento del General David Petraeus (experto en este tipo de táctica) al frente de la Fuerza Multinacional de Irak, el país mesopotámico estaba lejos de ser armonizado. El apoyo de los aliados árabes de Estados Unidos a su estabilización se hacía, por lo tanto, imprescindible. Todos estos factores jugaron en el sentido de sostener cierta estabilidad en los países no desestabilizados. Es así como la cuestión democrática quedó relegada a un espacio de desavenencias entre Washington y El Cairo, encontrándose lejos de conformarse como un eje articulador de la política estadounidense hacia dicho país. La estabilidad de la relación y, por tanto, del régimen y los intereses de Estados Unidos fueron, de esta manera, privilegiados:

“la relación egipcio-estadounidense es una parte muy importante de nuestra política exterior en Medio Oriente. Y, por lo tanto, nuestra relación es fuerte y buena. Hemos tenido nuestras diferencias, con respecto a las elecciones, por ejemplo. Pero, aún así (...) yo diría que la relación es muy sólida y muy importante”¹³⁴

Egipto como otredad entre otredades: el caso de Israel.

Hemos sostenido en anteriores capítulos que la incorporación de las otredades asimilables es una de carácter jerárquico. Hemos graficado esta última observación a través de un esquema de círculos concéntricos en cuyo núcleo se encontraría la identidad hegemónica; las otredades asimilables, por su parte, estarían ubicadas en los distintos círculos que las convertirían en ciudadanas del mundo de primera, segunda, tercera o x categoría, según su mayor o menor cercanía al núcleo. Es esto lo que, por otra parte, nos ha permitido afirmar que toda política hegemónica supone una relación de poder en la que los beneficios de ésta son distintos de acuerdo al lugar que se ocupa en la política internacional. De esta manera, hemos sostenido que, en tanto Estados Unidos obtiene de su política hegemónica con Egipto beneficios estructurales que le permiten conservar su posición dominante en el plano regional y mundial, Egipto sólo obtiene beneficios

¹³⁴ CASA BLANCA (2008). Entrevista al Presidente por Mona Shazli, Dream TV, Egipto, (12/05/2008). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

coyunturales que, sin embargo, reproducen su dependencia con respecto a la potencia norteamericana.

La diferencia de la política estadounidense en el tratamiento a un aliado como Egipto y a otro como Israel da cuenta de esta jerarquía en las otredades de la que estamos hablando. Partamos del supuesto de que ambas son consideradas aquí como otredades asimilables; sin embargo, sostenemos que Israel se encuentra más cercano al núcleo estadounidense que el país árabe:

“nuestra relación con Israel es única e Israel es una democracia. También espero y creo que el Congreso reconoce que tenemos intereses en el área más allá de Israel, que tenemos buenas relaciones con los saudíes y los jordanos y los egipcios”¹³⁵

Consideramos que la diferencia entre una relación “única” y una “buena relación” habla por sí misma. El espacio distinto que Israel y Egipto ocuparon y ocupan en la totalidad configurada por Estados Unidos también tuvo su correlato en las políticas de Estados Unidos hacia uno y otro. Para citar sólo algunos ejemplos, el mantenimiento de una relación de 3 a 2 en la ayuda militar otorgada a ambos países con el objetivo de conservar una brecha infranqueable en la capacidad estratégica y tecnológica entre ellos, se profundizó aún más con el aumento en la ayuda militar que fue otorgado a Israel¹³⁶ pero que no tuvo una contrapartida en la ayuda a Egipto. Como dijimos, la relación de 3 a 2 entre la ayuda otorgada por Estados Unidos a Israel y aquella otorgada a Egipto se refiere tanto al ámbito militar como al económico. En este sentido, al conservarse en el último ámbito (recordemos que la disminución en la ayuda económica afectó a ambos países por igual), pero trastocarse en el primero, la brecha que separa al país árabe del Estado sionista se profundizó, transformándose la histórica proporción. En efecto, según un informe del Servicio de Investigación del Congreso de Estados Unidos, mientras Egipto recibe menos de 2000 millones de

¹³⁵ CASA BLANCA (2002). El Presidente discute nuevos números económicos y Medio Oriente, (26/04/2002). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

¹³⁶ El incremento se institucionalizó en julio de 2007 cuando la administración Bush firmó un “Memorándum de Entendimiento” con Israel a través del cual se comprometía a aumentar la asistencia estadounidense militar al Estado sionista de 2.400 millones de dólares en el año fiscal 2008 a 3000 millones de dólares en el año fiscal 2018.

dólares anuales en forma de subsidios económicos y ayuda militar, Israel recibe alrededor de 4500 millones (Sharp, 2010).

Por otra parte, en tanto vocero de los intereses árabes, Egipto elevó quejas en repetidas oportunidades con respecto a la diferencia de tratamiento con respecto a palestinos e israelíes en las negociaciones de paz que la administración Bush intentó llevar a cabo frustradamente. En efecto, mientras las exigencias a los palestinos se hacían en términos duros, las recomendaciones a Israel tenían un carácter por completo distinto.

A lo largo del presente capítulo hemos emprendido el análisis de la política exterior de la administración Bush hacia Egipto centrándonos en su carácter hegemónico y en los modos de construcción de la identidad y de la otredad que sirvieron a fin de establecer una política de consenso que conservara la alianza entre Washington y El Cairo en el marco de la GGT y la política que la acompañó. De esta manera, hemos hecho hincapié en los intereses comunes compartidos, sosteniendo que el reconocimiento de estos y, por tanto, el reconocimiento de las particularidades propias y ajenas, es una condición de posibilidad para el establecimiento de políticas hegemónicas. Hemos repasado, asimismo, mediante el análisis de los discursos, el modo en el que fue construido el gobierno de Mubarak y él mismo como otredad asimilable. De este modo, hemos puesto de relieve la selección de rasgos que se han destacado y aquellos que se han invisibilizado al hacerse referencia a los significantes "Egipto" y/o "Mubarak", siguiendo sus emergencias y hundimientos de acuerdo a los intereses nacionales en juego en cada uno de los períodos que hemos identificado. Asimismo, buscamos resaltar el carácter de inclusión jerarquizada de Egipto a la totalidad configurada por Estados Unidos estableciendo comparaciones con la política de la potencia norteamericana hacia el Estado de Israel. La cuestión de la democratización, por último, tomó aquí un rol fundamental. Esto se debe a que quisimos establecer una comparación entre los modos en que esta universalidad fue tratada en el caso de Egipto donde –como dijimos– fue requerida y en el caso que analizaremos a continuación –Irak– donde ésta fue impuesta.

Capítulo 5
BUSH EN IRAK:
ANÁLISIS DISCURSIVO DE UNA POLÍTICA IMPERIALISTA

I

La universalización de valores particulares

La imposición como continuidad de la política exterior estadounidense.
Construcción de la identidad y de la otredad: racismo e imperialismo.

Pese a la demonización de la administración de George W. Bush, desde aquí sostenemos que ésta se ha constituido como una continuidad en la política exterior de Estados Unidos hacia la región de Medio Oriente. En efecto, como vimos en el capítulo anterior, en el caso de Egipto privilegió los intereses nacionales antes que los valores postulados como universales. En el caso de Irak, por tratarse de una política imperialista, los intereses particulares de Washington no emergieron más que aisladamente en el discurso de la administración. En cambio, se irguió con toda su fuerza el discurso de la democratización. Este discurso y esta política estarían sustentados sobre un fuerte racismo cultural que plantearía la necesidad y universalidad de la democracia liberal. De esta manera, Irak fue víctima de una nueva imposición sobre territorio meso-oriental. Ya no se trataba, sin embargo, de apoyar golpes de estado o gobiernos autoritarios. La causa, se sostenía, tenía profundos fundamentos morales, pues se trataba de liberar a un país del yugo de “el más peligroso régimen en la región más peligrosa del mundo”¹³⁷, de “uno de los más brutales dictadores de la historia del mundo”¹³⁸. Una vez más, los fundamentos que subyacían a tal empresa estaban ligados a la idea de la superioridad del sistema político vigente en Estados Unidos,

¹³⁷ CASA BLANCA (2004), La Dra. Condoleezza Rice discute la Guerra contra el Terror en ‘60 Minutos’ (28/03/2004). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

¹³⁸ CASA BLANCA (2003), El Presidente Bush, el PM Howard discuten la Operación Libertad Iraquí (03/05/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

sostenido sobre la noción de excepcionalismo estadounidense y sobre una idea de misión del país norteamericano de compartir sus logros con los más relegados.

Esto no puede más que remitirnos a “La carga del hombre blanco” de Rudyard Kipling o a la “mission civilisatrice” francesa. Ambos discursos, que acompañaron las prácticas imperialistas de ultramar de las potencias europeas de fines del siglo XIX, estaban sostenidos sobre el supuesto de que los “otros”, aquellos a los que se conquistaría, necesitaban la ayuda de las potencias para alcanzar los estándares de quienes por entonces formaban parte del “mundo civilizado”. El carácter racista de estos discursos y la teoría de las razas que acompañó estas aventuras, llevarían a muchos teóricos del imperialismo a darle un lugar central al racismo en sus teorías.

Fue esto lo que se puso en práctica aún antes de la invasión a Irak de marzo de 2003 por las fuerzas comandadas por Estados Unidos. La política imperialista que hacia ese país se llevó a cabo estuvo sostenida discursivamente por la construcción de los otros (en un primer momento Saddam Hussein y su “régimen” y, más tarde, los grupos resistentes) como otredades inasimilables, y por la construcción de una identidad que no apareció como tal sino que se presentó como universalidad, dando lugar a la puesta en práctica del discurso racista que, tal como afirma Hanna Arendt, funciona como puente entre el nacionalismo y el imperialismo (1958). Siguiendo la estructura planteada en el capítulo anterior, el presente buscará, en primer lugar, historizar la relación entre Irak y Estados Unidos; en segundo lugar, postular el marco en el que se llevó a cabo la política de la administración Bush hacia el país mesopotámico; y, finalmente, realizar un análisis del discurso de construcción de otredades e identidades que acompañó dicha política, caracterizada como una de corte imperialista. A tal efecto, tendremos en cuenta, una vez más, los indicadores utilizados para la elucidación de dicha noción.

II

Estados Unidos e Irak

Irak antes de Saddam Hussein

El fin de la Primera Guerra Mundial tuvo como una de sus más importantes consecuencias el desmembramiento del Imperio Otomano que hasta entonces gobernaba la región de Medio Oriente y el reparto de sus antiguas tierras entre los vencedores. Es así como en 1920, a través del Protocolo de San Remo, la Sociedad de Naciones le entregó el mandato sobre el territorio que sería llamado Irak a Gran Bretaña. El pueblo que fuera agrupado en estas fronteras se levantó contra esta decisión y fue fuertemente reprimido. En 1921, el gobierno británico colocó a la cabeza del gobierno iraquí al rey Faisal, de la dinastía hachemita. Éste lideraría una monarquía hereditaria de tipo constitucional parlamentario cuya clase política estaría compuesta por grandes terratenientes que la potencia ocupante había contribuido a crear otorgando títulos de propiedad de la tierra. A pesar de constituir una minoría en el territorio, los británicos optaron por entregarle el poder a los sunnitas. Esto generó un profundo sentimiento anti-británico que la potencia europea buscó contrarrestar otorgando la independencia a los iraquíes, al igual que había sucedido unos años antes en Egipto. De esta forma, en 1930, dos años antes de la finalización del mandato británico sobre Irak, se firmó un acuerdo anglo-iraquí que permitía al país mesopotámico acceder a la independencia a cambio de que Gran Bretaña mantuviese bases militares y garantías sobre la explotación del petróleo. Durante los primeros años de la Guerra Fría, Irak sería un aliado fundamental de Occidente. En efecto, en 1955 se sumó al llamado "Pacto de Bagdad", un acuerdo de mutua defensa del que participaron Irak, Pakistán, Turquía, Irán y Gran Bretaña. El Pacto abría las puertas a la participación británica en la defensa de la región en caso de intervención por parte de la URSS.

El contexto de independencias en la región meso-oriental y la pérdida relativa de poder de Gran Bretaña en el mundo, plasmada en la Crisis del Suez de 1956 que convirtió a Nasser en un líder político popular en Medio Oriente, sumado a la formación de la RAU en febrero de 1958, alentó a un grupo de militares que, bajo el nombre de Oficiales Libres y emulando la Revolución egipcia, abolieron la monarquía e instauraron la república en julio de 1958. Washington reconocería prontamente al nuevo gobierno. Al frente de la República iraquí se pondría el

general Qassem, quien estableció alianzas con el Partido Comunista Iraquí (PCI), enfrentándose a la facción pronasserista que incluía al Partido Ba´az. Este último, de carácter nacionalista, había sido fundado en 1947 y tenía mayor incidencia en la política siria.

Las luchas internas entre ambas líneas al interior del gobierno de Qassem se profundizarían hasta tal punto que, en 1963, un golpe de estado, organizado por los baazistas, con ayuda de Egipto y la CIA, derrocaría al entonces jefe de Estado iraquí. Al frente del nuevo gobierno sería colocado Abdul Aref y su gobierno sería prontamente reconocido por la administración Kennedy. El rol jugado por la CIA en este movimiento debe ser ubicado exclusivamente en el contexto de la Guerra Fría y lo que significaba en aquel momento un Irak con fuerte presencia del Partido Comunista. A esto se agregó que durante el año 1961 Qassem estuvo amenazando con nacionalizar la Iraq Petroleum Company (IPC), un consorcio anglo-estadounidense que manejaba el petróleo de Irak.

Aref vio en el baazismo una amenaza y, apoyándose en los nasseristas, marginó al Ba´az. Una vez más, esta disputa interna sería resuelta a través de un nuevo golpe de Estado en julio de 1968 que, en este caso, llevaría al poder al Partido Ba´az, bajo la jefatura de Ahmed Hassan al-Bakr. Este período estaría caracterizado por un acercamiento de Irak a la URSS. En efecto, luego de la guerra árabe-israelí de 1967, Irak, al igual que otros países árabes, rompió lazos diplomáticos con Estados Unidos. Entre 1970 y 1973, el gobierno baazista nacionalizaría el petróleo y profundizaría la reforma agraria comenzada por el gobierno de Qassem.

La firma de un acuerdo de amistad y cooperación con la República soviética en 1972 le dio impulso y respaldo para nacionalizar la IPC. Las nacionalizaciones, unidas al aumento de la producción de crudo y al aumento de su precio en 1973, aumentaron los ingresos fiscales, lo que permitió al Ba´az mantener un generoso Estado distributivo a través del cual buscó crearse una base social. Otra de las políticas llevadas a cabo por el gobierno baazista fue la incentivación de un proceso de desarrollo industrial, centrado en la producción de bienes intermedios que, sin embargo, mantuvo la dependencia tecnológica del exterior. Todas estas

políticas sociales y de desarrollo no estuvieron exentas de prácticas clientelistas. La existencia de una política mixta en la que el Estado tenía un fuerte control sobre la economía, pero en la cual se recurrió también a empresas multinacionales, hizo que Estados Unidos, en un momento complicado de su relación con la mayoría de los países de Medio Oriente, no hiciera del gobierno de al-Bakr un enemigo. En efecto, Irak se convirtió, luego de Arabia Saudita, en el segundo mercado más importante de Medio Oriente para Europa, Estados Unidos y Japón. Asimismo, la mayor parte de las exportaciones iraquíes (básicamente petróleo) fueron dirigidas hacia Occidente. Por otra parte, la nacionalización de la IPC se dio en el marco de una negociación propuesta por el gobierno iraquí. De esta manera, al-Bakr y sus compañeros fueron construidos como “inteligentes y sistemáticos, radicales en su enfoque a ciertos problemas pero no irracionales” (Little, 2008: 205).

La llegada de Saddam Hussein al poder.

La Guerra Irán-Irak y el rol jugado por Estados Unidos.

La invasión de Kuwait y la respuesta estadounidense.

En julio de 1979, alegando cuestiones de salud, Hassan al-Bakr renunció a su cargo y fue sucedido por su vice-presidente, Saddam Hussein. Fue éste el primer jefe de gobierno civil en un Estado en el que las fuerzas armadas cumplen un rol preponderante pues funcionan como institución de cohesión (Martín Muñoz, 2003). Por esta razón, y teniendo como antecedente los sucesivos golpes militares que aquejaron al país, el gobierno de Saddam Hussein buscaría mantenerlas ocupadas en guerras en el extranjero. Asimismo, buscaría darle legitimidad a su gobierno a través de la convocatoria a las primeras elecciones legislativas y la creación del parlamento (Asamblea Nacional Iraquí). Seis semanas después de su creación, Saddam Hussein le comunicaría su intención de derogar el acuerdo sobre la región de Shatt al-Arab firmado con Irán en Argel en 1975, a cambio del cual Irak logró que el país persa dejara de apoyar a la guerrilla kurda nacionalista que actuaba en el norte del país mesopotámico.

Si diez años más tarde la violación de un territorio soberano serviría como justificación para la primera intervención militar armada de Estados Unidos en Medio Oriente, avalada por la ONU, la invasión por parte de Irak en 1980 de territorio iraní contó con la complacencia internacional y no fue condenada por dicho organismo. En esta oportunidad, la recientemente fundada República Islámica aparecía como el enemigo a vencer. En efecto, la revolución iraní había ocasionado que Estados Unidos perdiera al Sha Reza Pahlevi como su gendarme regional. Comenzó, entonces, una estrecha y compleja relación entre Irak y Occidente. En el marco de esta guerra, las potencias occidentales proporcionarían al Irak de Saddam Hussein el arsenal convencional y no convencional que, años más tarde, estaría en el centro de las acusaciones estadounidenses.

Irak se convirtió, así, en el instrumento crucial para bloquear y posiblemente revertir la marcha del Islam revolucionario y su Presidente encontró múltiples apoyos internacionales. De hecho, la guerra Irán-Irak desbordó las reglas de la Guerra Fría, rompió la dualidad este/oeste y permitió a Saddam Hussein conservar su alianza con la URSS y, al mismo tiempo, desarrollar estrechísimas relaciones con Occidente. En efecto, aún cuando las políticas represivas del régimen terminaban en políticas de limpieza étnica, las acciones del líder iraquí no eran repudiadas por “la comunidad internacional”. Así, cuando el 16 de marzo de 1988 el régimen produjo una matanza de kurdos en Halabja, este movimiento no fue repudiado. Tal como afirma Ignacio Ramonet, “(p)or entonces era generalmente aceptado que estos civiles habían muerto como consecuencia de un error de manejo del gas de combate” (2005: 52).

El enfrentamiento comenzó a mediados de septiembre de 1980, cuando Irak ingresó en territorio iraní, confiado en que el desorden político reinante en la reciente instaurada República Islámica resultaría en una fácil victoria. Si bien siguiendo la Resolución 479 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas (CSNU) que llamaba a todos los países a mantenerse al margen del conflicto para no intensificarlo, Washington se declaró neutral al respecto, a mediados de 1982 evaluó que Irak se encontraba a la defensiva y comenzó a apoyarlo. El apoyo de la administración Reagan a Bagdad encuentra su explicación no sólo en la

necesidad de debilitar al Irán revolucionario, sino en la necesidad de garantizar el flujo de petróleo desde el país mesopotámico, cortado por los lazos de Irán con Siria, por donde pasaba el oleoducto que distribuía el crudo iraquí.

Ya en febrero de dicho año, la administración Reagan había decidido sacar al Irak de Saddam Hussein de su lista de Estados que apoyaban al terrorismo. En efecto, la participación de Irak en la prolongada guerra tuvo el apoyo armamentístico y financiero de los Estados del Golfo y de Washington que también brindó a Irak valiosísima información satelital de las posiciones e iniciativas militares iraníes. En noviembre de 1984, Estados Unidos restableció las relaciones con Irak, rotas en 1967. Antes de eso, en diciembre de 1983 y en marzo de 1984, Donald Rumsfeld, entonces enviado presidencial a la región, había realizado una gira regional que también había incluido la visita a Bagdad en donde se había reunido con Saddam Hussein y su ministro de Relaciones Exteriores, Tariq Aziz. Por ese entonces, la administración Reagan repudiaba las acciones del gobierno revolucionario iraní hacia su vecino Irak:

“Estados Unidos encuentra el rechazo intransigente del presente régimen iraní de apartarse de su objetivo declarado de eliminar al legítimo gobierno del vecino Irak, inconsistente con las normas de conducta aceptadas entre las naciones y con las bases morales y religiosas que reivindica”¹³⁹

Asimismo, más allá del conocimiento del uso de armas químicas por parte de Irak en el conflicto y su continuada y oficial posición neutral al respecto, el Departamento de Estado de la administración Reagan se declaró “interesado en estar envuelto en un diálogo más cercano con Irak”¹⁴⁰. Del mismo modo, la administración se esforzó por detener el pedido hecho por Irán a las Naciones Unidas de expresarse mediante una resolución condenando el uso de armas químicas por parte del país mesopotámico. Irán sólo consiguió una declaración de

¹³⁹ OFICINA DEL SECRETARIO DE PRENSA, CASA BLANCA (1984), Documento secreto desclasificado el 15/06/1994. (Online), consultado en agosto 2010, <http://www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB82/iraq43.pdf>. La traducción es nuestra, el subrayado también.

¹⁴⁰ DEPARTAMENTO DE ESTADO (1984), Resumen de prensa. (Online), consultado en agosto 2010, <http://www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB82/iraq52.pdf>. La traducción es nuestra.

la Presidencia del CSNU en donde se condenaba el uso de armas químicas en general, sin hacer particular referencia a Irak.

La política de la administración Reagan en esta guerra estuvo también marcada por lo que se conoció como el Irangate. Éste consistió en varios movimientos realizados por la administración. En efecto, al tiempo que oficialmente apoyaba a Irak, vendía armas a Irán a través de Israel. El dinero de la venta iba a financiar a los “contras” en Nicaragua con el objetivo de derrocar al gobierno del Frente Sandinista de Liberación Nacional, lo que no había sido aprobado por el Congreso norteamericano.

La guerra terminó en agosto de 1988 luego de que en julio un Airbus civil iraní fuese abatido por un navío norteamericano, oficialmente por error, muriendo sus 290 pasajeros. Ante este hecho, Irán aceptó la resolución 598 del CSNU que llamaba a un alto el fuego y que anteriormente había rechazado. El fin de la guerra encontró a un Irak con una deuda de 80 mil millones de dólares y enormes destrozos de su infraestructura.

Al asumir George H. W. Bush al frente de la Presidencia de Estados Unidos, buscó una política que le permitiera mantener buenas relaciones con el gobierno de Saddam Hussein. De esta manera, el 2 de octubre de 1989 firmó la Directiva de Seguridad Nacional 26 (NSD-26) a través de la cual aprobaba dar incentivos a Irak para “moderar” su conducta e incrementar la influencia estadounidense allí. Sin embargo, aquejado por la gran deuda externa y con la urgencia de ocupar un ejército ocioso que había llegado al millón de hombres, y envalentonado por su buena relación con Estados Unidos, Saddam Hussein decidió ocupar Kuwait. Y lo hizo el 2 de agosto de 1990. Esta ocupación debe entenderse, asimismo, en el marco del proyecto nacionalista iraquí y de su búsqueda de la hegemonía en el mundo árabe. La toma de Kuwait permitía a Irak debilitar al Consejo de Cooperación del Golfo, llevar a cabo su proyecto hegemónico y solucionar su crisis político-económica. En efecto, controlando el petróleo kuwaití, Saddam Hussein aumentaría la producción de petróleo del territorio bajo su mando y pasaría a controlar el 20% de la producción mundial de crudo.

La elección de Kuwait para llevar a cabo sus proyectos hegemónicos encuentra su explicación en que, por un lado, era uno de los mayores acreedores de Irak y, por otro lado, en que la pertenencia del territorio de Kuwait a Irak era una reivindicación histórica de los gobiernos iraquíes. En efecto, Kuwait era construido como una porción de tierra arrancada a Irak y dada a la familia Al-Sabah como recompensa por su apoyo a Gran Bretaña, pues durante el período otomano Kuwait había sido parte de la provincia iraquí de Basora. Asimismo, el pequeño Estado del Golfo no sólo se negó a condonar la deuda contraída por Irak en su guerra contra Irán, sino que, rechazando disminuir su producción de petróleo en la OPEP a fin de elevar el precio del crudo y permitir una más rápida recuperación iraquí, produjo más de lo que la cuota le permitía jugando en el sentido contrario. Por otra parte, Irak es un país cercado territorialmente por seis países y su única salida al mar está en un pequeño espacio territorial que se abre al Golfo Pérsico. Por ello Kuwait siempre ha sido una zona de gran relevancia estratégica para este país.

El hecho de que Saddam Hussein hubiera tomado Kuwait no sólo le otorgaba el control sobre el 20% de las reservas mundiales de petróleo, sino que lo ponía muy cerca de Arabia Saudita, lo que implicaba que la situación podía empeorar aún más, desde el punto de vista estadounidense. Por esta razón, el 8 de agosto de 1990, y ante el pedido del rey Fahd, Estados Unidos instaló bases militares en Arabia Saudita, las cuales, tiempo más tarde, se convertirían en uno de los pilares de las reivindicaciones levantadas por Osama bin Laden contra Estados Unidos y el reino saudí¹⁴¹.

La toma de Kuwait por el ejército iraquí se basó en una lectura de la realidad internacional por parte de Saddam Hussein que no tuvo en cuenta el comienzo de la era unipolar con la caída en desgracia de la URSS. Más allá del nuevo contexto internacional, tenía buenas razones para esperar que Estados Unidos no intervendría en su invasión a Kuwait: no sólo ante la misma acción contra Irán unos años antes Estados Unidos no sólo no se había pronunciado en

¹⁴¹ Frente a la amenaza que representaba un Kuwait ocupado por fuerzas iraquíes para Arabia Saudita, Bin Laden abogaba por un plan de defensa nacional, ofreciendo activar los árabes afganos de *Al-Qaeda* contra el ejército iraquí (Baxter y Akbarzadeh, 2008: 128)

contra sino que lo había apoyado, sino que también los dichos de la entonces embajadora estadounidense en Bagdad, April Glaspie, pudieron llevar a que pensara en ese sentido. En efecto, según una transcripción otorgada por el entonces gobierno iraquí a ABC News y publicada por el diario estadounidense The New York Times, la embajadora Glaspie habría dicho a Saddam Hussein:

“no tenemos opinión sobre los conflictos entre árabes, como su desacuerdo fronterizo con Kuwait (...) Yo estuve en la embajada americana en Kuwait durante los 60s. La instrucción que teníamos durante ese período era que no debíamos expresar opinión alguna en este tema y que este tema no está asociado con América. James Baker ha ordenado a nuestro vocero oficial enfatizar esta instrucción (...) Todo lo que esperamos es que estos asuntos sean resueltos rápidamente”¹⁴²

Hay distintas lecturas acerca de por qué Estados Unidos habría decidido recurrir a la guerra cuando, según ciertos analistas, no se habían agotado todas las posibilidades de arreglo pacífico del conflicto (Martín Muñoz, 2003). La justificación que se dio desde Washington estuvo ligada a la defensa de la legalidad internacional y, por lo tanto, de la soberanía. Se postulaba el comienzo de un “nuevo orden mundial” en el que reinaría el Derecho Internacional. Desde el punto de vista de los intereses nacionales de Estados Unidos en juego, puede pensarse que con la guerra se evitaba un desbalance de poder en la región a favor de Irak quien tendría un enorme poder tanto en la OPEP como en el mercado mundial de petróleo. Desde otra perspectiva, y leyendo la historia desde la actualidad, puede pensarse que Estados Unidos aprovechó la guerra contra Irak para lograr la remodelación de Medio Oriente e, indirectamente, la reconfiguración mundial en un sentido que reflejara la novedosa estructura de poder internacional, incluyendo la puesta en escena de su inmensa capacidad militar

El fin de la guerra y la permanencia de Saddam Hussein en el poder

Sin embargo, una vez finalizada la guerra, Saddam Hussein no fue derrocado. Aún más, ante una revuelta contra el régimen en el sur shiíta, cuya

¹⁴² Citado en “Confrontation in the Gulf; Excerpts from Iraqi document on meeting with U.S. envoy”, en *New York Times*, 23 de septiembre de 1990.

represión obtuvo un saldo de 300 mil muertos, el gobierno de Estados Unidos no sólo no se pronunció en contra de la acción del gobierno iraquí, sino que decidió acelerar la finalización de la guerra, el 28 de febrero de 1991, lo que significaba renunciar al plan previsto de destrucción de la Guardia Republicana iraquí. Frente a un Irak debilitado y, por tanto, controlado, la mayor resistencia en Medio Oriente para el despliegue de la hegemonía absoluta estadounidense estaba representada por Irán. Los decisores políticos en Washington temían que un Irak sin Saddam Hussein llevara al poder a la mayoría shiíta iraquí que, desde su perspectiva, se alinearía con la República Islámica.

En este sentido, resultaba más cómodo mantener a Saddam Hussein contenido y preparar con tiempo la nueva alternativa de gobierno. Por ello se decidió mantener a un régimen fácilmente “demonizable”, lo que permitió, asimismo, justificar la situación de aislamiento, despojo e intervención a la que se iba a someter a Irak, con la bendición de la ONU (Martín Muñoz, 2003). A favor de esta lectura, puede citarse el hecho de que entre 1990 y 1992 fueron organizados con ayuda de Estados Unidos distintos movimientos políticos cuyos líderes ocuparían importantes espacios luego de la invasión de 2003. Así, en diciembre de 1990 se formó el Acuerdo Nacional Iraquí (ANI), Partido liderado por el secularista Ayad Allawi quien más tarde sería miembro del Consejo de Gobierno Iraquí y Primer Ministro del Gobierno Interino. En 1992, por otra parte, se formó el Congreso Nacional Iraquí (CNI), cuyo jefe del Consejo Ejecutivo era Ahmed Chalabi, quien también sería miembro del Consejo de Gobierno Iraquí. Ambos grupos opositores tenían sus bases en el norte iraquí, bajo gobierno kurdo y custodiado por las fuerzas estadounidenses y británicas.

Asimismo, según algunos analistas, luego de esta guerra, la presencia de Estados Unidos en Medio Oriente fue alentada por la incapacidad de los Estados árabes de contener a Saddam Hussein sin la asistencia estadounidense. En efecto, la continuación del régimen de Hussein permitió que Estados Unidos se presentara como el protector de la subregión del Golfo Árabe/Pérsico (Baxter y Arbakzadeh, 2008). Efectivamente, las bases militares estadounidenses en Arabia Saudita fueron mantenidas oficialmente hasta abril del año 2003.

Otra de las razones por las cuales la administración Bush (padre) no derrocó a Saddam Hussein, estuvo dada por el entonces Secretario de Estado, James Baker. Según el funcionario, la reticencia al cambio de régimen encuentra su explicación en el temor de la administración de que a partir de la caída del gobierno central, se desataran fuerzas centrifugas que fraccionaran a Irak.

Finalmente, según Scowcroft, existieron tres razones para no hacerlo. Por un lado, la coalición que George H. W. Bush había logrado armar estaba compuesta mayormente por países árabes: el cambio de régimen, según esta perspectiva, ponía en peligro la cohesión de esta coalición. En segundo lugar, según el ex Consejero de Seguridad Nacional, siguiendo el relato oficialista, el mandato de la ONU autorizaba el uso de la fuerza únicamente para la liberación del territorio de Kuwait y la administración Bush buscaba dejar sentadas las bases para enfrentar futuros casos de agresiones a través del Derecho Internacional. En este sentido, coincide con aquello que sosteníamos más arriba acerca de la vocación de la administración de fundar un “nuevo orden mundial” sostenido sobre la legalidad internacional. Por último, si bien consideraban factible el derrocamiento de Saddam Hussein, no estaba claro cómo las tropas estadounidenses saldrían de Irak si esto sucedía (Brzezinski; Scowcroft, 2008). Dejaron, por lo tanto, en el poder a un Saddam Hussein profundamente debilitado que ya no podía funcionar como amenaza.

Irak después de la guerra: el régimen de sanciones

En efecto, terminada la guerra de 1991, Irak quedó bajo un régimen de tutela de control permanente, por un período indeterminado. De esta manera, la ONU fue más allá del objetivo que se había propuesto: que Irak se retirara de Kuwait. En efecto, ésta mantuvo el embargo que había fijado la Resolución 661 de 1990, pensado con el objetivo de forzar la retirada de las tropas iraquíes de territorio kuwaití. El sistema de sanciones que se impuso al país mesopotámico resultó en un desastre humanitario que no funcionó en el sentido de alentar la oposición al régimen, pues el pueblo iraquí responsabilizó por su situación a las sanciones impuestas por el exterior y no a las políticas baazistas (Martín Muñoz,

2003). Entre las consecuencias de las draconianas sanciones impuestas, encontramos el descenso del PBI en más de 80 puntos entre 1989 y 1996, el aumento del desempleo, del delito, de la mortalidad infantil, de la pobreza, etc.

Por otra parte, la soberanía iraquí fue amputada de dos maneras. Por un lado, el CSNU estableció un procedimiento para el pago de reparaciones que afectaba la capacidad de decisión del gobierno iraquí en el campo económico y financiero. En efecto, se creó un fondo de compensación que no sólo determinó el monto de lo que Irak debía pagar a Kuwait y terceros países afectados por la guerra, sino también las modalidades de pago. Por otro lado, Estados Unidos y Gran Bretaña, en un movimiento unilateral, establecieron dos zonas de exclusión aérea (una en el norte, en 1991, y otra en el sur, en 1992) patrulladas por sus fuerzas. Esto les permitió imponer en el norte la autonomía kurda de facto bajo un semi-protectorado garantizado por fuerzas exteriores. Estas zonas de exclusión aérea fueron utilizadas por británicos y estadounidenses para llevar a cabo bombardeos sobre Bagdad y regiones sureñas de Irak.

La serie de denuncias que se acumularon respecto a la pésima situación humanitaria en la que se encontraba el pueblo de Irak, llevó al CSNU a adoptar la resolución 986, el 14 de abril de 1995, a través de la cual se daba comienzo al programa "Petróleo por alimentos". Éste consistía básicamente en permitir al gobierno iraquí la venta de un porcentaje de petróleo para financiar importaciones de comida y otros productos humanitarios esenciales. Lejos de un programa de ayuda humanitaria, aquél estaba financiado por ingresos iraquíes. Por otra parte, el ente encargado del programa dictaba al gobierno de Irak cómo distribuir lo comercializado beneficiando al norte kurdo en detrimento del centro sunnita y del sur shiíta. De esta manera, la ayuda humanitaria terminaba en las mismas manos que recibían la ayuda internacional (la ayuda estadounidense fue dirigida únicamente al norte).

Por lo tanto, la catástrofe humanitaria continuó vigente y, a fines de la década de 1990, el consenso que se había logrado en torno del mantenimiento de las sanciones en la ONU se rompió. Saddam Hussein logró, así, comenzar a quebrar el cerco que se le había impuesto y a salir de su aislamiento regional e

internacional. De esta manera, a partir de 1999, lo que había sido una acción internacional se convirtió en una campaña estadounidense y británica, signada por bombardeos unilaterales sobre territorio iraquí. Es importante tener en cuenta estos antecedentes para escapar de la demonización de una sola administración y colocar la invasión a Irak del año 2003 en un contexto que nos permita entender dicha política no como una política de gobierno, sino como una de Estado. El unilateralismo, por poner sólo un ejemplo de lo que estamos hablando, fue asumido por la administración Clinton en 1993 cuando sostuvo ante la ONU que Estados Unidos “actuará multilateralmente cuando sea posible, pero unilateralmente cuando sea necesario” (citado en Chomsky, 2002: 13). En este sentido, es necesario señalar que existía un acuerdo en las esferas de poder estadounidenses en torno de la necesidad de derrocar a Saddam Hussein. Es cierto, sin embargo, que existían divergencias con respecto a los métodos para lograr dicho objetivo. Básicamente existían dos posiciones contrarias: una planteaba la necesidad de alentar a la oposición interna y la otra era partidaria de la intervención militar. Esta última alternativa encontraría su contexto de desarrollo a partir de los atentados del 11-S.

En efecto, el 31 de octubre de 1998, el Congreso estadounidense aprobó el “Acta de Liberación de Irak”. Esta nueva política venía a cambiar la dirección de la administración en relación al país árabe, pues hasta entonces ésta había estado basada en una de doble contención, anunciada en mayo de 1993 y dirigida tanto a Irak como a Irán. La nueva política de cambio de régimen venía siendo trabajada por el think-tank “Proyecto para el nuevo siglo americano” que bregaba por la intervención militar para derrocar a Saddam Hussein, bajo el supuesto de que las sanciones no estaban cumpliendo dicho objetivo. A través del “Acta de Liberación de Irak”, el gobierno demócrata señalaba distintos momentos en los que se había expresado la peligrosidad del Irak de Saddam Hussein para la seguridad de Estados Unidos, y afirmaba “apoyar esfuerzos para remover al régimen” y “promover la emergencia de un gobierno democrático” en su lugar. Sin embargo, la sección 8 del documento citado señalaba: “Nada en este acta debe ser

interpretado para autorizar o llamar de otro modo al uso de las Fuerzas Armadas estadounidenses para ejecutar este Acta"¹⁴³.

III Bush en Irak

Los primeros días

En este contexto, el 20 de enero de 2001, asumió George W. Bush. Desde un principio, la administración se constituyó como una continuidad con respecto a la anterior: el 16 de febrero de 2001 Bush inauguró su política hacia la región con un bombardeo sobre Irak que fue más allá de la zona de exclusión aérea del sur y alcanzó Bagdad. No era ésta la primera vez que Estados Unidos bombardeaba la capital del país árabe: ya en 1998, durante la llamada "Operación zorro del desierto", la administración Clinton, flanqueada por las tropas británicas, lo había hecho. Por otra parte, la cuestión iraquí se planteó en la primera reunión del Consejo de Seguridad Nacional, el 30 de enero de 2001. En ese momento, Irak era construido –aún con la debilidad que sufría debido a las draconianas sanciones a las que había sido expuesto– como uno de los principales causantes de la inestabilidad en Medio Oriente. Esto, por otra parte, tenía otra consecuencia ligada a quitar prioridad en la agenda de política exterior al conflicto palestino-israelí como foco conflictivo en la región. Aún más, la Casa Blanca comenzó a hablar en febrero del 2001 de posibles relaciones militares entre China e Irak. Finalmente, el 23 de febrero de dicho año, Colin Powell viajó a Medio Oriente para entablar conversaciones con los aliados de la región a fin de evaluar el tipo de política que se podía seguir vis-à-vis Irak, visto que las sanciones no estaban funcionando para obligar al régimen a desarmarse. Los bombardeos a las zonas de exclusión continuaron en agosto de 2001.

Entre el 11-S y la invasión a Irak

¹⁴³ Congreso de Estados Unidos (1998), Acta de liberación de Irak. (Online), consultado en abril 2010, <http://f11.findlaw.com/news.findlaw.com/hdocs/docs/iraq/libact103198.pdf>. La traducción es nuestra.

Como hemos afirmado más arriba, los atentados del 11-S se constituyeron como un acontecimiento sobre todo debido a la respuesta que provocaron. La GGT, decíamos, abrió la totalidad de las fronteras a la posibilidad de intervención estadounidense. De esta manera, Estados Unidos se irguió, en términos schmittianos, como el soberano global, instaurando un estado de excepción de dimensiones mundiales. En efecto, sólo tres días después de los atentados, el Congreso norteamericano aprobó la Resolución 23 por medio de la cual autorizaba al Presidente a usar la fuerza contra aquellas “naciones, organizaciones o personas que él determine que planearon, autorizaron, cometieron o ayudaron a los ataques terroristas o refugiaron a esas organizaciones o personas”¹⁴⁴. De esta manera, el Congreso estadounidense cedía al Presidente la prerrogativa sobre todas las decisiones relativas al establecimiento de la paz y la guerra. Es interesante tener en cuenta esta cesión pues, aún con ella, el Presidente Bush pidió una autorización específica del Congreso para la invasión a Irak, la cual fue concedida por éste en octubre de 2002.

Buena parte de los miembros de la administración George W. Bush pertenecían al colectivo “Proyecto para un siglo americano”. En pocas palabras, este think-tank neoconservador proponía la necesidad de utilizar la colosal fuerza militar estadounidense de modo tal de configurar el mundo de acuerdo a los intereses de Estados Unidos. Apuntaba, fundamentalmente, hacia tres zonas del planeta –Europa, Asia y Medio Oriente– y postulaba la necesidad de la exportación de la libertad económica y política a todo el globo. Como dijimos, Bush asumió con una agenda realista, no-intervencionista y contraria a la idea de construcción de naciones, dominante durante la década del 90 del siglo pasado. Fueron los atentados del 11-S los que establecieron las bases para el desarrollo de la agenda neoconservadora, bajo la forma de la GGT. En efecto, según ciertos analistas, la decisión de invadir Irak se tomó el 21 de noviembre de 2001, una vez que se completó el derrocamiento del gobierno talibán en Afganistán (Ramonet, 2005). No obstante esto, ya en octubre de ese año el Departamento de Estado había

¹⁴⁴ Congreso de Estados Unidos (2001), Ley pública 107-40. (Online), consultado en agosto 2010, <http://origin.www.gpo.gov/fdsys/pkg/PLAW-107publ40/pdf/PLAW-107publ40.pdf>. La traducción es nuestra.

puesto en funcionamiento el “Proyecto para el Futuro de Irak” que consistía, básicamente, en la preparación de opositores a Saddam Hussein para que tomaran el control de Irak una vez derrocado éste. En abril de 2002, este “Proyecto” armó 17 grupos de trabajo, encargándolos de estudiar y entregar propuestas para las distintas áreas de gobierno.

Las ideas neoconservadoras no deben ser entendidas como producto de un grupo de políticos alocados. Por el contrario, tienen fuerte asidero en el discurso liberal que atraviesa la historia de Estados Unidos y en la idea de excepcionalismo que lo acompaña. Siguiendo la crítica de Schmitt al liberalismo, digamos – rápidamente– que éste se basa en un discurso que rechaza lo político al tiempo que hace política. En efecto, este discurso apolítico está sostenido sobre la figura de la “Humanidad” en nombre de la cual este poder actúa. Carl Schmitt llamó la atención sobre este aspecto del discurso liberal al sostener que la invocación de la Humanidad con el objetivo de justificar acciones sostenidas en intereses particulares, corre el riesgo de transformar enemigos políticos en enemigos absolutos, es decir, en enemigos de la humanidad; despojando a estos últimos de su condición humana y, por tanto, dando lugar a políticas de exterminio (Meier, 2008; Rasch, 2003; Schmitt, 2006). Esta crítica se expresa en “la moralización de la política exterior estadounidense” (Rosati, 1993: 394) que resulta en la invisibilización de los intereses nacionales.

Si a esto le sumamos la idea del excepcionalismo estadounidense como discurso reificado que permea la historia del país norteamericano desde la llegada de los puritanos al territorio en 1630, no debería llamarnos la atención la posibilidad de ejecución de políticas de imposición en nombre de una supuesta superioridad cultural que de allí se desprende. En efecto, si bien según distintos analistas, el excepcionalismo estadounidense conlleva dos posibles lecturas (aquella que postula al país del norte como “la ciudad sobre la colina” -“city upon the hill”-, es decir, como un modelo a ser emulado; y aquella que la plantea como el mejor sistema económico-político de donde puede derivar la necesidad de su exportación), desde nuestro punto de vista, éste no es más que un nacionalismo exacerbado. Dadas las relaciones entre éste y el racismo (Balibar, 1991), no es

sorprendente que el excepcionalismo estadounidense pueda derivar en alguna forma de este último.

El documento que plasmó la GGT fue la Estrategia de Seguridad Nacional de septiembre del año 2002 (ESN 2002). En muchos sentidos, ésta era consistente con generaciones de política exterior estadounidense, sostenida sobre una construcción de “América” como ocupando un lugar único y especial en el sistema internacional. La ESN 2002 enfatizaba el unilateralismo, el derecho de Washington a llevar a cabo acciones militares preventivas y la necesidad de promover los valores de EEUU. Las líneas estratégicas fundamentales propuestas por el documento, identificaban y caracterizaban como enemigo de Estados Unidos al “terrorismo islámico” y los “Estados canallas” (rogue states) que lo albergaban y/o buscaban desarrollar ADM. Entre estos últimos, figuraban Irak y Corea del Norte. Por otro lado, apuntaba a un objetivo de democratización del mundo. En este sentido, señalaba la convergencia entre valores e intereses estadounidenses, enarbolando como base teórica de la política exterior aquello que Condoleezza Rice denominaría años más tarde “realismo único estadounidense” (2008), dándole un lugar predominante en la agenda a la exportación de valores que, si bien reconocidos como nacionales, eran considerados verdaderos universalmente. Otra línea estratégica principal era mantener su calidad de superpotencia militar a nivel mundial, evitando, al mismo tiempo, el desarrollo armamentístico de cualquier posible competidor. Por último, Estados Unidos se reservaba el derecho de llevar adelante ataques preventivos:

“Por siglos, la ley internacional reconoció que las naciones no necesitan sufrir un ataque antes de que puedan tomar acción legalmente para defenderse contra fuerzas que presentan un peligro inminente de ataque. Académicos legistas y juristas internacionales en general condicionaron la legitimidad del derecho de prioridad (preemption) a la inminencia de la amenaza –generalmente una movilización visible de fuerzas armadas, marinas y aéreas preparándose para atacar. Debemos adaptar el concepto de amenaza inminente a las capacidades y objetivos de los adversarios de hoy. Estados parias y terroristas no buscan atacarnos usando medios convencionales (...) Los Estados Unidos han mantenido largamente la opción de las acciones de derecho de prioridad (preemptive) para combatir una amenaza suficiente a nuestra seguridad nacional. Cuanto mayor es la amenaza, mayor es el riesgo de inacción – y más apremiante el caso

para tomar acción anticipatoria (anticipatory) para defendernos, aún si resta incertidumbre acerca del momento y el lugar del ataque enemigo.” (ESN, 2002: 15)

La diferencia entre un ataque basado en el derecho de prioridad (preemption) y uno preventivo (prevention) radica en la inminencia de la amenaza y no tanto en los medios utilizados por quien ocupa el lugar de amenaza, como reza el texto. En efecto, el derecho de prioridad es comprendido como una “guerra de necesidad”, es decir, una guerra de defensa, y puede ser invocado cuando un país enfrenta una amenaza clara e inminente. Por su parte, la prevención se desarrolla como una “guerra de elección” u ofensiva, pues, en este caso, la amenaza ni es inminente ni está clara (Little, 2008: 323). Bajo el lema “la mejor defensa es una ofensa”, el entonces gobierno de Estados Unidos (recordemos que no fue sólo la administración sino que el Congreso le dio plenas libertades al Presidente para atacar Irak), intentó disfrazar una guerra de agresión en un movimiento de legítima defensa. La figura del ataque preventivo ya estaba esbozada en el “Proyecto para el nuevo siglo americano”. En su declaración de principios, puede leerse: “La historia del siglo XX debería habernos enseñado que es importante determinar las circunstancias antes de que las crisis emerjan y enfrentar las amenazas antes de que devengan graves”¹⁴⁵.

La legitimación de la prevención en el ámbito internacional abrió la posibilidad a la intervención global de la potencia norteamericana. Planteada en términos globales, la GGT se territorializó en la región de Medio Oriente. Como dijimos, sus dos escenarios principales, según la propia administración, fueron Afganistán e Irak. Enmarcar la invasión a Irak aquí es fundamental a la hora de establecer la política estadounidense en Irak como una política de corte imperialista. Más allá de la colonización temporal pero efectiva del Irak post-Saddam Hussein a cargo de la Autoridad Provisional de la Coalición (APC), legitimada por la resolución 1483 del CSNU, la práctica política imperialista supuso

¹⁴⁵ Proyecto para el nuevo siglo americano (1997). Declaración de principios. (Online), consultado en agosto 2010, <http://www.newamericancentury.org/statementofprinciples.htm>. La traducción es nuestra, las cursivas también.

una serie de factores posibilitados en el marco de la GGT y el discurso universalista que la sostuvo.

La ESN 2002 fue uno de los marcos documentales (quizás el más importante) para la invasión a Irak. No obstante existió también, como adelantábamos más arriba, un apoyo institucional que permite pensar a la política de la administración Bush hacia Irak como una política de Estado. En efecto, no obstante la aclaración de la sección 8 del Acta de Liberación de 1998, en octubre del 2002, el Congreso norteamericano, considerando al régimen de Saddam Hussein una amenaza no sólo para la seguridad nacional estadounidense sino también para la paz internacional y para la seguridad en la región del Golfo Pérsico por “continuar poseyendo y desarrollando una capacidad significativa de armas biológicas y químicas, buscando activamente una capacidad para armas nucleares y apoyando y refugiando a organizaciones terroristas”¹⁴⁶, autorizaba al Presidente George W. Bush a utilizar la fuerza. Es necesario, por supuesto, ubicar el pasaje de la prohibición del uso de la fuerza a su autorización en el marco de los atentados del 11-S y la lectura que se les dio: “Los ataques sobre Estados Unidos del 11 de septiembre del 2001 subrayaron la gravedad de la amenaza planteada por la adquisición de ADM por organizaciones terroristas internacionales”¹⁴⁷. Si bien es cierto que esta autorización no logró el mismo nivel de consenso que aquélla que posibilitaba la invasión a Afganistán, pues fue opuesta por un importante número de legisladores demócratas y algunos republicanos en ambas cámaras, el hecho de que el Congreso de Estados Unidos (más allá de su composición) la haya aprobado, transforma a esta política en una de Estado y no únicamente de gobierno. Por otra parte, tal como sostuvo Krauthammer, la crítica demócrata de la guerra en Irak no fue una de política sino de proceso (como vimos, existía consenso en el arco político estadounidense con respecto a la necesidad de derrocar a Saddam Hussein) (2004).

¹⁴⁶ Congreso de Estados Unidos (2002). Autorización para el uso de la fuerza militar contra Irak –Ley pública 107-243. (Online), consultado en abril 2010, <http://www.c-span.org/Content/PDF/hjres114.pdf>. La traducción es nuestra.

¹⁴⁷ Ib.

Las tres justificaciones argumentativas.

Ya en febrero del año 2001, con ocasión de una conferencia de prensa en la que el Presidente de Estados Unidos fue interpelado con respecto a los bombardeos de las tropas estadounidenses y británicas sobre Bagdad, Bush hizo referencia a la posibilidad de que el gobierno de Saddam Hussein estuviera desarrollando ADM. En esa oportunidad, Bush sentenció: “si lo encontramos haciendo eso, tomaremos la acción apropiada”¹⁴⁸. Esta cuestión, mencionada antes y después del 11-S en cuanto se hacía referencia al gobierno de Saddam Hussein, se convertiría en el principal argumento de la administración Bush en su carrera por lograr consenso internacional para la intervención en Irak. Tomaría mayor fuerza a partir de enero de 2002, cuando el gobierno de Hamid Karzai en Afganistán ya había sido instalado a través de la celebración de la Loya Jirga, desvaneciéndose a partir de agosto del año 2006, dos años y medio después de que el inspector de armas estadounidense, David Kay, testificara la inexistencia de las mismas en territorio iraquí. Para quienes aún dudaban en aplicar el concepto de guerra preventiva con respecto a las acciones de Washington sobre Irak, la inexistencia de ADM, resultaría una prueba contundente de la misma.

El segundo argumento que la administración Bush esbozó como justificación para deshacerse del gobierno de Saddam Hussein, fue el de sus supuestos lazos con el terrorismo. Éste emergió por primera vez en enero de 2002 y supuso el establecimiento de una relación directa entre Saddam Hussein y Al-Qaeda. Más adelante nos detendremos específicamente sobre este tema. Digamos por el momento que, en un contexto en el que el enemigo terrorista era presentado no como un enemigo político sino como uno absoluto en términos schmittianos, es decir, como un enemigo de la humanidad, y, por tanto, exterminable, la política que apuntaba a preocuparse en ese marco por la amenaza que suponía un régimen nacionalista como el de Saddam Hussein, debía presentarlo en un plano de igualdad con el enemigo que se enfrentaba en la GGT.

¹⁴⁸ CASA BLANCA (2001). Observaciones del Presidente George W. Bush y del Presidente Vicente Fox de México en conferencia de prensa conjunta (16/02/2001). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

De este modo, el régimen de Saddam Hussein no sólo debía aparecer con conexiones con el movimiento que había golpeado a Estados Unidos, sino presentarse como siendo aún más peligroso que éste. En este sentido podía entenderse el hincapié hecho en el peligro de la posesión de ADM. Éstas se convertían en un dispositivo de destrucción absoluta si cabía la posibilidad de que llegaran a manos de unos enemigos que fueron contruidos como irracionales:

“Esto es el bien contra el mal. Estos son malhechores. No tienen ninguna justificación para sus acciones. No hay justificación religiosa, no hay justificación política. La única motivación es el mal”¹⁴⁹

La cuestión de los lazos del terrorismo con Irak se extendió más allá del derrocamiento de Saddam Hussein. A partir de los primeros movimientos de la resistencia iraquí, ésta fue identificada con antiguos elementos baazistas y con terroristas extranjeros, evitando, de esta manera, cualquier relación con un posible malestar de la población con respecto a la presencia de tropas estadounidenses en el país. A diferencia de la cuestión de las ADM que, como vimos, se desvaneció en el año 2006, la presencia del terrorismo en Irak estaría presente hasta el final de la segunda presidencia Bush y permitiría la permanencia de las tropas norteamericanas en el país mesopotámico.

Por último, se puso en juego la cuestión de la democracia. Si las ADM y los lazos con el terrorismo funcionaron como universalizaciones negativas, es decir que se los planteó como amenazas no sólo para Estados Unidos, sino también para “la comunidad internacional” o bien para el “mundo civilizado”, la democracia, en cambio, se constituyó como universalidad positiva. Al igual que los anteriores elementos puestos en juego para justificar la invasión a Irak, hablaremos con detalle de éste un poco más adelante. Por el momento afirmemos que, si bien la cuestión de la democracia apareció con anterioridad a la invasión, tomó mayor fuerza luego de ésta, como elemento retrospectivo de justificación.

¹⁴⁹ CASA BLANCA (2001). George W. Bush, La campaña internacional contra el terror crece (25/09/2001). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

¿Por qué Irak?

Han existido diversas lecturas acerca de por qué la administración Bush invadió Irak. Se ha resaltado una y otra vez la concepción ideológica de sus miembros, prestando particular atención a sus actividades fuera del gobierno. Si bien no descartamos que este tipo de intereses haya influido en la decisión, es nuestra intención aquí presentar un enfoque estructural que permita comprender la política de Estados Unidos hacia Irak durante la administración Bush en tanto política de Estado. Lo que intentamos pensar desde aquí no son las intenciones más o menos ocultas de los sujetos en ese ámbito de poder, sino al ámbito mismo. Las diversidades ideológicas y políticas, las intenciones subjetivas, por supuesto que incidirán en el tipo de políticas que se lleven a cabo, pero el contexto histórico en el que éstas se desarrollan, entendiendo por contexto histórico la particularidad espacio-temporal en el que las acciones de los hombres tienen lugar y la configuración de las relaciones de poder que les sirven de marco, nos parece de fundamental importancia. Es por esto que nuestro objeto de estudio no es la administración en sí, sino los discursos que acompañaron a las políticas llevadas a cabo por ésta en tanto gobierno de Estados Unidos, en tanto vértice del sistema mundial (lo que, dado su carácter de superpotencia militar, lo hace plausible de intervenciones a nivel global). En este sentido, consideramos que el problema de plantear la invasión a Irak como un negocio de unos pocos neo-conservadores, es que hace a un lado el papel que Estados Unidos como potencia juega en el tablero mundial.

Sostenemos que, además de la idea del peligro que suponía el encuentro entre un grupo terrorista y un Estado con ADM, existieron fundamentalmente tres intereses de diversa intensidad material¹⁵⁰:

1) Por un lado, Irak era considerado al momento de la planificación de la invasión la segunda mayor reserva de petróleo mundial, es decir que la cuestión del petróleo y el más amplio problema energético, no debe ser hecho a un lado.

¹⁵⁰ Una razón, ligada sobre todo al ámbito interno, que no desarrollaremos aquí, se encuentra vinculada a los intereses del llamado “complejo militar-industrial” de Estados Unidos: un fuerte lobby con mucha presencia en el PBI del país del norte al que es necesario alimentar, pues se ha constituido en uno de los principales motores de la economía estadounidense. No tocamos directamente este tema pues no está ligado única y particularmente a Irak, sino más generalmente a la política belicista de Estados Unidos.

Esto tiene varios aspectos. Por una parte, está la cuestión del nivel del consumo interno y la capacidad para hacerle frente. Este problema, que radicaba fundamentalmente en un aumento de la demanda del petróleo y una disminución relativa de la oferta en Estados Unidos, estuvo presente tanto durante la campaña presidencial como durante los dos períodos de gobierno de la administración. Cada vez que emergía la cuestión energética (ligada a la seguridad, pues se hablaba de seguridad energética), Irak aparecía nombrado de un modo u otro. Desde la administración se propuso un plan que consistía básicamente en conservar la energía haciendo su uso más eficiente y, en segundo lugar, en la diversificación de sus fuentes, abriendo nuevas. Si bien se reconocía la necesidad de generar fuentes alternativas, se reconocía al mismo tiempo la importancia fundamental del petróleo en el aspecto energético y se hacía hincapié en que Estados Unidos era dependiente en un 52% del crudo extranjero. Fue en este marco que desde Washington se buscó la aprobación para perforar el Refugio Ártico Nacional de Vida Silvestre en Alaska (ANWR, por sus siglas en inglés), sin obtenerse el consenso deseado¹⁵¹.

La importancia del factor petróleo quedó expresada en el nombramiento del influyente Vice-presidente, Dick Cheney, al frente de reuniones periódicas de política energética con miembros del gabinete. Asimismo, la administración estableció una estrategia de cuatro puntos en torno a la cuestión energética. El punto que aquí nos interesa y que aparecía en primer lugar era aquél por medio del cual se postulaba la necesidad de hacer de la seguridad energética una prioridad de la política exterior estadounidense. Esto tenía una doble vía: por un lado, se sostenía, se hacía necesario “restaurar la credibilidad americana con los proveedores de ultramar”¹⁵²; por otro lado, era menester construir relaciones fuertes con los países americanos productores de petróleo.

¹⁵¹ Ver al respecto: CASA BLANCA (2001). Observaciones del Presidente en la Safe Harbor Water Power Corporation, (18/05/2001), y CASA BLANCA (2001). Observaciones del Presidente en la Sociedad de la Ciudad Capital, (17/05/2001). (Ambos online), consultados en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

¹⁵² CASA BLANCA (2001). George W. Bush, Observaciones del Presidente y del Secretario de Energía Spencer Abraham en ceremonia de toma de juramento, (02/03/2001). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

Por otra parte y en el plano internacional, desde distintas miradas analíticas, varios observadores coinciden en que la importancia del petróleo iraquí para Estados Unidos, no reside tanto en la necesidad de asegurarse niveles suficientes para el consumo interno, sino en la necesidad de controlar el consumo de terceros países, sobre todo de aquellos con economías que se presentan como mayormente competitivas con la de Estados Unidos, poniendo fundamental atención en China (ver Chomsky, 2004; Harvey, 2003; Martín Muñoz, 2003; Zeraoui, 2008). En efecto, a través del control sobre el consumo de terceros, Estados Unidos puede controlar la producción de sus posibles competidores tanto en el plano económico como en el militar. En palabras de David Harvey: “No sólo Estados Unidos necesita asegurarse sus propios suministros militares, sino que también cualquier conflicto militar futuro con, digamos, China será desequilibrado si Estados Unidos tiene el poder para cortar el flujo de petróleo a su oponente” (Harvey, 2003: 25). De esta manera, la potencia norteamericana tendría un “recurso de poder” más, tanto para usufructuarlo directamente como para –desde una perspectiva de interdependencia compleja– convertirlo en una herramienta más para posibles vinculaciones de cuestiones.

En este sentido, consideramos importante echar una rápida y superficial mirada al rol jugado por China en la región –como potencia emergente y competidor de Estados Unidos en términos económicos–, teniendo en cuenta el aumento ininterrumpido de su demanda de petróleo a los países del Golfo. En efecto, la serie de reformas que se dieron en la República Popular China a partir de finales de la década del '70, dieron como resultado el crecimiento económico progresivo del país asiático y su lenta transformación en una potencia regional con proyección global. Este crecimiento vino acompañado por una fuerte suba en la demanda de petróleo por el gigante asiático. En efecto, según el “Informe del mercado de petróleo” de la Agencia Internacional de Energía (IEA, por sus siglas en inglés), durante el año 2009, con una demanda promedio de 8.4 miles de millones de barriles por día, China representó un 10% de la demanda mundial de crudo. De esta cantidad, un 30% debe importarlo, proyectándose que en las próximas dos décadas importará más del 75% de sus necesidades energéticas ya

que los mayores campos de petróleo de China, que dan cuenta del 90% de la producción de crudo del país asiático, ya han llegado a su máxima productividad y comenzaron a declinar (Lu y Chen, 2007). El 60% de dicha importación la realiza desde Medio Oriente, siendo su principal socio comercial Arabia Saudita y, en segundo lugar, Irán. Algunas proyecciones señalan que en menos de dos décadas, Medio Oriente cubrirá el 80% de sus necesidades petroleras.

A favor de esta tesis puede mencionarse un informe elaborado por Cheney en tanto coordinador de la política energética de la administración y presentado en mayo de 2001, según el cual la demanda global de petróleo estaba aumentando mientras que las reservas existentes estaban disminuyendo. En este contexto, la importancia de Medio Oriente y particularmente de la sub-región del Golfo Árabe/Pérsico no podía pasar desapercibida. En efecto, como dijimos, aquí se concentran dos tercios de las reservas del petróleo mundial con un muy bajo costo de extracción. El informe mencionado preveía que para el año 2020, Arabia Saudita, Irak y sus vecinos proveerían entre el 54 y el 67% del petróleo mundial.

Por otra parte, en el año 2002, desde la Universidad Nacional de Defensa en Washington se anunció la posibilidad de que Irak tuviera 200 mil millones más de barriles de petróleo aún no explorados. Esto convertía al país mesopotámico en una reserva aún más valiosa que la de Arabia Saudita (Dawisha y Yaphe, 2002). En el mismo sentido, el Departamento de Energía del gobierno de Estados Unidos planteaba que el potencial de Irak podría superar en mucho los niveles de entonces a causa de que el país estaba relativamente inexplorado debido a años de guerras y sanciones. Desde esta institución se sostenía que la región occidental desértica de Irak podría albergar unos 100 mil millones de barriles más que los ya comprobados. En efecto y contribuyendo a la tesis del consumo interno, se especulaba que, bajo ocupación estadounidense, Irak podría duplicar rápidamente su producción de crudo lo que provocaría una caída del precio del petróleo y, por tanto, el crecimiento de Estados Unidos.

Otro elemento vinculado al interés estadounidense en el petróleo iraquí radicaba en la vocación de debilitar a la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP). Este último punto, destacado por analistas como Tariq Ali (2003)

y Noam Chomsky (2005), estaba ligado a que, a través del control del petróleo iraquí, se estaría en una posición de fortaleza para determinar el precio y los niveles de producción del crudo, pues la OPEP quedaría conformada mayormente por aliados de Estados Unidos.

2) Ligado a esto se encuentra otra de las razones explicitada por la administración: la reconfiguración de las relaciones de poder en Medio Oriente.

“Este nuevo Irak comparte nuestros más profundos valores y comparte nuestros más determinados enemigos. Ayudando a los iraquíes a construir una nación que pueda auto-gobernarse, sostenerse y defenderse, ganaremos un aliado en la Guerra contra el Terror y un socio para la paz en Medio Oriente”¹⁵³

“Irak es una parte muy importante para asegurar nuestro hogar, y es una parte muy importante para ayudar a cambiar Medio Oriente en una parte del mundo que no sirva como amenaza al mundo civilizado, o al mundo desarrollado, a gente como... los Estados Unidos”¹⁵⁴

Esta región fue definida por la administración de varias maneras: como una región “peligrosa”, “estratégica”, “vital”. Desde la administración Bush se hizo un intento por cambiar la política occidental hacia Medio Oriente. Desde un discurso cargado de categorías éticas que más adelante analizaremos en detalle, se criticó la anterior política occidental en la región sosteniendo que ésta había privilegiado la estabilidad por sobre la libertad, apoyando e imponiendo gobiernos no-democráticos que sólo habían conducido al desarrollo del terrorismo en la región. Lo que se propuso, entonces, fue un cambio radical de estrategia: imponer la democracia, esperando, de este modo, construir un Estado iraquí más afín a los valores occidentales y, por tanto, más maleable.

Más allá de que esto suponía plantear el modo de gobierno propiamente estadounidense como el mejor modo de gobierno y, de esta manera, se planteaba la superioridad de Estados Unidos cuanto menos a ese respecto, la idea que llevó a suponer que la imposición de un valor político particular funcionaría a nivel

¹⁵³ CASA BLANCA (2005). El Presidente discute las elecciones iraquíes, la victoria en la Guerra contra el Terror, (14/12/2005). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

¹⁵⁴ CASA BLANCA (2007). El Presidente Bush realiza observaciones sobre la emergencia suplementaria, (03/04/2007). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

global estuvo basada en una teoría del dominó. La idea original era que Irak funcionara como un ejemplo, como una suerte de foco desde donde se alentaría a las oposiciones “moderadas” (un eufemismo para nombrar a las oposiciones pro-occidentales) del resto de los países enemigos de Estados Unidos (léase: principalmente Siria e Irán) a animarse a levantarse en contra de los regímenes calificados como opresores. Con respecto a los “amigos” de Estados Unidos, como vimos con el caso de Egipto, la onda expansiva de la democracia iraquí también les llegaría, pero en esos casos los cambios serían impuestos por los regímenes y de manera voluntaria. De esta manera, quedaría conformado un Medio Oriente democrático. Como dijimos anteriormente, se sostenía que esto estaba en los intereses de Estados Unidos y contribuía a su seguridad, por un lado porque los Estados democráticos eran considerados pacifistas y, por otro, porque uno de los factores que se reconocía como causante del reclutamiento de militantes por parte de los movimientos terroristas (internacionales) en dicha región era la inexistencia de canales políticos nacionales apropiados para la canalización de diversas reivindicaciones.

Para comenzar con esta labor se eligió a Irak dadas las relaciones de fuerzas: Irak era un blanco más fácil que Irán o que Siria (que probablemente recibiría la ayuda iraní) por donde comenzar. La debilidad relativa de Irak encuentra su explicación en las limitaciones y sanciones que le impuso la “comunidad internacional” una vez finalizada la Guerra del Golfo de 1990/1991. Según afirma Gema Martín Muñoz (2003), además, la victoria sobre el régimen de Saddam Hussein le permitiría a Estados Unidos rodear a Irán que, junto con Siria, quedaría aislado entre Afganistán, Irak y los gobiernos pro-estadounidenses de Uzbekistán y Turkmenistán. De esta manera, tanto Siria como Irán quedarían debilitados y podrían ser víctimas de un plan B, si no hubiese existido resistencia al interior de Irak.

En esta reconfiguración meso-oriental que –con la instauración de un gobierno amigo en “el corazón de Medio Oriente” y con la esperanza de que la democracia se “contagiara” a los países vecinos– establecería un nuevo equilibrio

de poderes favorable a Estados Unidos, también estaba interesado el Estado de Israel.

3) En la base de esta política y como un discurso más amplio que integra lo dicho anteriormente, encontramos el deseo de homogeneización. Sostenemos que el no reconocimiento de las diferencias como diferencias políticas sino, por el contrario, como diferencias éticas, es propio de la voluntad despolitizadora del liberalismo (sea éste de corte nacionalista o cosmopolita) que, en su incapacidad para pensar desde una plataforma de relaciones de poder, cree en la posibilidad de un mundo homogéneo, armónico y sin antagonismos: el cosmopolitismo liberal. La voluntad de transformación de Irak en un país a imagen y semejanza de Estados Unidos, debe ser colocado, como dijimos, en el marco de la GGT, cuyo fin era la aniquilación del terrorismo, es decir, la aniquilación de una diferencia política (aunque no leída como tal), no integrable debido a su radicalidad. Desde aquí sostenemos, junto con muchos otros autores encaramados sobre el pensamiento de Carl Schmitt, que cualquier intento de exterminio de la diferencia radical, es decir, del conflicto, no sólo es imposible desde una posición universalista sino que sólo puede obtener como contrapartida una más profunda radicalización.

IV

La política imperialista en Irak: Colonización, resistencia y soberanía.

Desde este momento, no es nuestra intención formular un relato histórico de los acontecimientos que se sucedieron en Irak a partir de la invasión por parte de las tropas lideradas por Estados Unidos el 20 de marzo de 2003. En cambio, intentaremos una lectura de estos a partir de los indicadores que hemos utilizado para nuestra elucidación de las políticas imperialistas. Recordémoslos. En principio digamos que las políticas imperialistas estadounidenses se nos presentaban como movimientos originarios, es decir, como acciones destinadas a crear una situación de hecho con el fin de generar las condiciones para el despliegue de políticas

hegemónicas, como actos de violencia apuntados a la configuración de nuevas relaciones de poder. Estos actos de violencia fueron posibles durante el período analizado por el despliegue de la GGT que fue acompañada por un estado de excepción a nivel mundial en el que la potencia se arrogó la suspensión de la norma para su reinstauración. De esta manera, como vimos, se irguió como poder soberano global. En términos de construcción de otredades, esto suponía la transformación de otredades inasimilables en otredades asimilables. En efecto, las políticas imperialistas aparecían mediadas por lo que, siguiendo a Foucault, denominamos relaciones de violencia, a través de las cuales el otro es despojado de su soberanía. Por último, señalamos como elemento necesario –aunque no suficiente– de las políticas imperialistas, la dimensión espacial plasmada en la violación de la soberanía territorial del Estado objeto de estas políticas.

Este último punto quedó claro en el caso de Irak. No sólo las tropas lideradas por Estados Unidos tomaron el país árabe y derrocaron a su Presidente en una invasión que comenzó el 20 de marzo de 2003 y finalizó (oficialmente) el 1 de mayo del mismo año, sino que, una vez logrado el objetivo principal –el derrocamiento de Saddam Hussein–, Estados Unidos impuso un régimen colonial a través de la instauración de lo que dio en llamarse como Autoridad Provisional de la Coalición (APC). Esta institución supuso el establecimiento de un gobierno extranjero directo sobre Irak y fue legitimada por la ONU a través de la resolución 1483. Varios analistas consideran que su instauración, alentada por el entonces Secretario de Estado, Colin Powell, fue uno de los grandes errores que la potencia ocupante cometió en Irak (Allawi, 2007; Chehab, 2006). En un primer momento fue Jay Garner, un general retirado con contactos con el Secretario de Defensa, Rumsfeld, que se encontraba al frente de la Oficina de Reconstrucción y Asistencia Humanitaria de Irak (ORAH), quien fue nombrado como autoridad estadounidense en el Irak post-Saddam Hussein. La idea de éste era dirigir a los iraquíes para que estos formaran un primer gobierno que prepararía el camino para el establecimiento definitivo de un gobierno electo, algo bastante parecido a lo que se había llevado a cabo en Afganistán. Por supuesto, este planteamiento no suponía dejar el control del gobierno de Irak en manos de los iraquíes, pero sí

evitar el establecimiento de una autoridad colonial que pudiera convertirse en blanco de resentimientos de la población árabe. Con este fin, el 28 de abril de 2003, la ORAHI organizó una Conferencia en Bagdad a la cual fueron invitados 300 selectos representantes de distintos grupos étnicos, religiosos y políticos iraquíes y en donde se votó formar un gobierno iraquí y llamar a otra conferencia un mes más tarde con el fin de elegir al gobierno transicional de post-guerra. Sin embargo, una semana después, Bush anunciaba el nombramiento de Paul Bremer como mayor administrador civil en Irak. El 22 de mayo de 2003, a través de la resolución 1483, el CSNU autorizaba la creación de la APC y levantaba las sanciones a Irak, convalidando la ocupación del país mesopotámico.

Algunos movimientos originarios: la APC y las órdenes del período Bremer.

Entre mayo de 2003 y junio de 2004, la APC se encargaría de fijar pautas económicas, políticas y culturales que tenían como objetivo la asimilación de Irak a la totalidad configurada por Estados Unidos. Esto se hizo a través de sucesivos actos de violencia que buscaron la transformación de las relaciones de poder al interior del territorio iraquí y –sostenido sobre una teoría del dominó democrático, de la cual ya hablamos– en la región de Medio Oriente. En efecto, bajo el control de Paul Bremer fueron decretadas 100 órdenes que establecían pautas de conducta en las distintas áreas de gobierno. En palabras de Chehab, “El plan de juego de Paul Bremer era (...) imponer legislación americana al país” (2006: 92).

Como hemos dicho, estas órdenes eran tanto de índole socio-política como económica. Entre las primeras es necesario destacar la de-baazificación de Irak (orden n°1) y el desbaratamiento del ejército iraquí (orden n°2). Ambos movimientos apuntaban a la imposición de una transformación radical de la vida política de Irak que trastocara las relaciones de poder en dicho territorio. Ahora bien, la transformación de éstas supuso la destrucción de las relaciones sociales establecidas en la sociedad iraquí, lo cual explica en parte su acelerada desintegración. Las órdenes 1 y 2 jugaron fuertemente en este sentido. Por un lado porque, tal como afirma un histórico oponente de Saddam Hussein, “el Ba’az no era simplemente un pequeño círculo que se sostenía sobre un sistema de

control represivo [sino que] [t]enía cientos de miles de adherentes, simpatizantes, compañeros y beneficiarios” (Allawi, 2007: 371). Y, por otro lado, porque la orden nº2 implicó la disolución de todo el aparato de seguridad del Estado iraquí y, por consiguiente, la desafectación de, por lo menos, 400 mil personas. Más allá de lo que eso significó en términos de empleos para esa cantidad de familias afectadas por la medida, supuso un desconocimiento de la relación del pueblo de Irak con la institución castrense. El nuevo ejército iraquí que, según la orden, sería una fuerza de defensa, sería mutilada de la mayoría de las capacidades ofensivas de un ejército moderno¹⁵⁵. Esta finalidad ya había sido anunciada por el Presidente Bush con anterioridad a la invasión: “el objetivo de desarmar a Irak permanece más allá de quién esté a cargo del gobierno”¹⁵⁶. Ambas órdenes se constituyeron, así, en incentivos para una resistencia que, cuando tomara carácter nacional, sería denigrada por la administración circunscribiéndola a ex-baazistas con vocación de recuperar el poder y terroristas extranjeros.

Con respecto a las órdenes de índole económica, una de las más polémicas de entre ellas fue la nº 39, puesta en vigencia en septiembre de 2003. A través de ella se buscó la apertura total de la economía iraquí, autorizándose la privatización de 200 empresas estatales¹⁵⁷ que podían ser retenidas en su totalidad por firmas extranjeras que serían beneficiarias de un tratamiento nacional y, a su vez, podrían remitir a sus casas matrices hasta el 100% de las ganancias. Al mismo tiempo, estas órdenes de la era Bremer eliminaron casi la totalidad de las barreras arancelarias. Este es un claro ejemplo de una política impositiva de hechos consumados. De esto se estaba hablando cuando se hablaba de la política imperialista como movimiento originario: la instauración de una situación de hecho que los futuros gobiernos iraquíes no podrían modificar, pues lo que se instauraba

¹⁵⁵ Nótese que en nombre de la “paz internacional” Estados Unidos actuó de modo tal de abogarse el monopolio de la violencia legítima a nivel mundial (el desarme de Irak se contradice con los descomunales niveles de los presupuestos de defensa de los distintos gobiernos –republicanos y demócratas– de la potencia del Norte). Desde otra perspectiva teórica (esta vez weberiana) esto también supone su erección como soberano global.

¹⁵⁶ CASA BLANCA (2003). El Presidente Bush se reúne con el Primer Ministro Berlusconi, (30/01/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

¹⁵⁷ Esta orden no contaba para las empresas petroleras. Según D. Harvey esto se debió a que la explotación del petróleo iraquí estaba siendo fuertemente controlada por la “comunidad internacional” (2003).

era una nueva estructura económica. La APC funcionó así como brazo ejecutor de la globalización forzada sufrida por Irak. Para aumentar el atractivo de Irak como territorio de inversiones para los capitales extranjeros, las huelgas fueron prohibidas y los derechos a la sindicalización fuertemente restringidos. La política de libre cambio que se impuso de esta manera resultó en un colapso de todos los controles de frontera y, por tanto, en una caótica expansión de las importaciones. Finalmente, la APC reconoció la deuda contraída por Saddam Hussein como deuda legítima.

La reestructuración violenta de la sociedad iraquí y la imposición de formas económicas, políticas y culturales ajenas¹⁵⁸, estuvieron sostenidas sobre relaciones de violencia que no sólo se establecieron en relación al gobierno-otro, es decir, al régimen de Saddam Hussein, sino también en relación al pueblo iraquí. En efecto, el “orientalismo” del que nos hablara Edward Said (1990) estaría presente en todo momento. En este sentido, las analogías que se hicieron con respecto al Plan Marshall –plan de reconstrucción de Europa financiado por Estados Unidos luego de la Segunda Guerra Mundial– no son válidas, pues éste se hizo con la participación de los europeos. Aún más, en palabras del Secretario de Estado, George Marshall, el ideólogo del plan, “(e)l programa debería ser en conjunto, con el acuerdo de la mayoría, sino de todas, las naciones europeas”¹⁵⁹. En efecto, a diferencia del Plan Marshall que fue aplicado luego de intensas negociaciones con los beneficiarios, el plan de (re)construcción iraquí fue enteramente unilateral: Estados Unidos determinó las necesidades, definió las áreas de preocupación y manejó el proceso.

¹⁵⁸ Cuando hablamos de formas económicas, políticas y culturales ajenas no estamos haciendo referencia a un esencialismo cultural según el cual ciertas “civilizaciones” no podrían acceder a ciertas formas socio-políticas debido a ciertos rasgos culturales que se naturalizan (ver al respecto, Huntington, 1997). Desde nuestro punto de vista, la diferencia no es resultante de rasgos naturales, sino, por el contrario, de rasgos históricos: el tener distintas experiencias históricas, que no son nunca aisladas, sino en relación con los otros –en este sentido, adherimos a las concepciones que sostienen la necesaria heteronomía del sujeto (ver Odyseos, 2007; Said, 2004, entre otros)–, engendra distintos modos de organización socio-política, distintos modos de concepción de las identidades (en el caso estadounidense prima la concepción de la identidad individual, el Islam se sostiene sobre identidades comunitarias, la concepción política socialista, sobre identidades colectivas, etc.).

¹⁵⁹ Palabras pronunciadas por George Marshall en su discurso en la Universidad de Harvard, el 5 de junio de 1947. Disponible en www.oecd.org.

La TAL, otro movimiento originario.

Las órdenes de la APC son ejemplos de movimientos originarios que provocaron cambios estructurales en la sociedad iraquí a través de actos de violencia que no tuvieron participación alguna de aquellos que serían a partir de entonces fuertemente afectados, esto es, el pueblo iraquí. Del mismo modo, el establecimiento de la “Ley de Administración para el Estado de Irak para el período Transitorio” (conocida como TAL por sus siglas abreviadas en inglés), aunque con alguna participación del Consejo de Gobierno Iraquí (CGI)¹⁶⁰, también supuso un movimiento originario de establecimiento de ciertas pautas para la redacción de la Constitución definitiva de Irak.

En efecto, la TAL cumpliría un doble propósito: establecer los parámetros para el gobierno interino que surgiría de la entrega de soberanía a las autoridades iraquíes elegidas por Estados Unidos, y sentar las bases de los principios de poder, administración y gobierno. La TAL, firmada el 8 de marzo de 2004, trataba todos los puntos necesarios para una futura Constitución, incluyendo cuestiones como los acuerdos acerca del status de las fuerzas extranjeras en Irak. De hecho, en un primer momento, desde Estados Unidos se había planteado la idea de que la redacción de la Constitución fuera previa a la entrega de la soberanía. Esta idea no prosperó y la TAL apareció como un esbozo de ésta. Su borrador fue escrito por la APC, con la aprobación del Consejo de Seguridad Nacional de Estados Unidos. Debido a la preocupación estadounidense de que un futuro gobierno islámico en Irak acercara posiciones con Irán, los movimientos islámicos fueron apartados del comité redactor, formado por antiguos exiliados políticos nombrados a dedo por las potencias ocupantes. De hecho, el borrador de la TAL fue escrito en inglés.

La cuestión del Islam fue uno de los focos principales de controversia. Luego de algunas discusiones, la APC aceptó que la TAL hiciera un reconocimiento a regañadientes del rol del Islam en el país. Sin embargo, mientras que los

¹⁶⁰ El CGI fue una institución creada en julio de 2003 por la APC y cuyos miembros (25) fueron seleccionados por Paul Bremer. Tenía capacidad decisoria, pero la totalidad de sus decisiones podían ser vetadas por la APC. La APC controlaba las fuerzas militares y la economía y manejaba toda la información acerca del Estado de Irak. No puede, por tanto, pensarse que el CGI ejerciera ningún tipo de soberanía.

políticos islámicos pedían que el Islam fuera considerado la más importante o la única fuente de legislación, fue considerado sólo como una (de varias) fuente (art.7(a)). La demanda islámica fue rechazada por Bremer, quien dejó en claro que vetaría la TAL si tal cosa aconteciera¹⁶¹. Por otra parte, el espectro de la ocupación permaneció debido a que las fuerzas iraquíes eran colocadas bajo el mando de la coalición.

La permanencia de la TAL fue asegurada a través de la cláusula que establecía los parámetros para su reforma. Ésta resultaba bastante difícil: podía ser enmendada por una mayoría de tres cuartos de la Asamblea Nacional Transitoria (ANT)¹⁶² y el voto unánime del Consejo Presidencial (compuesto por tres hombres) que se elegía con el voto afirmativo de dos tercios en la ANT. De esta manera, las minorías tenían veto efectivo y las diferencias étnico-políticas podían ser fácilmente utilizables por Estados Unidos para impedir la reforma.

La violación de la soberanía.

Irak fue despojado de su soberanía antes, durante y después de la invasión. En efecto, el establecimiento de la APC y la imposición por parte de ésta de diversas pautas, estaban destinados a crear una situación de hecho que un futuro Estado soberano iraquí no pudiera modificar fácilmente. Si hemos vinculado la definición de la soberanía a la capacidad de decisión de quienes gobiernan un determinado territorio, el vínculo entre la relación de violencia y la violación de ésta por imposición, estará dado por la inexistencia de alternativas de acción para el gobierno soberano. En este sentido, aún antes de la invasión, el gobierno de Saddam Hussein fue despojado de ésta. En efecto, en su discurso ante la AGNU, el Presidente de Estados Unidos le imponía una serie de acciones, a riesgo de ser derrocado:

¹⁶¹ A pesar de la reticencia a aceptar un Estado islámico por parte de las autoridades estadounidenses, la implantación de la democracia demostró que éste coincidía con la voluntad popular. En efecto, las urnas mostrarían que la mayoría de los iraquíes –frecuentemente más de un 70%- favorecían un Estado religioso. La victoria de la Alianza Unida Iraquí (partido islámico) en las sucesivas elecciones así lo demostraría.

¹⁶² La ANT era el cuerpo que surgió de las elecciones de enero de 2005 y tenía como función la redacción de la Constitución iraquí sobre la base de la TAL y el nombramiento del Gobierno Transicional Iraquí. Luego de las elecciones de diciembre de 2005, este último daría lugar a la emergencia en junio de 2006 del primer Gobierno Permanente Iraquí desde la invasión estadounidense, en el que Nouri Al-Maliki (reelecto en 2010), de la Alianza Unida Iraquí, sería nombrado Primer Ministro.

“Si el régimen iraquí desea la paz, renunciará, revelará y eliminará o destruirá inmediata e incondicionalmente todas las ADM, misiles de largo alcance y todo material relacionado. Si el régimen iraquí desea la paz terminará inmediatamente con todo su apoyo al terrorismo y actuará para suprimirlo, como lo fijan las resoluciones del CSNU. Si el régimen iraquí desea la paz, cesará en las persecuciones de su población civil, incluyendo a los shiítas, sunnitas, kurdos, turcomanos y otros, tal como es requerido –nuevamente- por las resoluciones del CSNU. Si el régimen iraquí desea la paz, liberará o se hará responsable por todo aquel personal de la Guerra del Golfo cuyo destino es aún desconocido. Devolverá los restos de quienes estén muertos, devolverá la propiedad robada, aceptará su responsabilidad por las pérdidas resultantes de la invasión a Kuwait, y cooperará totalmente con los esfuerzos internacionales para resolver estas cuestiones, tal como es requerido por las resoluciones del CSNU. Si el régimen iraquí desea la paz, terminará inmediatamente con todo comercio ilícito por fuera del Programa Petróleo por Alimentos. Aceptará la administración de la ONU de los fondos de dicho programa, para asegurar que el dinero es utilizado limpia y apropiadamente para el beneficio del pueblo iraquí (...) Las resoluciones del CSNU serán cumplidas –las justas demandas de paz y seguridad serán respetadas- o la acción será inevitable. Y un régimen que ha perdido su legitimidad también perderá su poder¹⁶³

Más adelante veremos que este ejercicio de violencia contra un gobierno soberano era posible sólo a través de la construcción del gobierno de Irak como una otredad inasimilable. Por el momento, nos interesa resaltar el hecho de que la pérdida de soberanía se dio aún antes de la toma de la tierra por parte de las tropas lideradas por Washington, cuando el Presidente iraquí fue despojado de toda capacidad de decisión. En efecto, y a diferencia de aquello que marcáramos en el caso de Egipto, el carácter impositivo de la política estadounidense hacia Irak se pondría en evidencia con el uso discursivo del auxiliar “must” (en lugar del “should” traducido como “debería” que señalamos en el caso anterior) en las referencias a las acciones que debía (en términos obligatorios) llevar a cabo el Presidente iraquí:

¹⁶³ CASA BLANCA (2002). Observaciones del Presidente ante la Asamblea General de las Naciones Unidas (12/09/2002). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

“Saddam debe (“must”) desarmarse, punto. Si, sin embargo, elige hacer otra cosa, si persiste en su desafío, el uso de la fuerza puede resultar inevitable”¹⁶⁴

“Irak debe (“must”) desarmarse y cumplir con todas las resoluciones existentes de las NU o será obligado a cumplir”¹⁶⁵

Es interesante resaltar, no obstante, que, siguiendo con la lógica de inocencia que baña la política exterior estadounidense (Rosati, 1993), desde el discurso de la administración, la responsabilidad de la guerra era echada sobre los hombros del gobierno iraquí:

“Espero que no tengamos guerra. Espero que esto pueda ser hecho pacíficamente. Depende de Saddam Hussein, sin embargo, hacer esa elección”¹⁶⁶

Como vimos, además, la soberanía territorial fue violada, no sólo a través de la invasión con el objetivo de derrocar al gobierno del país mesopotámico, sino una vez instaurada la APC, cuyo gobierno perduró hasta el 28 de junio de 2004, cuando ésta y el CGI que la acompañó fueron disueltos dando lugar al Gobierno Interino (GI). Formalmente, esta fue la fecha de traspaso de soberanía. Sin embargo, desde nuestro punto de vista, éste no fue más que un modo de aquietar a una resistencia que se hacía cada vez más fuerte. En efecto, el GI fue nombrado por el vice-consejero estadounidense para Irak del CSNU, Robert Blackwill, y por Lakhdar Brahimi, el representante especial de la ONU para Irak, con la colaboración de la APC y servicios de inteligencia estadounidenses y estuvo integrado en su mayor parte por personajes que habían ocupado espacios en el CGI. Era el caso, en efecto, de quien fuera nombrado Primer Ministro, Ayad Allawi, y del Presidente, Ghazi al-Yawer. La diferencia entre el CGI y el GI estribaba, básicamente, en la disminución proporcional del número de partidarios de un Irak islámico. El GI tenía vedada la posibilidad de sancionar nuevas leyes, su tarea

¹⁶⁴ CASA BLANCA (2002). El Presidente y el liderazgo de la Casa [de Representantes] acuerdan en la resolución sobre Irak, (02/10/2002). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra, las cursivas también.

¹⁶⁵ CASA BLANCA (2002). Mensaje radial del Presidente, (12/10/2002). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

¹⁶⁶ CASA BLANCA (2002). El Presidente traza prioridades, (07/11/2002) (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

estaba restringida a llevar a la práctica las órdenes de la era Bremer. Ni siquiera se le permitió armar un presupuesto propio, pues éste fue establecido con anterioridad a la entrega de soberanía. Por otra parte, la creación del GI fue acompañada por la resolución 1546 del CSNU que, al mismo tiempo, dejaba en claro el rol jugado por la llamada fuerza multinacional que debía –rezaba el texto– “tener la autoridad para tomar todas las medidas necesarias para contribuir al mantenimiento de la seguridad y la estabilidad en Irak”¹⁶⁷. De esta manera, el nuevo gobierno (formalmente) soberano no tenía capacidad de decisión con respecto a la seguridad de su territorio. Por otra parte, la APC no desapareció, pues previo a su disolución le transfirió sus atributos a John Negroponte, al frente de la embajada de Estados Unidos en Irak.

V

La construcción de la otredad inasimilable y el recurso a la universalidad

Al abordar el análisis discursivo en el capítulo anterior, hemos optado por hacer una lectura de los discursos siguiendo un ordenamiento de acuerdo a distintos momentos de la política estadounidense durante la administración Bush hacia Egipto. La opción por tal abordaje encuentra su razón de ser en que buscamos detenernos en cómo se trató la cuestión de la expansión de la democracia en el caso de una política hegemónica. El hecho de que nos hayamos centrado en este tema en particular se debe a que en el presente apartado quisiéramos establecer una diferenciación al respecto en lo que concierne a la política de Estados Unidos hacia el Irak de Saddam Hussein. En efecto, dado el modo en que fue construido el gobierno del país mesopotámico y el lugar central que adoptó la democratización en el discurso de la administración, la “libertad” y la “democracia” aparecieron como universalidades, es decir, necesidades históricas que, por tanto, debían ser impuestas. Por lo tanto, el abordaje en el presente capítulo estará estructurado de otro modo: no de manera diacrónica, sino centrándonos en las nociones de universalidad y otredad inasimilable que hemos

¹⁶⁷ ONU, S/RES/1546 (2004). La fuerza multinacional de Irak fue fundada a través de la Resolución 1511 de octubre de 2003.

elucidado. Esto se explica no sólo porque al no presentarse los intereses nacionales de Estados Unidos de modo explícito, una lectura de acuerdo a estos no es posible, sino porque la riqueza en las construcciones identitarias (propias y ajenas) que habremos de analizar se hacen más visibles siguiendo dichas líneas.

Comenzaremos, entonces, por recordar algunas características claves de la noción de universalidad y, a partir de allí, haremos el análisis pertinente, sacando a relucir dos aspectos: la identificación de Estados Unidos con “el mundo” y, por tanto, la transformación de sus intereses nacionales en intereses mundiales; y la democracia como modelo socio-político devenido valor particular universalizado. Luego, recordaremos la elucidación de lo que hemos denominado como otredades inasimilables y plantearemos la existencia de dos otredades que fueron construidas como inasimilables, como condición de posibilidad de la efectivización de políticas imperialistas: Saddam Hussein y la denominada “insurgencia”. Finalmente haremos una rápida pasada por la construcción de la otredad en el caso del gobierno iraquí que reemplazó a Saddam Hussein para graficar las políticas imperialistas como movimientos originarios tendientes a la eliminación de otredades inasimilables y la implantación de asimilables.

Antes de comenzar, permítasenos agregar que la selección de los fragmentos discursivos aquí utilizados fue realizada en base a la búsqueda en todos los discursos y documentos publicados en la página de la Casa Blanca tanto del significante “Saddam Hussein” como de aquél de “Irak”. Al constituirse éste como uno de los puntos fundamentales de la agenda de política exterior de la administración, las referencias han sido incontables, por lo cual se nos ha dificultado el despliegue de referencias cuantitativas específicas.

Universalidad

Al hablar de universalidad, lo hemos hecho en contraposición a lo que más arriba hemos definido como universal, construcción necesaria para la efectivización de políticas hegemónicas. Dijimos, entonces, que mientras el universal se construía a partir de las particularidades, la universalidad aparecía como un a priori histórico y, por tanto, las negaba. De esta manera, en tanto

definimos a la identidad como una particularidad histórica naturalizada (de ahí la posibilidad de las esencializaciones), la identidad de quien habla en nombre de la universalidad, como representante de alguna de sus formas, es invisibilizada. Pero, al mismo tiempo, se niega la particularidad ajena y la universalidad aparece como necesaria para todo tiempo y espacio. Es esta ahistoricidad que está en el núcleo de la noción de universalidad la que posibilita la emergencia de un discurso que niega la política en beneficio de la ética. Y es esta eticización lo que posibilita la emergencia de un otro-moral que, al ser expulsado de la totalidad con la que se identifica el Yo (la universalidad), abre las puertas a la necesidad de su exterminio.

Hemos afirmado que el expansionismo fáctico que suponen las políticas imperialistas es acompañado por un expansionismo en el plano simbólico, afirmación que nos llevó a la conclusión provisoria de que éstas debían ser acompañadas por referencias a la universalidad, habiendo planteado, junto con Arendt (1958), que entre el nacionalismo que se encuentra en el fondo de las políticas imperialistas y éstas, se yergue el puente del racismo. Este último, en efecto, supone –siguiendo a Foucault (1996)– la necesidad de eliminar al otro con el objetivo no ya de la mera supervivencia, sino con aquél del mejoramiento de la propia existencia (que, al encontrarse identificado el Yo con el mundo, supone el mejoramiento del mundo). En el caso de la política de la administración Bush hacia Irak, y centrándonos, por el momento, exclusivamente en la cuestión de la construcción de la universalidad que la acompañó, diremos que ésta se constituyó en dos direcciones. Por un lado, la referencia a la universalidad llevó a que Estados Unidos se identificara con el mundo, invisibilizando sus intereses particulares en su política de cambio de régimen (aunque, como veremos y debido a la unilateralidad a la que fue obligado una vez que el CSNU le retiró su apoyo para una incursión armada, en ciertos momentos estos emergieron). Por otro lado, y sumado a lo anterior, la emergencia del discurso de la democratización que transformó una guerra de agresión en una de liberación (el propio nombre de “Operación Libertad Iraquí” va en este sentido), derivó en la eticización de un movimiento eminentemente político. Como supuesto subyacente a esto último, se

encontraba una doctrina que hacía hincapié en la igualdad de la totalidad de los hombres, desdeñando sus diferencias (que son siempre históricas y nunca esenciales, naturales). El peligro de este postulado estriba en que es una igualdad que puede ser impuesta, eliminando a aquellos que a ella no se adaptan (aquellos que son no sólo diversos, sino diferentes).

La identificación de Estados Unidos con la totalidad: Yo soy el mundo.

“Un tiempo atrás el CSNU hizo una fuerte declaración de que nosotros, el mundo, esperamos que Saddam Hussein se desarme en pro de la paz”¹⁶⁸

Como hemos dicho más arriba, la política de cambio de régimen postulada por la administración Bush con respecto a Irak no era nueva en lo que a la política estadounidense hacia el país árabe respectaba. Sin embargo, con anterioridad al 11-S, la política de Washington hacia el Irak gobernado por Saddam Hussein no suponía la urgencia de tal movimiento. En este sentido, coinciden los analistas en que los atentados a las Torres Gemelas otorgaron la oportunidad para que el ala mayormente neo-conservadora y más insistente en la necesidad del derrocamiento de Saddam Hussein de la administración, llevara adelante su agenda. En efecto, con anterioridad al 11-S ya había emergido la sombra de la sospecha en torno a la posibilidad del desarrollo por parte del gobierno de Saddam Hussein de ADM y la preocupación por la ineffectividad de las sanciones impuestas por la ONU. No obstante, no aparecían en el discurso referencias a universalidad alguna. Saddam Hussein era demonizado (veremos que los niveles de demonización van a ir en aumento a medida que avanza la cuenta regresiva hacia la invasión), pero se lo reconocía como siendo hostil a los intereses particulares de Estados Unidos en la región:

“el Gobierno de Irak ha continuado sus actividades hostiles a los intereses de Estados Unidos en Medio Oriente”¹⁶⁹

¹⁶⁸ CASA BLANCA (2002). George W. Bush, El Presidente Bush y el Secretario Annan discuten Irak, (13/11/2002). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

¹⁶⁹ CASA BLANCA (2001). Aviso: continuación de la emergencia iraquí, (31/07/2001). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

Más adelante veremos que en escasas oportunidades el gobierno de Irak ha sido llamado de esta manera en los discursos publicados por la Casa Blanca; se ha escogido, más bien, el sustantivo “régimen” para definirlo. Pero nos detendremos en esto más adelante, cuando abordemos la cuestión de la construcción de la otredad inasimilable.

Como hemos visto, la política exterior de la administración Bush estuvo definida por una retórica que abogaba por la unión entre los valores e intereses estadounidenses. Con respecto a Irak, se afirmaba que la instauración de la libertad y –por tanto, ya lo veremos– de la democracia en el país mesopotámico, haría de Estados Unidos un lugar más seguro.

“Nuestro compromiso con la libertad es la tradición de América –declarada en nuestra fundación; afirmada en las Cuatro Libertades de Franklin Roosevelt; reafirmada en la Doctrina Truman y en el desafío de Ronald Reagan al imperio del mal [...] El avance de la libertad es la estrategia más segura para socavar el atractivo del terror en el mundo [...] Los valores americanos y los intereses americanos conducen en una misma dirección: Representamos la libertad humana”¹⁷⁰

En este sentido, los únicos intereses particulares que aparecieron en relación al país gobernado por Saddam Hussein, fueron intereses vitales, de seguridad nacional. Y lo hicieron toda vez que algunos de los tradicionales aliados europeos (sobre todo Francia y Alemania) o el CSNU se mostraban opuestos a las acciones que Washington buscaba emprender y, lo hicieron, sobre todo, en aquellos discursos pronunciados en ámbitos militares. Por otra parte, discursivamente estos no tuvieron preeminencia frente a los valores. El significativo libertad fue el gran protagonista de los discursos recolectados en los que se hacían presentes los significantes “Irak” y/o “Saddam Hussein”. Aún más, en las escasas oportunidades en las que emergieron, la importancia de los

¹⁷⁰ CASA BLANCA (2003). El Presidente Bush anuncia que los operaciones de combate mayores en Irak han finalizado, (01/05/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

intereses estadounidenses en la política de Washington hacia Irak, fue minimizada:

“La bandera americana representa más que nuestro poder y nuestros intereses. Nuestros fundadores dedicaron este país a la causa de la dignidad humana, los derechos de cada persona y las posibilidades de cada vida. Esta convicción nos guía en el mundo a ayudar a los afligidos y defender la paz y frustrar los designios de los hombres malvados”¹⁷¹

Según algunas fuentes contrarias al gobierno de George W. Bush, inmediatamente luego del 11-S, el Presidente estadounidense habría compelido a los encargados de contraterrorismo del Consejo de Seguridad Nacional para que encontraran algún lazo, alguna conexión entre Saddam Hussein y los atentados. Desde el punto de vista discursivo, la universalidad con respecto al peligro que suponía Saddam Hussein comenzó a jugar una vez que la invasión de Afganistán ya había tenido lugar, el 7 de octubre de 2001. Comenzó entonces a hacerse referencia al interés de los países de la región y del propio pueblo de Irak en la desaparición del Presidente iraquí del tablero político de Medio Oriente:

“Irak ha sido un problema no sólo para la política de Estados Unidos, sino también para la política en la región. Este es un país que ni siquiera ha podido reconocer el derecho a existir de Kuwait. Este es un país que ha amenazado a sus vecinos, que ha sido dañino con su propio pueblo. Y creemos que nuestras políticas hacia Irak simplemente son proteger la región y proteger al pueblo de Irak y a sus vecinos”¹⁷²

Nótese que los intereses de Estados Unidos ya han desaparecido aquí: la política de Washington no está ligada a intereses nacionales, sino a intereses de la región y del propio pueblo de Irak.

La homologación de Estados Unidos con el mundo y de sus intereses nacionales con los intereses mundiales se presentó de dos modos: de un modo concreto y de un modo más bien abstracto. La cita anterior se corresponde con el

¹⁷¹ CASA BLANCA (2003). El Presidente pronuncia el “Estado de la Unión”, (28/01/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

¹⁷² CASA BLANCA (2001) Entrevista de la Consejera de Seguridad Nacional con Al-Jazeera TV, (16/10/2001). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

primer tipo, a través del cual se señalaban posibles peligros concretos para países o regiones concretas con el objetivo de obtener apoyo por parte de ellos. En efecto, la cuestión de las ADM y de la posibilidad de acceso a ellas por parte de grupos terroristas que tendrían entonces la capacidad para golpear con fuerza en distintos puntos del planeta, apareció, en general, ligada a este modo de construcción de consenso internacional:

“Veo el vínculo entre alguien que está dispuesto a usar armas químicas en su propio vecindario con el fin de permanecer en el poder y al mismo tiempo desarrolla un arma que podría estar apuntada a Europa, apuntada a Israel, apuntada a cualquier lado, con la finalidad de afectar la política exterior”¹⁷³

Por el contrario, el segundo modo, más bien abstracto, emergió con fuerza cuando se hacía presente en los discursos el significante libertad o aquél de la democracia. En efecto, Saddam Hussein fue convertido en una amenaza para el “mundo civilizado” y para la paz mundial:

“Este es un régimen que tiene algo que esconder del mundo civilizado. Estados como estos y sus aliados terroristas constituyen un eje del mal armándose para amenazar la paz del mundo”¹⁷⁴

Desde la lectura que se hacía en Washington, el peligro que suponía el desarrollo de ADM, se veía exacerbado por la posibilidad de la existencia de vínculos entre los “Estados canallas” que las producían y el terrorismo islámico internacional, dispuesto a utilizarlas. No era un peligro dirigido únicamente hacia Estados Unidos o hacia éste y sus “aliados” en la región, sino que representaba un peligro para “el mundo libre” o “el mundo civilizado” en general. Con respecto a este último término, es válido aclarar, que su mero uso implica la identificación del otro con la barbarie, es decir, con la falta de cultura. El no reconocimiento de ciertos países dentro del “mundo civilizado” implica negarles el acceso a lo cultural

¹⁷³ CASA BLANCA (2002). George W. Bush, El Presidente Bush, el PM Blair sostienen una conferencia de prensa (06/04/2002). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

¹⁷⁴ CASA BLANCA (2002). El Presidente pronuncia el Mensaje del ‘Estado de la Unión’, (29/01/2002). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

y, por tanto, a aquello que es específico de la humanidad. En efecto, como veremos más adelante, estos enemigos, contruidos como otredades inasimilables, fueron mutilados de ésta.

Desde el discurso de la administración, la GGT no sólo debía su cualidad de global al hecho ya señalado de establecimiento de un espacio abierto a la intervención de Estados Unidos, sino, asimismo, a que el enemigo que se enfrentaba era considerado como un enemigo de “todos”, entendiendo por esta última categoría a la “comunidad internacional”, al “mundo civilizado” o al “mundo libre”, así definido por el mismo que emprendía la acción político-militar.

“Creo que una de las peores cosas que pueden pasar en el mundo es el hecho de que organizaciones terroristas se hagan compañeras de naciones que han tenido una mala historia, y naciones que desarrollan ADM. Sería devastador para aquellos de nosotros que luchamos por la libertad. Y, por lo tanto, nosotros, el mundo libre [...] debemos dejar en claro a estas naciones que tienen una decisión que tomar”¹⁷⁵

Esta identificación de Estados Unidos con el “mundo libre” merece que nos detengamos unas líneas. El nombre “mundo libre” –nombre que conforma una identidad, aquella del Yo–, adoptado por la administración en clara referencia a la Guerra Fría, puede ser leído como uno de los campos enfrentados que fueron contruidos discursivamente por el binarismo adoptado por el discurso de la administración, en el cual nos detendremos más adelante, pero que ya había sido anunciado en lo que hemos denominado como doctrina Bush (recordemos: “o están con nosotros o están con los terroristas”). De este modo, esa identidad política aglutinaría a una amplia diversidad de Estados, no necesaria ni exclusivamente regidos por sistemas de gobierno democráticos, es decir, no necesariamente compuesta por pueblos efectivamente “libres” (suponiendo que estos existieran o que democracia y libertad pudieran ser rápidamente equiparadas, movimiento discursivo llevado a cabo por la administración, como veremos más adelante). A modo de ejemplo, el fragmento discursivo arriba citado,

¹⁷⁵ CASA BLANCA (2002). George W. Bush, Estados Unidos-Paquistán afirman compromiso contra el terrorismo, (13/02/2002). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

fue pronunciado en el marco del establecimiento de una alianza para combatir al terrorismo entre el gobierno de George W. Bush y aquél pakistaní de Pervez Musharraf, líder de una dictadura que condujo el país asiático entre 1999 y 2008. Por otro lado, esto da cuenta de que el nombre “mundo libre” (al igual que aquél de “mundo civilizado”, sólo por poner otro ejemplo asiduamente utilizado por la administración), es un referente meramente valorativo (y ya no descriptivo) que coloca a aquel que lo enuncia y, por tanto, se lo apropia, en el lugar de juez y parte al mismo tiempo. En efecto, es él mismo quien puede definir la pertenencia o no a dicho mundo. Al respecto, es válido recordar que entre los “socios de la coalición” que invadió Irak (una coalición formada en su enorme mayoría por tropas estadounidenses) figuraban países como Azerbaiyán, Uzbekistán y Turkmenistán, caratuladas por Ramonet como “dictaduras neototalitarias” (2005: 112).

Hemos hablado más arriba de que, por la posición que ocupa en la estructura de poder mundial, Estados Unidos es quien tiene mayores condiciones para configurar la totalidad, es decir, para definir cómo es el mundo y colocar límites al ingreso a éste. Como núcleo de la totalidad así definida, Estados Unidos puede –y en ciertos momentos, como el que estamos analizando, lo hace– confundirse con ésta y, por lo tanto, presentar sus intereses y valores particulares como intereses y valores mundiales (universales).

Un poco más adelante veremos que la “libertad” –sin minimizar en absoluto la ambigüedad que habita este significante– fue definida también en tanto universalidad, más específicamente, como vimos, como “el regalo de Dios a cada individuo en la faz de la Tierra”¹⁷⁶. El establecimiento de una serie es aquí, por lo tanto, necesaria: si Estados Unidos es aquel que tiene la capacidad de definir quién es incluido y quién excluido del “mundo libre”, si es quien se presenta con la “misión” de distribuir aquel bien otorgado por Dios, de allí a homologarse con la libertad, hay un solo paso. De esta manera, se comenzó por transformar la

¹⁷⁶ CASA BLANCA (2003). El Presidente actualiza a trabajadores de planta de tanques en Lima, Ohio, (24/04/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

voluntad particular de la administración Bush de derrocar a Saddam Hussein en una misión otorgada por Dios a Estados Unidos:

“Nunca ha estado más claro que el futuro de la libertad y de la paz depende de las acciones de América. Esta nación es el hogar de la libertad y la defensora de la libertad. Damos la bienvenida a esta orden de la historia”¹⁷⁷

Para finalizar en una homologación explícita:

“la palabra ‘libertad’ y ‘América’ son sinónimos. Eso es lo que creemos. Y creemos que todos desean la libertad”¹⁷⁸

En otras palabras, y permitiéndonos completar la serie, si “libertad” y “América” son sinónimos, es decir que significan lo mismo, es decir, que son intercambiables y todos desean la libertad, pues ésta es un regalo de Dios a los hombres, todos desean ser como Estados Unidos. Aún más, si todos fuéramos de esa manera, se sostenía, el mundo entero sería mejor:

“América continúa siendo el guardián del mundo, defendiendo la libertad y promoviendo la democracia, ayudando a hacer del mundo un lugar más seguro –y mejor– para todos nosotros y para todos nuestros hijos”¹⁷⁹

El establecer a este valor como el máximo en una implícita jerarquía de valores y homologarse con ésta, implica, por supuesto, el establecimiento de una superioridad particular que, sin embargo, al ser universalizado el valor, es invisibilizada. Esta idea de superioridad subyacente, permitió a la administración Bush presentar al país norteamericano como “el guardián del mundo”. En efecto,

¹⁷⁷ CASA BLANCA (2003). Observaciones del Presidente en una recepción Bush-Cheney 2004, (20/06/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

¹⁷⁸ CASA BLANCA (2003). El Presidente Bush discute el próximo viaje a África con periodistas, (03/07/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra y las cursivas también.

¹⁷⁹ CASA BLANCA (2002). La Consejera de Seguridad Nacional habla en Texas A&M, (08/04/2002). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

se estableció una serie discursiva que fue de la postulación del valor de la libertad (bajo la forma terrenal de la democracia) como valor universal, a la homologación de Estados Unidos en tanto particularidad con dicho valor, finalizando en su identificación esta vez con el mundo en general (y ya no con una fracción de éste encaramada en un enfrentamiento).

Una vez establecida la homologación entre Estados Unidos y la libertad, no ya como un valor dichopreciado por el país del norte, sino como su perfecto representante terrenal, no puede dejar de sostenerse que “la llegada de la libertad” al territorio iraquí suponía la “globalización”¹⁸⁰ forzada del país árabe.

La libertad como valor universal: libertad y democracia.

El discurso ético que se impuso fue un discurso que giró básicamente en torno de la libertad. Luego de que no se encontraran ADM y luego de que fueran puestos numerosas veces en duda los lazos supuestos entre Saddam Hussein y las redes terroristas internacionales, el discurso bushiano viró hacia la necesidad de la democratización y la liberación de Medio Oriente:

“Es presuntuoso e insultante sugerir que una entera región del mundo –o un quinto de la humanidad que es musulmán– de alguna manera no está tocado por las aspiraciones más básicas de la vida. Las culturas humanas pueden ser muy diferentes. Sin embargo, el corazón humano desea las mismas buenas cosas, en todos lados en la Tierra (...) Por estas razones fundamentales, la libertad y la democracia tendrán siempre y en todos lados más atracción que los slogans del odio y las tácticas del terror”¹⁸¹.

Esta cita es ilustrativa en el sentido de que no sólo pone en evidencia la idea de universalidad de la “libertad” y la democracia que subyació a la política imperialista, sino que resalta la concepción de éstas como fuerzas naturales. En efecto, la diferenciación entre las culturas y el “corazón” humanos remite a la separación entre historia y naturaleza; según estas palabras, la libertad y la

¹⁸⁰ Desde nuestro punto de vista, el término “globalización” es también un término que supone la invisibilización de la particularidad que está efectivamente globalizada (hay un sujeto y un objeto de la “globalización”).

¹⁸¹ CASA BLANCA (2003). El Presidente discute el futuro de Irak, (26/02/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

democracia se encontrarían en este último ámbito y, por lo tanto, serían del plano de la necesidad más que de aquél de la contingencia (plano político por excelencia).

La cuestión de la posibilidad de existencia de valores universales considerados a priori como estando fuera de la historia, es decir, válidos en todo tiempo y espacio, ha sido largamente discutida y aún hoy constituye una aporía. No es nuestra intención aquí entrometernos en dicho problema filosófico, sino simplemente mostrar cómo la administración Bush ha utilizado la universalización de un valor para acompañar una política imperialista. Como sostuvimos más arriba, es necesario un puente entre un nacionalismo exacerbado y esta última y este puente es proporcionado por el dispositivo racista que supone la negación de la identidad propia en beneficio de un cierto bien universal. En este sentido pudimos hacer referencia a la “carga del hombre blanco” y a la “misión civilizadora” francesa. La universalidad que guió a Estados Unidos en la oportunidad que estamos analizando fue el significante libertad que, como veremos, mediante un rodeo discursivo fue homologado al significante democracia. En efecto, se gestionó la polisemia propia de este primer término con el fin de convertirlos en sinónimos.

Fue la preeminencia de este significante acompañando la política de Estados Unidos hacia Irak la que posibilitó la transformación de un movimiento político en uno ético. En efecto, como vimos más arriba, Estados Unidos se presentó como el defensor de la libertad, postulando la existencia de una misión en este sentido:

“una de las misiones de esta administración es expandir la libertad. Entiendo que la libertad es la necesidad y esperanza más profunda de cada corazón. Y creo que la libertad es el derecho de cada persona y el futuro de cada nación. Y eso es exactamente lo que estamos haciendo en Irak”¹⁸²

“Nuestra misión en Irak y Afganistán está clara para nuestros miembros en servicio –y clara para nuestros enemigos. Nuestros hombres y mujeres están luchando para asegurar la

¹⁸² CASA BLANCA (2003). Observaciones del Presidente en la Gala Presidencial del Comité Nacional Republicano del año 2003, (08/10/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

libertad a más de 50 millones de personas que recientemente viviendo bajo dos de las más crueles dictaduras en la Tierra. Nuestros hombres y mujeres están luchando para ayudar a la democracia y a la paz y a la justicia crecer en una región agitada y violenta”¹⁸³

“Estados Unidos y Gran Bretaña comparten una misión en el mundo más allá del equilibrio de poder o de la simple persecución de su interés. Buscamos el avance de la libertad y de la paz que la libertad trae. Juntas nuestras naciones están luchando y se están sacrificando por este alto objetivo en una tierra distante en este preciso momento”¹⁸⁴

El hecho de presentar a la invasión de Irak como un movimiento mayormente ético, no sólo invisibiliza los intereses particulares en juego (nótese que en las palabras pronunciadas en Londres, el Presidente Bush incluso minimiza la importancia de la persecución de intereses nacionales en el establecimiento de la política exterior), sino que supone la representación de aquello por lo cual se lucha. Los discursos de la administración Bush ya habían explicitado la homologación entre Estados Unidos y la libertad, sin embargo, mediante las citas que anteceden podemos agregar algo a lo dicho anteriormente. La primera de las tres citas aquí rescatadas habla de la libertad como un bien que habita en cada “corazón humano”. Como dijimos más arriba, esto ya anuncia la concepción de la libertad como perteneciente al plano de lo biológico, es decir, de lo natural. Pero, aún más, la libertad es predicha como “el futuro de cada nación”. Existe aquí la filtración de una cierta concepción de la historia que la comprende hegelianamente como un camino único hacia un fin predeterminado: en este caso, la libertad.

No obstante, libertad y democracia ya comienzan a confundirse aquí: en el segundo enunciado citado, se establece una serie que iguala a libertad con democracia, paz y justicia. Aún más, en la mayoría de las ocasiones en las que aparece el significante democracia, lo hace acompañado por el significante libertad.

¹⁸³ CASA BLANCA (2003). El Presidente Bush discute Irak en el mensaje del Día del Veterano, (11/11/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

¹⁸⁴ CASA BLANCA (2003). El Presidente Bush discute la política hacia Irak en el Palacio Whitehall en Londres, (19/11/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

“El objetivo –que estamos seguros compartimos con el pueblo iraquí- es un Irak entero, libre y en paz consigo mismo y con sus vecinos. Un Irak que se mueva hacia la democracia, en el cual todas las religiones y las comunidades étnicas tengan una voz y en donde los derechos individuales sean protegidos –sin importar género, religión o etnicidad”¹⁸⁵

Si bien esta primera cita no es absolutamente representativa de lo que estamos sosteniendo, la hemos escogido por tratarse de la primera vez que, en referencia a Irak y al futuro de éste, surge el significante democracia. Nótese, de todas maneras, que un Irak libre es entendido como un Irak democrático. Al respecto, las siguientes citas son significativas, pues no debe soslayarse la importancia de la aparición frecuente y simultánea de determinados significantes en un mismo contexto enunciativo (lo que, junto a Jäger, hemos denominado “enmarañamiento discursivo”):

“El mundo tiene un claro interés en la expansión de los valores democráticos [aquí aparece nuevamente la cuestión del interés mundial en detrimento del interés nacional], porque las naciones estables y libres no alimentan las ideologías del asesinato [...] Y hay signos esperanzadores de un deseo de libertad en Medio Oriente”¹⁸⁶

“el corazón humano desea las mismas buenas cosas, en todos lados en la Tierra [...] Por estas razones fundamentales, libertad y democracia siempre y en todos lados tendrán mayor atractivo que los eslóganes de odio y las tácticas de terror”¹⁸⁷

En esta última cita, no sólo es importante destacar –una vez más- la ubicación de conceptos tales como libertad (y, debido a la serie que se establece, democracia) en el plano de lo natural, sino también la polarización que se establece entre libertad y democracia y odio y terror. En este sentido, las dos primeras serían sinónimos de Estados Unidos y las dos últimas de sus enemigos: el terrorismo (islámico) y, en el caso particular de Irak, el gobierno de Saddam Hussein. Por otra parte, la afirmación que sostiene que “el corazón humano desea

¹⁸⁵ CASA BLANCA (2003). Discurso del Vice-consejero de Seguridad Nacional, Stephen Hadley, (12/02/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

¹⁸⁶ CASA BLANCA (2003). El Presidente discute el futuro de Irak, (26/02/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

¹⁸⁷ CASA BLANCA (2003). El Presidente discute el futuro de Irak, (26/02/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

las mismas buenas cosas”, supone implícitamente la bondad de aquello que defiende el sujeto del enunciado.

“La gente en todos lados comparten los mismos anhelos de libertad para crear, hablar y venerar en libertad [...] Cuando la libertad está siendo buscada por gente valiente que vive bajo la tiranía, debemos ponernos de su lado. Y cuando gente recientemente libre está buscando construir las instituciones de la ley y la democracia, tenemos una obligación, si nos piden, de ayudar”¹⁸⁸

Finalmente y para no dejar dudas acerca de la homologación que se efectuó entre libertad y democracia:

“El éxito de la democracia iraquí enviará las noticias desde Damasco a Teherán, de que la libertad puede ser el futuro de cada nación”¹⁸⁹

Decíamos más arriba, y lo hemos visto en algunas de las citas aquí presentadas, que la libertad aparecía como “el futuro de cada nación”. En esta última cita, es ahora la democracia la que aparece cumpliendo esa función, pero, a diferencia de la aserción citada más arriba, esta última carece del determinismo del que era acreedora la primera. Este determinismo, sin embargo, no va a perderse. Si la libertad y la democracia, ahora entendidas como sinónimos, son del plano de lo natural, su despliegue aparece como necesario, culminando esta progresión discursiva en la afirmación de que

“Los iraquíes han hecho más que formar un gobierno [...] han demostrado que la democracia es la esperanza de Medio Oriente y el destino de toda la humanidad”¹⁹⁰

Esta última lectura se asemeja bastante a la idea de Fukuyama, según el cual la democracia se constituye como una necesidad histórica y, por lo tanto, su imposición no se hace necesaria. Asimismo, esta concepción de la

¹⁸⁸ CASA BLANCA (2003). Observaciones de la Consejera de Seguridad Nacional en el comienzo de clases de la Universidad de Derecho de Mississippi, (19/05/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

¹⁸⁹ CASA BLANCA (2004). Mensaje radial del Presidente, (01/05/2004). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

¹⁹⁰ CASA BLANCA (2006). El Presidente discute la Guerra Global contra el Terror, (22/05/2006). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

historia como despliegue de la libertad ya era anunciada en el discurso que el Presidente Bush dio ante el Congreso de Estados Unidos en la que afirmó el apoyo de Dios a la causa estadounidense:

“La libertad y el miedo, la justicia y la crueldad, siempre han estado en guerra, y sabemos que Dios no es neutral entre ellos”¹⁹¹

“La libertad y el miedo están en guerra [...] Pero el resultado de este conflicto es seguro: hay una corriente en la historia y se dirige a la libertad [...] Estamos seguros, también, de que la historia tiene un autor que llena el tiempo y la eternidad con su propósito. Sabemos que el mal es real, pero el bien prevalecerá frente a él”¹⁹²

En efecto, que una política intervencionista esté sostenida sobre una idea de necesidad podría aparecer como contradictoria: si el desarrollo de la democracia es entendido como aquello hacia lo que naturalmente tienden las sociedades, la intervención humana en ese sentido no sería necesaria. Sin embargo, si recordamos la igualación que se había establecido más arriba entre Estados Unidos y la libertad, era posible que el primero alentara un desarrollo más acelerado de la expansión de la segunda.

“Había escépticos hace seis décadas que decían que la libertad no podía prevalecer. La Historia ha probado que estaban equivocados. En este joven siglo, los escépticos aún están con nosotros; pero también lo está el imparable poder de la libertad. En Afganistán y en Irak y en otras naciones, ese poder está remplazando a la tiranía con esperanza, y nadie debería apostar en su contra. Una de las grandes fuerzas para la libertad en la historia del mundo son las Fuerzas Armadas de Estados Unidos”¹⁹³

De esta manera, los valores particulares de Estados Unidos, reconocidos como tales tanto en ciertos discursos como en documentos tales como la ESN 2002, fueron universalizados.

¹⁹¹ CASA BLANCA (2001). George W. Bush, Menaje a una sesión conjunta del Congreso y al pueblo americano, (20/09/2001). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

¹⁹² CASA BLANCA (2001). El Presidente Bush habla a las Naciones Unidas, (10/11/2001). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

¹⁹³ CASA BLANCA (2006). El Presidente discute la democracia en Irak con Freedom House, (29/03/2006). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

“Al igual que Saddam Hussein, algunos de los tiranos de hoy están apoderados por un implacable odio a los Estados Unidos de América. Odian a nuestros amigos, odian nuestros valores, odian la democracia y la libertad y la libertad individual”¹⁹⁴

“En la guerra contra el terrorismo global, nunca olvidaremos que en última instancia estamos luchando por nuestros valores democráticos y modo de vida” (ESN, 2002: 7, las cursivas son nuestras)

Ahora bien, si en un primer momento se reconoció la particularidad de los valores y se postuló una concordancia entre intereses y valores particulares, más tarde el único interés propio de Estados Unidos que se enarboló (una vez que el CSNU le quitó la posibilidad de su legitimación para la invasión) fue aquel de la seguridad nacional ya que se postulaba el peligro de las supuestas ADM (éstas suponían armas químicas y biológicas y desarrollo de un arma nuclear) como una amenaza prácticamente inminente. La libertad, sin embargo, fue inmediatamente universalizada:

“La causa de América está bien y es justa: libertad para un pueblo oprimido y seguridad para el pueblo americano”¹⁹⁵

De esta manera, valores que se entendían en un primer momento como particulares, pasaron a ser considerados como universales. El significativo libertad y aquél de la democracia pasaron a estar compuestos por otro significado que – como vimos– los ligaba más al terreno de la naturaleza que a aquél de la historia política de los hombres. El pasaje de la particularidad a la universalidad puede ser graficado a través del siguiente enunciado, pronunciado en diciembre del año 2002, algunos meses antes a la invasión:

“En las decisiones y misiones por venir, nuestro ejército llevará a cabo los valores de América y las esperanzas del mundo. El pueblo de Irak, como todos los seres humanos, merecen su libertad”¹⁹⁶

¹⁹⁴ CASA BLANCA (2001). Observaciones del Presidente ante estudiantes y cuerpo docente de la Universidad Nacional de Defensa, (01/05/2001). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra y las cursivas también.

¹⁹⁵ CASA BLANCA (2003). El Presidente discute el futuro de Irak, (26/02/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

De esta manera, los valores particulares que el gobierno de Estados Unidos se arrogaba eran transformados a través de un salto discursivo en valores pertenecientes a toda la humanidad, como vimos, de manera natural. Así, el modelo socio-político de gobierno de un pueblo, era juzgado por medio de la vara de la democracia liberal estadounidense que, de esta manera, se había convertido en un referente valorativo, en lugar de descriptivo. Lo que se aceptaban eran cambios cosméticos: la posibilidad de una democracia parlamentaria en lugar de una representativa; pero el modo de sujeción de los sujetos, de relación de los sujetos con la política y, por lo tanto, con su propio gobierno, debía copiar el modelo norteamericano. Ciertos contenidos, en este sentido, eran insoslayables, y algunos de ellos –también como vimos más arriba– incluso chocaban fuertemente con las relaciones sociales (históricas) establecidas en los territorios conquistados. La redacción de la TAL, de la que hablamos anteriormente, fue testigo de estos choques. Aquellos principios que, se sostenía, debían estar necesariamente en la nueva y naciente democracia iraquí, eran presentados como principios naturales:

“Con respecto a lo que efectivamente entra en la constitución, hemos estado impresionados con que [...] los iraquíes están comprometidos con las nociones de derechos humanos, que están comprometidos con la noción de igualdad ante la ley [...] confiamos en que la gente tiene instintos hacia estos valores básicos de derechos humanos y de libertad y de decencia común”¹⁹⁷

La referencia a “instintos” es, claramente, una referencia al plano de lo natural. Aquí Condoleezza Rice postula que parte de la naturaleza humana está en el reconocimiento de los Derechos Humanos, derechos históricos, surgidos en un determinado contexto y, por lo tanto, contruidos sobre la idea de derechos individuales. La ambigüedad que habita en nociones tales como libertad (hemos visto que una de sus posibles definiciones a través del establecimiento de sinónimos es aquella de la democracia, otra aparece ligada al libre comercio) o “decencia común” no nos permiten hacer análisis pormenorizados desde los

¹⁹⁶ CASA BLANCA (2002). El Presidente firma el Acta de Autorización de Defensa Nacional, (02/12/2002). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra y las cursivas también.

¹⁹⁷ CASA BLANCA (2003). Entrevista a la Consejera de Seguridad Nacional por KXAS-TV, Dallas, Texas, (11/11/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra y las cursivas también.

propios discursos acerca del tipo de Constitución concreta que se pretendía para el Irak post-Saddam Hussein. Hemos visto, a través de recurrir a fuentes secundarias y a bibliografía especializada que buscaban imponerse ciertos “principios básicos” que hacía que la posibilidad de participación de los rasgos particulares del otro en dicho documento fuera mínima.

De esta manera, valores particulares y, por tanto, históricos, contingentes, fueron convertidos en valores universales y, por tanto, ahistóricos, necesarios. La afirmación acerca de la igualdad de los hombres se realizó en nombre de un determinado modo de organización socio-política particular, la democracia, sin que, al mismo tiempo, se reconociera dicha particularidad. De este modo, la identidad biológica (el reconocimiento de los iraquíes como pertenecientes a la humanidad) se transpoló en una suerte de identidad político-cultural. Así, no solamente se sostuvo la posibilidad de que la democracia fuera adoptada por todos, sino que esta adopción se transformó en un mandato (recordemos: “la democracia es el destino de la humanidad”). En efecto, pasó del estado de potencia (esto es, de la afirmación de la capacidad de todos de vivir bajo un sistema de gobierno democrático) a aquél de acto. Al pasar a este último estado la democracia ya no apareció como posibilidad, sino como necesidad. De allí a su imposición restó únicamente un paso.

Racismo

Como decíamos, sostiene Hanna Arendt (1958) que el imperialismo está impulsado por un fuerte nacionalismo que a fin de proyectarse hacia afuera precisa del racismo. Hemos visto que, según Foucault (1996), el racismo postula que el mundo estará mejor sin aquello que lo perturba y funciona así como un dispositivo legitimador del poder soberano de dar muerte. Digamos, para finalizar, que el racismo es entendido como un discurso que puede ser articulado en torno a distintos lenguajes, dando lugar a la posibilidad de un racismo sin razas (Balibar, 1991).

Veremos un poco más adelante, cuando abordemos la cuestión de la construcción del otro como una otredad inasimilable, que éste fue construido de modo tal de hacerlo exterminable estableciéndose un fuerte binarismo entre

aquello que debía vivir y aquello que debía morir (los “terroristas islámicos” y los regímenes que, según la administración, les otorgaban refugio). Digamos por el momento que dicho exterminio era presentado como necesario con el fin de mejorar el mundo. En efecto, la conversión democrática de todos no era necesaria únicamente para asegurar la supervivencia de Estados Unidos. “La democracia y la tiranía”, “la libertad y el miedo”, por tanto, no estaban en una guerra de mera supervivencia. Se sostenía, por el contrario, que la implantación de la democracia, es decir, de un modelo socio-político particular homologado con la libertad concebida como un valor universal, equiparado a su vez con Estados Unidos, devendría no sólo en una salvación de “nuestro” mundo, sino en el mejoramiento del mundo en general:

“a través de nuestras acciones, aseguraremos la paz y guiaremos al mundo a un día mejor”¹⁹⁸

“desarmaremos a Saddam Hussein si él no se desarma. Así que tenemos mucho por hacer –tenemos mucho por hacer para dejar un país más seguro y un país mejor y un mundo más seguro y mejor”¹⁹⁹

“El objetivo de esta estrategia es ayudar a hacer al mundo no sólo más seguro, sino mejor. Nuestros objetivos en el camino del progreso están claros: libertad política y económica, relaciones pacíficas con otros Estados, y respeto por la dignidad humana” (ESN, 2002: 1)

La última cita es importante. En ella se habla del mejoramiento del mundo a través del cumplimiento de determinados objetivos que implicarían la exportación de valores y modelos (económicos y políticos y, por tanto, sociales) particulares. A través de la noción de libertad política, por la serie establecida anteriormente, podemos vislumbrar la emergencia del significante democracia. En cuanto a la libertad económica, ésta hace clara referencia al libre comercio, entendido en el mismo documento –como vimos– como “un principio moral aún antes de que deviniera pilar de la economía” (ESN, 2002: 18). Podría sostenerse, de esta manera, que la apertura política iraquí estaba destinada a ser sino el sostén, sí la compañera, de una apertura económica, el modo de instaurar el

¹⁹⁸ CASA BLANCA (2002). El Presidente Bush resume la amenaza iraquí, (07/10/2002). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

¹⁹⁹ CASA BLANCA (2003). El Presidente dice: “Es un momento de la verdad” para las NU, (09/02/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

neoliberalismo en ese país. Como se vio, la APC fue absolutamente funcional a ese objetivo, privatizando empresas anteriormente en manos estatales y liberalizando la economía en líneas generales. De esta manera, y teniendo en cuenta los principios de democracia liberal y libre comercio que se encuentran en la base histórica de Estados Unidos, el mejoramiento del mundo suponía la universalización del modelo social, político y económico de la potencia norteamericana. Es aquí donde entró a jugar el excepcionalismo estadounidense como identidad reificada.

Para sintetizar lo visto hasta el momento, la política imperialista de la administración Bush llevada a cabo hacia Irak fue precedida y estuvo acompañada por una construcción de la identidad estadounidense que la invisibilizaba en nombre de una universalidad (la libertad) que se presentaba como un a priori necesario en todo tiempo y espacio. De acuerdo a la serie establecida (Estados Unidos = libertad = democracia = Bien = progreso), existió una paulatina universalización de una particularidad que en escasas oportunidades, en los contextos enunciativos en los que emergía el significante "Irak" y/o "Saddam Hussein", hizo referencia a intereses nacionales, hablando, en cambio, en nombre de intereses mundiales, produciéndose, de este modo y a nivel discursivo, una homologación de Estados Unidos con el mundo.

La contrapartida de esta universalidad fue la construcción de una otredad que debía, a fin de ser exterminada, ser colocada por fuera del mundo, así definido por Estados Unidos. En adelante, nos concentraremos en ella.

Otredad inasimilable

La política imperialista hacia Irak por parte de la administración Bush estuvo sostenida sobre una relación de violencia que expulsó al otro del campo de lo político, transformándolo, así, en un sujeto eliminable. Hemos visto que en el discurso que acompañó la política de Estados Unidos hacia Irak, el país norteamericano se confundió con "el mundo". De esta manera, los otros enfrentados en la efectución de esta política fueron excluidos de aquél. Esta exclusión cumplió una doble función: al tiempo que cerraba la totalidad, es decir,

demarcaba los límites entre “Nosotros” y los otros a través de una lógica binaria, evitaba la crítica del sí mismo colocando las “culpas” y responsabilidades exclusivamente en el campo ajeno. De esta manera, Estados Unidos era desligado de aquello que enfrentaba, dando lugar a la característica inocencia retórica de la política exterior de la potencia del norte (Rosati, 1993). Con esto se anulaba la relación entre Washington y los enemigos que enfrentaba, abriendo las puertas a la esencialización de los otros y a postulados maniqueos. La otredad de estos otros -de quienes se habla, pero a quienes no se habla- es a tal punto construida como radical que, desde el sujeto del enunciado, el conflicto se presenta como inevitable mientras estos existan.

La política imperialista de Washington en Irak se basó en la construcción de dos otredades inasimilables. Por un lado, sobre todo a partir del 11-S y hasta su derrocamiento por las tropas lideradas por Estados Unidos, Saddam Hussein y su gobierno fueron contruidos como tales. Para esto, se seleccionaron cuidadosamente ciertos rasgos y acciones que fueron resaltados; y se buscaron establecer series sinonímicas entre él y ciertos elementos que constituían el marco discursivo de la GGT (el 11-S, el “terrorismo islámico” en general, Al-Qaeda en particular). Por otro lado, una vez derrocado su gobierno e implantada la APC, emergieron distintos grupos resistentes iraquíes que ocuparon el lugar de la otredad inasimilable que Saddam Hussein ya no ocupaba efectivamente. Estos grupos –motivados por distintos objetivos y a los que se les unieron elementos de Al-Qaeda– fueron desligados de cualquier relación con la política estadounidense al punto que se evitó darles el nombre de resistencia (se prefirió, en general, el nombre de insurgencia para referirse a ellos, legitimando la autoridad impuesta por Estados Unidos primero bajo la forma de la APC y luego, una vez habiéndose producido el traspaso formal de soberanía, bajo la del GI). Buscaremos concentrarnos en los elementos constitutivos del discurso constructor de otredades inasimilables que enumeramos más arriba e intentaremos aplicarlos a ambos casos. Por último y a modo de cierre, haremos un breve repaso por la construcción de la nueva otredad asimilable (sujeto de políticas hegemónicas) que

reemplazó a éstas, dando cuenta del rol de la política imperialista como movimiento originario.

Saddam Hussein y su "régimen": de su caracterización negativa a su deshumanización

Partiendo del hecho de que el gobierno de Saddam Hussein no fue beneficiado con ese nombre, sino que se hizo referencia a él en términos de "régimen", significante que lleva implícita una valoración, y que él mismo no fue llamado en ningún momento como Presidente, sino simplemente por su nombre, restándole legitimidad a su gobierno, los discursos de la administración en cuanto a estos se refiere dieron cuenta de una progresividad en la construcción negativa del otro. En efecto, la construcción de éste como otredad inasimilable, se dio de modo progresivo, partiendo desde su caracterización negativa y culminando en su deshumanización (máximo grado de negatividad). Fue esta última, precisamente, la que, a través del establecimiento de una lógica binaria transformó la posibilidad de desaparición del gobierno de Saddam Hussein en una necesidad. Como veremos, teniendo en cuenta el marco de la GGT y los atentados del 11-S que funcionaron como fondo para graficar esta necesidad, fue preciso que el entonces Presidente iraquí fuera presentado como un peligro aún mayor que aquel representado por el "terrorismo".

La caracterización negativa del otro es realizada tanto a través de la utilización de adjetivos considerados negativos por el sujeto de enunciado, como a través de la inclusión en el mismo contexto discursivo en el que se lo nombra de significantes también considerados negativos por el portador del discurso. De este modo, el Presidente iraquí fue presentado, desde un primer momento y aún antes del 11-S (lo cual abona a la tesis que sostiene que la invasión de Irak era una política que se hubiese igualmente desplegado a pesar de no haber existido los atentados), como una amenaza a su pueblo, a la región y al mundo. Su nombre fue acompañado por palabras como "brutalidad", "terror", "chantaje", "amenaza", "maldad", "odio", etc.

“A diferencia de la Guerra Fría, la más urgente amenaza de hoy no proviene de miles de misiles balísticos en las manos soviéticas, sino de un pequeño número de misiles en las manos de [...] Estados para los cuales el terror y el chantaje son una forma de vida”²⁰⁰

“Él [Saddam Hussein] ha sido una amenaza por siempre”²⁰¹

“No hay dudas de que el líder de Irak es un hombre malo. Después de todo, gaseó a su propio pueblo. Sabemos que ha estado desarrollando ADM”²⁰²

Más allá de las palabras utilizadas para referirse a Saddam Hussein, que hablan por sí mismas, la primera cita es interesante en tanto no sólo compara al Estado de Irak con el enemigo soviético (aquél que guió la política exterior estadounidense durante poco menos de 50 años) sino que, además, lo esencializa, postulando ciertas características que le son atribuidas como “una forma de vida”. Con respecto a la referencia al anterior enemigo soviético, Saddam Hussein fue catalogado en varias oportunidades como “un estudiante de Stalin”²⁰³, estableciendo paralelos históricos y sumando cargos en contra del Presidente del país mesopotámico. Hemos seleccionado estas citas como representativas de los primeros momentos de la construcción de Saddam Hussein como una otredad inasimilable, sin embargo, no queremos dejar de resaltar el modo en que también su gobierno fue construido. “Saddam y su grupo de asesinos”²⁰⁴ y “banda criminal violenta que se llama a sí misma gobierno”²⁰⁵ son algunas de las expresiones con las que se hizo referencia a aquél. De esta manera, el gobierno de Saddam Hussein fue despolitizado y criminalizado en un mismo y único movimiento discursivo.

²⁰⁰ CASA BLANCA (2001). Observaciones del Presidente a estudiantes y cuerpo docente de la Universidad Nacional de Defensa, (01/05/2001). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

²⁰¹ CASA BLANCA (2001). Observaciones del Presidente a la prensa, (07/08/2001). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

²⁰² CASA BLANCA (2001). El Presidente sostiene una conferencia de prensa en el horario de mayor audiencia, (11/10/2001). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

²⁰³ CASA BLANCA (2002). El Presidente y el Liderazgo de la Casa de Representantes acuerdan sobre la resolución sobre Irak, (02/10/2002). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

²⁰⁴ CASA BLANCA (2003). El Presidente George Bush discute Irak en una Conferencia de prensa nacional, (06/03/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

²⁰⁵ CASA BLANCA (2003). El Presidente congrega a las tropas en la Base de la Fuerza Aérea MacDill en Tampa, (26/03/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

Ahora bien, esta despolitización se dio paulatinamente. De la inicial caracterización negativa que marcamos, comenzó un proceso a través del cual le fueron negadas ciertas características políticas y humanas. De esta manera, se lo llevó primero al campo de la irracionalidad, aduciendo que sus acciones estaban guiadas por un odio a Estados Unidos y a los valores que –se decía– este país representaba (que –recordemos– al mismo tiempo eran universalizados).

“Como Saddam Hussein, algunos de los tiranos de hoy están poseídos por un implacable odio a Estados Unidos de América. Odian a nuestros amigos, odian nuestros valores, odian la democracia y la libertad y la libertad individual”²⁰⁶

Así, se atribuía al odio las acciones que el Presidente de Irak emprendía, mutilándolo de la capacidad de tener intereses más allá de éste (lo cual implica desde ya cierta atribución de irracionalidad que luego le sería endilgada directamente) y, al mismo tiempo –aunque en esto nos detendremos más adelante–, éste era un modo de desligar la política exterior del gobierno de Saddam Hussein de aquella estadounidense. En efecto, al suponer que la primera estaba motivada por factores emocionales, se establecía un corte en la relación entre ambos países que promulgaba la inexistencia de lazos entre las acciones de ambos Estados. La responsabilidad de las acciones recaía exclusivamente en el otro, liberando a la potencia del norte de cualquier relación con ellas. Aún más, se llegó a plantear el desarrollo de ADM como una cuestión de personalidad adictiva de Saddam Hussein, quien fue caratulado como “un dictador homicida que es adicto a las ADM”²⁰⁷ (como vimos, el desarrollo de éstas fue impulsado por las armas que Washington le entregó durante la Guerra Irán-Irak).

Como hemos dicho, esta primera alusión a ciertos rasgos de irracionalidad atribuidos a Saddam Hussein, también sufriría un desarrollo lineal y paulatino que culminaría en referencias explícitas a su salud mental:

²⁰⁶ CASA BLANCA (2001). Observaciones del Presidente a estudiantes y cuerpo docente de la Universidad Nacional de Defensa, (01/05/2001). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

²⁰⁷ CASA BLANCA (2002). El Presidente Bush resume la amenaza iraquí, (07/10/2002). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

“Saddam Hussein es un hombre que le dijo al mundo que no tendría ADM [...] Imaginen si este loco tuviera un arma nuclear”²⁰⁸

“Dada la historia de violencia y agresión de Saddam, hubiese sido imprudente depositar nuestra confianza en su cordura o su auto-limitación”²⁰⁹

“Actué porque no tenía la más mínima intención de dejar la seguridad del pueblo americano en las manos de un loco. No tenía la más mínima intención de mantenerme al margen y esperar y confiar en la cordura y la auto-limitación de Saddam Hussein”²¹⁰

Este campo de la “locura” que se abrió al Presidente de Irak, no sólo funcionaba como modo de expulsarlo de la totalidad configurada por Estados Unidos, es decir, de la humanidad racional, sino que, como dijimos un poco más arriba, al mismo tiempo, propiciaba el desligamiento de las políticas de Irak de aquéllas de Estados Unidos. De este modo, ambos países eran presentados como realidades paralelas evitando el hablar de anteriores y contemporáneos puntos de contacto. Saddam Hussein y su gobierno fueron construidos, de este modo, como otros-morales, siendo expulsados, de este modo, del campo de lo político. En efecto, se hicieron varias referencias a la falta de moralidad del Presidente iraquí y su gobierno. De esta manera, fue colocado dentro de un más vasto conjunto de regímenes amorales (fortaleciendo, así, la idea de una única moral universal representada por Estados Unidos),

“regímenes que no aceptan ninguna ley de moralidad y no tienen límites para sus ambiciones violentas”²¹¹

“En este conflicto, América enfrenta a un enemigo que no tiene consideraciones por convenciones de guerra o reglas de moralidad. Saddam Hussein ha colocado tropas y equipo iraquí en áreas civiles, intentando usar hombres, mujeres y niños inocentes como escudos para su propio ejército –una atrocidad final contra su pueblo”²¹²

Como corolario de estos movimientos discursivos de progresividad en la construcción negativa del otro, Saddam Hussein fue excomulgado de la

²⁰⁸ CASA BLANCA (2002). Irak debe desarmarse dice el Presidente en un discurso en Dakota, (03/11/2002). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

²⁰⁹ CASA BLANCA (2003). El Presidente Bush, PM Blair discuten la Guerra contra el Terrorismo, (17/07/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

²¹⁰ CASA BLANCA (2003). El Presidente discute el progreso en Irak, (09/10/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

²¹¹ CASA BLANCA (2002). Observaciones del Presidente ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, (12/09/2002). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

²¹² CASA BLANCA (2003). El Presidente Bush se dirige a la Nación, (19/03/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

humanidad y, de este modo, se abrieron las puertas a la posibilidad de su exterminio/desaparición²¹³. Quisiéramos resaltar que en la primera cita que sigue, el hecho de colocar por un lado la “opinión de la humanidad” (representada por Estados Unidos en un movimiento más de universalización de particularidades) y, por otro, a Saddam Hussein, deshumaniza inmediatamente a este último. Las citas restantes, creemos, hablan por sí solas:

“A él [Saddam Hussein] realmente no le importa la opinión de la humanidad”²¹⁴

“También tenemos fuentes que nos dicen que desde los 80s, el régimen de Saddam ha estado experimentando con seres humanos para perfeccionar sus armas biológicas o químicas [...] La inhumanidad de Saddam Hussein no tiene límites”²¹⁵

“Día tras día, hemos visto la realidad del régimen de Saddam Hussein –sus matones se prepararon para matar a su propio pueblo; el desfile de los prisioneros de guerra; y ahora, la publicación de esas fotos de soldados británicos ejecutados. Si alguien necesitaba más evidencias de la depravación del régimen de Saddam, esta atrocidad la provee [...] está más allá de la comprensión de cualquiera con una onza de humanidad en su alma”²¹⁶

Como dijimos, esta deshumanización funciona como condición de posibilidad de la desaparición del otro-no humano (recordemos que el otro-político es invitado a un espacio agonal de discusión en el que priman las relaciones de poder). Sin embargo, en el caso de Saddam Hussein, donde existió efectivamente una política imperialista, se pasó del terreno de la posibilidad, de la potencia, a aquel de la necesidad y, por tanto, del acto. Esto explica que el gobierno de Saddam Hussein haya sido equiparado a un cáncer: una enfermedad mortal que es necesario atacar antes de que se propague:

²¹³ En este sentido, más allá de que a diferencia del caso de los talibán y *Al-Qaeda* en Afganistán, la administración Bush reconoció la validez de la Convención de Ginebra para el caso iraquí por tratarse de una ocupación, los casos de violaciones de los Derechos Humanos y de humillaciones sufridos por el pueblo iraquí en las cárceles del país mesopotámico (como caso más emblemático pueden citarse las imágenes que circularon de maltrato de prisioneros por parte de las tropas estadounidenses en la cárcel de Abu Ghraib), no deben ser entendidos como casos aislados. La deshumanización de los enemigos a los que se enfrentaba da cuenta de la posibilidad de estos sucesos que, asimismo, deben ser enmarcados en un más amplio cuadro conformado por los centros de detención reconocidos de Guantánamo y Baghrām, así como por los innumerables espacios de detención establecidos en bases y cárceles comunes de países aliados (al respecto, hemos visto el rol que Egipto jugó en las llamadas “entregas”).

²¹⁴ CASA BLANCA (2003). El Presidente congrega a las tropas en Fort Hood, (03/01/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

²¹⁵ CASA BLANCA (2003). El Secretario de Estado de Estados Unidos Colin Powell se dirige al Consejo de Seguridad de las NU, (05/02/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

²¹⁶ CASA BLANCA (2003). El Presidente Bush, el PM Blair sostienen conferencia de prensa, (27/03/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

“si vamos a la guerra, habrá un cambio de régimen. Y reemplazando a este cáncer en Irak habrá un gobierno que represente los derechos de todo su pueblo”²¹⁷

Recordemos que la doctrina de la guerra preventiva que se puso en juego en esta oportunidad se sostenía sobre la idea de que la disuasión de los años de la Guerra Fría se hacía imposible debido a las características del enemigo que se enfrentaba (debido, por ejemplo, a su carácter irracional, amoral y no-humano y, por lo tanto, impredecible, cruel y malvado). Este paso de la posibilidad a la necesidad y, por tanto, de la potencia al acto, se encuentra graficado tanto en el carácter explícito de inevitabilidad que se le dio al conflicto (“Las resoluciones del Consejo de Seguridad serán cumplidas –las justas demandas de paz y seguridad serán satisfechas- o la acción será inevitable”²¹⁸), como en la lógica binaria que primó en el discurso de la administración.

Esta lógica, que supone una disyunción exclusiva del tipo o ellos o nosotros, ya se había anunciado en lo que fue conocido como “Doctrina Bush”. Esta doctrina, de la que hablamos más arriba, permeó todo el discurso de la administración y fue la que habilitó no sólo la posibilidad, sino la necesidad de territorializar la GGT en los Estados acusados de albergar a los terroristas (por supuesto, haciendo uso de la densa ambigüedad de este último término). Evidentemente, Irak ingresó en esta última categoría obteniéndose, así, un doble resultado. Por un lado, Saddam Hussein y su gobierno pasaron a formar parte del lenguaje que acompañó a la GGT. Éste suponía la referencia a la estrategia que la acompañaba, la omnipresencia del 11-S contextualizando la necesidad de derrocar a Saddam Hussein, sus lazos con el terrorismo (produciéndose una homogeneización entre algunos grupos palestinos que utilizaban el terrorismo a modo de instrumento y aquellos grupos que lo hacían sistemáticamente –tales como Al-Qaeda, cuyo fantasma sobrevoló el nombre de Saddam Hussein, formando parte del mismo contexto enunciativo–) e incluso el establecimiento de series enunciativas que equiparaban al gobierno de Saddam Hussein con aquél del

²¹⁷ CASA BLANCA (2003). El Presidente George Bush discute Irak en Conferencia de prensa nacional, (06/03/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

²¹⁸ CASA BLANCA (2002). Observaciones del Presidente ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, (12/09/2002). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

talibán en Afganistán. Por otro lado, el ingreso de Irak a este campo de enemistad absoluta, estuvo sostenido sobre este binarismo que hacía, por lo tanto, su desaparición necesaria.

“Los sucesos pueden resultar en uno de dos modos: si fallamos en actuar para enfrentar el peligro, el pueblo de Irak continuará viviendo en una brutal sumisión. El régimen tendrá nuevo poder para intimidar y dominar y conquistar a sus vecinos, condenando a Medio Oriente a más años de derramamiento de sangre y miedo. El régimen permanecerá inestable –la región permanecerá inestable con pocas esperanzas de libertad y aislada del progreso de nuestros tiempos [...] Si cumplimos con nuestras responsabilidades, si vencemos a este peligro, podemos llegar a un futuro muy diferente. El pueblo de Irak puede sacudir su cautiverio. Pueden un día unirse al Afganistán democrático y a una Palestina democrática, inspirando reformas a lo largo del mundo musulmán [...] Debemos elegir entre un mundo de miedo o un mundo de progreso”²¹⁹

“Una vez más, esta nación y sus amigos nos encontramos entre un mundo en paz y un mundo de caos y alarma constante”²²⁰

“teníamos una decisión que tomar: creer en la palabra de un loco o tomar acciones para defender a América y al mundo”²²¹

Como puede verse en las citas seleccionadas, el discurso de la administración Bush estableció una tajante y absoluta separación entre las que eran consideradas como “fuerzas del caos” y las “fuerzas de la paz y el orden”. Entre ambas no había lugar para grises, así como tampoco se establecían conexiones históricas (en ningún momento se habló, por ejemplo, del rol jugado por Estados Unidos en la guerra Irak-Irán o en las matanzas de kurdos y shiítas que se trajeron a cuenta). Era aquí donde se evidenciaba la lectura maniquea de la historia que se realizaba: las que se enfrentaban eran dos fuerzas, una intrínsecamente buena y otra intrínsecamente mala.

Habiéndose establecido estos dos campos irreconciliables, entre los cuales el conflicto se presentaba como necesario y, por tanto, inevitable (la paz mundial dependía de la desaparición de los otros) y habiéndose comenzado la GGT en el territorio de Afganistán (operación militar que obtuvo el consenso internacional

²¹⁹ CASA BLANCA (2002). Observaciones del Presidente ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, (12/09/2002). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

²²⁰ CASA BLANCA (2003). El Presidente pronuncia el “Estado de la Unión”, (28/01/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

²²¹ CASA BLANCA (2004). Observaciones por el Presidente en una recepción Bush-Cheney 2004, (03/03/2004). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

por considerarse que era desde allí desde donde se habían planeado los atentados al World Trade Center), ciertas voces críticas a la política que se estaba delineando comenzaron a alertar acerca de que una posible invasión a Irak restaría fuerzas para la continuación de la GGT (estos críticos entendían a dicha guerra como territorializándose exclusivamente en territorio afgano). Estas voces aumentaron aún más la necesidad por parte de la administración de presentar a Irak como parte de ésta, lo cual se hizo tempranamente, el 16 de octubre de 2001. Efectivamente, en esa oportunidad y ante el público árabe, la Consejera de Seguridad Nacional, afirmó:

“El Presidente ha dejado muy en claro que la guerra contra el terrorismo es una amplia guerra contra el terrorismo. No se puede estar a favor del terrorismo en una parte del mundo y contra él en otra parte del mundo. Nos preocupamos por Saddam Hussein”²²²

Aún más, una vez que los focos aislados de resistencia se salieron del control de las tropas de ocupación y se convirtieron en un movimiento generalizado, Irak fue caratulado como “frente central” de esta “guerra”. Y mantendría ese lugar hasta que la estrategia del General Petraeus (puesto al mando de la Fuerza Multinacional en Irak en enero de 2007, una vez que Robert Gates reemplazó a Donald Rumsfeld al frente de la Secretaría de Defensa a fines del año 2006) resultara exitosa y lograra incorporar a ciertos elementos sunnitas a los objetivos estadounidenses para el país árabe. El foco volvería, entonces, a Afganistán. Sin embargo, aún antes de ocurrido lo relatado, la necesidad del derrocamiento de Saddam Hussein fue unida a la necesidad de derrotar al terrorismo. En efecto, Saddam Hussein y el “terrorismo” fueron contruidos como las dos caras de una misma moneda:

“Estos son diferentes rostros del mismo mal. Los terroristas necesitan un lugar en el que conspirar, entrenarse y organizarse. Los tiranos aliados con los terroristas pueden extender ampliamente el alcance de sus daños mortales [...] Cada amenaza magnifica el peligro de la otra”²²³

²²² CASA BLANCA (2001). Entrevista de la Consejera de Seguridad Nacional con Al-Jazeera TV, (16/10/2001). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

²²³ CASA BLANCA (2002). La Dra. Condoleezza Rice discute la Estrategia de Seguridad Nacional del Presidente, (01/10/2002). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

Aún más, como dijimos, Saddam Hussein tuvo que ser presentado como un enemigo todavía más peligroso que aquellos que habían logrado derribar las Torres Gemelas. El que fuera más peligroso radicaba en la necesidad que tenían los grupos terroristas de tener un aliado estatal como base para planificar sus atentados. Pero pronto la relación se invirtió y el autor intelectual de posibles futuros atentados pasó a ser Saddam Hussein, quien utilizaría a modo de instrumento a los grupos terroristas (incluyendo a Al-Qaeda) para llevar a cabo sus intenciones (con el agravante de su supuesta posesión de ADM).

“sabemos que luego del 11 de Septiembre, el régimen de Saddam Hussein alegremente celebró los ataques contra América. Irak podría decidir cualquier día proveer un arma biológica o química a un grupo terrorista o a individuos terroristas. La alianza con los terroristas podría permitir al régimen iraquí atacar a América sin dejar huellas digitales”²²⁴

En la cita anterior, además de graficarse aquello de lo que veníamos hablando y de las acusaciones por parte de la administración Bush de los supuestos lazos entre el régimen de Saddam Hussein y el terrorismo, hay dos puntos que creemos importante destacar: uno es la emergencia del 11-S en el mismo contexto discursivo en el que aparece Saddam Hussein y otro es la aparición, en ese mismo contexto, de una sospecha. Volvemos a repetir que los juegos entre los distintos significantes que emergen en los mismos contextos enunciativos no deben ser pasados por alto. El hecho de que en un mismo fragmento discursivo aparezcan estos cuatro elementos (Saddam Hussein, su relación con el terrorismo, el 11-S y la sospecha) instaura la posibilidad de que se establezcan relaciones directas entre los atentados y el Presidente iraquí, más allá de que dicha relación no sea explicitada (o, aún más, que sea negada). Si a esto agregamos que Saddam Hussein fue construido como “patrocinador” del terrorismo²²⁵, se hace fácil una posible acusación de financiamiento por parte de Saddam Hussein de los atentados del 11-S. A esto se sumó la aparición específica de Al-Qaeda como instrumento del gobierno iraquí:

²²⁴ CASA BLANCA (2002). El Presidente Bush resume la amenaza iraquí, (07/10/2002). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

²²⁵ CASA BLANCA (2003). El Presidente Bush discute el futuro de Irak, (26/02/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

“a él [Saddam Hussein] no hay nada que le gustara más que conectarse con una de esas redes terroristas indefinidas como Al-Qaeda, proveerla de algunas armas y entrenamiento, para que vengan y hagan su trabajo sucio, y nosotros no podríamos ver sus huellas digitales en su acción”²²⁶

La emergencia del 11-S se efectuó por vez primera en el discurso de la administración a través del establecimiento de un paralelo entre la fecha de los atentados que sacudieron a Estados Unidos y la toma de Kuwait por el ejército iraquí el 2 de agosto de 1990.

“Así como nadie predijo el 11 de septiembre de 2001, nadie predijo el 2 de agosto de 1990 –la fecha en la que las tropas iraquíes de Saddam Hussein invadieron Kuwait”²²⁷

Buscó establecerse, de este modo, una relación entre Saddam Hussein y el 11-S y resaltarse, al mismo tiempo, el carácter de “sorpresa” que caracterizó a ambos hechos históricos.

Esta lógica binaria que acompañó a la GGT y que, en tanto se colocó a Saddam Hussein dentro de dicho marco, también permeó los discursos que lo invocaban, no sólo tuvo la función de expulsar al otro del campo de la totalidad configurada por el portador del discurso, sino, como hemos dicho, de cerrar esta última y desligarla de cualquier relación con el otro. De esta manera, se presentaron dos campos absolutamente escindidos conformados por el bien y el mal, la libertad y la tiranía, la humanidad y Saddam Hussein y los “terroristas”, la civilización y la barbarie, etc. que excluyó de su relato a las relaciones de poder que encontraban a estos dos campos enfrentados:

“Mientras peleamos la guerra contra el terror en Irak y en otros frentes, debemos tener en mente la naturaleza del enemigo. Ningún acto de América explica la violencia terrorista, y ninguna concesión de América podría apaciguarla. Los terroristas que atacaron a nuestro país el 11 de septiembre de 2001, no estaban protestando en contra de nuestras políticas. Estaban protestando nuestra existencia”²²⁸

Aquí las acciones de los otros hacia Estados Unidos son atribuidas a diferencias existenciales y no a diferencias políticas. Recuérdese la serie que se estableció entre este enemigo y Saddam Hussein a fin de posibilitar su

²²⁶ CASA BLANCA (2002). Irak debe desarmarse dice el Presidente en un discurso en Dakota del sur, (03/11/2002). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

²²⁷ CASA BLANCA (2002). La Consejera de Seguridad Nacional habla en Texas A&M, (08/04/2002) (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

²²⁸ CASA BLANCA (2004). El Presidente Bush habla en la graduación de la Academia de la Fuerza aérea, (02/06/2004). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

derrocamiento. Es así como el Presidente de Irak aparecía –junto a quienes eran presentados como sus pares terroristas– como un sujeto esencialmente malo y Estados Unidos como un país esencialmente “inocente”. Se pudieron recordar entonces –y fingiendo un desconocimiento absoluto– tanto la guerra de agresión del gobierno iraquí contra el recientemente instaurado gobierno revolucionario en Irán, como ciertas acciones de limpieza étnica llevadas a cabo por el gobierno de Saddam Hussein con el silencio cómplice de Washington (nos referimos a la matanza de Halabja de 1988 y a la de shiitas luego de la guerra de 1991). Entró a jugar aquí, entonces, otro plano además del valorativo: el plano descriptivo. Debe señalarse con respecto a este último que, más allá de su carácter, “meramente” descriptivo, el hecho de traer a cuenta estas acciones de Bagdad y no otras y el hecho de narrarlas de una manera y no de otra, alimentaba a la construcción del Presidente iraquí como otredad inasimilable, al tiempo que se desligaba a las acciones de Estados Unidos de la realidad del país árabe.

“Así es como Saddam Hussein retiene su poder (...) Son bárbaros por naturaleza [...] No estoy sorprendido de escuchar historias acerca de estos matones matando a sus propios ciudadanos e intentando culpar por ello a las fuerzas de la coalición”²²⁹

“Es una situación caótica porque Saddam Hussein creó las condiciones para el caos. Él creó las condiciones para el miedo y el odio”²³⁰

“El régimen de Saddam Hussein empobreció al pueblo iraquí en todo sentido. Hoy Irak tiene sólo la mitad de los muchos hospitales que tenía en 1990”²³¹

“Hoy algunos americanos se preguntan si la remoción de Saddam causó las divisiones y la inestabilidad que estamos viendo. De hecho, buena parte de la animosidad y la violencia que vemos ahora es el legado de Saddam Hussein. Él es un tirano que exacerbaba las divisiones sectarias para permanecer en el poder”²³²

Como podemos observar a través de la lectura de los fragmentos discursivos citados, habiendo llevado a cabo una invasión militar, Estados Unidos culpó por la muerte de ciudadanos iraquíes al gobierno de Hussein y lo culpó más tarde por el caos creado en la tierra mesopotámica. Hemos dicho que no

²²⁹ CASA BLANCA (2003). El Presidente Bush, PM Blair sostienen una conferencia de prensa, (27/03/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

²³⁰ CASA BLANCA (2003). El Presidente discute Irak, Siria, (13/04/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

²³¹ CASA BLANCA (2003). El Presidente discute el futuro de Irak, (28/04/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

²³² CASA BLANCA (2006). El Presidente discute la democracia en Irak con Freedom House, (29/03/2006). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

intentaríamos oponer lo no-discursivo a lo discursivo, que más bien, intentaríamos vincularlos; es decir, que no buscaríamos señalar aquellos hechos discursivos que no encontraban un asidero en los no-discursivos. Mantenemos esa postura. Sin embargo, es importante recordar para la lectura de estos fragmentos, el relato que hemos presentado al principio del presente capítulo, sobre todo en lo atinente a los fundamentos de la emergencia de la resistencia y el escaso planeamiento del Irak post-Saddam Hussein que se hizo desde las esferas gubernamentales de Washington y con respecto al régimen de sanciones impuesto sobre el pueblo iraquí por la ONU una vez terminada la guerra de 1991. Este desligamiento de responsabilidades y la atribución de la totalidad de éstas sobre los otros, se verá acentuado durante los años de apogeo de la resistencia iraquí. Pues ésta será cargada sobre los hombros de luchadores extranjeros y ex saddamistas con ambiciones de poder, restándole importancia a los movimientos nacionalistas de base que reaccionaron ante la ocupación extranjera de su país. En esto nos detendremos a continuación.

La "insurgencia"

La primera política que propició la movilización nacionalista del pueblo iraquí fue la invasión de su territorio por parte de las tropas lideradas por Estados Unidos. A esto se agregaron, como hemos visto, algunas políticas de la APC. La administración visibilizó la existencia de estos focos de resistencia a través de su Consejera de Seguridad Nacional, quien el 3 de julio de 2003 (es decir, sólo dos meses luego de que el Presidente de Estados Unidos anunciara la finalización de las operaciones mayores de combate) se refirió a ésta en términos de "resistencia", aunque se mostró incómoda con la utilización de dicha palabra. En efecto, después de admitir que "odio glorificarla con la palabra resistencia"²³³, Condoleezza Rice pasó a referirse a ella en los términos que adoptarían la totalidad de los miembros de la administración cuyos discursos fueron publicados por la Casa Blanca: como "matones y sinvergüenzas que saquearon su país y

²³³ CASA BLANCA (2003). La Dra. Condoleezza Rice discute el viaje del Presidente a África, (03/07/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

oprimieron a sus compatriotas”²³⁴. Efectivamente, se pasaría de llamarlos “insurgencia” (legitimando, como dijimos, a la APC) a llamarlos “pura maldad”²³⁵.

En este primer momento, se decía que la resistencia (utilizaremos este término por resultarnos el más apropiado, pues se trata de una relación de poder en la que estos ocupan ese lugar) estaba compuesta únicamente por “remanentes” del gobierno de Saddam Hussein, por unos “pocos y despiadados”²³⁶ enemigos de la “libertad”, que eran presentados, asimismo como “enemigos del pueblo iraquí”²³⁷. El 30 de julio de 2003, el discurso añadió a este pequeño grupo de ex saddamistas, algunos “terroristas y criminales”²³⁸. Si Saddam Hussein y su gobierno y el “terrorismo” ya habían sido –como vimos– expulsados del campo de la política, agregar a estos algunos “criminales”, resultaba redundante.

Así constituidos, estos grupos fueron contruidos como una otredad inasimilable que vino a remplazar, en su función de cerrar la totalidad y evitar la crítica del sí mismo, a Saddam Hussein y su gobierno. Para esto, fueron caracterizados de manera negativa, al punto de que fueron comparados con las SS de la Alemania nazi (“agentes de las SS atacaban a las fuerzas de la coalición y se implicaban en actos de sabotaje, muy parecido a los remanentes baazistas y fedayines de hoy”²³⁹) y fueron enemistados con la libertad, la paz, el progreso y el “mundo civilizado”.

“Los terroristas que golpearon hoy han mostrado nuevamente su desprecio por los inocentes. Demostraron su temor al progreso y su odio a la paz. Son los enemigos del pueblo iraquí [...] Por sus tácticas y sus blancos, estos asesinos se revelan una vez más como enemigos

²³⁴ CASA BLANCA (2003). La Dra. Condoleezza Rice discute el viaje del Presidente a África, (03/07/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

²³⁵ CASA BLANCA (2007). El Presidente discute la economía, la Guerra contra el Terror durante observaciones en la Asociación Nacional de Ganaderos Vacunos, (28/03/2007). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

²³⁶ CASA BLANCA (2003). El Presidente Bush, PM Blair discuten la Guerra contra el Terrorismo, (17/07/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

²³⁷ CASA BLANCA (2003). El Presidente Bush discute el progreso en Irak, (23/07/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

²³⁸ CASA BLANCA (2003). El Presidente Bush discute las prioridades principales para Estados Unidos, (30/07/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

²³⁹ CASA BLANCA (2003). La Dra. Condoleezza Rice discute la política exterior, (07/08/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

del mundo civilizado. Cada signo de progreso en Irak suma a la desesperación de los terroristas y de los remanentes del régimen brutal de Saddam”²⁴⁰

A estos grupos más tarde se sumarían combatientes extranjeros que sí podían ser “enemigos del pueblo iraquí” en tanto no eran ellos mismos iraquíes, y los combatientes que respondían a Al-Qaeda en Irak. Más adelante, cuando en el discurso Al-Qaeda tomara predominancia, estos se confundirían:

“Los terroristas extranjeros dan cuenta de la mayor parte de los atentados suicidas en Irak. Nuestros militares estiman que entre el 80 y el 90 por ciento de los ataques suicidas en Irak son llevados a cabo por terroristas de Al-Qaeda que no nacieron en Irak. Es cierto que la mayoría de los combatientes rasos y de grado de Al-Qaeda en Irak y algunos de sus líderes son iraquíes. Pero hacer foco exclusivamente en este simple hecho es ignorar una más amplia verdad: Al-Qaeda en Irak es un grupo fundado por terroristas extranjeros, en gran parte liderado por terroristas extranjeros y leales a un líder extranjero –Osama bin Laden”²⁴¹

Puede agregarse a lo dicho anteriormente que la denominación de estos grupos resistentes como “asesinos”, constituyó un paso más hacia su despolitización. Lo repetimos: la despolitización implica el desligamiento del Yo y el otro, al no reconocérsele a este último ninguna ligazón con las acciones propias.

“Los críticos señalan a la violencia en Afganistán o Irak o Líbano como evidencia de que la libertad deja a las personas menos seguras. Pero miren quién está causando la violencia. Son los terroristas, son los extremistas”²⁴²

En este sentido, estos grupos no aparecían como una respuesta a las acciones de Estados Unidos, sino como seres irracionales:

“No les importa a quién matan. Sólo quieren matar”²⁴³

“Irak no es la razón por la cual los terroristas están en guerra contra nosotros. Están en guerra contra nosotros porque odian todo lo que América representa –y América representa la libertad”²⁴⁴

En efecto, se los construyó como estando motivados por el odio a la libertad, entre otras cosas. Como hemos visto más arriba, ésta era una

²⁴⁰ CASA BLANCA (2003). El presidente condena atentados en Bagdad, Irak, (19/08/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

²⁴¹ CASA BLANCA (2007). El Presidente Bush discute la Guerra contra el Terror en Carolina del Sur, (24/07/2007). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

²⁴² CASA BLANCA (2007). El Presidente Bush visita Praga, República Checa, discute la libertad, (05/06/2007). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

²⁴³ CASA BLANCA (2003). El Presidente Bush, el embajador Bremer discuten progreso en Irak, (27/10/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

²⁴⁴ CASA BLANCA (2006). El Presidente Bush discute la Guerra Global contra el Terror, (29/09/2006). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

característica compartida por todos los seres humanos en tanto creaturas de Dios, con lo cual la oposición a ésta no podía venir más que de seres deshumanizados. De esta manera, fueron mutilados de toda moralidad y colocados en las antípodas de la humanidad:

“Estamos tratando con enemigos que no reconocen ninguna regla de guerra y que no aceptan ningún criterio de moralidad”²⁴⁵

“Por las víctimas que eligen y los medios que usan, los terroristas han clarificado la lucha en la que estamos. Aquellos que hacen blanco de muerte a trabajadores de apoyo se han colocado en contra de toda humanidad”²⁴⁶

De allí a la posibilidad de su exterminio existía un solo paso y, efectivamente, la lucha contra la resistencia fue planteada como una lucha “de vida o muerte”²⁴⁷. Por lo tanto, el exterminio de los otros resultaba una necesidad. A este grupo, en el que, desde los discursos de la administración, tomó cada vez mayor prominencia la presencia de Al-Qaeda (sobre todo a partir de la llegada de Robert Gates a la Secretaría de Defensa y del Gral. Petraeus al frente de la Fuerza Multinacional en Irak quienes concentraron sus esfuerzos en combatir a esta red en particular), fue añadido, asimismo, Muqtada al-Sadr, un clérigo shiíta iraquí con lazos con Irán que exigía el retiro inmediato de las tropas de ocupación y que hoy es una figura central del gobierno de Al-Maliki. Tampoco se hizo diferencia entre él, Al-Qaeda, los grupos nacionalistas, los ex baazistas. Todos ocuparon el mismo lugar de otredad inasimilable y, por lo tanto, todos fueron contruidos como exterminables.

Asimismo, se efectuó la misma homologación que en el caso de Saddam Hussein, apelándose en el mismo contexto discursivo en el que aparecían a figuras tales como el 11-S y la GGT (de hecho, la GGT pasó, como dijimos un poco más arriba, en este momento a tener su centro en Irak).

“Los terroristas que están accionando bombas en mezquitas y mercados en Irak comparten la misma odiosa ideología que los terroristas que nos atacaron el 11 de septiembre de 2001,

²⁴⁵ CASA BLANCA (2005). Observaciones del Vice-presidente a los marines en Campo Lejeune, (03/10/2005). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

²⁴⁶ CASA BLANCA (2003). El Presidente Bush se dirige a la Asamblea General de las Naciones Unidas, (23/09/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

²⁴⁷ CASA BLANCA (2003), Observaciones de la Consejera de Seguridad Nacional Condoleezza Rice a veteranos de guerras extranjeras, (25/08/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

aquéllos que hicieron explotar personas trabajadoras en Londres y Madrid, y aquellos que asesinaron turistas en Bali o trabajadores en Riad o invitados de una boda en Amán, Jordania. En la guerra contra el terror enfrentamos a un enemigo global”²⁴⁸

Permitásenos explicitar que no estamos sosteniendo que no existieran elementos de Al-Qaeda en el Irak post-Saddam Hussein, simplemente queremos llamar la atención acerca de un discurso que homologó todos los movimientos opuestos no sólo a la presencia de tropas estadounidenses, sino también a las políticas dictadas por la embajada estadounidense (una vez que desapareció formalmente la APC, con la entrega de soberanía al GI) y al nivel de intervención (impuesta) de la potencia norteamericana en los asuntos internos de Irak, bajo la forma de “asesinos” y “terroristas”, vaciándolos de contenido político. El objetivo fue desligar a las acciones de política exterior de Washington de la emergencia de tales movimientos, al tiempo que se postulaba la necesidad de la permanencia de las tropas estadounidenses en territorio iraquí aún cuando ya se había realizado el traspaso formal de soberanía.

La transformación de otredades inasimilables en otredades asimilables

Las políticas imperialistas estadounidenses pueden ser pensadas como movimientos originarios que, como tales, imponen las condiciones para el desarrollo de políticas hegemónicas. Estableciendo la estricta diferenciación entre colonialismo e imperialismo que acertadamente plantea Edward Said, podemos suponer prácticas imperialistas de la potencia del norte que no necesariamente requieran la colonización, es decir, el gobierno directo, de un territorio (2004). En el caso de Irak existió, en efecto, una etapa colonizadora durante el gobierno de la APC. Ésta fue el resultado de diversos factores entre los que se encuentran, según Allawi (2007), desavenencias entre el Departamento de Estado y la CIA, por un lado, y el Departamento de Defensa, por el otro. Este último, representado por el jefe de la ORAHI era partidario de la instauración directa de un gobierno iraquí bajo control de Washington. En tanto, los primeros bregaban por la instauración de lo que más tarde fue la APC, mientras se preparaba un liderazgo iraquí que

²⁴⁸ CASA BLANCA (2006). El Presidente discute la Guerra contra el Terror y la Operación Libertad Iraquí, (20/03/2006). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

correspondiera a los intereses de los socios de la coalición. En esta decisión, pesó mucho el apoyo dado a ésta por parte del gobierno británico de Tony Blair y se tuvieron en cuenta también cuestiones de financiación: sólo a través de la consecución de una resolución de la ONU que legitimara la ocupación, era posible para las fuerzas de la coalición la utilización legal de fondos iraquíes para una presencia militar y civil extranjera prolongada como la que se esperaba.

Como dijimos, el objetivo declarado de la administración Bush hacia Medio Oriente estaba puesto en su reconfiguración. Esto suponía el establecimiento de un nuevo equilibrio de poder que instaurara a Estados Unidos como una fuerza sin competidores en la región. Irak, en este sentido, y como vimos, era un país ya debilitado que, por lo tanto, se suponía, no presentaría mayores obstáculos para el logro de este propósito. Lo que se pretendía era la instauración de un gobierno con el que se pudiera establecer una política hegemónica, es decir, de un gobierno que se apoyara en Estados Unidos a cambio de convertirse en un aliado regional de éste, de un gobierno con el que se pudieran compartir intereses.

“Un Irak libre, democrático, pacífico, no amenazará a América o a nuestros amigos con armas ilegales. Un Irak libre no será un terreno de entrenamiento para terroristas o un conducto de dinero para los terroristas o no proveerá armas a terroristas que están dispuestos a usarlas para golpear a nuestro país o a nuestros aliados. Un Irak libre no desestabilizará el Medio Oriente. Un Irak libre puede establecer un ejemplo esperanzador a la región en su totalidad y guiar a otras naciones a elegir la libertad”²⁴⁹

Desde el punto de vista de la construcción de las otredades e identidades, nuestra tesis sostiene que, mientras la política imperialista está acompañada por la construcción de una identidad que no se reconoce como tal pues se escuda tras la universalidad y de una otredad inasimilable que, por tanto, debe ser eliminada, la política hegemónica reconoce la particularidad identitaria de quien la efectúa, reconoce sus propios intereses y construye al otro como una otredad asimilable, es decir, como una que puede ser incorporada a la totalidad por ella configurada. En la cita que acabamos de transcribir comienzan a aparecer los intereses

²⁴⁹ CASA BLANCA (2003). El Presidente Bush discute el progreso en Irak, (23/07/2003). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

particulares de Estados Unidos; cuanto menos, puede afirmarse que, en esta ocasión, la potencia norteamericana no habla en nombre del mundo. Seleccionamos esta cita por encontrarla sintética de los objetivos declarados (recordemos que hemos decidido no contemplar lo no dicho en los discursos, aunque no descartamos que hayan existido intereses no explicitados) y porque es la primera vez en la que se postula la imagen de la administración de un Irak post-Saddam Hussein con todos los supuestos de los que ya hemos hablado en cuanto a la idea de que el régimen interno determina la política exterior (en este caso, la instauración de un régimen democrático devendría en la construcción de un aliado para Washington debido a que compartirían, a nivel doméstico, el mismo sistema de gobierno).

Hemos hablado hasta el momento de las otredades inasimilables que acompañaron la política estadounidense de la administración Bush hacia Irak, asimismo, del discurso de la universalidad, sostenido mayormente sobre nociones tales como libertad y democracia. Es nuestra intención ahora y para finalizar hacer una breve referencia a cómo fue construido el gobierno que surgió de la entrega de soberanía por parte del gobierno estadounidense. En principio, permítasenos recordar que hemos señalado una diferencia en cuanto a la diferencia entre otredades inasimilables y asimilables en lo respectivo a la interlocución. Si dijimos que las primeras son otredades de las que se habla pero a las que no se habla, esto ha quedado claro en todas las referencias a Saddam Hussein o a los miembros de la resistencia que hemos visto. La administración siempre se ha referido a estos en términos de “él” o “ellos” y nunca ha intentado el establecimiento de un diálogo directo con su contraparte iraquí (menos aún los ha incluido en algún campo que supusiera un “Nosotros”). Por el contrario, a partir de la formación del Gobierno Transicional Iraquí (GTI), en abril de 2005, las invitaciones y visitas entre los miembros de los dos gobiernos se sucedieron. Así, el Primer Ministro Ibrahim al-Jaafari y el Presidente Yalal Talabani del GTI viajaron a Washington en junio 2005 y en septiembre del mismo año, respectivamente. Mientras que Cheney, Rumsfeld y Rice visitaron Bagdad en diciembre de 2005 y en abril de 2006, respectivamente (Rumsfeld y Rice viajaron juntos). Por otra

parte, los miembros del Primer Gobierno Permanente, formado en mayo de 2006 y en el que resultaron electos Talabani como Presidente y Nouri Al-Maliki como Primer Ministro, también viajaron en varias oportunidades a Washington (julio de 2006, marzo y mayo de 2007, junio y septiembre de 2008), gentileza que les fue devuelta por distintos miembros de la administración, incluyendo al Presidente Bush quien viajó a Irak en septiembre de 2007 y en diciembre de 2008.

Es difícil determinar cuándo acaba una política imperialista y cuándo comienza una hegemónica. Hemos de cuidarnos de ver en el movimiento de entrega de soberanía, asunción al poder del GI y disolución de la APC, el fin de la política imperialista. Aquella entrega de soberanía fue meramente formal. Entre otras cosas porque el GI, a cuya cabeza había sido colocado Ayad Allawi, había sido formado con miembros del CGI, elegidos a dedo por personajes no iraquíes; por otra parte, no podía aprobar ninguna ley substancial, sólo confirmar los decretos existentes (aquellas órdenes de Bremer de las que hablábamos más arriba); asimismo, el presupuesto había sido confeccionado por la APC; y continuaba una fortísima presencia de tropas extranjeras en el territorio –138 mil tropas estadounidenses, además de los veinte mil contratistas bajo mando de la potencia del norte y veinte mil de la coalición–, todas inmunes a la ley iraquí. Tal como afirman algunos analistas, si bien la APC fue disuelta, sus funciones más importantes fueron transferidas a la embajada de Estados Unidos en Bagdad (que ocupaba el antiguo Palacio Presidencial de Saddam Hussein) (Allawi, 2007, Juhasz, 2004).

El GTI que le siguió, tenía una función bien determinada: redactar la Constitución iraquí en base a la TAL. Si bien fue un gobierno elegido por aquellos iraquíes que se dirigieron a las urnas y, en este sentido, se diferenciaba fuertemente del anterior nombrado a dedo, los sunnitas no participaron y su mandato, como dijimos, fue muy limitado. Todas las decisiones del GTI estuvieron supervisadas por el nuevo embajador estadounidense Zalmay Khalilzad quien asumió en julio de 2005, luego de abandonar su cargo como embajador en Afganistán.

Colocaremos entonces como momento en el que la política de Estados Unidos hacia Irak deja de ser imperialista para pasar a ser hegemónica, el punto en el que se forma el Primer Gobierno Permanente, cuando Nouri Al-Maliki forma gobierno, el 20 de mayo de 2006. Sin ligar la cuestión de la soberanía al régimen democrático (el concepto de soberanía no supone un único sistema de gobierno), creemos que el hecho de que se trate de un gobierno surgido del pueblo iraquí da lugar a que sus acciones tengan mayor libertad que aquéllas de un gobierno puesto a dedo por una potencia extranjera. Por otro lado, Al-Maliki tuvo un gesto de soberanía contundente al viajar a Irán y reunirse con su Presidente, Mahmoud Ahmadinejad, en septiembre de ese mismo año. Además, fue durante su gobierno, en diciembre de 2008, cuando se firmaron el “Acuerdo Marco Estratégico” (SFA, por sus siglas en inglés) y el “Acuerdo del Estatus de las Fuerzas” (SOFA, también por sus siglas en inglés), documentos a través de los cuales se regulaba la relación entre Irak y Estados Unidos y las cuestiones relativas al retiro de las fuerzas estadounidenses de Irak y la organización de sus actividades durante su presencia en territorio iraquí, respectivamente. Sostenemos que, a partir de aquí, existe un gobierno efectivamente iraquí, es decir que surge de su pueblo, y que, teniendo en cuenta intereses nacionales propios tiene la capacidad de decidir la cesión de ciertos aspectos de su soberanía al poder estadounidense (de esto trata básicamente el SOFA).

De esta manera, el Presidente de Estados Unidos daba la bienvenida a la “comunidad internacional” al nuevo gobierno de Nouri Al-Maliki. En este gesto de hospedar al otro a la totalidad configurada por quien tiene el poder de hacerlo existe, de por sí, la construcción de ese otro como una otredad asimilable. Por otra parte, ésta se construye haciendo hincapié en los rasgos comunes (en este caso, se resalta la cuestión de la instauración de una economía liberal, es decir, la continuación de las políticas económicas de la APC):

“Este fin de semana, el Primer Ministro Maliki diagramó su plan para un nuevo Irak [...] Se comprometió con un Irak libre que mantendrá los estándares internacionales de derechos humanos y respeto por el rol de la mujer en la sociedad iraquí. Prometió trabajar para una Irak próspero que dé la bienvenida a inversiones extranjeras y acelere la reconstrucción y sienta las bases para el crecimiento económico y la oportunidad [...] Y juró trabajar para un Irak pacífico que

sea enemigo del terror, amigo de sus vecinos y confiable compañero en la comunidad de naciones”²⁵⁰

El nuevo gobierno iraquí fue construido, asimismo, a través de características consideradas positivas por el portador del discurso. De este modo, fue calificado como “aliado” y “amigo” de Estados Unidos, como líder de una “nación libre”; sus miembros como “valientes líderes electos y reformistas resueltos”²⁵¹ y, a partir de entonces, no sólo comenzó a dirigirse la palabra al otro, sino que, asimismo, se reconocieron intereses particulares, propios y ajenos, que podrían ser transformados en comunes. En este sentido, las referencias a la universalidad prácticamente desaparecieron: sólo se hicieron presentes en cuanto se hacía referencia a la presencia de Al-Qaeda (o “los terroristas”) en territorio iraquí. Como vimos con Egipto, en el caso de las políticas hegemónicas, el universal no es construido a priori, sino a partir del establecimiento de una comunidad de intereses. El objetivo de la transformación de una otredad inasimilable en una otredad asimilable apareció, asimismo, explicitado:

“Sr. Presidente [Talabani], es importante que usted tenga éxito. El fracaso en Irak pondría en peligro a los ciudadanos americanos [...] David Petraeus dijo que el enemigo público número uno en Irak es Al-Qaeda. Ocurre que Al-Qaeda es el enemigo público en América también”²⁵²

“un Irak libre será una masiva derrota para Al-Qaeda, será un ejemplo que provea esperanza para millones a lo largo de Medio Oriente, será un amigo de Estados Unidos y será un aliado importante en la lucha ideológica del siglo XXI”²⁵³

“Esta relación de largo plazo no necesita requerir el nivel de compromiso que tenemos hoy en Irak. Pero puede servir a los intereses comunes tanto de Irak como de Estados Unidos –

²⁵⁰ CASA BLANCA (2006). El Presidente discute la Guerra Global contra el Terror, (22/05/2006). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

²⁵¹ CASA BLANCA (2008). El Presidente Bush visita el Programa de Conferencias Distinguidas de la Universidad Nacional de Defensa, (09/09/2008). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

²⁵² CASA BLANCA (2007). El Presidente Bush se reúne con el Presidente de Irak Talabani, (31/05/2007). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

²⁵³ CASA BLANCA (2007). El Presidente Bush asiste a la Convención Nacional de Veteranos de Guerras Extranjeras, discute la Guerra contra el Terror, (22/08/2007). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

combatir el terrorismo y ayudar a llevar estabilidad a un importante país y a una importante región”²⁵⁴

“El pueblo iraquí ha elegido colocarse junto a América frente a nuestros enemigos comunes. Y está en nuestros intereses que nos coloquemos junto a ellos”²⁵⁵

En el marco de la GGT y la lógica binaria que ésta impuso, uno de los principales modos de construcción de políticas hegemónicas consistió en colocar al otro asimilable en el campo de los “buenos”, de los países “amantes de la paz” y de la libertad (todas aquellas universalidades que, como vimos, fueron puestas en juego cuando los discursos hicieron referencia a Saddam Hussein, a su gobierno y a los “terroristas”). El modo inmediato para hacerlo fue a través del establecimiento de una comunidad de intereses en cuanto al enemigo que se enfrentaba. Como vimos en el caso de Egipto y en el caso del nuevo y soberano gobierno de Irak, el principal interés nacional que fue explicitado por parte de Estados Unidos estuvo ligado a la derrota del terrorismo. Quienes compartieran dicho enemigo, por lo tanto, podían ser sujetos-objetos de una política hegemónica. Éste fue, por otra parte, el único interés compartido que se explicitó en los primeros momentos de política hegemónica hacia Irak.

Hemos buscado, así, emprender el análisis de lo que hemos definido como política imperialista de Estados Unidos hacia Irak. Ésta, llevada a cabo en el marco de la GGT y del estado de excepción a nivel mundial que impuso, se constituyó como un movimiento originario, sostenido sobre una relación de violencia y destinado a la transformación de las relaciones de poder al interior del territorio iraquí y en la región de Medio Oriente. A tal fin hemos analizado la construcción discursiva de la identidad y las otredades puestas en juego antes y durante el establecimiento de esta política. De esta manera, la identidad de la potencia imperialista no apareció explicitada, sino que se invisibilizó tras el recurso a una

²⁵⁴ CASA BLANCA (2007). El Presidente Bush se dirige a la 89 Convención Nacional Anual de la Legión Americana, (28/08/2007). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

²⁵⁵ CASA BLANCA (2008). El Presidente Bush visita Dayton, Ohio, discute la Guerra Global contra el Terror, (27/03/2008). (Online), consultado en febrero 2009, www.whitehouse.gov. La traducción es nuestra.

universalidad. Ésta tomó la forma ética de la libertad y se establecieron series discursivas que la homologaron tanto con la democracia como sistema de gobierno como con Estados Unidos. De este modo, y a través del dispositivo racista, se llevó a cabo la universalización de valores particulares. La contrapartida de esta universalidad, por otro lado, fue la construcción de otredades inasimilables. En el caso de Irak, identificamos dos: Saddam Hussein y su gobierno y la “resistencia” que emergió luego de la invasión estadounidense. Ambos otros fueron despolitizados y mutilados de su humanidad y, de esta manera, construidos como exterminables; aún más, su desaparición se postuló como necesaria para el mejoramiento del mundo. En el fondo de esta última construcción ubicamos un fuerte binarismo que permeó toda la GGT desde la “Doctrina Bush” en adelante. Por último, hicimos una breve referencia al modo en el que el nuevo gobierno de Irak (resultante de las acciones perpetradas por Washington) fue construido como una otredad asimilable, cuyos intereses particulares fueron tenidos en cuenta, y comenzaron, asimismo, a reconocerse en relación a él, intereses nacionales de la potencia norteamericana. Este último punto lo trajimos a cuenta con el fin de graficar el carácter transformador de la política imperialista efectivizada por la administración Bush.

Conclusiones

“Respecto de estos conceptos políticos decisivos, depende de quién los interpreta, los define y los utiliza; quién concretamente decide qué es la paz, qué es el desarme, qué es la intervención, qué son el orden público y la seguridad. Una de las manifestaciones más importantes de la vida legal y espiritual de la humanidad es el hecho de que quien detenta el poder real es capaz de determinar el contenido de los conceptos y las palabras. Caesar dominus et supra grammaticam. César es también señor de la gramática” (Carl Schmitt, citado en Mouffe, 2007a: 94)

Hemos recorrido un camino que partió de supuestos teóricos y se dirigió al campo empírico. En la base de nuestras reflexiones y aseveraciones hemos colocado a las relaciones de poder, entendidas éstas como un entramado de poder-saber. Hemos afirmado, de esta manera, que la pregunta que nos guiaba,

aquella que sobrevolaba nuestro escrito era la pregunta acerca de cómo se ejerce el poder. Y hemos dado una respuesta: el poder se ejerce también a través del discurso.

En efecto, éste se nos presentó con dos aspectos, uno táctico y otro estratégico y decidimos, entonces, centrarnos en el primero, haciendo foco, por tanto, en su carácter instrumental, entendiendo que las prácticas discursivas no son meros “reflejos” de la realidad, sino que, por el contrario, participan en su construcción, pues al construir verdad, construyen realidad. Estipulamos, entonces, el lugar ocupado por el significante, el significado y el sujeto en esta práctica social y decidimos, por tanto, sacar del análisis que aquí hemos realizado al sujeto entendido como creador del discurso, y nos hemos quedado, por el contrario, con su lugar de portador de éste (de ahí la importancia de la posición institucional a nivel mundial de los sujetos de nuestras unidades de análisis). Las relaciones de poder se nos aparecieron al respecto como fundamentales a la hora de instaurar determinados significados para determinados significantes, partiendo del supuesto de que no existe entre ambos una relación necesaria. Afirmamos, así, que el poder se ejerce también a través del establecimiento de relaciones arbitrarias entre ambos elementos discursivos que son presentadas como necesarias. Nuestra intención, entonces, fue poner de relieve el carácter contingente de esa ligazón y realizar un análisis interpretativo de los discursos de la administración George W. Bush en lo tocante a Egipto e Irak, sostenidos sobre una lectura superficial de los mismos.

Luego ubicamos en este campo a las identidades y otredades, en tanto las postulamos como prácticas discursivas por excelencia. En este punto nos encontramos opuestos a la corriente constructivista en las RRII, pues las planteamos radicalmente como construcciones. Este carácter suyo nos permitió suponer para ellas una naturaleza flexible y dinámica que nos habilitó para postular su aspecto instrumental. En efecto, sostuvimos que pueden adaptarse de acuerdo a los intereses más o menos coyunturales en juego. De aquí dedujimos que pueden ser utilizadas políticamente con el fin de efectivizarlos y, al mismo tiempo, encontramos aquí la posibilidad del establecimiento de alianzas políticas

entre Estados con distintas historias culturales. Volviendo a la relación establecida entre significante y significado, entonces, finalmente afirmamos que las distintas identidades nominales pueden ser llenadas con distintos rasgos, lo que suponía la posibilidad de realizar una selección de estos de acuerdo al tipo de política establecida. El poder jugaba acá en el sentido de mayor capacidad para fijar determinados rasgos a determinadas identidades/otredades.

Señalamos entonces dos modos de construcción de identidades y dos modos de construcción de otredades. Con respecto a las primeras, uno de estos modos implicaba el reconocimiento de la identidad en tanto particularidad y el otro, por el contrario, suponía la invisibilización de ésta y su metamorfosis en universalidad, posibilitando la eticización de la política. Con respecto a las segundas, por su parte, uno de los modos de construcción de otredades delineados suponía la construcción de una otredad asimilable, es decir, incorporable a la totalidad delineada por el Yo y, el otro, la de una otredad inasimilable, sin lugar en la totalidad y, por tanto, exterminable. La primera suponía el reconocimiento de su carácter político, mientras que a la segunda éste le era negado.

Por otra parte, haciéndonos eco de la discusión que atravesó a la disciplina de las RRII durante los años de la administración Bush acerca de si Estados Unidos continuaba siendo un hegemón o había pasado al campo de los imperios, postulamos como supuesto empírico la fluctuación de la política exterior de la administración entre dos extremos que establecimos a los que denominamos acciones de política exterior hegemónicas y acciones de política exterior imperialistas. Así, la hipótesis que nos guió sostenía que políticas hegemónicas e imperialistas estuvieron precedidas y fueron acompañadas por estos distintos modos de construcción de identidades y otredades. En efecto, sostuvimos que toda política está acompañada por una cierta descripción del otro y del sí mismo que la condicionan para que pueda ser efectivizada.

De esta manera, entendimos a las primeras como aquellas políticas que, dando prioridad a la lógica territorial y encaramadas sobre una relación de poder, postulan alianzas con los otros reconocidos como soberanos a través de la

construcción de intereses comunes. Quien establece esta política tiene interés en la conservación del status quo. Si de lo que se trata en éstas es de la constitución de alianzas políticas, el reconocimiento de los intereses propios y ajenos resulta necesario. Es así como se nos presentaron como precedidas y acompañadas por la construcción de una identidad particular y aquélla de una otredad asimilable. En efecto, a partir de este doble reconocimiento podía constituirse una comunidad de intereses.

Definimos a las políticas imperialistas, por su parte, como movimientos originarios violentos destinados a la transformación de las relaciones de poder al interior de un territorio. En la base de éstas encontramos, así, relaciones de violencia que precisan para efectivizarse la construcción del otro de modo tal de que sea inasimilable. En efecto, el objetivo de estas políticas será la transformación violenta de estas otredades en otredades asimilables, integrables al sistema mundial configurado por el Yo. La GGT tomó aquí todo su protagonismo pues supusimos que el ejercicio de tal violencia sólo era posible en tanto el poder soberano (en nuestro caso, Estados Unidos) postulaba la necesidad de implantar un estado de excepción a nivel mundial a través del cual suspendía la norma con el objetivo de reinstaurarla. Este estado de excepción, en efecto, es lo que posibilitó la violación de las soberanías territoriales por parte de la potencia norteamericana, a través de postular el ataque preventivo como una necesidad. En un mundo unipolar en el que la potencia se ha construido sobre un discurso liberal en el que hace política y acumula poder desde una retórica apolítica, los movimientos imperialistas deben sostenerse sobre una identidad que no aparece como tal sino que actúa en nombre de una universalidad contra un otro construido como inasimilable y cuya eliminación se hace necesaria para salvaguardarla (e incluso mejorarla).

Es así como llegamos a los casos analizados, definiendo de acuerdo a los indicadores delineados para las políticas hegemónicas e imperialistas, a Egipto como un sujeto-objeto de las primeras y a Irak como un objeto de las segundas. Luego de la contextualización de la política de la administración estudiada en el marco de la historia de la política estadounidense hacia Medio Oriente y de un

recorrido histórico específico por ambos, nos detuvimos en el análisis de la construcción de las identidades y otredades en cada caso a través de la lectura de los discursos de la administración George W. Bush.

Como vimos, el discurso a través del cual se construyeron las identidades propias y ajenas en cada caso, no funcionó como mero reflejo de una "realidad". Por el contrario, se efectuó una minuciosa selección de rasgos de unos y otros que marcharon en la dirección de construir identidades particulares, universalidades, otredades asimilables e inasimilables. De este modo, ciertas características se hicieron visibles, otras se invisibilizaron. En uno y otro caso, los modos de las construcciones, las cualidades que se seleccionaron para unos y otros, estuvieron dictados por los intereses en juego y, por tanto, por el tipo de política (imperialista, hegemónica) efectivizado en cada ocasión.

En efecto, para corroborar nuestra hipótesis elegimos dos gobiernos que podrían ser caracterizados de formas semejantes: Hosni Mubarak gobernó Egipto desde 1981 hasta el año 2011, Saddam Hussein hizo lo propio en Irak desde 1979 hasta el año 2003. Ambos podrían ser calificados como gobiernos seculares, no electos por el pueblo, sostenidos sobre la institución castrense, que practicaban la tortura de sus oponentes políticos y llevaban a cabo políticas represivas hacia la población opositora. Ninguno de los dos gobiernos podía ser caracterizado como respetuoso de los Derechos Humanos declarados en 1948. Sin embargo, ya que se trataba de una política de conservación de régimen en un caso y de una de cambio en el otro, uno fue caratulado como otredad asimilable y el otro como inasimilable, funcionando ambas caracterizaciones como condición de posibilidad y de acompañamiento para el establecimiento de una política hegemónica en el primer caso y de una imperialista en el segundo.

Asimismo, la identidad del Estado que llevó a cabo las políticas no apareció del mismo modo en ambas ocasiones. En el caso de Egipto, actuó en nombre de su identidad particular, reconociendo sus intereses nacionales y explicitándolos en todo momento. En el de Irak, en cambio, los intereses de la potencia norteamericana no aparecieron explicitados (salvo, como vimos, en contadas ocasiones en las que se hizo referencia a intereses vitales, de seguridad). En su

lugar, la potencia se identificó, por una parte, con el mundo, actuando en nombre de los intereses de éste (en este sentido no eran intereses nacionales, sino mundiales los que se cumplían a través de la política imperialista); por otra parte, con un valor ético que fue universalizado y colocado en la cima de la jerarquía de valores –la libertad–, al tiempo que era identificado con un modelo socio-político particular, la democracia.

Efectivamente, Mubarak y su gobierno fueron contruidos como “amigos” de Estados Unidos. Mubarak, en este sentido, fue descrito como un “líder comprometido, encantador y fuerte” (02/04/2001) con quien podían mantenerse “conversaciones sinceras”, con “una larga historia de promover la paz y la estabilidad en Medio Oriente”, “defensor de una sociedad más abierta”, “gran líder de Egipto” (05/03/2002), sólo por hacer un resumen de las caracterizaciones por las que atravesó. El hecho de que se lo haya contruido como cabeza de una administración deseosa de democracia, pero preocupada por distintos movimientos (12/05/2008), ponía en evidencia que la falta de democracia (aquel gran significativo que se presentó con toda su fuerza en el discurso de la administración Bush sobre todo a partir del año 2005, pero que comenzó a emerger con anterioridad a la invasión a Irak del año 2003) no era responsabilidad de este “gobierno legítimo” (10/10/2001) con el que –se sostenía– se tenían “muy buenas relaciones” (19/08/2004). En efecto, si bien cayeron presiones sobre el gobierno egipcio, no dejaron de reconocérsele “progresos” en el sentido de “asegurar libertades fundamentales y construir una democracia multipartidaria” (21/06/2006). Nada se decía, nada se dijo, del rol jugado por este mismo gobierno para impedir y dificultar el ejercicio de esas libertades que se decía defender.

Por su parte, Estados Unidos se presentó en este caso como identidad particular, asumiendo la existencia de intereses particulares (nacionales) en su relación con el país árabe. En tanto condición de posibilidad del ejercicio de políticas hegemónicas, en los discursos que abarcaban a Egipto como objeto o como sujeto, la identidad estadounidense se contruyó de forma tal de poder establecer una comunidad de intereses entre ambos países. De esta manera,

Estados Unidos se presentó como víctima del terrorismo, como “amante de la paz” (en el contexto de hacer referencia al conflicto palestino-israelí, 05/03/2002), como parte del “mundo civilizado” y de la “comunidad internacional” (todas estas identidades fueron compartidas con Egipto). Estas dos últimas caracterizaciones las hizo en todos los casos como si existiera cierta objetividad al declarar los miembros de estos colectivos y como si estos constituyeran totalidades no jerárquicas, al tiempo que Egipto era incluido en ellos.

Con respecto a los intereses, Estados Unidos reconoció en varias oportunidades sus intereses particulares en mantener una buena relación con Egipto, postulando la existencia de intereses comunes entre ambos países. Estos intereses se presentaron en el marco de una relación que fue descrita en dos oportunidades como “una piedra angular para nuestra política en Medio Oriente” (05/03/2002 y 16/01/2008). A modo de ejemplo podemos citar la explicitación del carácter interesado de la asistencia a Egipto (“la asistencia bilateral a Egipto apunta a fortalecer los esfuerzos egipcios en la reforma política y económica” –30/04/2007–). En este caso, según vimos, los intereses fueron privilegiados por sobre los valores. Esto es importante, pues los intereses, frente a los valores, denotan cierto carácter de particularidad ya que no pueden ser escindidos de una cierta coyuntura histórica. Los valores, por su parte, y sosteniéndonos sobre la lectura kantiana de estos, son universales, ahistóricos, necesarios.

Este no fue el caso de la política de la administración Bush hacia Irak donde la universalidad democrática ocupó el centro de la escena y, de este modo, los intereses particulares de Estados Unidos allí quedaron invisibilizados. Fue esto último, junto a la construcción del gobierno de Saddam Hussein y, más tarde, aquella de la resistencia, como otredades inasimilables, lo que permitió la efectucción de una política imperialista en el país mesopotámico.

A diferencia del discurso referente al gobierno de Mubarak, aquél de Saddam Hussein no fue considerado como tal. En las innumerables referencias al Presidente iraquí, sólo en contadas ocasiones se habló de su gobierno en dichos términos, por el contrario, en general se utilizó el significante “régimen”. Esta diferencia, entre gobiernos que compartían su carácter no democrático y violatorio

de los derechos humanos (por otra parte, también Estados Unidos compartió este último carácter, los casos de Guantánamo, Abu Ghraib, Baghram y las llamadas “entregas” están allí para atestiguarlo), no puede ser, por tanto, más que una diferencia valorativa, es decir, no descriptiva. En otras palabras, la utilización de uno u otro significante para referirse a estos gobiernos, buscaba transformar el significado que se le daba a los mismos. De esta manera, la referencia al gobierno de Mubarak como tal redundaba en la legitimación de éste, mientras que el mero hecho de nombrarlo a través del significante “régimen” al gobierno de Saddam Hussein, de por sí le quitaba legitimidad. Por otra parte, mientras que el gobierno de Mubarak fue calificado como un “gobierno legítimo”, se hizo referencia al de Saddam Hussein como un “régimen bárbaro” (22/03/2002), un “régimen fuera de la ley” (12/09/2002). Ambas caracterizaciones funcionaron claramente como construcciones discursivas valorativas en las cuales aquél que dominaba sobre la palabra era el mismo que distribuía los significados. La misma comparación puede establecerse entre las referencias a la persona de Saddam Hussein y a aquélla de Mubarak: mientras el primero era referenciado como “dictador iraquí”, el segundo era beneficiado con el nombre de “Presidente egipcio”.

Hemos visto que los años de Reagan, interesados en parapetarse tras Saddam Hussein con el fin de hacerle frente al Irán revolucionario, habían hecho del gobierno de éste un “gobierno legítimo”. En cambio, la administración Bush, interesada en la transformación de las relaciones de poder en la región de Medio Oriente de modo tal de instaurar un nuevo equilibrio de poder que le otorgara aún más poder sobre la región, optó por el cambio de régimen a través del uso de la fuerza. De esta manera, Saddam Hussein fue construido como una amenaza para “el mundo”, “un hombre malo” que “gaseó a su propio pueblo” (11/10/2001), un ser irracional, lisa y llanamente, un “loco” (03/11/2002 y 09/10/2003) que “no acepta ninguna ley de moralidad” (12/09/2002). Así, fue deshumanizado, pues las “atrocidades” del Presidente iraquí se encontraban “más allá de la comprensión de cualquiera con una onza de humanidad en su alma” (27/03/2003). El conflicto con él y la necesidad de su desaparición con el fin de guiar “al mundo a un día mejor” (07/10/2002) se hicieron, entonces, “inevitables”

(12/09/2002). Por otra parte, algo similar hemos visto que fue planteado con respecto a los grupos resistentes que emergieron como consecuencia de la invasión: estos fueron despolitizados y expulsados de la humanidad.

En efecto, una de las funciones de la otredad inasimilable, dijimos, es cerrar la totalidad constituida por el Yo y evitar la crítica de sí mismo. De esta manera, los otros inasimilables son contruidos de forma tal que se encuentren en las antípodas del modo de caracterización del Yo. Así, los “enemigos de la humanidad” se enfrentaron a un Estados Unidos que se igualaba con la libertad (“la palabra ‘libertad’ y ‘América’ son sinónimos” –03/07/2003–). La política imperialista hacia Irak se llevó a cabo con el argumento de que la guerra se constituía como una causa justa en tanto el objetivo era la distribución de la libertad: “el regalo de Dios a cada individuo en la faz de la Tierra” (24/04/2003), un bien que habitaba en cada “corazón humano” (26/02/2003), remarcando el carácter natural que a ésta (homologada con la democracia y con Estados Unidos) se le daba. De esta manera, los intereses particulares de la potencia no entraron en escena, ésta actuó, en cambio, en nombre de universalidades, por el bien de la Humanidad (habiendo definido de antemano, como vimos, quiénes podían ser catalogados con dicho nombre).

Por último, el gobierno resultante de este proceso, dando cuenta del carácter de movimiento originario de las políticas imperialistas, fue incorporado a la totalidad delineada por el portador del discurso, movimiento posible pues fue construido como “aliado” y “amigo”, formado por “valientes líderes electos y reformistas resueltos” (09/09/2008).

Las identidades propias y ajenas no se nos presentan, así, como entidades fijas, esenciales, sino que, en un determinado nivel, el nivel táctico-instrumental, pueden ser utilizadas como condiciones de posibilidad para la efectuación de determinados intereses nacionales. Si de derrocar a Mubarak se hubiese tratado, se hubiese hecho hincapié en las sistemáticas violaciones a los Derechos Humanos, a los arrestos arbitrarios, a las torturas, a la prohibición de agrupamiento, etc. Pero justamente no era de eso de lo que se trataba, pues los intereses del gobierno de Mubarak y aquéllos de la potencia norteamericana

podían complementarse (de ahí la posibilidad de construcción de una comunidad de intereses a la que llamamos “universal”). Por otro lado, otras características relativas al gobierno de Saddam Hussein podrían haberse resaltado si de establecer alianzas políticas con él se hubiese tratado (por ejemplo, se podrían haber destacado las políticas sociales llevadas a cabo por el gobierno con anterioridad a la guerra Irán-Irak). Pero –una vez más– no era éste el objetivo. Lo mismo puede decirse con respecto a la identidad de Estados Unidos: un cambio de régimen, es decir una desnuda intervención sobre los asuntos internos de un Estado dicho soberano, en nombre de intereses particulares, en este momento histórico, resultaba imposible. La potencia tuvo que tomar el rol, entonces, de representante de la libertad.

Las prácticas discursivas de construcción de identidades tienen un rol central en la actualización de relaciones de poder y en el de aquella de los intereses nacionales: a través de ellas se posibilita la efectuación de las distintas políticas.

En este sentido, y para finalizar, no está de más hacer una breve referencia a los acontecimientos que sacudieron a Medio Oriente con posterioridad a la finalización de esta investigación. Egipto fue uno de sus epicentros; y la posibilidad real de instauración de algún tipo de democracia que lleve al poder al partido de los Hermanos Musulmanes, supone un fuerte golpe para los intereses de Estados Unidos en la región. En efecto, la cuestión democrática se impuso a la administración Obama a partir del levantamiento del pueblo egipcio que no sólo buscaba el derrocamiento de su Presidente, sino, asimismo, el establecimiento de un régimen democrático de gobierno. La administración se vio entonces en una encrucijada que le planteaba una disyuntiva: o bien continuar con el apoyo al gobierno autoritario de Mubarak y asegurar la continuidad de la relación estratégica, o bien apoyar las demandas populares en pro de la democratización y arriesgar, de esta manera, uno de sus pilares fundamentales en la región meso-oriental. Intereses y valores chocaban, así, una vez más.

En un primer momento, la administración se decidió por la primera opción. De esta manera, el vice-presidente Joe Biden, en una entrevista con el reconocido

periodista Jim Lehrer el 29 de enero de 2011, afirmó que Mubarak no debía irse del gobierno, sino que debía ser “más receptivo a las necesidades de la gente”. Esto encontraba su base de apoyo en que Biden no caracterizaba a Mubarak como un dictador:

“Mubarak ha sido nuestro aliado en muchas cosas. Y ha sido muy responsable en relación a intereses geopolíticos en la región, los esfuerzos de paz en Medio Oriente, las acciones que Egipto ha tomado en relación a normalizar la relación con Israel...no me referiría a él como un dictador”²⁵⁶

La primera reacción de la administración Obama fue, por lo tanto, exigirle al entonces Presidente Mubarak el establecimiento de ciertas reformas:

“El gobierno egipcio tiene una oportunidad importante para ser receptivo a las aspiraciones del pueblo egipcio, y perseguir reformas políticas, económicas y sociales que puedan mejorar su vida y ayudar a Egipto a prosperar”²⁵⁷

Pero luego de que el ejército egipcio entrara en escena, negándose a cumplir con la orden de Mubarak de reprimir las manifestaciones populares y de ser bienvenido por los manifestantes, la administración comenzó a hablar de “transición ordenada”, dando inicio a un claro apoyo al ejército egipcio, manteniéndose en la línea de una política hegemónica. No debemos perder de vista los lazos que unen a la institución castrense árabe y a la potencia norteamericana. En este sentido, Robert Gates, Secretario de Defensa de Estados Unidos, elogió al ejército egipcio como fuerza de la democracia, lo que resulta cuanto menos sospechoso de un ejército que ha contribuido sistemáticamente y a través de la utilización de todo tipo de prácticas contrarias a la democracia al mantenimiento del anterior régimen.

No debe excluirse la eventualidad de que un gobierno de los Hermanos Musulmanes se enfrente a Washington en ciertas áreas vitales para los intereses

²⁵⁶ (Online), http://www.pbs.org/newshour/bb/politics/jan-june11/biden_01-27.html, consultado en enero de 2011.

²⁵⁷ CASA BLANCA (2011), “Statement by the Press Secretary on Egypt”, 25/01/2011. (Online), en <http://www.whitehouse.gov/the-press-office/2011/01/25/statement-press-secretary-egypt>, consultado en enero 2011. La traducción es nuestra.

norteamericanos. Existirá la posibilidad, entonces, de la construcción de esta entidad política como una otredad inasimilable allanándose, de este modo, el camino para la efectuación de una política de corte imperialista. En este sentido, la vigencia de los resultados de esta Tesis se extiende al escenario pos Mubarak.

Bibliografía

-Agamben, Giorgio (2007), *Estado de excepción*, Buenos Aires: Adriana Hidalgo.

-Ali, Tariq (2003), *Bush in Babylon. The recolonisation of Iraq*, New York: Verso.

-Allawi, Ali A. (2007), *The occupation of Iraq. Winning the war, losing the peace*, New Haven: Yale University Press.

-Amin, Samir (2004), "Geopolítica del imperialismo contemporáneo", en Borón, A. (comp.), *Nueva hegemonía mundial. Alternativas de cambio y movimientos sociales*, Buenos Aires: Clacso.

-Arendt, Hanna (1958), "Imperialism", en Arendt, H., *The origins of totalitarianism*, Part II, Cleveland: The World Publishing Company.

-Aron, Raymond (1984), *Paix et guerre entre les nations*, Paris: Calmann-Lévy.

-Arrighi, Giovanni y Silver, Beverly J. (1999), *Caos y orden en el sistema-mundo moderno*, Madrid: Akal.

-Assem El-Kersh (2005), "Egypt in Iraq: time to reflect", en *Al-Ahram*, n°751, 14-20 julio, 2005.

-Balibar, Etienne (1991). "Racismo y nacionalismo", en Balibar, E. y Wallerstein, I. *Raza, nación y clase*. Madrid: IEPALA.

-Balibar, Étienne (2005), *Violencias, identidades y civilidad. Para una cultura política global*, Barcelona: Gedisa.

-Battle, Joyce (ed.) (2003), "Shaking Hands with Saddam Hussein: The U.S. Tilts toward Iraq, 1980-1984", *National Security Archive Electronic Briefing Book*, No. 82.

-Baxter, Kylie y Akbarzadeh, Shahram (2008), *US foreign policy in the Middle East. The roots of anti-Americanism*, New York: Routledge.

-Beer, Francis A. y Hariman, Robert (2004), "Le post-réalisme après le 11 septembre", *Études Internationales*, Vol.xxxv, n°4, déc.2004, pp.689-719

-Benjamin, Walter (2007), *Sobre el concepto de Historia. Tesis y fragmentos*, Buenos Aires: Piedras de papel.

-Bishara, Marwan (2009), "Egypt´s bigger problem", en *Al-Jazeera*, 30/12/2009.

-Brieger, Pedro (1996), *¿Guerra santa o lucha política? Entrevistas y debates sobre el Islam*, Buenos Aires: Biblos.

-Brieger, Pedro (2010), *El conflicto palestino-israelí*, Buenos Aires: Capital Intelectual.

-Brzezinski, Zbigniew; Scowcroft, Brent (2008), *America and the world*, New York: Basic Books.

-Buenfil Burgos, Rosa N. (1996), "Foucault y la analítica del discurso", Ponencia para Coloquio Aniversario del Nacimiento de Michel Foucault, organizado por ENEP-Iztacala, México, 1996.

-Bush, George W. (2002), "Securing Freedom´s Triumph", *The New York Times*, 11/09/2002

-Busso, Anabella (2003), "La política exterior norteamericana a partir de la administración de George W. Bush: su impacto mundial y regional", Notas preparadas para la Conferencia dictada en el Centro de Estudios Internacionales – Programa Jóvenes Investigadores- Universidad Torcuato Di Tella, Bs. As., 30 de abril de 2003.

-Butler, Judith (2003), "Reescenificación de lo universal: hegemonía y límites del formalismo", en Butler, J.; Laclau, E.; Žižek, S., *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*, México DF: FCE, pp. 17-48

-Calle, Fabián y Merke, Federico (2005), "La Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos en la era unipolar", en *Agenda Internacional* N°3, año 1, dic.2004/ene-feb2005, pp.124-137

-Campbell, David (1998), *Writing security. United States Foreign Policy and the politics of identity*, Minneapolis: University of Minnesota Press.

-Campbell, Evan y Yetiv, Steve A. (2007), "Realpolitik and religion: The twin sources of Saudi Arabia's Foreign Policy", en Covarrubias y Lansford (ed.), *Strategic interests in the Middle East. Opposition or support for US foreign policy*, Burlington: Ashgate, pp.137-156

-Chehab, Zaki (2006), *Iraq ablaze. Inside the insurgency*, London: I.B.Tauris.

-Chomsky, Noam (2002), *Estados canallas. El imperio de la fuerza en los asuntos mundiales*, Buenos Aires: Paidós.

-Chomsky, Noam (2004), "Los dilemas de la dominación", en Borón, A. (comp.), *Nueva hegemonía mundial. Alternativas de cambio y movimientos sociales*, Buenos Aires: Clacso.

-Chomsky, Noam (2005), *Ambiciones imperiales*, México D.F.: Península,

-Covarrubias, Jack (2007), "Preface", en Covarrubias y Lansford (ed.), *Strategic interests in the Middle East. Opposition or support for US foreign policy*, Burlington: Ashgate, pp. xv-xix

-Cox, Michael (2005), "Empire by denial: the strange case of the United States", en *International Affairs*, N°81, pp. 15-30.

-Cox, Robert W. (1998), "Gramsci y la cuestión de la sociedad civil a fines del siglo XX", en Kanoussi, D. (comp.) (1998), *Los estudios gramscianos hoy*, México D.F.: Plaza y Valdés.

-Dawisha, Adeed y Yaphe, Judith S. (2002), "Iraq: Another Saddam on the horizon?", en Yaphe, J. (comp.), *The Middle East in 2015. The impact of regional trends on US strategic planning*, Washington D.C.: National Defense University Press.

-De Benoist, Alain (2007), "Global terrorism and permanent exception", en Odysseos, L. y Petit, F., *The international political thought of Carl Schmitt. Terror, liberal war and the crisis of global order*, London: Routledge.

- Deleuze, Gilles (2003), Foucault, Buenos Aires: Paidós.
- Deleuze, Gilles; Guattari, Félix (2004), Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia, Valencia: Pre-textos.
- Derrida, Jacques (1998), Políticas de la amistad. Seguido de 'El oído de Heidegger', Madrid: Trotta.
- Derrida, Jacques (2008), La hospitalidad, Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- Díaz-Bone, Rainer et al. (2007), "El campo del análisis del discurso foucaultiano. Características, desarrollos y perspectivas", en *Qualitative Research*, Vol.8, n°2, mayo 2007.
- Fandy, Mamoun (2002), "Egypt: Could it lead the Arab World?", en Yaphe, J. (2002), *The Middle East in 2015. The impact of regional trends on US strategic planning*, Washington D.C: National Defense University Press.
- Feierstein, Daniel (2000): Seis estudios sobre genocidio. Análisis de las relaciones sociales: otredad, exclusión y exterminio, Buenos Aires: Eudeba.
- Foucault, Michel (1988), "El sujeto y el poder", en Dreyfus, H.; Rabinow, P.: *Michel Foucault: Más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, México D.F.: UNAM.
- Foucault, Michel (1993), "Nietzsche, la genealogía, la historia", en Foucault, M., *Microfísica del poder*, Madrid: La Piqueta.
- Foucault, Michel (1996), *Genealogía del racismo*, La Plata: Altamira.
- Foucault, Michel (2002), *La arqueología del saber*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, Michel (2003), *Historia de la sexualidad. Tomo I: La voluntad de saber*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, Michel (2008), *La verdad y las formas jurídicas*, Barcelona: Gedisa.
- Fukuyama, Francis (2007), *América en la encrucijada. Democracia, poder y herencia neoconservadora*, Barcelona: Ediciones B.
- Gabilondo, Ángel (1990), *El discurso en acción. Foucault y una ontología del presente*, Madrid: Anthropos.
- Graeber, Daniel J. (2007), "The United States and Israel: The implications of alignment", en Covarrubias y Lansford (ed.), *Strategic interests in the Middle East. Opposition or support for US foreign policy*, Burlington: Ashgate , pp. 123-135.

-Gramsci, Antonio (1997), *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Buenos Aires: Nueva visión.

-Grüner, Eduardo (2005), *La Cosa política o el acecho de lo Real*, Buenos Aires: Paidós.

-Hardt, Michael y Negri, Antonio (2002), *Imperio*, Buenos Aires: Paidós.

-Harvey, David (2003), *The new imperialism*, New York: Oxford University Press.

-Hazleton, William A. (1987), "Los procesos de decisión y las políticas exteriores", en Wilhelmy, M. (comp.), *La formación de la política exterior: los países desarrollados y América Latina*, Buenos Aires: GEL.

-Hobbes, Thomas (1980), *El Leviatán*, México D.F.: FCE.

-Hourani, Albert (2003), *La historia de los árabes*, Barcelona: Vergara. Cap.21: "El fin de los imperios (1939-1962)", pp.427-448; Cap.25: "La unidad y la desunión árabes (desde 1967)", pp.497-547

-Huntington, Samuel P. (1997), *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Buenos Aires: Paidós.

-Huntington, Samuel P. (1999), "La superpotencia solitaria", en *Política Exterior*, vol.XIII, No.71, sept/oct 1999, pp. 39-53

-Ignatieff, Michael (2003), "An American Empire? The burden", en *Australian Universities Review*, Vol.46, No.1, pp.3-7.

-Ikenberry, John G. (2002), "America's imperial ambition", *Foreign Affairs*, Sept./Oct., pp.44-60.

-Ikenberry, John G. (2005), "Power and liberal order: America's postwar world order in transition", *International Relations of Asia-Pacific*, Vol. 5, pp.133-152.

-Jackson, Diehl (2005), "Mubarak Outdoes Himself Election Fraud Backfires", en *The Washington Post*, 05/12/2005.

-Jäger, Siegfried (2003), "Discurso y conocimiento: aspectos teóricos y metodológicos de la crítica del discurso y del análisis de dispositivos", en Wodak, R. y Meyer, M. (comp.), *Métodos de análisis crítico del discurso*, Barcelona: Gedisa, pp. 61-99

-Jepperson, Ronald L.; Katzenstein, Peter J. y Wendt, Alexander (1996), "Norms, Identity, and Culture in National Security", en Katzenstein, ed., *The Culture of National Security. Norms and Identity in World Politics*, New York: Columbia University Press, pp. 33-75.

-Jervis, Robert (2003), "Understanding the Bush doctrine", en *Political Science Quarterly*, Vol.118, n°3, fall 2003.

-Joll, James (1979), *Historia de Europa desde 1870*, Cap.4: "El imperialismo", Madrid: Alianza Universidad.

-Jordan, B.J. y Pauly, Robert J. Jr. (2007), "The centrality of Egypt to the future of the Greater Middle East", en Covarrubias y Lansford (ed.), *Strategic interests in the Middle East. Opposition or support for US foreign policy*, Burlington: Ashgate, pp.157-171

-Juhasz, Antonia (2004), "The Hand-Over that Wasn't: How the Occupation of Iraq Continues", *Foreign Policy In Focus*, 19 de julio 2004.

-Kagan, Robert (1998), "The Benevolent empire", *Foreign Policy*, summer 1998.

-Keohane, Robert (1988), "International institutions: Two approaches", *International Studies Quarterly*, Vol. 32, N°4, Dec. 1988, pp. 379-396.

-Krasner, Stephen D. (2001), *Soberanía, hipocresía organizada*, Barcelona: Paidós.

-Krauthammer, Charles (2003), "The unipolar moment revisited", *The National Interest*, Winter2002/2003, pp.5-17.

-Krauthammer, Charles (2004), "In defense of democratic realism", *The National Interest*, N°77, fall 2004, pp. 15-25

-Laclau, Ernesto (2003), "Identidad y hegemonía: el rol de la universalidad en la constitución de la lógica política", en Butler, J.; Laclau, E.; Zizek, S., *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*, México D.F.: FCE, pp. 49-93

-Laclau, Ernesto (2004), "Discurso", en *Revista Estudios, Filosofía, Historia, Letras*, n°68, México: ITAM, pp.7-18.

-Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal (2004), *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Buenos Aires: FCE.

Lenin, Vladimir I. (1975), *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*, Buenos Aires: Anteo.

-Little, Douglas (2008), *American orientalism. The United States and the Middle East since 1945*, North Carolina: University of North Carolina Press.

-Lu, Chunlong y Chen, Jie (2007), "China's Middle East policy since the post-Mao reform", en Covarrubias, J. y Lansford, T. (comp.), *Strategic interests in the Middle East. Opposition or support for US foreign policy*, Burlington: Ashgate, pp. 81-97

-Mabee, Brian (2004), "Discourses of empire: the US 'empire', globalisation and international relations", en *Third World Quarterly*, Vol.25, No.8, pp.1359-1378.

-Mann, James (2004), *Rise of the Vulcans. The History of Bush's War Cabinet*, New York: Viking.

-Martín Muñoz, Gema (2003), *Iraq: Un fracaso de Occidente (1920-2003)*, Barcelona: Tusquets.

-Marx, Karl (1973), *Trabajo asalariado y capital*, en Marx, K. y Engels, F., *Obras escogidas, Tomo IV*, Buenos Aires: Ciencias del hombre.

-Meier, Heinrich (2008), *Carl Schmitt, Léo Strauss y El concepto de lo político. Sobre un diálogo entre ausentes*, Buenos Aires: Katz.

-Merke, Federico (s/f), "Identidad y política exterior en la teoría de las Relaciones Internacionales", IDICSO, Instituto de Investigación en Ciencias Sociales, Universidad del Salvador, Buenos Aires.

-Meyer, Michael (2003), "Entre la teoría, el método y la política: la ubicación de los enfoques relacionados con el ACD", en Wodak, R. y Meyer, M. (comp.), *Métodos de análisis crítico del discurso*, Barcelona: Gedisa, pp. 35-59

-Molteni, Atilio (2009), *Los problemas actuales de Medio Oriente*, Documentos de trabajo del Instituto del Servicio Exterior de la Nación, Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto de la República Argentina.

-Mommani, Bessma (2003), "Promoting economic liberalization in Egypt: From U.S. foreign aid to trade and investment", *Middle East Review of International Affairs*, vol.7, n°3, pp. 88-101

-Mouffe, Chantal (2007a), *En torno a lo político*, Buenos Aires: FCE.

-Mouffe, Chantal (2007b), "Carl Schmitt's warnings on the dangers of a unipolar world", en Odysseos, L. y Petito, F., *The international political thought of Carl Schmitt. Terror, liberal war and the crisis of global order*, Routledge, London, pp. 147-154.

-Odysseos, Louiza (2007), *The subject of coexistence. Otherness in International Relations*, London: University of Minnesota Press.

-Ottaway, Marina y Carothers, Thomas (2004), "The Greater Middle East Initiative: Off to a false start", Policy Brief, Carnegie Endowment for International Peace, Washington, marzo 2004.

-Pedersen, Ove K. (2009), "Discourse Analysis", Working Paper n°65, International Center for Business and Politics, Copenhagen.

-Portantiero, Juan Carlos (1999), *Los usos de Gramsci*, Buenos Aires: Grijalbo.

-Ramonet, Ignacio (2005), *Irak, historia de un desastre*, Buenos Aires: Debate.

-Rasch, William (2003), "Human Rights as Geopolitics: Carl Schmitt and the legal form of American supremacy", en *Cultural Critique*, No.54, spring 2003, pp.120-147

-Rashid, Ahmed (2009), *Descenso al caos. Estados Unidos y el fracaso de la construcción nacional en Pakistán, Afganistán y Asia Central*, Barcelona: Península.

-Rice, Condoleezza (2000), "Campaign 2000: Promoting the national interest", en *Foreign Affairs*, Vol. 79, N°1, Enero/Febrero 2000, pp.45-62.

-Rice, Condoleezza (2008), "Rethinking the national interest. American realism for a new world", *Foreign Affairs*, Vol.87, N°4, Julio/Agosto 2008, pp.2-26.

-Roy, Olivier (2008), *The politics of chaos in the Middle East*, New York: Columbia University Press.

-Ruggie, John Gerard (1998): "What makes the world hang together? Neo-utilitarianism and the social constructivist challenge", en *International Organization*, Vol. 52, No. 4, pp. 855-885.

- Said, Edward (1990), *Orientalismo*, Madrid: Al-Quibla.
- Said, Edward (2004), *Cultura e imperialismo*, Barcelona: Anagrama.
- Salomón, Mónica (2002), "La teoría de las Relaciones Internacionales en los albores del siglo XXI: diálogo, disidencia, aproximaciones", en *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, n°56, dic.2001/ene.2002, pp.7-52.
- Schmitt, Carl (2005), *El nomos de la tierra en el derecho de gentes del 'ius publicum europaeum'*, Buenos Aires: Struhart&Cía.
- Schmitt, Carl (2006), *El concepto de lo político*, Buenos Aires: Struhart&Cía.
- Schmitt, Carl (2009), *Teología política*, Madrid: Trotta.
- Sedgwick, Mark (2007), "Britain and the Middle East: In pursuit of eternal interests", en Covarrubias y Lansford (ed.), *Strategic interests in the Middle East. Opposition or support for US foreign policy*, Burlington: Ashgate, pp. 3-25
- Sharp, Jeremy (2005), "Egypt United States Relations", Washington D.C.: Congressional Research Service.
- Sharp, Jeremy (2006), "US democracy policy in the Middle East: The islamist dilemma", Washington D.C.: Congressional Research Service.
- Sharp, Jeremy (2007), "Egypt: Background and US relations", Washington D.C.: Congressional Research Service.
- Sharp, Jeremy (2009), "Egypt: Background and US relations", Washington D.C.: Congressional Research Service.
- Sharp, Jeremy (2010), "U.S. foreign aid to Israel", Report for Congress, Washington D.C.: Congressional Research Service.
- Sullivan, Denis J. Y Jones, Kimberly (2008), *Global Security Watch. Egypt*, London: Praeger Security International.
- Thwaites Rey, Mabel (1994), "La noción gramsciana de hegemonía en el convulsionado fin de siglo: Acerca de las bases materiales del consenso", en Ferreyra, L.; Logiudice, W. y Thwaites Rey, M., *Gramsci mirando al Sur. Sobre la hegemonía en los '90*, Buenos Aires: K&ai.
- Todorov, Tzvetan (2000), *Nosotros y los otros*, México D.F.: Siglo XXI.
- Todorov, Tzvetan (2003), *La conquista de América: El problema del otro*, Buenos Aires: Siglo XXI.

- Van Dijk, Teun A. (2008), *Ideología y discurso*, Barcelona: Ariel.
- Waltz, Kenneth N. (1989), *Teoría de la política internacional*, Buenos Aires: GEL.
- Wendt, Alexander (1992), "Anarchy is what States Make of it: The Social Construction of Power Politics", en *International Organization*, Vol. 46, No. 2, pp. 391-425
- Wendt, Alexander (1999), *Social Theory of International Politics*, New York: Cambridge University Press.
- Wodak, Ruth (2003a), "De qué trata el análisis crítico del discurso (ACD). Resumen de su historia, sus conceptos fundamentales y sus desarrollos", en Wodak, R. y Meyer, M. (comp.), *Métodos de análisis crítico del discurso*, Barcelona: Gedisa, pp. 17-33.
- Wodak, Ruth (2003b), "El enfoque histórico del discurso", en Wodak, R. y Meyer, M. (comp.), *Métodos de análisis crítico del discurso*, Barcelona: Gedisa, pp.101-141.
- Zeraoui, Zidane (2008), *Islam y política: los procesos políticos árabes contemporáneos*, México D.F.: Trillas.
- Zeraoui, Zidane (2009), *Medio Oriente: la nueva geopolítica del poder. Irán y el equilibrio regional*, San José: Universidad de Costa Rica.
- Žižek, Slavoj (2003), *El sublime objeto de la ideología*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Zolo, Danilo (2007), "The re-emerging notion of Empire and the influence of Carl Schmitt's thought", en Odysseos, L. y Petit, F., *The international political thought of Carl Schmitt. Terror, liberal war and the crisis of global order*, London: Routledge, pp. 154-166.

Documentos

- CPA (2004). *Law of administration for the state of Iraq for the transitional period*.

-THE WHITE HOUSE (2002). The National Security Strategy of the United States of America. Washington D.C.

-THE WHITE HOUSE (2006). The National Security Strategy of the United States of America. Washington D.C.

-THE WHITE HOUSE (2008). Agreement between the United States of America and the Republic of Iraq on the withdrawal of the United States Forces from Iraq and the organization of their activities during their temporary presence in Iraq. Washington D.C.

-THE WHITE HOUSE (2008). Strategic framework agreement for a relationship of friendship and cooperation between the United States of America and the Republic of Iraq. Washington D.C.

-UNITED STATES CONGRESS (1998). Iraq Liberation Act. Public law 105-338, (31/10/1998). Washington D.C.

-UNITED STATES CONGRESS (2002). Authorization for use of military force against Iraq. Resolution of 2002. Public law 107-243, (16/10/2002). Washington D.C.

Todos los discursos utilizados fueron consultados en la página web de la Casa Blanca: www.whitehouse.gov en febrero de 2009.

Periódicos consultados

Al-Ahram

Al-Jazeera

The New York Times

The Washington Post